

TE
quiero
+ para mi

ELIZABETH BERMÚDEZ

Te quiero para mí

Te quiero para mí

Elizabeth Bermúdez

Índice

[Sinopsis](#)

[Sobre la autora](#)

[1](#)

[Crecer](#)

[2](#)

[Mi fiesta de cumpleaños](#)

[3](#)

[¿Cómo sucedió?](#)

[4](#)

[Despertar](#)

[5](#)

[Dos años y medio después](#)

[6](#)

[Deseo](#)

[7](#)

[No me niegues](#)

[8](#)

[Cuatro años después](#)

[9](#)

[Cambios](#)

[10](#)

[En la misma ciudad](#)

[11](#)

[Mi vida sin ti](#)

[12](#)

[Despedida de soltero](#)

13

Una asistencia inesperada

14

La intuición de Julia

15

Preparativos de boda

16

Un gran susto

17

El amor de mi vida

18

A tu lado

19

Una cena familiar

20

Las cartas sobre la mesa

21

Escándalo

22

Sacrificios

23

En el amor y en la guerra...

24

Por mi familia

25

Hermanos para los demás

26

A la vista de todos

27

Soñar con una familia

28

Todos juntos

29

No puedo tenerte cerca

30

Controlar los impulsos

31

Dos meses después

32

Es mi madre

33

Sorpresas te da la vida

34

Descubierto por la prensa

35

¿Cómo solucionamos esto?

36

Es tu hermana

37

Tensión

38

Nueva pareja en la familia

39

La felicidad existe

40

Aquí comenzó todo

41

La inocencia de una niña

42

La verdad por los aires

43

Acoso mediático

44

Victoria Hungría

45

Abril

46

Mirarte a los ojos

47

Una noche muy larga

48

Resentimiento

49

Nueva convivencia

50

No me perdona

51

Vidas separadas

52

Eres mi gran amor

53

Bailemos juntos

54

El triunfo del amor

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras novelas de la autora](#)

Título: *Te quiero para mí*
Primera edición, Julio 2022
©2022, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Nicolás Hungría lo tiene todo, ha llegado a lo más alto de su carrera profesional como futbolista, superando a su propio padre, siempre su ejemplo a seguir.

Pero hay algo que desea con todas sus fuerzas y no puede tener: a una mujer. La que despierta todos sus deseos con una sola mirada y se siente un completo monstruo por no poder frenar sus instintos.

El pecado más grande de su vida se llama Victoria.

Los numerosos encantos de Nico no pasan desapercibidos ni para su hermana pequeña. Victoria está enamorada de él como una más de sus miles fans, considerándolo un imposible.

Pero negar lo evidente solo servirá para aumentar ese gran amor y pasión que existe entre Nico y Victoria.

¿Te atreves a descubrir qué pasará entre ellos?

¿Cómo se tomarán Bosco y Alba una historia de amor entre sus hijos?

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Te quiero para mí es su **novela número catorce**, anteriormente publicó:

Deseos del destino
Secretos
Tus huellas en mi corazón
Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
La sombra de su pasado
Volver a nacer
Volver a creer
Volver a sentir
Y de repente, el mundo se paró
El amor lo cambia todo
Serie Volver
Bilogía:

El precio de la vida
El precio del amor

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

*A todos mis lectores, sin vosotros apoyándome y pidiéndome más historias no continuaríamos adelante.
Gracias por todo lo que me dais.
Prometo seguir en el camino,
vendrán muchas novelas más.*

Crecer

Abro los ojos y sonrío cuando observo que la luz del sol ilumina mi habitación. Me revuelvo en la cama sintiéndome mayor, más mujer. Hoy es mi cumpleaños. Cumpló dieciséis años y me siento muy feliz. Intuyo que mi madre y mi tía me van a hacer una gran fiesta de cumpleaños como la que siempre deseé desde pequeña. Como las que mi padre le prepara a mi madre o viceversa y yo solo veo a escondidas por revistas o por la televisión con mi abuela como cómplice. Desde que me convertí en una adolescente me encanta la vida de mi madre y siempre he soñado ser como ella, tan guapa, elegante y poder asistir a todas las fiestas a las que la invitan junto con mi padre. También anhelo poder asaltar su vestidor y que me deje todos los vestidos y zapatos de firma que tiene. Mi madre siempre me dice que ya tendré tiempo de crecer y de cumplir todos mis sueños, pero yo tengo la necesidad de que pasen los años y poder hacer cosas de adultos, sin que nadie me prohíba o restrinja mis horarios ni me limite nada.

Unos leves toques en la puerta de mi habitación consiguen sacarme de mis pensamientos, sin que me dé tiempo de decir nada ni de salir de la cama veo a mi madre, que abre la puerta y entra cargada con varios globos, la sigue mi padre, con unas cajas de regalos, y mis hermanos con más bolsas. Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. Me siento en la cama, me acomodo en ella y los observo llegar hasta mí sintiéndome una mujer muy afortunada por pertenecer a la familia Hungría.

Todos me abrazan y me besan, los observo sentada con ellos alrededor mientras aparto las lágrimas que han conseguido que salten de mis ojos. Me ha emocionado verlos aparecer todos juntos en mi habitación. Somos una familia unida, pero desde hace unos años para acá cada día valoro más cuando estamos todos juntos. Me hace especial ilusión que Nico haya venido, desde que comenzó con su carrera deportiva en el mundo del fútbol en serio, siguiendo los pasos de nuestro padre, para poco por casa. Lo veo más en la televisión y en las noticias de la prensa por las fiestas a las que asiste que en nuestro hogar.

—Feliz cumpleaños, mi vida —me felicita mi madre. Se abraza de nuevo a mí y suelta los globos que trae en sus manos. Uno de ellos es el número dieciséis y el resto son globos de corazones rojos.

—Mi princesa se convierte en toda una mujer —me felicita también mi padre. Lo abrazo y lo beso emocionada. Es el mejor hombre del mundo.

—Cumpleaños feliz... —comienzan a tararear mis hermanos pequeños, los mellizos. Los adoro. Siempre alegres y sonrientes. Me abrazan a la vez y me refugio en los brazos de esos dos hombretones que pese a ser unos meses más pequeños que yo están tan grandes como nuestro padre.

Nico es el último en acercarse a mí, me da dos besos y me abraza. Me refugio en su pecho y disfruto de su contacto, de tenerlo tan cerca. Lo miro a los ojos y compruebo que está más guapo que nunca. Sus ojos azules tienen un brillo especial. Me sonríe y yo le devuelvo el gesto. He de confesar que siento debilidad por él. desde hace tiempo sueño con encontrar a alguien como mi hermano. Es mi referente. Lo encuentro perfecto en todos los sentidos. Es guapo, atractivo,

simpático, inteligente y mi padre dice que va a llegar alto en su carrera deportiva. Su único defecto es que le encantan demasiado las fiestas y las mujeres, pero ¿a qué chico o chica de su edad no le gusta la diversión? Yo estoy deseando ser mayor de edad para gozar de toda la libertad que tiene Nico. Nuestros padres nos quieren demasiado y nos protegen mucho. Nos tienen prohibidas muchas cosas hasta que cumplamos los dieciocho años.

—Qué guapa estás, hermanita —me elogia Nico mirándome con atención. De inmediato, me toco el pelo e intento estar un poco más presentable. Me importa mucho cómo me vea.

—Victoria se ha convertido en una auténtica belleza —añade nuestra madre.

—Eres mi referente, mamá. En belleza y elegancia —le indico. Mis amigas odian a sus madres, pero yo adoro a la mía en todos los sentidos. Ella es especial.

—Yo creo que va a superarte —comenta Damián, sonriente.

—En el instituto todos los chicos están locos por ella —lanza Jorge.

Nico posa sus ojos sobre mí, serio.

—¿Sales con alguien? —se interesa mi hermano mayor. Siento cierto aire protector hacia mí que me halaga.

—¿No vas a abrir todos los regalos? —agradezco que la pregunta de mi padre pare esta conversación.

—Eh... sí, claro —titubeo, algo nerviosa. La mirada de Nico sigue posada sobre mí, algo que me incomoda.

Me dispongo a abrir todos los regalos y me encuentro con un montón de cosas que me hacen mucha ilusión y no esperaba. Lo que más me gusta es el vestido de firma que me ha regalado mi madre. Es azul eléctrico, con una espalda y un escote impresionantes y estoy segura de que me va a quedar de maravilla.

—Lo llevaré esta noche —le indico mientras la abrazo y le doy las gracias.

—¿Esta noche? ¿Dónde piensas ir? —pregunta mi padre, serio. Pero lo conozco y sé que está interpretando un papel.

—Pues a soplar mis velas, con vosotros y mis amigos. Donde sea. —Le hago un guiño con el ojo y mi maravilloso padre me sonríe y me abraza.

—Yo no sé nada de nada —me susurra al oído haciéndose el inocente.

—Abajo nos espera un estupendo desayuno —anuncia Damián.

—Vamos, hermanita. —Jorge tira de mi mano y me saca de la cama.

Abrazada a los mellizos, salgo de la habitación sintiéndome muy contenta. Mis padres y Nico vienen detrás.

Cuando llegamos al salón encuentro una maravillosa tarta sobre una mesa adornada. Mi padre se encarga de encender las velas y mi familia me canta cumpleaños feliz. Los miro a todos mientras me siento una mujer afortunada.

—Pide un deseo —me indica mi madre, antes de que yo sople mis velas.

Me paro un segundo, pienso en algo que desee mucho y mientras lo hago miro a Nico, mi hermano mayor, lo tengo frente a mí y me mira con atención. Le sonrío y me inclino sobre la tarta para soplar las velas mientras pienso en mi deseo, el cual casi considero un imposible.

Mi madre me abraza y me susurra:

—Esta noche volveremos a celebrarlo, pero quería que hiciésemos algo más íntimo y familiar.

Le doy un abrazo y le agradezco que siempre esté tan pendiente de todos nosotros. Es una madre maravillosa.

—Bueno, ya le podemos decir que esta noche tendrá una super fiesta en el Afaia —revela

Damián, sonriente y feliz.

Me imaginaba que me harían algo especial en la discoteca de mi padre. Mi madre sabe que desde pequeña he soñado con una gran fiesta en ese lugar, como las que mi padre le ha preparado a ella por su cumpleaños y aniversarios.

—Eres un chivato —le reprende Jorge.

—No pasa nada —tercia mi madre—. Esa fiesta es parte de su regalo y ya puede saberlo.

—¿Estaréis todos? —pregunto con ilusión mientras miro a Nico con especial interés.

—Sí —responde mi madre—. También estarán tus abuelos, tus tíos y todos tus amigos.

—Oh, mamá, muchas gracias. —Me abrazo a ella emocionada.

Luego desayunamos en familia y siento que el día de mi cumpleaños va a ser uno de los más especiales de mi vida.

Mi fiesta de cumpleaños

—Estás preciosa, mi vida. Te has convertido en toda una mujer —me indica mi madre mientras me admira.

Me ha ayudado, junto con mi tía Julia, a vestirme, maquillarme y peinarme.

—Pareces mayor —aprecia mi tía mientras me observa emocionada.

—Me encanta este vestido, mamá. Y los zapatos y los pendientes —le indico a mi tía, me los ha regalado ella.

—Estás espectacular. Esta noche serás el centro de atención, y no solo porque sea tu cumpleaños, sino porque eres toda una belleza —murmura mi madre.

Admiro en el espejo mi vestido azul eléctrico, mi pelo rubio marcado con ondas y lo bien que mi tía me ha pintado los ojos, se aprecian más azules y más grandes. Tengo que pedirle que me enseñe a maquillarme así.

Sintiéndome guapísima y espectacular, abandono mi habitación para dirigirnos al Afaia, donde nos esperan para la gran fiesta de mi cumpleaños.

Llego a la discoteca propiedad de mi familia acompañada de mis padres, el resto de mi familia ya está allí. Siento especial ilusión cuando el coche en el que vamos para en la puerta principal del Afaia y observo que hay una gran alfombra roja hasta la entrada. Hay fotógrafos en la calle y mis padres permiten que nos tomen fotografías. El gran Bosco Hungría siempre es noticia. Poso junto a ellos, sonriente, sintiéndome muy feliz. La prensa me felicita y cuando entramos en el Afaia una lluvia de papeles estalla mientras que suena música.

Admiro cómo está decorada toda la discoteca y veo a muchísima gente. Mis padres me han preparado una fiesta de cumpleaños por todo lo alto.

Me abrazo a mis abuelos, mi tío Rodrigo y a mis amigos, que están todos. Echo de menos a mis primos, Declan y Estela, pero son más pequeños que yo y sus padres no los han dejado asistir.

Mis mejores amigas del instituto, Clara y Sandra, se acercan a mí y me susurran al oído:

—Una fiesta espectacular.

—Pero sin duda lo que la hará inolvidable es la presencia de tu hermano Nico, cómo está el tío —murmura Sandra sin dejar de mirarlo.

Nico se encuentra rodeado de mujeres, para variar, algo que me molesta porque todas son amigas mías. Es mi cumpleaños y es él quién está acaparando toda la atención.

Corto la tarta y brindamos con todos mis invitados por mis dieciséis años. La música comienza a sonar más alta y todos empiezan a bailar. De repente, me veo rodeada de varios amigos. Quieren bailar conmigo, no sé por cual decidirme. Y justo en ese instante, irrumpe mi hermano, me toma de la mano y les dice:

—Lo siento, caballeros, el primer baile es para el hermano mayor.

Nico me toma de la mano y me lleva a bailar con él. En ese momento siento que es el mejor regalo que podía hacerme. Desde que he llegado al Afaia apenas he hablado con él.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Nico.

—Es una fiesta maravillosa —le indico sonriente, feliz de estar entre sus brazos y ser la envidia de todas mis amigas.

—Estás guapísima esta noche. Has cambiado mucho últimamente, ya eres toda una mujer.

Lo observo muy contenta, mi pecho se hincha de alegría. Me llena de satisfacción que Nico me vea cómo a una mujer y no cómo a su hermana pequeña, para mí es muy importante.

El resto de la noche mi hermano mayor lo pasa rodeado de mis amigas.

Ya entrada la madrugada, mis padres, mis abuelos, mis tíos y mis hermanos pequeños se marchan.

—Nico se queda, vuelve a casa con tu hermano. Él cuidará de ti —me indica mi padre antes de irse con el resto de la familia.

Vuelvo a la pista y me dispongo a disfrutar del resto de la noche, quiero celebrar mi cumpleaños por todo lo alto y pasármelo muy bien. El alcohol está prohibido. El que mi padre sea el dueño de la discoteca tiene sus ventajas y desventajas.

—Han llegado unos amigos de tu hermano —anuncia eufórica Sandra.

—Joder, están todos buenísimos —murmura Clara sin dejar de mirar a los cinco tíos que acaban de llegar a mi fiesta.

—Son jugadores como Nico, de su equipo —aclara Sandra—. Ve con Nico y que nos los presente —me anima dándome un ligero empujón para que comience a caminar en la dirección de mi hermano.

Me dirijo hacia ellos y Nico me los presenta, yo les presento a mis mejores amigas. Tengo que darle un leve codazo a Sandra y Clara para que dejen de mirar a mi hermano y a sus amigos como un par de bobas.

—Papá me ha pedido que me quede hasta que te quieras marchar y se acabe la fiesta. He enviado a unos amigos para no aburrirme y que la noche no se haga muy larga. Espero que no te moleste —me explica Nico cuando observo a sus amigos con cara de ¿qué hacen aquí?

Lo miro, suspiro y hago verdaderos esfuerzos por ser educada y no decirle todo lo que realmente pienso de su actitud.

—Esta discoteca es muy grande —murmuro. Me doy media vuelta y me marchó.

Al cabo de un rato observo que Nico se ha instalado con sus amigos en el reservado de la planta superior. Algo molesta me dirijo hacia allí y cuando llego observo que varias amigas más están con ellos y hay un par de botellas de alcohol por medio.

Nico baila con Sandra y veo que mi amiga está más alegre de lo normal. Me acerco a ella, la miro y sé que ha bebido. Me interpongo entre ella y mi hermano y le reprocho enfadada:

—¿Qué estás haciendo?

—Beber y divertirme en la fiesta de mi hermanita —me indica sonriente mientras me acaricia el rostro y atrapa un mechón de pelo entre sus dedos.

—Mi fiesta es abajo y tú has montado otra paralela aquí —le echo en cara de forma enérgica —, con alcohol. Sandra y el resto de mis amigas —Las señalo— están bebiendo —lo acuso directamente como responsable de ello.

—¿No me digas que tú no lo has hecho nunca? —pregunta con sorna mientras lo miro seria —. ¿Eres perfecta? —se burla de mí.

—No seas aburrida, Victoria —intercede Sandra—. Cuando hacemos fiestas o vamos a discotecas bebemos.

—Yo no —le indico de inmediato.

—Mi hermanita es perfecta. Te quiero porque eres única —murmura Nico. Me abraza y me

da un beso en la mejilla. Su cercanía consigue aplacarme un poco.

—¿Cuántas te has bebido? —le pregunto en forma de reproche a mi hermano.

—Un par de ellas, pero tranquila, sigo lúcido para cuidar de ti.

—Sé cuidarme sola —le indico alzando mi barbilla.

—Hoy todos los hombres de esta discoteca te desean, hermana. El sueño de casi todos ellos es llevarte a la cama como broche final de esta fiesta. ¿No te has dado cuenta? —pregunta con aire de inocencia.

Miro a Nico y paseo la mirada por el resto de mujeres que nos rodean, amigas mías. Las observo allí esperanzadas en marcharse con mi hermano o alguno de sus amigos. Ya no están disfrutando de mi fiesta de mi cumpleaños, piensan en la suya propia.

—Quiero irme —le indico de repente—. Fin de mi fiesta. Vámonos todos a casa. Cierra el Afaia —le ordeno de inmediato con ímpetu.

—¿Ya? —pregunta Nico desconcertado—. Apenas son las tres de la mañana —me indica consultando su reloj.

—He tenido suficiente —alzo la voz, cabreada. Me doy media vuelta y me dispongo marcharme.

No he dado ni dos pasos cuando siento la mano de Nico sobre mi muñeca, me agarra con fuerza. Lo miro a los ojos y puedo leer en su mirada azul que sabe que la ha cagado.

—Encárgate de que todos se vayan —le indica mi hermano a uno de sus amigos. Este le hace un gesto de descontento, pero Nico le confirma que se ocupe de ello.

Cuando me dirijo hacia la salida del reservado y voy a comenzar a bajar las escaleras para marcharme mi hermano tira de mi mano y, sin decir ni una sola palabra, me lleva hasta el despacho de nuestro padre en el Afaia.

¿Cómo sucedió?

—¿¡Qué quieres?! —le grito a Nico cuando estamos solos en el despacho de mi padre.

—Lo siento, Victoria —lamenta de inmediato—. No fue mi intención arruinar el final de la fiesta de tu cumpleaños. No debí llamar a mis amigos ni montar una mini fiesta paralela en tu celebración. Hoy tú eras la protagonista y debí permanecer a tu lado —se disculpa.

—Ya nada se puede hacer. Vámonos a casa —le indico alterada. Intento salir de allí, pero mi hermano lo impide.

—¿Hay algo que pueda hacer para remediar mi torpeza? Haré lo que me pidas —me implora. Puedo leer en sus ojos una gran culpabilidad.

Estoy a punto de espetarle que no, pero me quedo callada y suspiro. Lo miro, parado frente a mí, tan guapo... y últimamente pasamos tan poco tiempo juntos que decido aprovecharme de la situación.

—Un último baile y un brindis final —le propongo. Consigo dejarlo desconcertado con mi inesperada petición. No se lo esperaba.

—¿De todo lo que me podías pedir en la noche de tu cumpleaños quieres eso? —pregunta, sorprendido.

—¿No te parece bien? —inquiero desconcertada.

—Es todo un halago que quieras pasar el resto de la noche conmigo —murmura atónito.

—Ya sabes que eres mi hermano preferido —bromeo, ya de mejor humor.

—No seas mentirosa, tienes debilidad por los mellizos —me echa en cara, sonriente.

—No es cierto —afirmo segura de ello. Miro a Nico a los ojos y ambos nos quedamos callados. De repente, cuando siento el azul de su mirada sobre mi rostro, comienzo a sentirme nerviosa, el corazón se me acelera y se me reseca la boca mientras fijo mi mirada en los maravillosos labios de mi hermano.

—Vamos a cumplir su petición, señorita —me indica Nico. Me toma de la mano y nos dirigimos a la planta baja de la discoteca.

Estamos solos. Observo el lugar y me pregunto en qué momento ha desaparecido todo el mundo tan rápido.

—Señor, —Un chico aparece de repente y se dirige a Nico llamándolo señor, algo que me desconcierta— no queda nadie más. Todos se han marchado.

—Gracias, Felipe. Cierra al salir, que vengan temprano a limpiar todo esto, y como siempre, todo queda entre tú y yo —le indica Nico al trabajador.

Este se marcha sin decir nada más.

Cuando estamos solos de nuevo le digo a Nico:

—No es la primera vez que haces esto.

Él me sonrío, pero no me dice nada más. Se dirige hacia la barra mientras yo lo observo moverse como pez en el agua. Saca una botella de champán, una muy cara, y la abre ante mi atenta mirada.

—La ocasión lo merece —murmura mientras llena dos copas.

—¿Qué vas a dejar para cuando cumpla los dieciocho? —le pregunto sonriente mientras tomo la copa en mi mano.

—Ya pensaré en algo original —me indica mientras me guía el ojo y me mira de una forma radiante.

Brindamos y bebemos sin dejar de mirarnos a los ojos. El champán está buenísimo, no es la primera vez que lo pruebo, pero junto a Nico todo sabe mejor.

Vacíó mi copa y cuando quiero echarme otra mi hermano me lo impide.

—Vamos a bailar —me indica llevándome al centro de la pista.

—Ya veo que tienes ganas de marcharte cuanto antes —murmuro algo decepcionada.

—No es mi intención que el champán se te suba a la cabeza. Podemos estar aquí y bailar todo lo que quieras. Soy tuyo el resto de la noche —anuncia mientras me toma por la cintura y comienza a sonar una música lenta.

Le sonrío y me dejo llevar. Lo miro a los ojos y por primera vez me permito admitir que deseo con toda mi alma que ojalá no fuese mi hermano. Me muero por besarlo. De inmediato, me estremezco e intento hacer desaparecer lo que estoy sintiendo y es tan real...

Nico se acerca a mí y me da un tierno beso en la mejilla, luego me da otro en la frente. Alzo mi mirada y lo miro como si lo hiciese por primera vez. Y ahí es cuando me doy cuenta de que todo ha cambiado para siempre. Tiemblo en sus brazos, siento frío y tengo una sensación extraña que nunca había experimentado antes.

Lo miro bien y aumentan las ganas de besarlo, pero como a un hermano. Besarlo de verdad, como he besado a otros chicos con los que he salido.

—Eres guapísima, Victoria —murmura Nico con la mirada fija en mí.

Me emociono y en un impulso, sin ser realmente consciente de lo que hago, me acerco a él, me lanzo, y lo beso con ganas y desesperación. Para mi gran sorpresa, Nico se apodera de mis labios con la misma entrega y pasión. Sonrío sobre sus labios, y cierta sensación de alivio se apodera de mí cuando experimento que siente lo mismo que yo. Me olvido de todo y me entrego al momento, sintiendo que besar a Nico es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Lejos de parar ese beso, él lo profundiza. Lo saboreo y es exquisito. Me toma con fuerza por la cintura y me alza, haciendo que mis pies dejen de tocar el suelo y me sienta por completo en una nube.

Sin dejar de besarnos, y en los brazos de Nico, me lleva hasta uno de los reservados de la discoteca. Nos tumbamos en un sofá y comenzamos a acariciar nuestros cuerpos sin pudor alguno, como si no hubiese un mañana. Todo es tan nuevo para mí que no tengo tiempo de pararme a pensar en nada, solo sé que quiero vivirlo. Jamás he sentido esta clase de deseo ni esta necesidad que me provoca mi hermano.

Sentirlo completamente empalmado hace que me sienta poderosa, que me sienta mujer para él. Me desea, y eso me hace inmensamente feliz.

Lo animo a que me baje la cremallera del vestido, yo llevo mis manos hasta su pecho y le abro la camisa sin dejar de besarlo, a la misma vez que gimo sobre sus labios y él lo hace sobre los míos.

—Me vuelves loco —murmura sobre mi boca.

Atrevida, envalentonada, y feliz como nunca antes llevo mis manos hasta la cinturilla de su pantalón y lo desabrocho.

—Victoria... —gime con los ojos cerrados, pidiendo clemencia, pero no se la otorgo.

Introduzco mi mano en sus calzoncillos y lo acaricio. Lo siento duro como el acero y suave.

Suspira, gime y siento que lo vuelvo loco.

—Te deseo —le imploro mientras lo beso y no dejo de acariciarlo. Necesito esto con él. Lo sé.

Lleva la mano hasta el centro de mi placer y comprueba que estoy muy mojada. Puedo sentir su satisfacción en la sonrisa que esboza sobre mis labios.

Con manos hábiles, Nico me deja desnuda en un instante. Luego le saco toda su ropa con su ayuda y cuando unimos nuestros cuerpos sintiéndonos piel con piel es pura magia. Un universo desconocido se apodera de mí.

Nico deja de besarme, lo miro y observo cómo raja un papel con prisa. Se coloca un preservativo, bajo mi atenta mirada, y yo alzo las caderas de forma involuntaria. Siento la necesidad de tenerlo dentro de mí.

Sin dejar de besarme, entra en mi interior. Grito, siento cierto dolor, un pinchazo. De inmediato, Nico irrumpe el beso y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Eras virgen? —pregunta mientras yo observo el sudor en su frente. La voz no me sale, solo soy capaz de asentir—. ¡Joder! —murmura en una especie de lamento.

Lleva su frente hacia la mía. Se queda ahí quieto unos segundos mientras suspira. Lo siento en mi interior. Tengo miedo. Miedo a que se vaya.

Tras unos eternos segundos, lleva una mano hacia mi barbilla, hace que nos miremos a los ojos, me muestra una sonrisa y se apodera de nuevo de mis labios mientras se mueve en mi interior haciéndome la mujer más feliz del mundo.

Nico hace que sienta mi primer orgasmo con un hombre y la experiencia no puede ser más maravillosa. Él es un dios.

Terminamos derrotados, abrazados y con la respiración alterada. No me importaría pasar el resto de mi vida así.

Nos quedamos dormidos y cuando escuchamos unos ruidos abajo en la discoteca nos despertamos sobresaltados. Cuando abrimos los ojos, nos miramos, sentimos nuestros cuerpos desnudos y recordamos lo sucedido horas antes. Ambos saltamos del sofá y comenzamos a vestirnos con prisa mirándonos de reojo, sin saber qué decir.

—¿Cómo ha sucedido esto? —pregunta en una especie de lamento Nico.

Yo lo miro desconcertada. ¿Se arrepiente? Para mí ha sido la experiencia más bonita y maravillosa de mi vida.

—¡Joder, Victoria! Esto ha sido un completo error —maldice mientras busca sus zapatos, se pasea las manos por la cabeza y mira entre las cortinas del reservado.

Yo trato de dominarme, no esperaba flores y corazones al despertar con él, pero tampoco esta reacción. Tengo ganas de salir corriendo y llorar, pero estoy tan paralizada que solo he sido capaz de colocarme el vestido.

Nico me toma de la mano y salimos del reservado con prisa.

—Señor, pensé que no quedaba nadie —le indica un chico. Tiene pinta de ser de la limpieza.

—Acaban de irse todos. Nos estábamos asegurando de que no quedaba nadie —miente Nico—. Ya nos marchamos, pueden comenzar con las labores de limpieza.

Yo voy descalza, ni me he molestado en buscar mis zapatos. Nico me mira, se da cuenta, y se vuelve en busca de ellos. Hace que me siente en un escalón de la discoteca y me los coloca. Lejos de sentirme la Cenicienta del cuento logra que los recuerdos del que consideraba mi mejor cumpleaños hasta hace unas horas se conviertan en mi gran pesadilla. La mirada de Nico es fría y está cargada de arrepentimiento. Ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos después de lo

sucedido entre ambos. Y yo tengo el corazón roto.

Despertar

Nos montamos en su coche, está en el aparcamiento privado del Afaia, y salimos a la calle. Él va centrado en el tráfico. Yo lo miro mientras me retuerzo las manos. Después de lo sucedido entre nosotros nunca más podré verlo como mi hermano. Espero que sea Nico quien diga algo. Yo solo sé que los sentimientos que se han despertado en mi interior por él son tan fuertes que nunca los podré borrar. No me arrepiento de lo que ha pasado entre nosotros, considero que ha sido todo un regalo que mi primera vez fuese con él, pero creo que Nico no piensa lo mismo.

Lo observo y fijo la mirada en su ceño fruncido. Lo siento pensativo, intranquilo, sin saber qué decir ni cómo comportarse. Por mi parte anhelo besarlo y abrazarlo de nuevo, es tan nuevo lo que se ha despertado en mí que no sé manejarlo. Me asusta.

—Victoria... —murmura Nico al fin—. Esto que ha pasado entre nosotros... —comienza a decir. Yo lo miro con el corazón acelerado, esperanzada—. Lo siento —pronuncia tras varios segundos en silencio—. No debió suceder jamás. No sé cómo pedirte disculpas. Es un error irreparable. Supongo que el champán se nos subió a la cabeza... —trata de justificar mientras yo lo miro con los ojos muy abiertos—. Olvidé que eres mi hermana —lamenta apenado.

—¡No! —grito con todas mis fuerzas—. ¡No lo soy! —le recuerdo con ímpetu—. No compartimos ni una sola gota de sangre —le indico con gran dolor.

Él me mira en silencio mientras estamos parados delante de un semáforo.

—Nos hemos criado como hermanos, hasta hace apenas un par de años no nos enteramos de la verdad —me recuerda, abatido.

—No hemos cometido ningún pecado —le reprocho mientras él me mira como si hubiésemos cometido la mayor aberración del mundo.

—Yo siento que sí —murmura con pesar—. Sobre todo, creo hemos traicionado a nuestros padres, al menos yo lo veo así. Por dios santo, solo tienes dieciséis años. Esto no puede estar sucediendo. —Golpea el volante, furioso.

—Ya veo —murmuro con un nudo en la garganta. El dolor y la decepción que siento es enorme. Quiero morirme.

—Tenemos que olvidar lo que sucedió anoche entre nosotros —propone como si nada, así de simple para él.

Lo miro con dolor mientras me pregunto si él podrá hacerlo. Porque yo estoy segura de que no lo haré jamás.

—Si así te quedas más tranquilo... —comento con tono indiferente.

—Me siento como un completo monstruo —revela mirándome a los ojos.

—No me forzaste a nada —le recuerdo con garra.

—Lo sé. Pero eso no hace desaparecer el desprecio que siento en estos momentos por mí mismo.

Vuelvo el rostro, miro por la ventana y con disimulo aparto varias lágrimas de mis mejillas. No quiero llorar, no en su presencia.

El resto del trayecto hasta nuestra casa lo hacemos en silencio. Cuando cruzamos la verja de

entrada en el coche, antes de bajarnos, Nico consulta la hora, está amaneciendo, y me dice:

—Para papá y mamá la fiesta ha terminado hace poco. Por mi parte solo te ruego que olvidemos lo sucedido. Te pido perdón, Victoria. Ni siquiera puedo mirarte a los ojos —se disculpa con la cabeza gacha.

Observo en su mirada lo culpable que se siente, no sé qué hacer o qué decirle para que desaparezca esa sombra que planea en él. Como una tonta, termino asintiendo.

—Está bien, olvidémoslo —le indico.

En esos momentos solo quiero que la enorme culpabilidad que observo en su rostro desaparezca. Ya tendremos tiempo de hablar y exponer todo con la mente más despejada. Quizá recapacite y cuando se calme se dé cuenta de que lo que hicimos no fue producto de un arrebato ni un calentón. Sentimientos ocultos salieron a la luz cuando ninguno de los dos lo esperábamos. Creo que ambos estamos asustados y no sabemos cómo manejar esto que nos ha sucedido casi sin pensar.

Nico asiente algo más calmado. Salimos del coche y entramos en casa. Apenas son las siete de la mañana. Todos duermen. En silencio, cada uno nos dirigimos a nuestra habitación sin decir nada más. Antes de cerrar mi puerta lo miro, recuerdo sus besos y cómo me hizo el amor y me estremezco. Me encierro en mi cuarto, me deshago del vestido y me meto en la cama. Solo tengo ganas de llorar. Es increíble cómo te puede cambiar la vida en cuestión de horas. Nico y yo nunca volveremos a ser los mismos. Yo ya no lo veo ni lo quiero como a un hermano, siento pasión, deseo, amor por él, sin embargo, lamento no ser correspondida. Él quiere olvidar todo lo sucedido mientras que yo daría mi vida entera por gritarlo al mundo entero.

Cuando abro los ojos siento que me pesan los párpados y tengo un horrible dolor de cabeza. Atino a ver qué hora es y compruebo que son las seis de la tarde. No tengo ganas de levantarme ni de ver a nadie. Abro mi mesita de noche y cojo un analgésico, me lo tomo y me vuelvo a dormir. No quiero pensar en nada.

Una hora después, mi madre entra en mi habitación algo preocupada.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —me pregunta con sigilo, sentada a mi lado en la cama mientras me acaricia la mejilla con un amor infinito.

Entreabro los ojos y la miro. Tengo ganas de llorar y de abrazarme a ella, contarle todo lo que llevo por dentro, pero no lo hago.

—Estoy muy cansada —murmuro—. Necesito dormir más.

Mi madre sonríe, creo que me comprende.

—Descansa, cariño. ¿Quieres que te suba algo de comer? —niego con un gesto de la cabeza, tengo el estómago cerrado—. Luego vengo a ver que sigas bien.

Me da un beso en la frente y se marcha.

Paso el resto del día en la cama. No tengo noticias de Nico, no ha venido a mi habitación ni me ha enviado ningún mensaje. He consultado el móvil millones de veces. Siento una gran decepción con su comportamiento.

A altas horas de la mañana siguiente me obligo a levantarme. Es domingo y sé que toda la familia está en casa, incluidos mis abuelos. Que ayer no saliese de mi habitación estaba considerado como normal, pero si no lo hago hoy todos comenzarán a hacer preguntas.

Haciendo el mayor esfuerzo de mi vida me coloco un chándal, me cojo una coleta y bajo a desayunar.

—Apareció la bella durmiente —anuncia Jorge. Los mellizos están terminando de desayunar

en la cocina, es nuestro lugar favorito para empezar el día.

—Tienes los ojos hinchados de tanto dormir —aprecia Damián.

Ante su comentario me limito a mostrarle una sonrisa fingida mientras Pepa, trabaja para mis padres desde hace años junto con su marido, me sirve un zumo de naranja y me hace unas tostadas.

—¿Dónde están todos? —pregunto a mis hermanos. Evito preguntar directamente por Nico, que es el único que me interesa. Tengo una especie de contradicción en mi interior. Quiero verlo, pero al mismo tiempo me muero de miedo al tenerlo frente a frente.

—Hay movida en el despacho —comenta Jorge en un susurro.

—¿Qué pasa? —pregunto con preocupación.

—Papá está que trina. Nunca lo he visto tan enfadado —dice Damián.

—¿Por qué? —pregunto con miedo.

—Es por algo que le ha dicho Nico —anuncia Jorge.

De repente, el vaso que tengo en la mano se me resbala y caigo todo el zumo en la mesa. Pepa acude de inmediato a limpiarlo y yo la ayudo, pero lo cierto es que no atino mucho. Tengo la cabeza en otra cosa. No puedo creer que Nico haya sido capaz de contarle a nuestro padre lo que pasó entre nosotros. El corazón se me acelera y cierto nerviosismo se apodera mí.

De repente, escuchamos voces. La puerta del despacho se ha abierto.

—¡Estás arruinando tu vida! —vocifera mi padre.

—Yo creo que ha dejado embarazada a alguien —aventura Damián en un susurro.

Miro a mi hermano sin atreverme a decir nada. Me retuerzo las manos debajo de la mesa mientras permanezco sentada. No me atrevo a salir de la cocina y enfrentar a mi familia.

Mis abuelos aparecen en la cocina, seguidos de mi madre. Todos llegan con gestos serios.

—¿Qué hizo Nico para cabrear tanto a papá? —se interesa Jorge.

Miro a mi madre y quiero que me trague la tierra en ese instante.

—Ha aceptado una propuesta para jugar en Reino Unido, en vez de la que le consiguió Bosco para jugar aquí en el Real Capital —anuncia mi abuela.

—¡¿Qué?! —manifiestan con sorpresa los mellizos a la vez—. Pero si jugar en el equipo de papá es su sueño.

Mi padre lleva algunos años retirado como jugador, pero siempre estuvo en el Real Capital y el sueño de Nico era ser como él.

—¡No entiendo a este niño! —se queja mi abuelo. Se sienta a mi lado y me da un beso—. ¿Estás hoy mejor? —susurra en mi oído.

Solo soy capaz de asentir. Estoy asimilando la noticia de Nico.

—No estoy preparada para que Nico se marche fuera por unos años —murmura mi madre con pesar—. Sé que es ley de vida que los hijos se alejen de los padres, pero siempre pensé que Nico seguiría los pasos de su padre aquí. No sé qué lo ha llevado a aceptar una propuesta fuera.

—Quizá no quiera que lo comparen con papá. Hacer su propia carrera —lo defiende Jorge.

—¿Tú sabías algo? —le pregunta mi madre en tono acusatorio.

—Nada —responde mi hermano de inmediato—. Solo es una posibilidad. ¿Tan malo es que se marche? —pregunta con inocencia.

Entre los proyectos futuros de los mellizos no está el dedicarse al mundo del fútbol como mi padre y Nico.

—No entiendo a mi hijo —se queja mi madre desconcertada.

—Alba, tenéis que apoyarlo. Es su vida. Tiene que cometer sus propios errores —le indica mi

abuela.

—Lo haremos, sé que Bosco entrará en razón. Solo le ha sorprendido la noticia. Nico es un gran jugador y va a destacar en el equipo que escoja —murmura mi madre con pesar.

De repente, mi padre entra en la cocina. Mis ojos buscan detrás de él a Nico, pero ni rastro.

—Nico se marcha mañana a Manchester. No sé qué le ha pasado a mi hijo para tomar esta repentina decisión —anuncia mi padre cabreado.

—Ya sabes cómo es Nico con las mujeres, seguro que lo espera alguna interesante —manifiesta Damián en tono jocoso.

Mi padre lo mira serio y todos comprendemos que el asunto no es para bromas.

—Nico se está jugando su futuro profesional. Espero que no sea tan imbécil como para mezclar su carrera con algún lío con una mujer —dice mi padre.

Miro a toda mi familia allí reunida y no sé si sentir decepción porque Nico no haya sido capaz de enfrentar lo que pasó entre ambos, o si sentir alivio porque si así han reaccionado ante su marcha a otro equipo, algo que no esperaban, no quiero ni pensar en la reacción cuando se enterasen de lo sucedido entre ambos.

Dos años y medio después

Hoy es un día especial para mis hermanos, los mellizos, cumplen dieciocho años. Les he ayudado a mis padres a prepararles una gran fiesta en el Afaia. Tengo las esperanzas de que Nico nos sorprenda con su presencia en un día tan señalado en la vida de sus hermanos. Desde que se marchó a Manchester no va vuelto más. Siempre se excusa con partidos, viajes, compromisos... Lo eché de menos en la fiesta de mi mayoría de edad, pero sabía que no iba a venir. Desde la noche en la que nos acostamos cuando cumplí dieciséis años no he vuelto a saber nada de él de una forma directa y personal. Estamos en el mismo grupo de Whatsapp de la familia donde compartimos nuestras cosas, pero nada más. Mis padres, mis hermanos, mis tíos, mis primos y mis abuelos sí han ido a Manchester a visitarlo en este tiempo, pero yo he evitado hacerlo. Siento una enorme decepción y dolor. Cada beso y cada caricia de Nico permanecen en mis recuerdos como si los tuviese grabados y sé que difícilmente algún día podré olvidarlos. Sin embargo, él debió de hacerlo. Mujeres alrededor no le faltan nunca. Por sus actos, deduzco que ha borrado de su mente lo que vivimos juntos. Por mis padres sé que no tiene una relación formal con nadie, pero tampoco está solo. Algo de esperar en un hombre como él. No solo es guapo y atractivo a rabiar, se ha convertido en un gran jugador y su carrera se ha impulsado de forma vertiginosa. Según mi padre está ganando mucho dinero. No solo en el campo de juego, Nico se ha convertido en un modelo muy cotizado y aclamado. Firmas y marcas se pelean por su imagen.

Me he enterado por mi tío Rodrigo que se ha comprado en Madrid un chalet que está reformando entero. Durante un tiempo albergué la esperanza de que volviese, pero a día de hoy prefiero que esté lejos. El dolor de tenerlo cerca sería más grande si lo tuviese que ver con frecuencia. De esta forma, me considero una fan más, enamorada en la lejanía, del gran Nicolás Hungría. Considerándolo un imposible.

He escogido un vestido negro con transparencias para la celebración del cumpleaños de los mellizos. Por expreso deseo de ellos todos llevaremos máscaras hasta que soplen las velas. Quieren darle algo de misterio y que sea una fiesta diferente.

He recogido mi pelo en un moño alto y llevo una máscara negra con brillantes. Me la coloco para probar el efecto con el vestido, el maquillaje y el pelo recogido, y compruebo que me queda todo genial. Mis ojos azules resaltan más que nunca.

Admiro el retoque estético que me he hecho hace poco en la nariz, tenía una pequeña desviación del tabique nasal, y no puedo estar más contenta con los resultados. Soy una mujer que me considero guapa y cuido mucho mi cuerpo para tener la figura envidiable que luzco. He recibido muchas ofertas, muy cuantiosas, para dedicarme al mundo de la publicidad y posar como imagen y modelo, pero las he rechazado todas. Acabo de entrar en la universidad a estudiar medicina y quiero centrarme en mi carrera. Mis padres me apoyan en eso. Sobre todo, mi madre y mi tía me aconsejan que estudie y luego ya decida a qué me quiero dedicar en el futuro. No tengo problemas económicos y prefiero llevar una vida más privada por el momento, siempre dentro de lo permitido por ser la hija de Bosco Hungría y Alba Serrano. Dos personas que son

conocidas en toda España y fuera de nuestras fronteras.

Unos toques en la puerta de mi habitación me sobresaltan, son los mellizos. Asoman la cabeza por la puerta y me preguntan:

—¿Lista?

—¡Estás impresionante! —me indica Damián.

—Guau, pero... qué vestido —lo admira Jorge—. Si no fueses mi hermana...

Estas palabras me dejan en shock. Después de lo sucedido con Nico si alguno de los mellizos llegara a verme como mujer en vez de como hermana me tiraría de un puente. Pero de inmediato ellos sonrían y mi cuerpo se encaja. En sus miradas limpias y transparentes puedo ver que me quieren con locura, pero es un amor de hermanos, como el que yo les tengo.

—Preparada para la fiesta de mis mellizos. Tiene poco de sorpresa —me quejo con aire divertido.

—Queríamos un fiestón, por ello nos hemos permitido participar en algunos aspectos —comenta Jorge.

—Lo será. Me encanta el detalle de que todos llevemos máscaras y de que no hayáis revelado vuestra lista de invitados —comento alzando mi máscara.

—Va a ser una super celebración —vitea Damián.

—Vamos, que papá y mamá nos esperan abajo —nos anima Jorge.

Los admiro y les sonrío. Se nota que ambos están muy contentos, y muy guapos. Los mellizos tienen los ojos de nuestro padre y se parecen mucho a él físicamente, sin embargo, Nico es el que va a seguir los pasos de nuestro padre como jugador. A los mellizos le interesan más el mundo del caballo. Son unos jinetes maravillosos y están deseando acabar el instituto y dedicarse de lleno al negocio familiar de los caballos en Jerez.

Cuando bajo las escaleras puedo ver cómo mi padre repasa mi vestido de arriba abajo.

—¿No es un poco... transparente? —pregunta con una sonrisa mientras me susurra en el oído que estoy muy guapa.

—No seas anticuado, es la moda —le replico abrazada a él.

—Estás maravillosa, mi amor —me indica mi madre. Para ella no es una sorpresa, me ha acompañado a elegirlo.

—Tú también estás guapísima —la elogio. Lleva un vestido en tono lima que le sienta divinamente.

—Y mis hombretones están... —Mi madre va hasta ello y los besa—. ¿En qué momento habéis crecido tanto? —pregunta admirándolos.

Hasta el momento ignoro si Nico va a asistir a la fiesta de los mellizos, no ha dicho nada por el grupo de la familia, al no verlo llegar a casa ni que esté allí en esos momentos me deja claro que no vendrá.

—Vámonos —indica mi padre.

—¿Nico no ha venido? —pregunta Damián. Pasea la mirada por el salón como si lo buscase.

—Le surgió algo de última hora. Me lo acaba de decir —le indica Jorge.

—Tu hermano siempre igual. Lo último es la familia —se queja nuestro padre—. Desde que se marchó se escaquea de todos los eventos familiares.

—Tiene muchos compromisos, y vive fuera —trata de excusarlo mi madre.

—Lo echaremos de menos, como en tu fiesta, hermanita —indica Jorge mientras salimos al exterior para montarnos en el coche.

Cuando llegamos al Afaia todo es muy diferente a mi fiesta de hace unos meses. Los mellizos han prescindido de los globos y una decoración llamativa. Ellos han preferido a un buen y reconocido profesional para poner la música, una buena barra con cócteles sofisticados y exclusivos canapés. Le han dado a la fiesta un toque de misterio al llevar todos unos antifaces que nos quitaremos cuando soplen las velas. Hay mucha más gente que en mi fiesta. Mis hermanos tienen más amigos.

En cuanto llegamos al Afaia pierdo de vista a mis hermanos, sus amigos los acaparan, los felicitan y se ponen a bailar. Yo permanezco con mis padres, mis tíos y mis abuelos.

—¿Y los primos? —le pregunto a mi tía Julia.

—Deben de estar por ahí. Estela y Declan llegaron con nosotros —me responde.

—Voy a buscarlos.

Estela es solo dos años más pequeña que yo, pero me llevo muy bien con mi prima. Es una gran amiga y tenemos muchas cosas en común. Mi primo Declan tiene quince años, pero es muy amigo y cómplice de los mellizos. A los tres les encanta el mundo del caballo y pasan mucho tiempo juntos en la finca de Jerez de mi padre.

Busco entre el tumulto de gente un vestido rojo, sé que mi prima va vestida de ese color. Nos hemos enseñado nuestros trajes para la fiesta. Suelo salir mucho de compras con ella y nuestras madres. Lo cierto es que las cuatro nos llevamos muy bien y hacemos un buen equipo. Hace dos años nos fuimos todas juntas de vacaciones unos días y resultó ser uno de los viajes más bonitos que recuerdo. En esa escapada me recuperé por completo de la marcha de Nico. Después de lo sucedido entre nosotros me quedé muy tocada de ánimos.

Diviso a lo lejos a mi prima y voy hasta ella. En el trayecto me choco sin querer con un hombre. De inmediato le pido disculpas, pero al mirarlo bien a los ojos una corriente eléctrica sacude con fuerza todo mi cuerpo. Pese a llevar un antifaz negro que cubre parte de su rostro, me quedo paralizada. Yo jamás olvidaría esos ojos. Observo que los tiene más azules, más intensos y muestra en ellos un brillo especial.

De forma inconsciente, al chocar ambos, me tiene tomada por la cintura. El calor de sus manos traspasa el tejido de mi vestido y puedo sentirlo en mi piel.

—Nico —balbuceo con el corazón acelerado. A estas alturas, era la última persona que pensaba encontrarme en la fiesta de los mellizos.

—Victoria —pronuncia mi nombre con sorpresa. Se tensa de repente y aparta las manos de mi cuerpo—. Tú... —me indica mirándome de arriba abajo—. Estás... muy cambiada —atina a decir.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de golpe, sin poder evitar cierto tono de reproche.

—Es el cumpleaños de mis hermanos. Quiero darles una sorpresa. He cogido un avión a última hora —justifica sonriente.

Lo admiro en silencio, alto, fuerte, imponente. Su olor impregna todos mis sentidos. Lo siento diferente, más... hombre, sexy y deseable.

—No quiero interrumpir, ve con ellos —le indico algo nerviosa. Su presencia me ha alterado bastante.

Nico me dedica una medio sonrisa. No nos hemos quitado nuestras máscaras, pero su mirada y su sonrisa no las olvidaría jamás.

—Estás muy guapa, Victoria. Te veo diferente —comenta a modo de apreciación.

Siento que su mirada recorre todo mi cuerpo. Repara en mi pronunciado escote y repasa mis piernas, cubiertas por un tul transparente.

—Te veo luego, me esperan —le miento mientras dirijo la vista hacia unos amigos de los mellizos que he reconocido, con ellos está mi prima.

En el trayecto hacia ellos no puedo evitar darme media vuelta y comprobar si Nico se ha marchado, para mi gran sorpresa veo que continúa en el mismo lugar que lo dejé y no deja de mirarme. Sigo mi camino y cuando llego hasta mi prima y los demás procuro no mirar más a Nico.

—¿Estás bien? —me pregunta mi prima Estela en cuanto me ve.

—Eh... sí, solo que me acabo de cruzar con alguien que no esperaba —justifico algo alterada. He de reconocer que ver a Nico de frente después de dos años y medio me ha descolocado.

—¿Un hombre? —pregunta con misterio, mostrándome una sonrisilla—. Andrés está aquí. Mis primos lo han invitado —murmura.

Hace dos meses que tonteo mucho con él, hemos salido varias veces juntos. Es guapo, amable y simpático. Sé que lo tengo loco, pero no sé qué me pasa que desde que Nico pasó por mi vida a todos los hombres le encuentro un defecto y los comparo con él. Cuando me besan pienso en Nico y cuando me tocan deseo que fuese él.

—No solo sabía —le indico con sorpresa.

—Al parecer juega al golf con tus hermanos. Este mundo es un pañuelo —comenta mi prima.

—Los mellizos han invitado a medio Madrid —me quejo al ver la discoteca llena de gente.

—Vamos a tomarnos algo, a bailar y a pasarlo bien. —Mi prima me toma de la mano y me arrastra hasta la barra.

Cuando llega el momento de soplar las velas y deshacernos de los antifaces ha pasado una hora desde que me crucé con Nico y no lo he vuelto a ver más, pese a que de forma inconsciente lo he buscado mientras bailaba con Andrés. Desde que nos encontramos al pedir unas bebidas no se ha separado de mí. Me ha rogado que le presente a mis padres, pero le he indicado que no es el momento adecuado. Sé que quiere que seamos novios formales, pero a mí me cuesta dar el paso. Me gusta que solo sea un amigo especial, sin compromiso.

Nico vuelve a aparecer cuando los mellizos soplan las velas y todos nos descubrimos los rostros. Se produce una verdadera revolución, sobre todo entre las chicas, cuando aprecian que Nicolás Hungría está en la fiesta.

Nico se abraza a los mellizos y esa imagen de mis tres hermanos juntos me llega al corazón. Me reprocho y culpabilizo por no ver a Nico como a Damián y a Jorge. Todo en mi vida sería mucho más fácil.

Deseo

Los zapatos que llevo me están matando los pies. Recuerdo que en el despacho de mi padre tengo unas sandalias planas y acudo a cogerlas. Cuando voy de camino, unas manos me atrapan la cintura y unos labios me besan el cuello. Me sobresalto y lo hago aún más cuando me giro y compruebo que es Andrés quién intenta apoderarse de mi boca.

—Llevo toda la noche con la mirada clavada en las curvas de tu cuerpo y este vestido con transparencias me tiene loco de deseo, Victoria —murmura acariciándome—. ¿Nos vamos a un lugar más privado? —me propone.

Intento alejarlo de mí.

—Aquí no, Andrés. Voy al despacho a por otros zapatos —le dejo claro apartándolo de mí.

—Te acompaño —me indica sonriente, con una mirada lasciva y una sonrisa que sé lo que pretende con ella.

—No —le manifiesto tajante. Puedo sentir el deseo de Andrés y no me apetece liarme con él en el despacho de mi padre. Más que nada porque desde que ha aparecido Nico no consigo sacarlo de mi cabeza.

Pero Andrés no me hace caso. Me atrae hacia su cuerpo de nuevo e intenta besarme a la misma vez que yo me resisto.

—Creo que te ha dicho que no —resuena la voz de Nico y aparece detrás de Andrés. De inmediato, mi amigo especial aleja las manos de mi cuerpo y se separa un poco de mí—. ¿Todo bien? —pregunta mi hermano mirándome a mí, serio, con ambas manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Sí —indico de inmediato.

—Venía a acompañarla por otros zapatos —se excusa Andrés con la mirada clavada en el despacho de mi padre, unos metros al fondo del pasillo donde nos encontramos.

—Ya le acompaño yo. Puedes esperarla abajo —le indica Nico a Andrés en tono de una orden.

Tomo una bocanada de aire y suspiro. Andrés desaparece en silencio mientras que Nico y yo nos quedamos a solas, observándonos con miradas cargadas de reproches en silencio.

Cuadro los hombros, intento recomponerme y me dirijo al despacho sin decirle nada a Nico, que me mira como si hubiese hecho algo malo. Escucho que me sigue. Cuando me adentro en la estancia él lo hace detrás de mí y cuando advierto que cierra la puerta me sobresalto. Lo miro inquieta. No estoy preparada para compartir un mismo lugar que él a solas. Su presencia y su olor me alteran. Me coloco detrás de la mesa y pongo las manos en ellas para establecer un poco de distancia entre nosotros.

—¿Qué pasa? —le pregunto en tono de reproche. Me inquieta que me repase de arriba abajo en silencio con una mirada seria.

—¿Interrumpí algo importante con ese tío? ¿Es tu novio? —pregunta con cierto tono de enfado.

—Tenemos algo —le revelo de frente, mirándolo a los ojos. Quiero ver su reacción. Yo estoy

harta de verlo con otras mujeres en las revistas y redes sociales.

Compruebo que tras mis palabras la mirada de Nico arde. Sus ojos azules se convierten en llamas. Da dos zancadas y se coloca a mi lado. Me toma por la cintura y se acerca de forma peligrosa a mí.

—Joder, Victoria. ¿Qué tienes que provocas este inmenso deseo en mí que no es capaz de despertar nadie más? —murmura en una especie de lamento mientras me acaricia el cuello con su boca y aspira mi aroma.

Ante su reacción y sus palabras me quedo paralizada. Nico se apodera de mis labios de una forma voraz y yo me entrego a ese beso con el que he soñado durante más de dos años.

Mis pies se apartan del suelo, no me quejo, continúo besándolo y acariciándolo con ansias mientras me sienta en la mesa y ambos gemimos de placer. Por unos segundos paramos de besarnos y nos miramos a los ojos. No hacen falta palabras cuando las miradas lo dicen todo. El deseo que encontramos en el otro estremece nuestros cuerpos y decidimos dar rienda suelta a todo lo que sentimos. Sonrío sobre sus labios cuando me siento deseada por Nico. Nos arrancamos la ropa con prisas, en silencio, entre miradas cómplices, y sentimos el tremendo placer de estar desnudos, piel con piel. Nos besamos y nos amamos como si no hubiese un mañana.

Cuando Nico entra dentro de mí y lo acojo siento un gran alivio, lo he anhelado tanto... Él se detiene unos segundos, me mira a los ojos en silencio, siento que está disfrutando del momento. No me lo dice, pero sus ojos me revelan que no es solo sexo, que entre nosotros existe algo más. Una poderosa atracción y un deseo que se prende en llamas en cuando nos miramos y estamos a solas. Comienza a moverse con fuerza dentro de mí mientras que siento que me voy a morir de placer. Nos dejamos llevar y explotamos a la misma vez. Es lo más intenso, bonito y maravilloso que he sentido en mi vida.

Tener a Nico abrazado a mí, besándome y acariciándome con mimo me hace sentir tan especial que se me saltan las lágrimas. Una vez más calmados, no me atrevo a mirarlo a los ojos.

—Victoria... —lo escucho murmurar sobre mi cabello—. ¿Qué hemos hecho? —pregunta en una especie de lamento.

Apoyo las manos contra su pecho desnudo y hago presión en él para mirarlo a la cara.

—¿Te arrepientes? —le pregunto a la defensiva, algo alterada. Se pasa las manos por la cara, la cabeza y comienza a recoger su ropa para vestirse mientras que suspira en silencio—. ¿No vas a decir nada? —lo increpo.

—¿Qué quieres que diga? Nos hemos dejado llevar de nuevo. Algo que pensé jamás volvería a suceder entre tú y yo y he evitado durante todo este tiempo.

—¿Vas a negar que sentimos algo muy fuerte? —le espeto con valentía—. ¿O lo vas a solapar con que solo es deseo, ganas de sexo? Hay muchas mujeres en esta fiesta —Indico con la mano el cristal del despacho por el que se ve la discoteca entera—, ¿por qué yo? —le recrimino mirándolo a los ojos, sin importarme estar completamente desnuda ante él mientras que Nico ya está vestido.

—Verte con ese tío... No sé... Ha despertado mi lado más salvaje —Se pasa las manos por la cabeza de nuevo, alterado—. Estaba claro lo que ibais a hacer aquí si yo no hubiese llegado a tiempo.

Lo miro con ganas de darle una paliza por lo que está insinuando.

—No me tomes por una cualquiera —le indico con rencor.

—No lo hago, eres una mujer impresionante. Puedes tener a los hombres que desees con una

sola mirada.

—¡Qué lástima que solo te desee a ti de esta forma incontrolada! —manifiesto, furiosa mientras que comienzo a recoger mi ropa—. Que esto que siento solo me pase contigo —le espeto con rabia—. Cuando intento estar con otro hombre tú siempre apareces en mi cabeza y lo estropeas todo —le hago ese reproche de forma inconsciente mientras busco mi ropa.

Siento que la mano de Nico tira con fuerza de mi brazo para que me incorpore y lo mire.

—Me estás diciendo que... —comienza a decir con gesto de sorpresa en su rostro.

—Sí, joder, sí. Tú habrás estado con mil tías desde que te acostaste conmigo y seré una más en tu larga lista, pero para mí no fue igual. Sí, fue mi primera vez —reconozco alterada—, pero me marcaste, Nicolás Hungría. En estos dos años no me he acostado con nadie más por miedo a que desaparezcan tus recuerdos y que otro ocupe tu lugar, ya que no estoy preparada para soportarlo —le espeto con valentía, siento que ya me da lo mismo todo.

Los ojos de Nico se agrandan mucho ante mi confesión. Me acerca más a su cuerpo y, sin mediar palabra, se apodera de mis labios y me besa con pasión.

—No he podido olvidarte en todo este tiempo. Has sido un recuerdo constante que llegué a calificar como obsesión —confiesa con los ojos entornados mientras acaricia mi cuerpo desnudo.

Me lanzo sobre sus labios y lo beso. Me corresponde con ganas, comienzo a quitarle la camisa y vamos juntos hasta un gran sofá que hay en un rincón. Nos tumbamos sobre él y volvemos a hacer el amor. En esta ocasión, de una forma más calmada, mirándonos a los ojos, besándonos con mimo, disfrutando de nosotros al mismo tiempo que nuestras miradas dicen todo lo que no pronunciamos en voz alta.

De repente, Nico se sobresalta, se coloca en pie y tira de mí. Me hace un gesto para que guarde silencio mientras se sube los pantalones y se coloca la camisa con rapidez. Agudizo el oído y escucho pasos que se acercan al despacho. Lo miro con los ojos muy abiertos. Él me indica que me esconda debajo de la mesa. Recoge toda mi ropa de un puñado del suelo y me la entrega. Desnuda, me acurruco debajo de la mesa. Me sobresalto y me muerdo el labio cuando escucho que la puerta se abre de golpe. Nico lleva la camisa mal colocada y es evidente lo que hace allí.

No me niegues

—Nico —escucho que pronuncia la voz de mi padre cuando se abre la puerta.

—¿Qué haces aquí, hijo? —pregunta la voz de mi madre.

—Creo que es evidente, mi amor —dice de inmediato mi padre.

—Papá... —comienza a decir Nico algo nervioso.

—No tienes que excusarte. Ya eres mayorcito, pero en mi despacho nunca más —le advierte—. Este lugar es de tu madre y mío —comenta con cierto tono que me hace pensar que mis padres venían al despacho a hacer lo mismo que Nico y yo. Me tapo los ojos. Son mis padres y jóvenes, pero imaginarlos así...

—Siento... —Nico no sabe qué decir. Permanece tras la mesa y yo tengo sus piernas delante. Tiro de su pantalón, haciéndole notar mi presencia. Por si por algún casual me ha olvidado y se le ocurre marcharse—. Si me dais unos minutos... —les indica apurado.

Escucho que mis padres emiten una sonrisilla.

—Mejor termino esto con tu madre en casa —anuncia mi padre—. Encárgate de los mellizos y de cerrar el Afaia. Supongo que tu noche acaba de empezar, hijo —le indica mi padre a Nico.

Escucho que la puerta se cierra. Se han ido. Estoy tan paralizada que me quedo donde estoy, incapaz de salir.

—Ya —me indica la voz de Nico. Al ver que no salgo, se agacha y me tiende la mano. Me coloco en pie y comienzo a vestirme en silencio, pensativa—. Han estado cerca de descubrirnos —murmura paseándose las manos por el pelo, incómodo.

—¿Y si lo hubiesen hecho? —le pregunto con valentía, mirándolo de frente.

—Mi padre me hubiese cortado las pelotas —afirma muy seguro de ello.

—No somos hermanos —le recuerdo.

—Para ellos somos sus hijos. Nunca hicieron distinciones. A mi madre podría darle un infarto.

Estoy de acuerdo con esto. Bosco y Alba se comportaron conmigo siempre como con el resto de sus hijos, incluso, en ocasiones, sentía que me otorgaban ciertos privilegios por ser la única niña.

—Estoy segura de que si se lo explicamos lo entenderán —le indico a Nico, armada de paciencia.

Él me mira como si hubiese dicho la mayor aberración del mundo.

—Esto... tú y yo... No lo entenderían. No es posible —me deja claro.

—Para mí lo importante es que lo entendamos nosotros. El resto del mundo me da igual —le manifiesto con garra.

—Es complicado, Victoria —me explica moviéndose inquieto por el despacho. Se acerca a la puerta y echa el seguro—. Hemos vuelto a cometer un gran error —murmura mirándome de frente.

Yo no lo creo, pienso que han hablado nuestros sentimientos, pero lo observo con tal decepción por su cobardía que no le digo nada. Me limito a colocarme los zapatos y estar lo

suficientemente decente como para marcharme de allí de inmediato.

Cuando voy a apartar a Nico de mi camino, me indica:

—No salgas todavía. Dale tiempo a papá y a mamá para que se marchen.

—Vete tú, avísame por el móvil si tengo el camino despejado —le propongo en tono de reproche.

Él siente mi enfado. Se acerca a mí, me mira con los ojos entornados y mi corazón se acelera cuando leo un atisbo de amor hacia mí en sus ojos. Coloca una mano en mi mejilla, la acaricia con mimo y yo me lanzo a sus labios. Lo beso con locura y desenfreno. Necesito que sienta que no ha sido un error, que lo deseo, lo quiero y que no nos merecemos ocultar lo que sentimos. Me devuelve el beso, pero cuando estamos a punto de desnudarnos de nuevo se para en seco, me mira, mira por los cristales del despacho, observa a toda la gente que baila y bebe en la discoteca y siento que su mirada y su cuerpo se enfrían.

Da dos pasos hacia atrás, se aleja de mí y murmura:

—Te avisaré cuando llegue abajo y puedas salir sin que nadie te vea.

Sin esperar una respuesta ni reacción de mi parte, se da media vuelta y se marcha.

He mantenido el tipo hasta que Nico ha desaparecido de mi vista, pero cuando me quedo sola me siento en el sillón más cercano y me derrumbo por completo sintiéndome la peor mujer del mundo por haberme atrevido a poner los ojos en mi hermano mayor.

Dejo pasar media hora más desde que Nico me avisa que puedo salir del despacho, necesitaba tiempo para recomponerme. Ya no vuelvo a la fiesta, no tengo espíritu. Decido marcharme a casa con el sabor agri dulce de haber experimentado la mejor noche de mi vida junto con la peor. He apreciado en los ojos de Nico el deseo, la pasión y el amor que siente por mí, pero también he sentido la decepción y la lejanía que está dispuesto a interponer entre nosotros.

Cuando llego a casa tengo tres mensajes de Nico preguntándome dónde estoy. Supongo que estará buscándome entre los invitados de la fiesta, pero no le contesto. Decido tomar la misma actitud que él dos años y medio atrás. Es mejor tenerlo lejos. No puedo soportar que me niegue, porque si lo hizo, considero que su amor no es tan grande como el mío. No lo merezco. Yo quiero más y él no está dispuesto a luchar por ello. Me quedo con la sensación de que quizá solo haya sido una diversión para mi hermano.

Cuatro años después

—Ha llegado el momento de volver a casa —me indica mi amiga Vanesa.

En los últimos años se ha convertido en mi hermana. Siempre a mi lado, apoyándose en todo. Nos conocimos en la carrera y desde entonces somos las mejores amigas del mundo.

—Voy a tener que enfrentarme a muchas cosas, una nueva vida —le comento con la mirada clavada en todas las cajas que tenemos ya hechas en el piso que compartimos juntas en Houston.

—Estos años han sido toda una aventura, pero hemos aprendido mucho —me recuerda.

Le sonrío y asiento. Hemos terminado la carrera de medicina, nos hemos especializado en traumatología, hablamos un inglés americano a la perfección y nos consideramos dos buenas profesionales. Después de cuatro años fuera de casa hemos decidido volver. A mí me ha costado más tomar la decisión que a Vanesa, pero las cosas han cambiado mucho y ahora regreso con un futuro en mis manos, dispuesta a centrarme por completo en él.

Me abrazo a Vanesa y le digo:

—Voy a echarte de menos.

—Y yo.

Hemos compartido piso desde que llegamos a Houston, pero ahora a nuestra vuelta a España cada una hará su vida por separado. Vanesa ha alquilado un piso en el centro de Madrid y yo, hasta que encuentre uno adecuado, voy a volver a casa de mis padres. Su chalet es muy grande y han insistido tanto que no me he podido negar. En estos años fuera apenas los he visto en cuatro ocasiones, mi madre está como loca con mi vuelta. De volver a tenerme en casa y verme a diario.

—Pero vamos a vernos todos los días —me recuerda Vanesa.

Trabajaremos juntas en un hospital privado de la capital que mi padre ha adquirido hace unos años. Me enfadé con él cuando me contó que había invertido en ese negocio, pero me dijo que era una asignatura pendiente conmigo. Nico se dedica al fútbol como él y le ha enseñado todo lo que sabe y los mellizos son unos apasionados de los caballos y grandes jinetes que se encargan de la finca de Jerez, quería que yo también tuviese algo suyo, darme un futuro seguro como a mis hermanos. Tras algún tiempo lo entendí.

El sonido de mi móvil hace que lo mire, me acaba de entrar un mensaje.

—Es el piloto de mi padre, todo está listo —le comunico a Vanesa.

Mi padre nos ha enviado su avión privado. En ocasiones es muy cómodo disfrutar de las ventajas que me da ser hija de Bosco Hungría.

Vanesa llama a las personas que tienen que recoger el resto de cajas que nos quedan y luego pide un taxi. Echamos una última mirada al apartamento casi vacío, ha sido nuestro hogar en los últimos tiempos, nos emocionamos, nos abrazamos y Vanesa me susurra:

—Es hora de cambiar de aires.

—Si no fuese porque Avril me espera en Madrid te juro que en estos momentos siento tanto miedo que me quedaría. Creo que no estoy preparada para mi vuelta —le indico asustada.

—No seas tonta. ¿Te vas a venir abajo ahora con lo fuerte que has sido en estos años y todo lo que has luchado? —me recuerda mi amiga.

—Siento que llevo una mochila en mi espalda que pesa demasiado —le revelo con pesar.

—Te seguiré ayudando con el peso, ya lo sabes. —Abrazo a Vanesa sintiéndome muy afortunada de tenerla en mi vida, ella y mi prima Estela son mis dos grandes pilares en esta vida. Me apoyaron cuando más lo necesité y siempre las he tenido de forma incondicional.

Nos dirigimos al aeropuerto y allí nos montamos en el avión privado de mis padres. Saludo al piloto y a la tripulación, nos sentamos mientras que nos sirven unos refrescos y esperamos para despegar. Paseo mi mirada por el lujoso avión y recuerdo la última vez que me monté en él. Fue un año y medio atrás. Acudí a Madrid un fin de semana para celebrar el cincuenta cumpleaños de mi padre. En una fecha tan señalada no podía faltar, sino asistía estaba segura de que mi madre se presentaría en Houston para ver qué me ocurría, y durante todos estos años he evitado visitas inesperadas de mis padres. Con un avión privado a su disposición nunca sabía cuándo los iba a tener tocando en mi puerta. Menos mal que mi prima Estela, a través de su madre, me mantenía informada de todos sus pasos. Mi madre y mi tía Julia siguen siendo uña y carne. La una lo sabe todo de la otra.

Abro los ojos cuando siento que estamos aterrizando. He pasado casi todo el viaje con los ojos cerrados. Quizá Vanesa haya pensado que dormía, pero lo cierto es que solo pensaba y pensaba. Mi vuelta a Madrid lleva un plan trazado y no puedo desviarme de este. Sé que no será fácil, ningún comienzo lo es, pero tras pensarlo mucho he decidido que quiero estar al lado de mi familia y asentar mi vida definitivamente ahí.

Cuando bajamos del avión un coche nos espera. Me resulta raro que ni mi padre ni mi madre hayan venido a recogerme. Le indico al chófer de nuestra familia que deje primero a Vanesa en su nueva casa de alquiler, pero ella insiste en que quiere ver a Avril. Hace dos semanas que está en casa de mis padres y, al igual que yo, la echa de menos. Ella ha sido parte de nosotras todo el tiempo que hemos estado en Houston.

Admiro el buen tiempo que hace en la capital. Estamos a principios de mayo y estoy deseando darme un buen chapuzón en la piscina de la casa y luego marcharme unos días al chalet de mis padres en Mallorca con Avril.

El coche en el que viajamos se detiene delante de la propiedad que ha sido mi hogar durante años, por primera vez siento que ya no lo es. He pasado solo cuatro años fuera, como muchas personas de mi edad, terminando sus estudios, pero yo he pasado por tanto que siento que ha sido más tiempo. Suspiro mientras atravesamos la gran verja negra de entrada y fijo la mirada en la casa y el enorme jardín. Me llevo una gran sorpresa cuando descubro que hay muchos coches en la entrada y el jardín está lleno de gente.

—¿Una fiesta? —le pregunto a Vanesa algo confusa. Después de tantas horas de avión y la diferencia horaria solo me apetece descansar en mi habitación.

—Es una sorpresa —anuncia con media sonrisa—. Tu madre y Estela me pidieron que no te dijese nada.

—¡Joder! —me quejo de inmediato. No contaba con ello.

—Ya sabes cómo son tus padres. Regresas convertida en una gran profesional. Están orgullosos de ti.

—No te lo voy a perdonar —le advierto mientras miro a toda la gente que hay.

Cuando nos bajamos del coche los primeros que vienen a recibirnos son mis padres. Me abrazo a ellos y me llenan de besos. Están muy contentos de que haya regresado definitivamente. También están mis hermanos pequeños, mis abuelos, mis tíos, mi prima Estela y su hermano Declan. Lo cierto es que me agrada verlos a todos, los admiro y veo que mis hermanos pequeños

han cambiado mucho respecto a la última vez que los vi. Los mellizos son dos hombretones guapísimos.

Cuando nos adentramos en el jardín compruebo que no solo es una reunión familiar lo que mis padres han organizado, sino una fiesta con catering y todo.

—Mamá, papá, creo que os habéis pasado —les indico admirando la que tienen montada en el jardín.

—Hoy es un gran día. Vamos a dar dos grandes noticias a la familia y nuestro círculo más cercano, y mañana se harán públicas en una rueda de prensa —anuncia con felicidad y orgullo mi padre.

Los miro con miedo. No tengo ni idea de qué se puede tratar. Luego dirijo la mirada a mi prima y a Vanesa, en busca de que sepan algo, pero ambas se encogen de hombros a la misma vez.

—¿No me podéis adelantar nada? —le pregunto con curiosidad a mis padres.

—Los mellizos también están impacientes, pero hemos decidido comunicarlo a todos a la vez —dice mi padre con la mirada clavada en mi madre, que luce radiante y feliz.

Echo un vistazo por el porche y el jardín en busca de la persona más importante en mi vida, me extraña que no haya acudido a mis brazos, pero no consigo verla.

—¿Dónde está Avril, mamá? —le pregunto con cierto tono de preocupación a no verla entre la gente.

—Oh, hija. Está dormida en su habitación. Es su hora de la siesta —dice consultando el reloj.

—Voy a verla —le indico de inmediato. No me aguento las ganas de achucharla.

—Te acompaño —se ofrece mi madre.

De camino a su habitación, mi madre le acondicionó la que con anterioridad fue mía, mientras subimos las escaleras le pregunto:

—¿Se ha portado bien durante estas semanas? ¿Me ha echado de menos?

—Avril es un amor. Tenerla estas dos semanas en exclusividad ha sido un completo regalo. Cada vez que me dice abuela me derrieto.

Cambios

—La amo con locura —le manifiesto a mi madre—. Es el motor de mi vida.

—Es una niña maravillosa. Tengo que felicitarte. La has educado muy bien. He de confesar que cuando nos dijiste de adoptarla no nos mostramos muy participativos con la idea, queríamos que te centrases en tus estudios, eras muy joven para hacerte cargo de ella sola, pero ese corazón y esa alma llena de bondad que tienes no te permitió dejarla a su suerte —me recuerda mi madre.

—Tú hiciste lo mismo conmigo. —La abrazo, emocionada, con lágrimas en los ojos.

—Estoy muy orgullosa de ti, mi vida. Y feliz. Tenerte a ti y a Avril en esta misma casa es una maravilla.

—No será por mucho tiempo. Ya lo hemos hablado —le recuerdo.

—Lo sé. Voy a ayudarte a encontrar un hogar adecuado para ambas, pero déjame disfrutar de vosotras mientras tanto. En estos momentos creo que la vida me está recompensando más de lo que merezco. Soy tan feliz... —Me abraza y me besa emocionada.

Entramos en la habitación y veo a Avril dormida en su camita.

—¿Qué has hecho aquí? —le pregunto a mi madre al observar bien el cuarto. Lo ha cambiado por completo.

—Lo que mi nieta me pidió —me indica con orgullo.

Me hace tan feliz que la llame y la considere así que se me saltan las lágrimas. Avril llegó a mi vida en un momento inesperado, pero cuando más le necesitaba para sanar todas mis heridas. Centrarme en ella y en mis estudios hizo que superase por completo alejarme para siempre de Nico.

Me siento en la cama y me abrazo a ella. Está dormida, pero cuando siente mi contacto parece que me huele y se despierta. Me mira, se revuelve en la cama, se pone de pie y grita con alegría:

—¡Mami!

Me abrazo a ella y la lleno de besos. Desde que llegó a mi vida nunca he estado tantos días separada de ella. Entre Vanesa y yo la hemos criado. Siempre le estaré eternamente agradecida a mi amiga, por todos los turnos que cambió en sus prácticas y las noches que no salió por cuidar de Avril mientras yo no podía hacerlo. El dinero no era problema para mí, pero no me gustaba dejar a la niña con ningún desconocido.

—Cariño, qué ganas tenía de verte. —La abrazo y la beso—. ¿Me has echado de menos? —le pregunto. Ella asiente y se abraza a mí.

—Te quiero mucho, mami —murmura. Y a mí se me derrite el corazón—. Me lo he pasado muy bien con los abuelitos —me indica, feliz—. Quiero quedarme aquí para siempre.

—Sus deseos son órdenes —murmuro sonriente—. Estaremos aquí con ellos un tiempo.

—Bien —grita Avril saltando en la cama.

—Vamos al jardín. Hay una fiesta —le revela mi madre a Avril.

—Sí, quiero ir —dice muy contenta. Es una niña muy simpática, muy extrovertida.

—Vamos, mi amor. —Mi madre la coge en brazos y nos dirigimos de nuevo al exterior de la casa.

En cuanto pongo un pie en el jardín me quedo paralizada cuando me topo con Nico de frente. No estaba preparada para verlo nada más llegar. Intento recomponerme mientras que él me pregunta como si nada:

—¿Qué tal el viaje?

Los miro mientras pienso que él sí sabía que yo estaría aquí.

—Bien, algo cansada de tantas horas de vuelo —le contesto mientras mi mirada está clavada en su mano, entrelazada con la de su futura mujer. A la cual solo la conozco por fotos.

—¿Así es cómo vas a saludar a tu hermana después de tanto tiempo sin verla? —le regaña nuestra madre, situada a nuestro lado aún con Avril en sus brazos.

—Oh, perdón. Yo también estoy recién llegado, aunque con menos horas de avión —se disculpa Nico al mismo tiempo que suelta la mano de la mujer que tiene al lado, me da un casto y rápido beso en la mejilla, el cual no le devuelvo, y me abraza.

—Hola, Victoria —me saluda Raquel con familiaridad.

Un año atrás Nico la presentó al resto de la familia como su novia. La saludo con una sonrisa forzada a la misma vez que la miro de forma inconsciente de arriba abajo. Es modelo y no puedo negar su belleza y elegancia.

—¿No vas a saludar a tu sobrina? —le indica mi madre a Nico.

Él posa los ojos sobre Avril a la misma vez que a mí se me acelera el corazón. La conoce solo por fotos, desde que ella llegó a mi vida nunca se ha cruzado con Nico.

Nico se dirige hacia nuestra madre y toma a la niña en sus brazos. La admira y le sonríe. Avril le devuelve el gesto.

—Eres muy guapa, pequeña —le indica mientras que yo hago grandes esfuerzos por controlar mis emociones.

—No soy pequeña, ya tengo cuatro años —La niña se lo indica con los dedos.

—Oh, mis disculpas —le dice Nico sonriente—. Yo soy tu tío Nico. —Mi hija lo mira con extrañeza—. Tranquila, de ahora en adelante nos veremos más —le comenta a Avril. La coloca en el suelo y se dirige a mí.

—Es preciosa. Fue un gesto muy generoso de tu parte. Me lo contó mamá —manifiesta Nico. Yo solo asiento al comentario.

—Vamos con tu padre. Es hora de dar las grandes noticias —anuncia mi madre mientras consigue dejarme intrigada.

Cojo a Avril de la mano y juntas nos dirigimos al jardín, donde están todos. Las primeras que se nos acercan son Vanesa y Estela, saludan a la niña y ella se vuelve loca con sus tías. Desde que llegó a mi vida son con las que más contacto ha tenido. Estela estudió en Miami diseño y moda un par de años y volaba algunos fines de semana a Houston para pasarlo con nosotras.

—¿Sabes algo de lo que va a pasar? —le pregunto a mi prima Estela, por si ya ha conseguido averiguar algo, mientras mi padre se encarga de que todo el mundo le preste atención.

—Ni idea. Pensé que la noticia igual era que Nico no se casaba, pero como has podido ver ha aparecido de la mano de su prometida y parecen muy enamorados.

—Tendremos boda en tres semanas —murmura Vanesa a nuestro lado.

El enlace de Nico y Raquel es algo que ya he asimilado. Lo anunciaron a principios de año. En todos estos meses he pensado en mil excusas para no asistir, pero ninguna lo suficientemente poderosa como para no estar presente en la boda de mi hermano mayor y que todos cuestionasen por qué.

A raíz de que Nico anunció su matrimonio fue cuando me planteé volver a España de forma

definitiva. En los planes de mi amiga Vanesa estaba regresar y con Avril a mi cargo no era muy prudente quedarme sola en Houston. Si a mí me pasa algo no quiero que la niña se vea sola, además, pensando en ella deseo que se críe con mi familia a su alrededor. De esa forma ella será más feliz y yo podré dedicarme más a mi trabajo, ya que mi madre estará encantada de cuidar de ella cuando yo no pueda. Ya la ha matriculado en su colegio y tiene una gran ilusión porque su nieta acuda con ella cada día.

—Me complace anunciaros —comienza a decir mi padre, tiene a Nico a su lado y ambos sonríen— dos noticias que son un verdadero sueño hecho realidad para mí. Seré el nuevo entrenador del Real Capital —Todos aplaudimos con ganas, sabemos que es el sueño de Bosco Hungría, entrenar el mismo equipo al que perteneció tantos años— y mi hijo —continúa mientras golpea la espalda de Nico con orgullo— es el nuevo fichaje estrella del equipo. Nico vuelve a España, al equipo que hace años lo reclama —anuncia con orgullo.

Ambos se abrazan mientras todos, menos yo, aplauden. Reconozco que son dos grandes noticias, pero yo solo me quedo con que Nico estará cerca de nuevo, casado, y en la misma ciudad, y es algo que no entraba en mis planes.

En la misma ciudad

Armándome de valor me dirijo hacia mi padre y hasta Nico y los felicito intentando poner mi mejor cara. No puedo creer que una vez que Nico se case compartamos la misma ciudad. Eso significa verlo con frecuencia y, conociendo a mis padres, tendremos fiestas o reuniones familiares cada dos por tres.

—¿Estás bien, hermanita? —me pregunta Jorge. Me abraza por detrás y siento que necesito que sus brazos me protejan ya que las piernas me tiemblan.

—Sí, es el cansancio del viaje y la diferencia horaria —trato de poner como excusa.

—Estás un poco pálida —aprecia Damián.

—Eso es porque no ha comido casi nada —interviene Vanesa, que me arrastra y me lleva para que nos sentemos a comer algo.

De inmediato, mi abuela y mi abuelo se sientan a mi lado mientras me traen algo de comer. Estela viene hasta mí y todos forman un círculo a mi alrededor en el que terminan mis padres preguntándome si me encuentro bien.

Mi hermano mayor se abre paso y se arrodilla a mi lado, preocupado, me toma una mano entre las suyas y se interesa por mi salud.

—¿Estás bien? —pregunta mientras puedo leer la angustia en sus ojos.

Por unos segundos, lo miro y me olvido de todas las personas que tenemos alrededor, mi pulso se acelera y creo que Nico lo siente a través de la mano que aún me tiene tomada.

—Sí —consigo contestar al fin—. Solo es cansancio. —Los observo a todos y digo con énfasis—: Estoy bien, aquí la médica soy yo.

De inmediato, aprecio que Nico le dirige una mirada a mi amiga Vanesa, como si necesitase que ella lo corroborase. Ella asiente.

—Yo también estoy muerta. Me despido —les indica a todos Vanesa. Le da un beso y un abrazo a Avril, que corretea por el jardín, jugando con mil cosas que mis padres le tienen para divertirse, y se marcha.

—Cariño, ve a descansar a tu nueva habitación. Ahora es la de Nico —me indica mi madre—. Yo me ocupo de la niña.

La miro con sorpresa por haberme asignado la habitación que era de mi hermano.

Necesito estar sola, calmarme y asimilar la noticia que acabo de recibir. No estoy preparada para tener a Nico tan cerca. No en la misma ciudad.

—Yo la acompaño —se ofrece Nico de inmediato.

Lo miro y cuando voy a deshacerme de su mano tira de ella con más fuerza y observo que mis padres y mis abuelos sonríen. Que yo no lo vea como mi hermano mayor no quiere decir que ellos también lo hagan, me reprocho.

—Nico siempre ha tenido debilidad por su hermana, desde que llegó a casa siempre la ha protegido —escucho a mis espaldas la voz orgullosa de mi abuela. Ignoro a quién se lo dice.

Dejo que Nico me acompañe hasta el interior de la casa, vamos en silencio. Cuando comenzamos a subir las escaleras le indico algo molesta:

—No es necesario que vengas. Sé el camino y no te necesito para nada —le digo con cierto tono de reproche que no puedo dominar, y cuando me doy cuenta de que ha sonado demasiado brusco lo suavizo—: Me encuentro bien. Gracias por la preocupación. Vuelve con los invitados y tu prometida.

—Estás muy pálida —me indica—. Y he sentido tu pulso acelerado.

Estoy a punto de gritarle que él es el culpable de ello, pero me reprimo y dejo que me ayude a subir las escaleras. Cuando llegamos a la puerta de la que era su habitación comenta:

—Me gusta que seas tú quien ocupe ahora mi cuarto.

—Es temporal. —Mi respuesta consigue descolocarlo. Me mira desconcertado.

—¿Te vas a marchar de nuevo a Estados Unidos? —pregunta.

—No. Pero estoy buscando una casa para mí y para Avril.

—¿Cuál es la razón por la que no os quedáis aquí si tenéis de todo? —indaga.

—Necesito mi propio espacio, intimidad —especifico.

—¿Hay alguien en tu vida? —se atreve a preguntar mientras me mira serio.

Cuando voy a responderle que eso no le importa, decido ponerlo a prueba.

—Sí. Y llegará en breve para compartir su vida conmigo y con mi hija.

Los ojos de Nico se prenden como llamas. Observo cómo su pecho sube y baja sin control y se lleva las manos a la cabeza, con claro nerviosismo.

—Espero que sea alguien que te merezca. Eres una mujer maravillosa —murmura mirándome de arriba abajo—. Estás muy cambiada —aprecia.

—Sí, cuando me fui era una tonta ingenua. Los años y otra cultura me han cambiado. Me considero más fuerte.

—Me refería a tu exterior —murmura con la mirada fija en mí.

Desde que me marché de España decidí hacerme algunos cambios. Llevo el pelo más corto de lo que siempre lo tuve, una melena por debajo de los hombros, no lo tengo tan rubio, al contrario, me echo mechas más oscuras, me he quitado grasa de los pómulos, mi rostro es menos redondo y mis labios son un poco más gruesos. Y también me puse pecho hace un año. Puede decirse que sí, he cambiado por fuera. Pero era un cambio que necesitaba para avanzar en mi vida. No podía mirarme al espejo y seguir viendo a la misma Victoria que se enamoró como una ingenua de su hermano mayor y este la dejó sin más. Ahora soy más como las mujeres con las que siempre se ha relacionado. Y todo lo hice para demostrarme a mí misma que soy una gran mujer y no merezco que ningún hombre me desprecie.

—No soy la única que ha cambiado. Mírate tú, por fin has sentado la cabeza, tienes una relación estable y vas casarte. Supongo que pronto formaréis una familia.

Nico se queda callado. Tengo ganas de gritarle y de reprocharle tantas cosas... pero no lo hago. De qué serviría. Lo nuestro pasó, ahora somos dos personas diferentes a las que solo los unen los mismos padres y hermanos.

—Mamá, quiero dormir contigo —dice la vocecita de Avril, que aparece de repente.

—Y yo contigo, mi vida. Vamos a tu habitación que seguro que es más bonita que la mía —le propongo.

Y ambas desaparecemos bajo la atenta mirada de Nico.

Una vez a solas y ya en la cama de Avril me dice:

—El tío Nico es muy guapo, como los príncipes. Y su novia tiene el pelo tan largo como las princesas.

—¿Qué tal con los tíos Jorge y Damián? —le pregunto para cambiar de tema. No quiero

hablar de Nico.

—Me encanta jugar con ellos. Me hacen muchas bromas y el abuelo les regaña.

—¿Lo has pasado bien estos días sin mamá? —le pregunto abrazándola junto a mí. Yo la he extrañado a cada segundo. Nunca imaginé que pudiese quererla tanto.

—Sí. Los abuelitos son muy buenos y me quieren mucho. Me gusta vivir aquí.

—Solo estaremos un tiempo con ellos —le recuerdo. No quiero que se haga falsas ilusiones —. Vamos a buscar una casa para nosotras.

—¿Y la tía Vanesa? —me pregunta de inmediato.

—Ella ahora va a tener su propia casa, pero la veremos a menudo.

Después de dos horas, Avril no consigue quedarse dormida. Me ha contado todo lo que ha hecho con los abuelos en estas dos semanas que hemos estado distanciadas.

Finalmente, mi niña bonita, de tanto hablar, se queda dormida en mis brazos. Yo, pese a estar cansada a más no poder, no consigo conciliar el sueño. Solo puedo pensar en Nico. Su boda en unas semanas, que va a vivir en Madrid y que va a jugar en el mismo equipo que mi padre entrene. No estoy preparada para tanta proximidad con él. Tras verlo y tenerlo tan cerca, he comprobado que no lo he olvidado. En cuanto me ha tocado mi piel y mis sentimientos han resucitado de nuevo. Acabo de comprobar por qué no me he enamorado en todos estos años. Pese a negármelo a mí misma, Nico siempre estuvo ahí. Avril ocupó mi corazón y me centré en ella, pero el amor por mi hermano nunca desapareció. Me cuesta aceptar esto, pero es la realidad.

Por otro lado, no pienso marcharme de Madrid. Lo he decidido. No voy a huir más de Nicolás Hungría. Voy a olvidarlo. Si no lo he conseguido teniéndolo lejos, quizá lo haga al compartir con él la misma ciudad, viéndolo enamorado y feliz con otra mujer, y aceptar que lo nuestro es un imposible.

Mi vida sin ti

He pensado mucho durante la noche y he tomado una decisión. Me voy a marchar hoy mismo al chalet de Mallorca de mis padres con Avril. Tenía decidido comenzar a buscar un piso o una casa primero y pasar algunos días con mi familia, pero visto que Nico está cerca y los preparativos de su boda también, me voy a ir unos días de relax. Necesito pensar y estar con mi hija, ambas solas. Tengo que trazar nuevos planes y acostumbrarme a una nueva vida, con Nico en ella, pero sin él. Algo difícil, pero no imposible.

La llegada de Avril a mi mundo me demostró que no existe nada imposible. Voy a sanar mi corazón y estoy segura de que encontraré a un hombre que reemplace a Nico. Verlo con otra mujer, enamorado y a punto de casarse y formar una familia me ha dado el impulso para hacerlo yo también. Ya basta de estar llorando por algo que nunca será entre nosotros.

Cuando le comunico a mis padres mi decisión de marcharme hoy mismo no se lo toman muy bien. Tienen compromisos, festejos y reuniones y no podrán acompañarnos. Algo que celebro. Necesito estar sola.

—¿No vas a estar en la gran fiesta de esta noche en el Afaia para celebrar el fichaje de Nico y el de papá como entrenador en el Real Capital? —me pregunta Jorge con sorpresa. Los mellizos están presentes mientras desayunamos en familia.

Los miro sin saber a qué fiesta se refieren, pero no me coge de sorpresa ya que en esta familia se aprovecha la mínima ocasión para hacer una celebración a lo grande. En estos momentos lo que menos necesito es una fiesta en el Afaia con Nico, recuerdo las últimas dos de mi vida en las que él estuvo y pese a catalogarla ambas como las mejores de mi vida, sin embargo, luego resultaron las peores, por las que más he sufrido.

—Necesito unos días de descanso. En un mes me incorporo a mi nuevo trabajo y antes tengo que buscar una casa y es la boda de Nico —me disculpo.

—Nosotros nos bajamos mañana mismo para Jerez. Tenemos mucho trabajo con los caballos —me indica Damián—. Podrías pasarte unos días por la finca, seguro que a nuestra sobrina le gusta. Avísanos antes.

—Sí, mami. Quiero ir a ver los caballos de los tíos —dice Avril de inmediato.

—Me parece una buena idea. Primero unos días de piscina y playa y luego ya veremos —le propongo a mi hija.

—¿Vais solas? —pregunta mi madre como si fuese el fin del mundo—. Dudo que pueda unirme. La boda de Nico me tiene muy ocupada.

—Tenéis el avión y el yate a vuestra disposición —me indica mi padre.

—No te preocupes, mamá. Estaremos muy bien. Avión privado, yate y una casa familiar, ¿podemos estar más seguras y protegidas? —le indico a mi protectora madre con una sonrisa.

—Llamaré al personal de la casa en Mallorca para que la tengan lista —dice mi madre cogiendo el teléfono.

Me levanto de la mesa y me dirijo a mi habitación para hacer un par de maletas para estos días. Avril se queda con sus abuelos y sus tíos. Me encanta comprobar de primera mano lo bien

que se ha integrado con ellos y todo lo que los quiere.

Mientras lleno las maletas les hago una videollamada a Vanesa y a mi prima Estela y les cuento mis planes. No hemos hablado desde la noticia de que Nico vuelve.

—Estás huyendo, admítelo —me reprocha Vanesa.

—No. Solo me estoy tomando un tiempo para asimilar una jugada con la que no contaba en mi nueva vida.

—Anoche nos cogió por sorpresa a todos, prima. Nadie sabíamos nada —me promete Estela.

La creo, la cara de todos cuando mi padre lo anunció era de completa sorpresa.

—También quiero estar fuera de aquí con Avril cuando todo esto de la vuelta de Nico como una estrella y la de mi padre como entrenador del Real Capital se haga pública esta tarde. Ya sabéis cómo es la prensa, durante unos días estarán más pendiente de la familia. Yo ya hace mucho que no vivo eso —les recuerdo.

—Ya te contaré qué tal la celebración de esta noche en el Afaia —me indica mi prima.

—Si tenéis ganas de unos días de sol y relax, podéis hacernos una visita. Seguro que a Avril le gustará —las invito.

—Lo pensaremos.

Comemos en familia, doy gracias de que Nico tuviese un compromiso con la familia de Raquel y no haya podido venir. Luego todos se marchan a la rueda de prensa que va a dar mi padre y mi hermano, menos yo y Avril, que nos dirigimos al aeropuerto, rumbo a Mallorca. Hace más de cinco años que no voy por allí. Durante el vuelo le cuento a mi hija los veranos que pasé de pequeña en ese lugar, la enorme piscina de la que vamos a disfrutar y la gran casa con unas vistas maravillosas al mar en las que nos alojaremos.

Los tres primeros días en Mallorca Avril y yo lo pasamos solas, no hemos salido del chalet. Mi hija está encantada con el lugar y, sobre todo, con la piscina. Estos días juntas, alejadas de todo, con tiempo solo para nosotras y para pensar me sientan de maravilla.

En Madrid están todos ocupados, como locos, con los preparativos de la gran boda de Nico. Mi madre ya me ha preguntado varias veces por el vestido que llevaré. No es algo que me preocupe. Unos días antes iré a cualquier tienda de firma y escogeré alguno que me quede bien, no tengo mucho interés en esa boda. Avril ya tiene su vestido, es algo de lo que se ha encargado su abuela y no he podido negarme. Le hacía demasiada ilusión.

Cuando estamos jugando en la piscina recibimos la visita inesperada de Vanesa y Estela. Me pongo tan contenta de verlas como Avril. Las abrazamos, sin importarnos ir mojadas, y damos saltos de alegría cuando vemos sus maletas y nos dicen que se quedaran con nosotras unos días.

—Oh, chicas. ¡Qué gran sorpresa! —les manifiesto a ambas. Aún no me creo que estén aquí. Lo cierto es que las he echado de menos.

—A ver, ¿qué habéis hecho estos días? —le pregunta mi prima Estela a Avril.

—Aquí en la piscina —dice la niña.

—¿No habéis salido? —pregunta Vanesa, extrañada.

—No. Nos hemos dedicado a disfrutar de esta casa —le indico. Hacía tantos años que no venía que necesitaba pasar tiempo en ella.

—Pues nosotras hemos llegado en el yate del tío Bosco —me revela Estela—. ¿Qué os parece

si damos un paseo en él? —propone con ilusión.

Avril nunca se ha subido a un barco, seguro que le gusta la experiencia. Y a mí me encantará volver a navegar en el gran yate de mi padre.

—Es una idea maravillosa —murmuro con una sonrisa enorme.

Llevo a Vanesa y a Estela a sus habitaciones y luego nos arreglamos para pasar el resto del día en el yate.

Cuando subimos a él Avril lo mira todo con atención, sorprendida. No me suelta de la mano.

—¿Te gusta, mi vida? —le pregunto.

—Sí. Es muy bonito —dice con su vocécita. Yo sonrío al ver cómo sus preciosos ojos azules inspeccionan todo.

Verla tan contenta y feliz, los días que ha convivido con sus abuelos, los momentos que hemos pasado solas en el chalet y ahora en el yate me hace sentir que he tomado la decisión correcta al volver junto a mi familia y que mi hija pueda disfrutar de todo lo que nos rodea, ya no de lo material, sino del cariño de sus abuelos y sus tíos.

Le enseño a Avril todo el barco, a la misma vez que yo lo voy descubriendo de nuevo. Mis padres han realizado algunos cambios.

Al atardecer, mientras navegamos, mi hija se queda dormida en mis brazos.

—¿Cómo llevas todo? —me pregunta con cautela Vanesa. Sé que no quiere nombrar a Nico, pero va implícito en su pregunta.

—Acostumbrándome —comento con un suspiro.

—¿Has hablado con él? —se interesa Estela.

—No. Él tiene su vida, se va a casar. Lo que pasó entre nosotros quedó atrás. Forma parte de un pasado que está enterrado.

—Pero tú no lo has olvidado —me lanza Vanesa.

—Tendré que hacerlo.

—Lo dudo, y más ahora teniéndolo tan cerca —replica, segura de ello.

—Pues quizá sea eso lo que necesite. Tenerlo en mi vida y comprobar a diario que él sí puede ser feliz y tratar de copiar su ejemplo.

—¿Vas a ir a su boda? —me pregunta Estela.

—No tengo más remedio si no quiero que a mi madre le dé algo y todo el mundo hable de mi ausencia. Llamaría demasiado la atención y todos buscarían el por qué no he asistido. Ir es un mal menor. Lo he pensado mucho —argumento con pesar.

—Deberías buscarte a alguien con quién acudir. Que el imbécil de Nico te vea con otro, feliz, como él —sugiere Vanesa.

—Eso es una idea estupenda —grita Estela.

—¿Darle celos a estas alturas? —les pregunto poniendo los ojos en blanco. Están locas.

—Yo lo haría —asegura Vanesa—. Mira lo que pasó la última vez en el Afaia, terminó...

—No quiero recordarlo —la corto de inmediato.

—Fue verte con Andrés y... —continúa Estela.

—Ha tenido cuatro largos años para buscarme, sin embargo, no volví a saber nada de él después de aquella última noche. Cuando mis padres me propusieron continuar mis estudios en Houston vi la gran vía de escape que necesitaba en esos momentos en mi vida.

—¿Y si llamamos a William y lo invitamos a pasar unas semanas de vacaciones en España? Él sería perfecto —sugiere Vanesa al mismo tiempo que saca su móvil, lo desbloquea y me hace un guiño con el ojo.

—No —le indico de inmediato.

Pero ella no me hace caso. Yo resoplo y solo me queda la esperanza de que rechace la proposición que leo en los ojos de mi amiga.

Despedida de soltero

Pasamos en el barco de mi padre dos días navegando. Cuando regresamos a puerto y bajamos del yate nos llama la atención una gran fiesta que se lleva a cabo en un lujoso velero cercano. Avril va dormida y la llevo cargada en mis brazos, para ella ha sido un día intenso.

—Es una despedida de soltero —aprecia Estela con los ojos clavados en el barco—. Solo hay tíos, mirad van vestidos de romanos —especifica sin dejar de mirar hacia ellos.

—Y están todos de muerte —murmura Vanesa mientras caminamos hacia nuestro coche para volver al chalet.

—Joder, si es mi hermano. ¡Declan! —grita Estela—. ¡¿Pero qué haces aquí?! Y los mellizos —aprecia con entusiasmo.

Estela los saluda alzando la mano. Vanesa se une y yo clavo la mirada en unos ojos que consiguen erizarme la piel como no lo han conseguido otros en mi vida.

—Nico —murmuro con la voz cortada.

—¡Estamos de despedida, hermanita! —grita mi primo a Estela—. La despedida de soltero de Nico —anuncia con un grito desde la cubierta del barco.

De repente, todas las personas que están ahí miran hacia nosotras. Aprecio que cuando Nico me ve se borra de su cara la sonrisa que tenía hasta el momento. Cuando se recompone de la impresión alza la mano y nos saluda mientras sostiene una copa en la otra.

Mis pies se paran. Me quedo paralizada. No pensaba verlo más hasta el día de su boda.

De repente, aprecio que los mellizos y mi primo se bajan del velero y se dirigen hacia nosotras. Cuando ellos llegan a nuestro lado veo que Nico comienza a bajarse del barco y se encamina en nuestra dirección. Mi corazón se acelera al verlo andar con aire despreocupado, una enorme sonrisa en su bonita cara y una túnica blanca medio abierta en el pecho, mostrando su maravilloso torso, más atlético de lo que lo recordaba. Consigue que se me seque la boca.

Se acerca a Avril y le acaricia el rostro. La niña continúa dormida en mis brazos.

—Qué bonita es —murmura Nico mientras la admira—. ¿Qué tal habéis pasado el día? —se interesa mostrándose educado.

—De maravilla —contesta Estela.

—Mira que terminar tu despedida de soltero aquí... —le dice nuestra prima.

—Sí, toda una casualidad —le contesta Nico con una sonrisa y la mirada posada en mis ojos.

—¿Nos vamos? Avril pesa ya demasiado —me quejo. Quiero irme cuando antes. No soporto la mirada que me dirige Nico. Necesito tenerlo lejos.

Para mi gran sorpresa, Nico que quita a la niña de los brazos con extremada agilidad. Lo miro para reprenderlo, pero cuando lo observo con ella en sus brazos y cómo la acuna me quedo sin palabras.

—Tenemos el coche allí —le indica Estela.

Comenzamos a caminar hasta el vehículo. Los mellizos y mis primos charlan animadamente, pero yo no les presto atención. La imagen que camina delante de mí, Nico con Avril en brazos, me tiene centrada en ella.

Con sumo cuidado Nico deja a la niña en el asiento trasero del coche, en su silla.

—Gracias —consigo decirle.

—No hay de qué. Es mi sobrina —murmura sonriente.

—No. No lo es —le indico de inmediato, como una especie de reproche—. Ella no es mi hija —le dejo claro. Esta inesperada reacción me sorprende a mí misma.

—Pero tú la consideras como tal. Solo hay que mirar a esta niña a los ojos para amarla. Te aseguro que la quiero como mi sobrina. —Sus palabras me dejan muda.

Entro en el coche y me centro en Avril. Le pongo los tirantes de seguridad de la sillita y le dirijo una última mirada a Nico.

—Que disfrutes de tu despedida de soltero —le indico con cierto tono molesto que ni yo misma entiendo.

Estela y Vanesa se despiden del resto y nos marchamos.

—Vaya coincidencia que estén aquí —comenta Vanesa.

—No tenía ni idea. Según me dijo mi hermano ha sido algo totalmente improvisado por algunos amigos y familiares cercanos que no pudieron estar en otra despedida que celebraron en Cancún —dice mi prima.

No entro en la conversación. Me limito a observar a Avril.

Cuando llegamos a casa solo quiero estar a solas con mi hija en mi habitación. Ver a Nico me ha afectado demasiado.

Acuesto a Avril en mi cama, me apetece dormir con ella y luego voy a mi bolsa para sacar el móvil y el peluche de mi hija. Para mi gran sorpresa, me encuentro con que no están ahí. Salgo de la habitación y le pregunto a Estela y Vanesa, pero ambas me aseguran que no están entre sus cosas.

—¡Joder! —maldigo—. Deben de haberse quedado en el barco. Iré al yate —determino de inmediato.

—¿Ahora? ¿Estás loca? Ya lo cogemos mañana. Son casi las once de la noche —me indica Estela consultando el reloj.

—No. Necesito mi teléfono, y si Avril se despierta y no encuentra su perrito de peluche no se quedará dormida. Está acostumbrada a él.

—Eso es cierto —murmura Vanesa—. Si quieres voy yo —se ofrece mi amiga.

—No. Iré yo. La tripulación del barco me conoce e igual tengo que recorrer el yate entero para encontrar ambas cosas.

—Llama y pide que te lo vayan buscando —me sugiere Estela.

—No los voy a molestar con eso. Cuidad de Avril, no tardo.

Decidida, cojo una chaqueta vaquera y las llaves del coche para dirigirme al puerto de Palma.

Entro en el yate y está todo a oscuras. Me dirijo al camarote que hemos usado Avril y yo y busco mi teléfono y su peluche. Afortunadamente el móvil suena y puedo encontrarlo con más facilidad. Es mi madre. Me siento en la cama e inicio una conversación con ella. Me pregunta por Avril y luego me cuenta cómo le fue en la última prueba de su vestido de madrina y cómo irán las mesas de la boda de Nico decoradas. La escucho como si me importase.

Cuando mi madre se pone a hablar no para. No quiero decirle que estoy sola en el yate, intento cortar la conversación cuando llevamos casi cuarenta y cinco minutos de llamada.

Me despido de ella, guardo el móvil y cojo el peluche de Avril. Cuando abro la puerta del camarote para salir choco contra alguien y emito un sonoro grito.

Cuando alzo la mirada, me encuentro con los ojos de Nico posados sobre mí.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta en forma de reproche, sorprendido.

—¿Y tú?

—Hemos trasladado la fiesta a este barco. Íbamos a zarpar y hubo un problema en el motor y como vi que os habíais marchado... no pensé que volverías a usarlo.

—¿Zarpar? —pregunto con un grito ahogado. Me dirijo a la ventana del camarote y, pese a que es de noche, compruebo que el barco navega a poca velocidad.

—¡Para este yate! —le grito a Nico fuera de sí. Intento salir del camarote, pero el me para—. ¿A dónde vamos? —Lo miro con los ojos muy abiertos.

—A una cala donde solo se puede acceder en barco. Fue idea de los mellizos —se excusa Nico.

—¡No lo puedo creer! —Me llevo las manos a la cabeza—. Avisa al capitán para que dé la vuelta de inmediato —le ordeno.

—Tranquilízate. No hay capitán, dirigen el yate los mellizos —me indica Nico tomándome por ambos brazos—. ¿Me vas a decir qué haces aquí? —pregunta mientras me dedica una intensa mirada.

—Se me olvidó el móvil y el perrito de peluche de Avril, si se despierta y no lo tiene no se duerme —le explico. Intento alejarme de él, pero Nico no lo permite. Me toma por la cintura y me acerca más a él.

Siento su aroma, su olor y percibo en su cercano aliento que ha bebido.

—¡Qué pena! Pensé que eras una sorpresa especial —murmura con los ojos entornados.

—No seas cínico —le reprocho alterada.

—Desde que has vuelto, y tan cambiada, me has alterado el sueño —confiesa. Yo evito decirle que lo tengo alterado desde que nos acostamos por primera vez.

—Siento las molestias —le espeto de forma mordaz.

—Mi madre no me dijo que volvías a España definitivamente —revela.

—Yo tampoco sabía que habías fichado por el Real Capital y que te trasladabas a Madrid —le indico de forma mordaz. Estamos iguales.

—Victoria... —Siento que me quiere dar una explicación—. Hace cuatro años... —empieza a decir.

—No remuevas el pasado. —Lo corto de inmediato—. Ahora tú te vas a casar y yo quizá no tarde en hacerlo. —Estas palabras salen solas de mi boca, me arrepiento en cuando las pronuncio, pero no me pienso retractar. Alzo la barbilla y lo miro segura de mí misma, con orgullo.

Tras mi inesperada revelación, siento que la mirada de Nico arde. Sus ojos se vuelven de un azul más intenso.

—¿Estás con alguien? Digo... en serio —murmura.

—Sí. Llevamos un tiempo juntos. Se llama William e iba a pedirte que lo incluyeses en la lista de tu boda. Iré con él —anuncio de golpe.

—Bien. —Asiente, pensativo, al mismo tiempo lo siento contrariado.

—¡Para este barco! Necesito llegar de nuevo a puerto —le ordeno seria.

Nico solo asiente. Se acerca con cuidado a mí, siento cómo aspira mi aroma y luego me abraza.

—Si alguna vez te hice daño, te pido perdón —murmura.

Ante sus palabras, suena a arrepentimiento, me abrazo a él. Sentirlo tan cerca, escuchar los fuertes latidos de su corazón sobre mi pecho me derrumba. Permanezco unos segundos más

abrazada a él con los ojos cerrados mientras que siento las manos de Nico acariciar mi espalda.

Estoy a punto de decirle que sus disculpas llegan tarde, pero no lo hago. Lo miro y le muestro una leve sonrisa, luego salimos del camarote y cuando llegamos a cubierta para decirle a los mellizos que vuelvan a puerto todos los tíos que bailan y beben me vitorean cuando me ven. Les explico de forma breve qué hago ahí y para mi gran suerte en menos de veinte minutos estamos en puerto y me bajo del yate. Nico es el que me ayuda a hacerlo. Me da un beso en la mejilla a modo de despedida mientras que yo siento tantas cosas cuando posa sus labios tan cerca de la comisura de mis labios...

Una asistencia inesperada

Vuelvo a casa y no le comento mi encuentro con Nico a Estela ni a Vanesa, están medio dormidas y no tengo ganas de hablar del tema. Me meto en la cama con Avril y me abrazo a ella. Es mi puerto seguro, mi refugio. Mi verdadera razón de luchar y vivir. Me ha dado tanto desde que llegó a mis brazos que estoy segura de que ella hizo más por mí que yo por ella.

Unas voces que vienen desde el salón me despiertan. Me sobresalto en la cama y compruebo que apenas son las ocho de la mañana. Avril sigue dormida. La arropo un poco con la sábana y salgo de la habitación para comprobar qué sucede en la planta baja de la casa. Solo estamos nosotras y el matrimonio que se encarga de tenerla cuidada y limpia.

Cuando bajo las escaleras, refregándome los ojos y colocándome bien el pelo, aprecio que mis hermanos, los mellizos, junto con mi primo Declan, están ahí y hablan con Estela algo alterados.

—¿Qué sucede? —pregunto con preocupación. Es evidente que algo pasa.

—Es Nico —anuncia Jorge algo apurado.

Al escuchar su nombre, todo mi cuerpo entra en pánico al imaginar que algo malo le puede haber sucedido.

—Se ha pasado con las copas y no lo vemos muy bien —murmura Damián.

Mis ojos se agrandan de preocupación.

—Si lo llevamos a un hospital, ya sabes... La prensa... su reciente contrato... Prima, tú eres médica. ¿Puedes ir a verlo y ya decides qué hacemos con él? —propone mi primo Declan. Pese a ser el más joven es el más sensato.

—¿¿Dónde está?!! —pregunto de inmediato.

—En el yate de papá —dice Jorge—. Su aspecto no es muy bueno para sacarlo de allí. Una foto suya de esa guisa y...

—¡Vamos! —exclamo de inmediato—. Sois unos irresponsables —los acuso—. Estela, por favor tráeme mi maletín. —Le pido mientras me ato los cordones de las deportivas.

En menos de media hora estoy en el yate. Cuando entro en el camarote dónde me indican que se encuentra Nico les pido a mis hermanos y a mi primo hacerlo sola.

Antes de cerrar la puerta, Damián me indica:

—Respira, pero no responde. Le hemos dado tortas en la cara hasta la saciedad.

Me adentro en la estancia y me acerco a Nico. Se encuentra tumbado boca arriba en la cama, con los brazos estirados en forma de cruz, y solo lleva puesto un bañador. Pese a la preocupación, no puedo evitar pasear la mirada en su cuerpo y recrearme en él.

Lo toco, compruebo que su respiración es normal y le miro las pupilas. Las tiene un poco dilatadas y rojas. Le tomo el pulso y la tensión, posteriormente lo reconozco. No es nada de tanta gravedad como para tenerlo que trasladar a un hospital y que esta locura llegue a oídos de medio país. Le doy varios golpes en las mejillas, a modo de hacerlo reaccionar un poco, y consigo que entreabra los ojos y murmure algo que no consigo entender.

Me dirijo a la puerta, la abro con ímpetu y me encuentro con los mellizos detrás.

—Traedme un café, solo —específico—, bien cargado y una jarra con agua y hielo —les

indico sin darles tiempo de decir nada más. Cierro la puerta en sus caras, muy cabreada.

Me siento en la cama, al lado de Nico, y lo observo dormir. Mi imaginación vuela como si tuviese vida propia y pienso en un nosotros en una cama, juntos, verlo despertar y que me abraza mientras me mira sintiendo el mismo amor que yo. De repente, sacudo la cabeza y vuelvo al mundo real, reprochándome que pronto será un hombre casado y que está enamorado de otra mujer.

Siento unos suaves golpes en la puerta del camarote y voy de inmediato a abrir. Es Damián quien me trae lo que le he pedido en una bandeja.

—¿Cómo está? —pregunta en un murmullo, preocupado.

—No se va a morir —le indico algo enfadada—, pero lo que tiene no es solo de beber alcohol. Es evidente que ha tomado otras sustancias —le recrimino.

—Solo... solo fueron unos porros —termina por decir—. Sabes que Nico lleva una vida limpia de todo por su profesión. Le hacen controles periódicamente, hoy se pasó y al no estar acostumbrado... —trata de justificar.

—¿Debo entender, con lo que me dices, que los demás sí estáis acostumbrado? —le pregunto seria.

—Solo de vez en cuando, en alguna fiesta, hermanita.

Muevo la cabeza y lo miro de forma reprobadora. No quiero escuchar más.

—Me quedaré con él hasta que se recupere un poco. —Cierro la puerta y no lo dejo entrar. Estoy tan cabreada que necesito estar sola.

Coloco la bandeja en la mesita de al lado de la cama donde se encuentra Nico. Cojo la jarra de agua fría con hielos y se la arrojo a la cara sin miramientos. Se sobresalta, se incorpora de golpe en la cama, y me mira con los ojos muy abiertos, desorientado.

—Bébetelo. —Le coloco la taza de café negro humeante delante de la boca y lo incito a que se la tome.

Sin preguntar, Nico hace lo que le indico. Traga con dificultad y se queja, pero ante mi mirada severa, se bebe todo el contenido. Luego de tumba de nuevo en la cama con los ojos medio abiertos.

—Te recuperarás —le indico algo seca, mientras lo miro reprochándole que haya terminado como está en esos momentos.

Nico se incorpora un poco y se acerca a mí. Atrapa una de mis manos entre la suya. Estoy sentada en la cama, a su lado.

—Gracias por estar aquí —me dice con los ojos entornados y esbozando media sonrisa.

—Los mellizos fueron a buscarme. Te has pasado —le recrimino con dureza, como si fuese su madre.

—Lo sé. Todo esto me supera —susurra con pesar—. Tú me superas —recalca—. Todo lo que provocas en mí —revela arrastrando las palabras—. Ojalá no fueras mi hermana —No lo soy, grita mi interior—, ojalá mis padres no te hubiesen adoptado. Ojalá nos hubiésemos cruzado en esta vida como lo he hecho con tantas mujeres que no me han hecho sentir ni la mitad que tú.

Miro a Nico con el corazón a mil mientras me pregunto si es una confesión. Si en algún momento ha llegado a sentir lo mismo que yo siento por él.

Se acerca peligrosamente a mí, me toma por la cintura, me pega a su cuerpo y se apodera de mi boca sin piedad. Me rindo a sus labios y a ese sabor que no he olvidado en años. Mi razón pierde la conciencia y mi corazón grita todo lo que llevo guardado durante tanto tiempo.

De repente, unos toques insistentes en la puerta, cada vez más fuertes, hacen que me choque

de golpe con la realidad. Apoyo las manos sobre el duro pecho de Nico y lo aparto de mí. La puerta se abre mientras me recompongo un poco. Nico está tumbado en la cama boca arriba con el brazo colocado sobre los ojos.

—¡Joder! —maldice—. Dejádme con ella. Solo la quiero a ella —le indica a Damián y Jorge, que son los que han aparecido por el camarote.

Yo trato de controlar mi respiración y que los mellizos no sospechen qué pasaba antes de ambos entrar.

—Aún le duran los efectos —trato de justificar—. Vamos a dejarlo solo —propongo con miedo.

—No te vayas, Victoria —murmura Nico extendiendo la mano hacia mí.

Les indico a los mellizos que nos dejen solos y se van de inmediato.

Nico continúa tumbado en la cama, con los ojos cerrados. Creo que se lamenta de lo sucedido nuevamente, se da media vuelta y susurra:

—Es la mujer de mi vida. —Se abraza a la almohada y la besa, compruebo que aún le duran los efectos de lo que sea que se haya tomado.

Espero un poco en el camarote, algo que me da tiempo para recomponerme, y cuando escucho a Nico roncar me marchó.

Subo a cubierta y les indico a mi primo y los mellizos:

—Está durmiendo la mona. Dejadlo hasta que se despierte y se encuentre mejor. Espero que no haya más tonterías de niños como esta —les reprendo antes de marcharme del yate.

Cuando llego a casa, Estela y Vanesa me esperan desayunando en el porche del chalet. Avril aún sigue dormida, como la dejé, según compruebo en el monitor que tienen mis amigas sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Estela.

—Son unos inconscientes —murmuro enfadada.

—Debiste llamarme e ir contigo, por si necesitabas ayuda —dice Vanesa—. ¿Nico está bien?

—Sí. Pasado de tragos y de porros o no sé qué más, pero bien. Le llevará un par de días reponerse, pero se lo merece. Es un estúpido. No sabe que un error como este puede acabar con su brillante carrera. —Estoy muy enfadada.

—Los tíos no tienen control, ni responsabilidad —añade Estela. La miro y le dedico una media sonrisa, sé que lo dice despechada. Su novio le puso los cuernos en una noche de desfase con sus amigos.

—¿Algo qué contar? —me pregunta Vanesa. Me conoce muy bien y sé que debe de haber leído en mi cara que algo sucedió con Nico, pero niego con un gesto de la cabeza. No quiero recordar lo que ha pasado. Necesito que todo quede como una asistencia inesperada a mi hermano en un descontrol de su despedida de soltero.

La intuición de Julia

Pasamos el resto del día en la piscina de casa. Estela propone ir a la playa, pero no me apetece. En el chalet estamos más cómodas y Avril disfruta muchísimo en la piscina con todos los juguetes hinchables que tiene.

Estamos las tres en el agua con la niña cuando nos sorprenden mi madre y mi tía Julia. Aparecen en bañador y unas pamelas, sonrientes.

—¡Sorpresa! —dicen ambas a la vez.

Estela y yo no esperábamos a nuestras madres. Las imaginábamos en Madrid muy liadas con los preparativos de la boda de Nico que será en dos semanas.

—Pero... ¿qué hacéis aquí? —les pregunta mi prima. Yo me he quedado tan sorprendida que soy incapaz de articular palabra.

—Hemos decidido pasar el finde de semana con nuestras hijas, y mi nieta —comenta mi madre con alegría, acercándose a la piscina, donde permanecemos—. ¿Cómo está mi niña bonita? ¿Un beso y un abrazo a la abuela? —le pide a Avril con los brazos abiertos—. Te he traído unos regalitos, mi amor.

Avril sale de la piscina de inmediato, su abuela la seca mientras la llena a besos, junto con Julia, y comienzan a sacar regalos de la bolsa que traía mi tía.

—La vais a malcriar con tanto regalo —les indico mientras me seco.

—He tenido a mi nieta mucho tiempo lejos. Tengo que consentirla —dice mi madre.

—Avril es una monada —murmura mi tía con la mirada clavada en ella.

—Es una niña muy buena —puntualiza mi prima.

—Esperamos no haber interrumpido vuestros planes —comenta mi tía.

—Para nada.

—Ya que estamos aquí, podéis salir esta noche si queréis. Avril se queda con nosotras —propone mi madre.

—Una idea estupenda, tía —acepta Estela. Yo la miro reprendiéndola, pero, para mi gran sorpresa, Vanesa la apoya:

—Lo cierto es que una noche de chicas y discoteca no nos vendría nada mal.

Pongo los ojos en blanco y sé que no me quedará más remedio que hacer caso a mi prima y a mi amiga.

Avril se dedica a sacar todos los regalos de su abuela, hay desde juguetes de la piscina hasta ropa, pamelas, gomas y pinzas para el pelo. Le encanta todo, es super coqueta.

—He conseguido entradas para ir a la mejor discoteca de aquí esta noche. Incluida la zona vip —alardea Estela—. Además, estamos de suerte. Esta noche pincha música uno de los mejores del país.

—Eres la caña. —Le aplaude Vanesa—. Lo vamos a pasar en grande —vitorea.

Nos arreglamos y nos marchamos. Primero acudimos a cenar a un restaurante con vistas y luego a la discoteca. En cuanto cruzamos la puerta de entrada me reconocen como la hija de Bosco Hungría. Nos llevan a una zona exclusiva y nos regalan una botella de champán de las

más caras.

—Así da gusto salir —alardea Vanesa.

—No me digas que no lo echabas de menos —me dice mi prima.

—A veces el anonimato no está nada mal. Sabes que en menos de media hora habrá por aquí alguien que nos haga fotos y esto salga mañana en la prensa y esta discoteca sea nombrada —le recuerdo a mi prima.

Ella se limita a alzar su copa y brindar.

—¡Qué remedio! —grita—. Que todos comprueben que tenemos vida. Hace años que no eres noticia. Que Nico vea que vuelves a estar en el mercado.

—No lo os he contado, pero cometí una estupidez. Le dije que iría a su boda con alguien —les revelo algo avergonzada.

—¡¿Qué!? —pregunta Vanesa con sorpresa—. Eso ha sido una estupenda idea, ya te dije que lo hicieras.

—Le dije que estoy saliendo con William. Tendrás que decirle que venga y se haga pasar por mi pareja —le indico a Vanesa algo apurada.

—Ya tanteé el terreno con él hace unos días —. ¿Podemos invitarlo a casa de tus padres? —propone—. En la mía aún está todo por medio. No la tengo como para recibir invitados.

—No hay problema —murmuro. A mis padres les encanta recibir invitados.

Vanesa coge el móvil y le escribe un mensaje.

—No me gustaría estar en la piel de mi primo —murmura Estela mientras se lleva la copa a los labios.

—Quiero que esa maldita boda pase ya —me quejo.

—Lo suyo sería que no se llevase a cabo —comenta Vanesa.

La miro reprendiéndola por el comentario, pero se encoge de hombros y me sonrío.

Pasamos una noche de escándalo. Bailamos y bebemos, con moderación, hasta el amanecer.

Cuando despierto al día siguiente son más de las tres de la tarde. Me doy una ducha rápida y voy en busca de Avril. La encuentro en el exterior de la casa con mi madre y mi tía, relajadas en un enorme sofá mientras le cuentan un cuento. Llego hasta ella y me siento a su lado, sin decir nada, no quiero interrumpir la historia de Blancanieves.

—Mami —grita mi pequeña en cuanto se percató de que estoy a su lado.

Mi madre detiene la narración del cuento y observa como Avril me abraza y me besa.

Mi prima Estela aparece y su madre dice:

—Comienzan a despertar las bellas durmientes. ¿Qué tal anoche?

—Lo pasamos de escándalo —le comenta mi prima. Se sienta a su lado y le da un beso.

Luego aparece Vanesa. Mi madre nos ofrece algo de comer, pero las tres lo dejamos para un poco más tarde.

Pasamos el resto de la tarde en la piscina con Avril, verla disfrutar y sonreír me da vida.

Cuando el sol está cayendo, mi prima y Vanesa tienen la genial idea de preparar para la cena una mariscada casera y van en busca de ella. Yo me quedo para bañar y darle la cena a mi hija, pero mi madre se ofrece a ello y mi pequeña está encantada de ducharse con su abuela en su baño.

Me quedo con mi tía Julia, nos sentamos en el borde de la piscina, con los pies metidos dentro y observamos la puesta de sol.

—Este lugar es maravilloso —murmuro con los ojos entrecerrados.

—Sí lo es. ¿Sabes qué? —me pregunta mi tía. La miro esperando una respuesta—. El día de hoy aquí me ha transportado al pasado —comenta pensativa, mirándome a los ojos—. A unos días que pasé hace años en una villa en Santorini.

—Nunca he estado. Debe ser maravilloso —le manifiesto.

—¿Sabes qué es lo maravilloso de esta vida? Los años, la experiencia y la sabiduría —me enumera mi tía.

—No eres tan mayor, tía.

—No lo digo a modo de queja. Me siento orgullosa de lo que estos ojos vean más allá de lo que se muestra —murmura.

Yo la miro sin entenderla.

—Hoy estás un poco filosófica —le comento sonriente.

—Querida sobrina, hace veinticinco años tuve una gran realidad ante mis ojos durante dos años seguidos y no conseguí verla hasta que estalló en mi cara. Sin embargo, hoy lo he visto todo claro por mucho que te empeñes en maquillarlo.

—¿A qué te refieres? —pregunto con curiosidad.

—Tuve a Nico entre mis brazos desde que nació y, pese al gran parecido con Bosco, nunca adiviné que podría ser su padre hasta que Alba me lo confesó. —Tomo una bocanada de aire e intento relajarme—. No voy a caer en la misma piedra dos veces. Hoy he tenido la mayor visión de mi vida.

—¿Qué tratas de decirme? —le pregunto algo incómoda.

—Dímelo tú —me reta, sonriente. Y en ese mismo instante sé que me ha descubierto—. Para mí es algo que me queda muy claro. Es evidente —puntualiza.

Nos miramos en silencio y decido tomar la palabra:

—Avril es mi hija, no la adopté —reconozco en voz baja.

—De eso no me cabe la menor duda —comenta despreocupada—. No sé cómo tu madre no se ha dado cuenta en estos años. Siempre sospeché del tema de su adopción. La incógnita era su padre, pero ya no tengo dudas —argumenta muy segura de ello. Y consigue que se despierten todos mis miedos.

—Me inseminé. Quería tener un hijo —suelto de golpe, casi sin pensar. Nunca llegué a imaginar que alguien me descubriese.

—No me mientas más, por favor. No atino a adivinar cómo haya sucedido todo entre vosotros —manifiesta con paciencia, segura de lo que dice. Se hace un silencio entre nosotras y dice—: pero me queda claro que el padre de Avril es Nico.

—¿Cómo... cómo... se te ocurre algo así?! —le reprocho de inmediato, a la defensiva, ofendida por sus conclusiones—. Nico es mi hermano —suelto con sorpresa, con un grito ahogado.

—No lo es. Y si miras bien a Avril, pese a ser una niña, es igual a Nico. En lo físico y en cómo era él de pequeño. Esta tarde aquí con ella en la piscina he tenido todo el tiempo la sensación de que estaba con Nico cuando tenía su edad y lo he visto claro.

Trago con dificultad, me retuerzo las manos y me alejo de ella, nerviosa e intranquila, preguntándome qué hago ahora.

De repente, siento que mi tía me acaricia el hombro.

—No soy nadie para juzgarte, ni para obligarte a nada. Cada uno es dueño de su vida y tiene el derecho a gestionarla como le plazca, sea bien o mal, eso solo lo demuestran los años y siempre hay tiempo de rectificar. Solo quiero decirte que es un secreto a voces, al menos para mí.

Y que si yo hoy me he dado cuenta de la verdad que tenía antes mis ojos, puede que mañana lo haga tu madre o el padre de Avril.

Intento reprimir las lágrimas que están a punto de saltar de mis ojos. El corazón parece que se me va a salir del pecho. Me tiemblan tanto las piernas que no tengo fuerzas para correr y marcharme a mi habitación y taparme la cabeza y pensar que todo esto ha sido un mal sueño.

Mi tía Julia se acerca a mí y me da un cálido abrazo, en el que me refugio desesperada.

—No puedo ni imaginar todo lo que has sufrido, mi vida. Estuve al lado de tu madre cuando pasó por lo mismo y fue muy fuerte, como tú. Admiro a mi hija, ya que deduzco sabrá toda la verdad. Sois uña y carne —murmura con orgullo—. Creo que la historia se ha vuelto a repetir y ella ha estado a tu lado como yo lo estuve con Alba. Me tienes para todo lo que necesites. Por el momento, seré una tumba.

La miro en silencio y le agradezco sus palabras al mismo tiempo en el que pienso que volver de Estados Unidos ha sido un completo error. Como me ha venido diciendo Vanesa durante cuatro años; no hay verdad que permanezca oculta cien años. Pero yo no estoy preparada para afrontar mi verdad.

Mi madre y Avril aparecen ya duchadas y la mirada cálida que mi tía me dedica cuando posa los ojos en mi hija me llega al corazón. Le agradezco en silencio que respete mi decisión y no me inoportunice con porqués incómodos ni exigencias que por el momento no puedo cumplir.

Preparativos de boda

La vuelta a Madrid no la llevo muy bien. Hace dos días que estamos en casa de mis padres y me tiene agobiada el tema de la boda de Nico. Solo se habla de ello. Mi madre parece que solo vive para que esa unión sea todo un éxito. Mañana tengo cita para probarme un par de vestidos y luego he pensado marcharme unos días a Jerez con Avril. Creo que le gustará el lugar y los caballos y así paso más tiempo con los mellizos y me alejo de este ambiente que me pone de mal humor.

Desde la noche en el camarote del yate no he vuelto a saber nada de Nico. Su actitud siempre es un mismo patrón. Pasamos la línea de hermanos y luego se aleja de mí por un buen tiempo, pero en esta ocasión no podrá ser tanto. En menos de dos semanas se casa y voy a tener que verlo y felicitarlo por su matrimonio como si realmente lo sintiese. Lo que peor llevo es que todos hablan bien de Raquel. Es una mujer maravillosa, incluso en las redes sociales y en la prensa es muy querida. Además, es guapa y simpática.

Mis padres esta noche tienen una cena y estoy sola en casa con Avril, no me apetece llamar a Vanesa ni a mi prima. Sé que tengo que decirle a Estela que su madre ha descubierto todo de una forma sorprendente, pero le voy a dar unos días de margen por si mi tía lo habla con su hija y es mi prima quién viene a decirme algo.

Llevo tres noches que apenas duermo, inquieta, dando vueltas en la cama. Decirle a Nico la verdad nunca ha sido una opción, y menos ahora que va a formar una familia. Sería un escándalo, además no podría soportar que mis padres lo supiesen. Le causaría tal dolor a ambos que es preferible todo esto que he montado.

He planeado con Avril una noche de chicas. Vamos a pedir pizzas y veremos su película favorita de princesas en la enorme televisión del salón de casa de mis padres.

Desde que Avril descubrió el nivel de vida de sus abuelos y todo lo que los rodea está un poco impresionada, en Houston vivíamos en un apartamento de cuatro habitaciones y dos baños, muy normal. Pero la casa, los coches y el lujo que tiene mi familia deslumbra a cualquiera pese a que tenga una corta edad.

En las dos semanas que mi hija ha estado con sus abuelos sola le han comprado más ropa y regalos que yo en toda su vida. Por un lado, los entiendo y me enorgullece que la quieran tanto, pero por otro me da miedo que cambien a Avril. Por ello, en cuanto pase la boda de Nico me pongo en serio a buscar un hogar para mí y mi hija. Tengo muy claro que nuestra estancia en casa de mis padres es temporal. Me gustaría que en septiembre ya estuviésemos instaladas en nuestra nueva casa.

Cuando escucho que alguien entra en la propiedad pienso que son las pizzas que hemos pedido, pero me encuentro con Nico cuando se baja de su coche. Viene solo. No esperaba su visita esta noche, no ha dicho nada y nuestros padres no están.

Abro la puerta y lo recibo.

—¡Qué sorpresa! Papá y mamá están de cena —le digo de inmediato, quizá con esa información se marche sin llegar a entrar.

—Solo he venido a recoger unos documentos del despacho de papá, me hacen falta para mañana —me informa adentrándose en el salón.

Avril se encuentra sentada en el sofá, se vuelve al escucharlo, pero no se acerca a Nico. Lo observa desde la distancia.

—Hola, preciosa —la saluda Nico en cuanto la ve. Se dirige hasta ella y se sienta a su lado—. ¿Me das un beso? Soy tu tío Nico —le recuerda.

Avril se acerca a él y le da un beso y un abrazo mientras yo los observo unos pasos detrás de ambos con el corazón acelerado.

—Eres el más guapo de mis tíos. Y tienes los ojos azules como mamá y yo —aprecia mi hija.

De inmediato, acudo a ellos, me interpongo entre ambos y cojo a Avril en mis brazos. No quiero que Nico centre su atención en ella. Mentí en su fecha de nacimiento, no podría deducir que es su hija si llega a hacer cuentas, para todos Avril es cuatro meses más pequeña. Y toda mi familia cree que la adopté con un año. Pero después de la intuición de mi tía ya no estoy tranquila con nada ni con nadie.

—Yo creo que los tres somos los más guapos de la familia —le susurra Nico a modo de secreto.

Mi hija asiente y sonriente.

—¿Te gustan las pizzas y las pelis de princesas? —le pregunta mi hija mientras a mí se me seca la boca. Es muy espontánea.

—Las pizzas me encantan. Las pelis de princesas no tanto —le indica Nico—. A mí me gusta más el fútbol.

—Vamos a hacer una cosa. Ves la peli de princesas conmigo y otro día jugamos al fútbol —le propone mi hija con descaro mientras yo la miro reprendiéndola, pero ella pasa de mí.

—Me parece un buen trato. —Choca la mano con Avril como si fuesen grandes amigos—. ¿De qué habéis pedido las pizzas? —pregunta Nico acomodándose en el sofá.

Yo lo miro preguntándome; ¿No será verdad? Pero lo es.

—De pollito, york y mucho queso. Mis preferidas —le indica Avril.

—Qué coincidencia, también son mis preferidas. —Mi hija se abraza a Nico mientras yo suspiro por la improvisada noche que se ha presentado.

Llegan las pizzas y es Nico quién se ofrece a recogerlas en la puerta. Cuando entra con las cajas, dice:

—¿Pensabais tener invitados o coméis mucho?

—Siempre pedimos demás —le indico.

—Pon la peli, mami —me apremia Avril.

Le doy al *play* y comienza a reproducirse mientras corto la pizza y le ofrezco un trozo a cada uno. Cuando Nico la coge de mis manos, estas se rozan y sentimos un calambre, nos miramos y de inmediato apartamos los ojos uno del otro.

Centramos el interés en la pizza y en la película. Avril le explica todo a Nico y me hace mucha gracia verlos a ambos tan conectados.

Cuando el príncipe y la princesa bailan y se abrazan, mi hija murmura:

—Qué bonito. Es la parte que más me gusta.

—¿Pero ya la has visto? —pregunta Nico con asombro.

—Muchas veces, es mi peli favorita —le indica Avril. Yo sonrío. Nico la mira sin entenderla. Se nota que no trata con niños, menos con niñas tan coquetas y presumidas como mi pequeña.

Nico suspira y me mira. Yo le sonrío y me encojo de hombros. Se acerca a mí y me susurra en

el oído:

—Te sabes hasta los diálogos, ¿cierto? —Yo asiento mientras él nos mira a Avril y a mí con una especie de admiración que consigue acelerarme el corazón.

Cuando nos damos cuenta, Avril se ha quedado dormida en los brazos de Nico.

—Oh, vaya —murmuro. Apago la televisión y tengo intenciones de cogerla, pero Nico lo impide.

—Yo la llevo a su habitación —me indica, pero se queda mirándome como si quisiese entablar una conversación. Desvío la mirada de la suya, incómoda, y me toco el pelo—. Gracias por acudir en mi ayuda en el yate. Me pasé —murmura a modo de agradecimiento o disculpa.

Lo miro preguntándome a qué se refiere exactamente con admitir que se pasó, si fue con lo que tomó o conmigo. Nico parece leer mi mente y aclara:

—No estoy acostumbrado a beber tanto. —Evito recordarle que no solo hizo eso—. Solo tengo un vago recuerdo tuyo en el camarote, el resto es muy borroso —especifica.

—Comprobé que no hiciese falta trasladarte a un hospital, te examiné.

—Gracias. Hubiese sido un escándalo mi imagen en un hospital por algo así, y papá no me lo hubiese perdonado —añade apurado.

—¿Te importa mucho tu imagen con papá? —pregunto con tono de reproche.

—Es mi referente en esta vida. Ser como él y que se sienta orgulloso de mí en todos los aspectos.

—Estoy segura de que lo está —murmuro.

—Me he esforzado en ello durante años —revela mirándome a los ojos, serio.

—Yo también —añado—. Y te digo por experiencia que ser una hija perfecta no es fácil.

—Te comprendo.

—Vamos a llevar a Avril a su habitación —propongo a modo de terminar con una conversación en la que me da la sensación que hablamos en códigos cifrados.

Cuando deja a la niña en su cama nos miramos en silencio. Ninguno de los dos sabe qué hacer ni qué decir.

—Voy al despacho a por unos documentos que necesito para mi boda —murmura Nico.

—Ya queda poco —puntualizo opacando el dolor que me causa pensar en ella.

—Sí —contesta sin demasiado entusiasmo.

—Me quedo con Avril, voy a ponerle el pijama para que duerma cómoda —le pongo como excusa para no acompañarlo.

—Buenas noches —se despide desde la puerta.

Yo solo le hago un gesto de despedida con la mano.

Al día siguiente, mientras como en un restaurante con Vanesa y Estela después de haberme probado diez vestidos y elegir uno para la boda de Nico, y les cuento que mi tía Julia ha descubierto toda la verdad sobre Avril, algo que las deja de piedra, William aparece por sorpresa.

—Ya estoy aquí. ¿Quién me necesita? —William me abraza y me besa. Le correspondo sorprendida.

—Pero, ¿qué haces aquí ya? —le pregunto.

—Vanesa me llamó y me dijo que necesitabas un novio antes y durante la boda de tu hermano. Está muy feo que una belleza como tú acuda sola.

—Eres maravilloso. —Me abrazo a él y le doy las gracias.

—Ya sabes que te adoro —comenta sonriente—. Haría cualquier cosa que me pidieses.

—Me alegra que hayas venido tan pronto. Pensaba viajar pasado mañana a la finca de Jerez y regresar un par de días antes de la boda.

—Me encanta el plan. No me pienso despegar de ti.

—Estela y yo os esperamos a vuestra vuelta —manifiesta Vanesa—. Dejemos a los tortolitos solos unos días —murmura sonriente.

Le tiro la servilleta a la cara y los cuatro terminamos riendo a carcajadas.

Un gran susto

Pasamos unos días increíbles en la finca de Jerez. Avril y William disfrutaban muchísimo de un ambiente totalmente desconocido para ellos. A mis hermanos pequeños les presento a William como un gran amigo. Son conscientes de ello ya que mi hija lo llama tío.

Vanesa y yo conocimos a William en el hospital de Houston, es un gran cirujano y en cuanto nos miramos los tres conectamos de inmediato. Es ocho años mayor que nosotras y su experiencia en la profesión nos vino de lujo. Nos enseñó muchas cosas y nos hicimos muy amigos. Ha sido nuestro gran guía desde que llegamos a Estados Unidos.

Pese a lo bien que estamos en la finca con los caballos, recibimos la llamada de nuestra madre reclamándonos para que estemos presente en una cena que ha organizado en casa cinco días antes de la boda de Nico. Casi obligados, los mellizos, Avril, William y yo hacemos las maletas y volvemos a Madrid para la boda de mi hermano mayor.

Faltan muy pocos días para que Nico se convierta en un hombre casado y estoy muy inquieta, no descanso ni duermo por las noches. Doy mil vueltas en la cama. Ya estamos de vuelta en Madrid y tengo más miedo que nunca de volver a ver a Nico.

Mi madre está muy contenta con William, no le he dicho que seamos una pareja formal ni nada por el estilo, pero ella lo intuye y ya me ha dado su aprobación para esta relación. Me ha indicado que sería muy buen padre para Avril. Lo cierto es que mi hija lo quiere mucho, sin embargo, es algo imposible. Pero, por el momento, no le voy a decir nada a nadie. Iré a la boda de mi hermano con acompañante y que cada cual piense lo que quiera.

Estoy nerviosa mientras ayudo a mi madre a colocar las copas de vino y lo cubiertos en la gran mesa que ha preparado para la cena. Seremos treinta personas. Según mis padres es una cena familiar e íntima en la que despedimos la soltería de Nico. No lo he visto desde la última vez que cenamos juntos pizza con Avril, ni he tenido noticias de él. Por mi madre sé que desde hace un par de semanas vive en su chalet con su futura esposa. Y que el día de la boda Nico se vestirá en esta casa y saldrá hasta el altar desde aquí. Es algo que me incomoda un poco, pero pienso en toda la gente que habrá en esta casa y en el jaleo que será todo. Seguramente ni veré a Nico antes de que llegue al altar. Temo ese momento. Es un miedo que no le he exteriorizado a nadie, ni siquiera a Vanesa. No sé cómo reaccione cuando le dé el sí quiero a su prometida. Me he repetido en mil ocasiones que no puedo llorar, pero no sé si seré capaz de hacerlo. Por otro lado, he pensado que si lo hago nadie lo verían raro. Para todos es mi hermano y está permitido llorar y emocionarse en las bodas de la familia.

De repente, una copa de cristal resbala de mis manos y se cae al suelo haciéndose mil pedazos. Me llevo una mano al pecho y murmuro:

—Avril.

—Tranquila. Esto no es nada —me tranquiliza mi madre—. Avril está en su habitación con el abuelo, se ofreció a dormirla.

Con la excusa de sacudirme los zapatos por los cristales que me hayan podido entrar, subo a la habitación de mi hija. Abro con cuidado la puerta y la observo en su cama, abrazada a su

abuelo mientras admiro al gran Bosco Hungría en su faceta más tierna, ejerciendo de abuelo mientras le lee un cuento de hadas y princesas a su nieta.

Vuelvo al salón con una sensación extraña en el cuerpo. Me reúno con los mellizos y William y compruebo que han llegado mis abuelos, mis tíos, mis primos y Vanesa. Seguidamente aparecen unos amigos de Nico y todos charlamos animadamente mientras que mi madre supervisa todo con Pepa en la mesa principal y mi padre aparece bajando las escaleras, se dirige a mí y me dice que Avril ya duerme como un tronco. Mientras, le suena el móvil y puedo ver que es Nico en la pantalla del móvil, sin embargo, no es su voz la que le habla a mi padre. No puedo evitar pensar que la complicidad y confianza con su futura mujer es tanta que le deja usar su teléfono. Pero mi mente deja de pensar estas cosas cuando veo el rostro de mi padre completamente blanco y le escucho decir apenas sin voz:

—Dime que Nico está bien.

En ese instante se encienden todas mis alarmas. Miro a mi padre, asustada, centrada por completo en su conversación. Ante nuestra actitud de pánico, todo el salón se queda en silencio. Mi padre asiente a lo que le dicen al otro lado del teléfono mientras mi madre se acerca a él, le toca el brazo y lo mira con los ojos desencajados.

—¿Qué ha pasado?! —le pregunta en tono de súplica.

Mi padre corta la llamada y tiene que sentarse antes de explicarnos qué ha sucedido con Nico.

—Han apuñalado a Nico —anuncia de golpe.

—¿Qué?! —grita mi madre llevándose las manos a la boca.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? —se interesa Jorge.

—¿Cómo está? ¿En qué hospital lo tienen? —le pregunto a mi padre.

Me arrodillo ante él y lo miro. Está en shock. Le cojo las manos entre las mías y lo obligo a que me mire mientras mi madre está llamando de nuevo al número con el que acaba de finalizar la llamada mi padre.

—Ha sido al acabar de no sé qué evento en el que estaba junto con Raquel. Había mucha multitud en la salida, se ha agolpado mucha gente para saludarlo y hacerse fotos y de repente Nico sangraba por un costado. No sé más, Raquel estaba muy nerviosa —explica mi padre.

—Nico está en tu clínica —dice mi madre dirigiéndose a su marido mientras habla por teléfono.

—¿Vamos! —digo de inmediato.

En el momento de marcharnos observo que mis abuelos están sentados en un sofá y no los veo bien, mi tío Rodrigo abanica a mi tía Julia. Madre mía, qué panorama.

Miro a Vanesa y a William y les ruego:

—Ocupaos de ellos. —Y me marcho junto con mis padres y mis hermanos a la clínica donde se encuentra Nico.

Damián conduce mientras que mi padre va a su lado en silencio, muy preocupado. Mi madre llora y yo le llevo ambas manos tomadas entre las mías en el asiento trasero del coche. Jorge también nos acompaña y va muy callado. Todos estamos muy preocupados.

Entramos en la clínica corriendo, en busca de noticias de Nico. El director de la misma nos espera. Le toca el hombro a mi padre y nos explica:

—Está fuera de peligro. —Al escuchar estas palabras siento que el cuerpo se me encaja de nuevo—. La puñalada no ha llegado a ningún órgano vital. Ha sido profunda, lo hemos sedado para limpiarla y coserlo sin que sienta dolor.

—¿Podemos verlo? —pregunta mi madre.

—Aún están con esa herida, en cuando lo saquen de quirófano podréis visitarlo en la habitación dónde lo llevemos —nos indica el médico. El hombre se dirige a mí, nos conocemos de todas las reuniones virtuales que hemos tenido para incorporarme a la clínica de mi padre en breve y me dice—: Victoria, tú puedes pasar si quieres.

Mi madre me empuja y murmura desesperada:

—Ve hija, que sienta a alguien cercano a su lado.

—¿Y Raquel? —pregunta Damián al no verla.

—La están atendiendo. Sufrió una fuerte crisis de ansiedad. Pero también la espera la policía. Tiene que ir a declarar. Era la persona que estaba más cerca de Nico —nos comenta el doctor Prieto.

—Voy a llamar a nuestros abogados —dice de inmediato mi padre, se aleja haciendo una llamada al mismo tiempo que yo me encamino hacia el ascensor con el doctor Prieto para entrar al quirófano donde atienden a Nico.

El amor de mi vida

Cuando entro en quirófano y veo a Nico en la camilla mientras le cosen la herida y siento que me mareo. Es la primera vez que tengo a alguien cercano en una mesa de operaciones. El doctor Prieto me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido solo la impresión de verlo —murmuro con la vista clavada en Nico. Está sedado y él no sabe que estoy ahí a su lado.

Cuando terminan de darle los puntos el doctor Prieto me indica que lo van a pasar a una sala de reanimación durante unas horas y me ofrece quedarme con él. Acepto de inmediato. Necesito estar a su lado y comprobar que todo está bien.

Espero en una sala exclusiva de reanimación, en la que estaré sola con Nico, mientras lo traen, y aprovecho para decirle a mi madre que no se preocupe, que en cuanto reaccione de la sedación la llamaré para decirle cómo está. Lo importante es que la puñalada no ha llegado a ningún órgano vital.

Cuando Nico y yo estamos solos, él aún permanece adormilado, ha intentado entreabrir los ojos cuando ha llegado a reanimación, pero ha sido un leve intento, le cojo una mano entre las mías y me tomo el atrevimiento de darle un breve beso en los labios. He temido tanto por él desde que mi padre anunció que le habían dado una puñalada que ha sido mucho peor pensar en él lastimado y herido que el dolor de lo lastimada y herida que me dejó a mí después de lo nuestro. Esta mala experiencia me ha servido para comprobar que Nico siempre será el gran amor de mi vida. Siempre lo querré y nadie jamás llegará a ocupar el lugar que él alcanzó en mi corazón. Pero esto es algo que quedará para mí. La vida, o Nico, no quiso que nuestra historia tuviese una oportunidad y será algo que lamente para siempre. Yo sí hubiese enfrentado a mi familia y hubiese luchado por lo que siento por Nico, pero, al parecer, él no estuvo a la altura de lo que yo esperaba, o quizá éramos muy jóvenes. No lo sé, pero ahora todo ha cambiado y nuestros caminos están más distantes que nunca. Él nunca sabrá que es el padre de mi hija. Es una decisión que tomé cuando supe de mi embarazo y jamás voy a cambiar de parecer. Confío en que Vanesa, Estela y ahora mi tía Julia, me guarden el secreto. Mi hija tendrá contacto con él como su tío y sus abuelos, que no pueden ser más felices con Avril. Sé que la quieren como si supiesen que lleva su sangre.

Le acaricio el rostro a Nico y le aparto el pelo de la cara, últimamente lo lleva más largo de lo normal.

—El amor de mi vida —murmuro muy bajito. Algo en mi interior necesita exteriorizarlo. Nunca le he dicho que lo quiero en voz alta, ni tampoco me he permitido aceptar a mí misma que lo sigo amando, y cada día más. Tenerlo de nuevo cerca solo ha servido para avivar con más ganas mi corazón dormido en estos años, en los cuales me repetía a diario que lo había olvidado —. ¿Por qué siento esta culpabilidad desde que todo entre nosotros surgió? ¿Tan malo es que te quiera para mí? —me pregunto a modo de reflexión mientras lo miro con un profundo amor.

Al cabo de varios minutos Nico intenta abrir los ojos y se mueve un poco en la cama.

—Tranquilo, procura estar quieto —le indico haciéndole notar mi presencia.

Nico abre los ojos por completo y los clava en mí. Me mira pensativo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, confuso.

—Estás bien. Tu vida no corre peligro. Pero tienes una herida en el costado recién cosida. Procura no moverte demasiado —le explico tomándole una de sus manos entre las mías, infundiéndole ánimos.

—Todo fue tan rápido... —murmura pensativo—. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué? —inquieta agitado.

—No te esfuerces —le recomiendo—. No lo sabemos. Están tratando de averiguarlo.

—¿Raquel está bien? —pregunta con preocupación.

Asiento con cierto dolor al ver la angustia por ella en los ojos de Nico.

—Está declarando. Papá llamó a los abogados —le digo para que esté más tranquilo.

—¡Joder! ¿Han querido matarme? —pregunta, abatido, arrastrando las palabras.

—Hay que averiguarlo. Lo importante es que tú estás bien —trato de tranquilizarlo.

—Despertar de esta pesadilla y encontrarte a mi lado ha sido lo mejor de todo esto —murmura.

Le muestro una sonrisa forzada y asiento. Tengo ganas de abrazarlo y besarlo, he estado a punto de perderlo, pero me contengo.

—Vas a estar aquí unas horas y luego te pasaran a planta —le informo.

—No te vayas —murmura antes de volverse a dormir.

No pensaba hacerlo. Me quedo a su lado, sin moverme para nada, hasta que nos dan traslado a una de las mejores habitaciones de la clínica. Para eso mi padre es el dueño.

Mis padres son los primeros que irrumpen en la habitación. Abrazan y besan a Nico llorando. Observo a mis padres con especial interés, jamás los he visto llorar tanto ni con un miedo tan grande reflejado en su mirada.

—Estoy bien —les indica Nico tratando de hacerse el fuerte. Cuando intenta de moverse en la cama da un grito de dolor.

—No puedes moverte —le advierto—, los puntos están muy frescos.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? La boda... —manifiesta Nico con preocupación.

—Tranquilo. Si todo va bien te darán el alta en un par de días. Solo tendrás que hacerte una cura diaria —le informo.

—De eso ya se encargará tu hermana, mi vida —dice mi madre de golpe.

—Si hay que retrasar la boda hasta que estés bien no pasa nada —propone mi madre.

—Podrás ir hasta el altar en cinco días —le indico con más dolor del que debe de sentir él en esos momentos—. Solo tendrás unas leves molestias, pero no hace falta cancelar tu gran boda —recalco con cierto tono que no puedo evitar.

—No estoy ahora para eso. Ya hablaré con Raquel —comenta algo cansado.

—Cariño, te dejamos —dice mi madre—. Creo que esta noche debe de quedarse a tu lado Victoria. Estaré más tranquila si tienes a una médica sin moverse del pie de tu cama. Yo cuido de Avril —me dice mi madre.

Pues ya que lo ha organizado todo, solo me queda asentir. No quiero crear un conflicto familiar ni que esté preocupada.

Mis padres se marchan y Nico y yo nos quedamos solos.

—Gracias por estar aquí —me dice mi hermano.

—Cuidaré de ti —le indico con un guiño, tratando de que la situación no sea tan tensa.

El móvil de Nico suena y, como no alcanza hasta este, colocado en la mesita de noche, me acerco y se lo doy. Veo que la llamada es de Raquel.

—Ahora vuelvo —le indico, y salgo al pasillo.

Dejo a Nico solo, que hable con libertad con su prometida.

Permanezco más de media horas paseándome por el pasillo, me he tomado un café y he charlado con el personal de turno en la planta. Al parecer todos me conocían.

Cuando vuelvo a la habitación encuentro a Nico con los ojos cerrados. Entro con cuidado, pero en cuanto me siente me mira.

—Perdón —le indico por haberlo despertado.

—No estaba dormido. Solo pensaba —murmura. Me siento en un sofá cercano y lo miro en silencio. Son más de las cuatro de la madrugada, tengo ganas de tenderme, cerrar los ojos y descansar—. He convencido a Raquel para que no viniese —comenta—. Me dijo que sufrió una crisis de ansiedad y se fue a casa de nuestros padres. Mamá insistió en cuidar de ella.

—Ya sabes cómo es mamá. Se preocupa por todos. —Intento dejar de hablar, necesito paz y tranquilidad.

—¿Estás bien? —insiste Nico.

—Sí —le indico en un susurro.

—Yo creo que no. Te conozco bien. —Estoy a punto de gritarle que no me conoce nada. En estos momentos creo que somos unos desconocidos. Han pasado cuatro años en los que hemos estado alejados, ambos hemos cambiado, y mucho.

—Ya no soy la niña de antes —le recuerdo con cierto tono de reproche.

—Nunca te he visto como a una niña —murmura mirándome a los ojos—. Cuando mis hormonas se despertaron fuiste la primera mujer que me atrajo, y eso que eras tres años más pequeña que yo. Pero tenías algo —confiesa.

—Atracción prohibida. Sé de lo que hablas —murmuro sin demasiado entusiasmo, más bien como un reproche.

—¿Cuándo la sentiste tú por primera vez? —indaga con curiosidad.

—Cuando mis amigas te admiraban y me molestaba que lo hiciesen. No se cortaban en comentar lo bueno que estabas o lo guapo que eras. Ahí me di cuenta de que no te veía como a Nico, mi hermano, sino como lo hacían ellas, como a Nicolás Hungría, un tío bueno y la futura gran promesa del fútbol.

—¡Qué locura todo! —comenta llevándose las manos a la cabeza.

—Supongo que ya hemos madurado lo suficiente como para hablar sobre lo que pasó entre nosotros —le reprocho con media sonrisa forzada.

—Éramos unos críos con las hormonas revolucionadas que se sentían atraídos por lo prohibido —resume.

Lo fulmino con la mirada y me niego a que todo se quede así.

—¿Y qué ocurrió cuando probaste el fruto prohibido? —le lanzo. Él me mira serio, aprecio que no esperaba una pregunta tan directa.

—Creo que es evidente que no se sació mi deseo con una primera vez. Volví a caer en la tentación.

—Dime algo, siempre lo he sospechado, pero quiero que me lo confirmes tú, de frente —lo reto, decidida con valentía—. ¿Aceptaste ese contrato con el equipo de fútbol en Manchester para alejarte de mí de forma definitiva tras lo sucedido entre nosotros?

Se queda en silencio, suspira y me mira serio. Creo que está descubriendo a una nueva

Victoria.

—Sí —admite finalmente, sin mirarme a los ojos.

Escucharlo hace que sienta como si me diesen un gran golpe en el pecho. Lo miro con decepción y le reprocho:

—Huiste un cobarde.

—Solo intenté hacer lo mejor para todos —trata de justificar.

—A día de hoy, ¿estás orgulloso de la decisión que tomaste? —le pregunto de frente, con rabia.

—No fue fácil, había mucho en juego.

—Al menos podíamos haber tenido esta conversación —le recrimino.

—Ahora tenemos una madurez —justifica—. Hace unos años éramos muy jóvenes y nos faltaban muchas cosas por vivir.

—¿Las has vivido todas? —le pregunto con cierto tono de reproche, no lo puedo evitar.

—Lo he intentado.

—Espero que haya valido la pena —murmuro con decepción.

—¿Qué hubieses hecho tú? —me pregunta en tono de reproche.

—Afrontar la realidad con valentía —le espeto de frente.

—Tú misma lo has dicho antes, sentías por mí la misma admiración que tus amigas. Querías lo que ellas y lo tenías más cerca. Era algo pasajero.

—No hables por mí —escupo entre dientes—. Lo que siento por ti es demasiado fuerte y presiento que jamás podré matarlo —grito fuera de sí. Ha logrado colmar mi paciencia.

Cuando observo la cara blanca de Nico empiezo a tomar conciencia de lo que he dicho en voz alta.

—¿Me estás diciendo qué... —No termina la pregunta. Me mira con temor.

—¡Olvidalo! —Le hago un gesto con la mano y me doy la vuelta para que no vea que tengo los ojos llorosos. Me centro en mirar por la ventana y tratar de relajarme.

—No podría olvidarlo —murmura a mi lado.

Me sobresalto y lo miro. ¿Tan absorta estaba en mis pensamientos que no lo he escuchado bajarse de la cama?

—¿Qué haces aquí? Vuelve a la cama —le ordeno tomándolo del brazo y obligándolo a volver a ella.

Siento a Nico en la cama y aprecio que su cara pierde color.

—Se te está bajando la tensión, joder —maldigo. Lo termino de tumbar y le pongo dos almohadas debajo de los pies.

Le tomo la tensión y la tiene bastante baja, pero Nico no deja de mirarme. Aprecio un brillo especial en sus ojos que hace que mi corazón se dispare por completo.

Al cabo de unos minutos su tensión ha mejorado.

—No vuelvas a hacer una tontería como esta. Podrías haber terminado en el suelo, y con la herida abierta de nuevo —le reprendo.

En un acto inesperado, Nico tira de mi mano, aterrizo cerca de él y, con una habilidad extrema, se apodera de mis labios.

A tu lado

Sentir su sabor de nuevo me transporta a otra dimensión. Me olvido por completo dónde nos encontramos y que Nico está convaleciente. Los sentimientos que despierta ese beso y lo que me hace sentir me da miedo. Paro en seco, lo miro a los ojos, y cuando lo observo con una media sonrisa y un brillo especial en su mirada, no puedo creer lo que descubro. No puede ser, tienen que ser ilusiones mías. Pero hay miradas que hablan por sí solas y esta es una de ellas. Entro en pánico. No puede estar ocurriendo. No ahora.

—Ven aquí —me dice Nico. Tira de mí y hace que aterrice sobre su pecho.

Lo abrazo con miedo, procurando no rozar el costado de su herida, ya que estoy sentada en el lado opuesto a este, y escucho los latidos de su corazón. Ambos permanecemos en silencio. Nico también me abraza y me acaricia el pelo. Es un momento tan íntimo y especial que tengo ganas de llorar.

—Recuéstate aquí conmigo —susurra Nico. Alzo la cabeza y lo miro. Ambos sonreímos a la vez, pero no me niego. Es lo que más necesito en este mundo. Estar a su lado. Sentirlo muy cerca.

Me acomodo a su lado y Nico me abraza. Me acurruco en su pecho, me dejo llevar por su olor y cierro los ojos. Todo me parece un sueño. Siempre he deseado estar así con él. En una cama, abrazados, con el corazón latiéndonos muy deprisa y sentir que sus sentimientos me corresponden tanto como los míos.

Nos dejamos llevar y nos quedamos dormidos el resto de la noche.

Me despierto sobresaltada cuando escucho:

—Oh, pero qué bonita imagen. Mira, Bosco, como cuando eran pequeños. Me emociona tanto que Victoria lo cuide así... —Es la voz de mi madre.

Descubro que tenemos a mis padres y a Raquel observándonos a los pies de la cama. Nico entreabre los ojos y nos mira a todos algo desconcertado. Yo salgo de la cama como una bala.

—¿Qué tal se ha portado esta noche? —pregunta mi padre.

—Como un bebé —comento sin saber qué decir, mientras me coloco los zapatos y me peino con los dedos.

—Seguro que contigo a su lado ha dormido de maravilla —indica mi madre con una enorme sonrisa de orgullo hacia sus hijos mientras que yo me quiero morir de la vergüenza.

—Bueno, yo voy a casa a desayunar, ducharme y ver a Avril. —Intento alejarme de todos ellos.

—Me han dicho que si todo va bien te irás a casa pronto —le dice mi padre a Nico.

Él y Raquel están abrazados. Yo los miro y hago verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas. Esa imagen me parte el corazón.

Salgo de inmediato de la habitación y no dejo que mi padre me lleve a casa. Con prisas, cojo un taxi en la puerta de la clínica. Durante todo el trayecto voy llorando. Me limpio las lágrimas con disimulo ya que llevo unas grandes gafas de sol. En menos de veinticuatro horas he pasado

por más de lo que jamás llegué a imaginar.

No vuelto a la clínica a ver a Nico en todo el día. Sé que allí está bien atendido y supongo que su futura mujer no se separará de su lado. No la conozco mucho, pero todo el mundo habla maravillas de ella. Parece que es la mujer perfecta, y he de confesar que he llegado a sentir celos de ella de los numerosos halagos que recibe de todos. Por otra parte, me alegro de que Nico tenga a alguien así en su vida.

Vanesa me llama y me dice que, ante todo el jaleo que hay en mi casa, William ha decidido marcharse a la suya. No quiere molestar y, como yo voy a estar más ocupada, así él hace turismo por Madrid con más libertad con mi amiga. Los comprendo. Mi casa en estos momentos es un caos de gente.

Estoy con Avril en el jardín, jugando, y mis abuelos, al final de la tarde, y levanto la vista al ver entrar el coche de mis padres. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que Nico se baja del coche ayudado por los mellizos. ¿Qué hace aquí? Grita mi interior.

Tomo a Avril de la mano y nos acercamos. Mi madre debe de leerme la mente y el rostro cuando se apresura a decir:

—Ha pedido el alta voluntaria. No quiere estar más en un hospital pese a que le recomendaron que se quedase hasta mañana por precaución.

—Estoy bien. Y ante la insistencia de mamá, decidí venirme aquí por si algo va mal, pues estás tú —justifica Nico.

Muevo la cabeza en un acto mecánico, no lo puedo creer. Tener a Nico cerca de nuevo. No puede ser. Bajo el mismo techo.

Avril se acerca a Nico y lo abraza.

—Con cuidado, cariño. El tío está un poco débil —le advierto.

—Lo curaré. Abuelo —Avril le da la mano a mi padre—, vamos por mi maletín de médica.

Ante la ocurrencia de mi hija todos nos echamos a reír.

Despacio, y con algún gesto de molestia, Nico consigue llegar hasta un sillón en el porche de la casa. Se sienta a descansar y nos miramos en silencio mientras que estamos rodeados de nuestra familia. Pepa y Julián se incorporan interesándose por el estado de Nico. De repente, se abre la verja de entrada a la propiedad y observo el coche de mis tíos y de mis primos. Ya estamos todos. No puedo evitar el pensamiento.

Cenamos todos juntos y luego me atrevo a decirle a Nico que debe irse a descansar.

—¿Qué habitación tengo ahora en esta casa? —pregunta sonriente.

Mi madre lo mira un poco incómoda. Estamos todos en casa, los abuelos, los mellizos... Probablemente mi pobre madre pensó que Nico jamás volvería.

—Quédate con la mía, al fin y al cabo, era la tuya. Yo dormiré con Avril —sugiero.

Nico asiente mirándome de frente con una enorme sonrisa que hace que desvíe la mirada. No me mires así delante de todos, pienso de inmediato.

—Me parece buena idea. Las únicas habitaciones libres y acondicionadas son las de la casa de invitados —Esta se encuentra independiente al hogar familiar— y no quiero que estés allí solo, o me traslado contigo —propone mi madre.

—La habitación de Victoria estará bien —murmura Nico.

Cuando hace amago de levantarse, lo tienen que ayudar los mellizos y mi padre. Lo llevan arriba y cuando han desaparecido mi madre me indica:

—Hija, sube y comprueba que todo esté bien con Nico, por favor. Que la cama sea adecuada

y todo para él.

Suspiro y me encamino hacia la habitación que ocupará Nico. Siento la mirada de mi prima Estela y de mi tía Julia y evito decir nada.

Por suerte, los mellizos y mi padre permanecen en todo momento en la habitación de Nico mientras miramos entre todos que le resulte cómoda en su circunstancia.

Yo pongo la excusa de bañar y dormir a Avril y ya me quedo con ella. Menos mal que a mi madre se le ocurrió ponerle una cama bajita de niños, pero grande. En la que cabemos ambas sobradamente.

En mitad de la noche, entre sueños, escucho la voz de Nico cerca. Me llama por mi nombre, pero no le hago caso y trato de seguir durmiendo. Pero esa llamada se vuelve a repetir.

—Victoria, te necesito —escucho en esta ocasión.

Me incorporo en la cama y logro verlo a los pies de esta. Lo observo bien, es real. No es un sueño. Solo lleva unos pantalones largos de pijama. Su torso está al desnudo y en cuanto lo miro se me reseca la boca.

—El apósito de la herida está manchado de sangre —me susurra Nico con la mano colocada en el costado donde recibió la puñalada.

Desvío de inmediato la vista hasta el lugar mientras me acerco a él.

—Ven que te cure. Igual se ha quitado algún punto —comento mientras me dirijo al baño de la habitación de mi hija.

Con cuidado dejo la herida al descubierto. Rozar su piel y tenerlo tan cerca, desnudo de cintura para arriba, hace que las manos me tiemblen un poco. Le limpio la herida y compruebo que todo está en orden. Solo ha sangrado un poco, debe de ser por los esfuerzos. Le coloco un nuevo apósito y murmuro:

—Listo.

—¿Todo en orden, doctora? —pregunta con una sonrisa inmejorable que hace que mi corazón se altere más si cabe.

—Controlado —le indico mirándolo a los ojos.

—Estás muy sexy así toda despeinada —comenta sonriente paseando la mirada por mi cuerpo. Solo llevo una camiseta grande que uso para dormir y mis braguitas.

—Por favor, Nico —le reprendo, y ni yo misma sé por qué lo hago—. Vamos a dormir —murmuro saliendo del baño. Nico me sigue.

—Siento la tentación de robarle su madre a Avril esta noche —me dice sin pudor alguno.

—Paremos esto, ¿vale? Ya no tiene sentido. Tú te vas a casar —le recuerdo a modo de reproche.

—¿Qué sientes por mí? —pregunta de golpe, tomándome por la cintura con ambas manos.

Todo mi cuerpo tiembla ante esa pregunta. Lo miro y suspiro.

—¿Qué diferencia puede haber si te revelo mis sentimientos? Solo nos haríamos más daño —aventuro.

—Victoria... todo lo nuestro me tiene muy confundido —murmura.

—No hay diferencia alguna en mis sentimientos de ahora a lo que sentía por ti hace unos años, cuando nos acostamos. Así que todo está igual —le espeto. Apoyo ambas manos con fuerza en su pecho y lo alejo de mí.

—Yo... —comienza a decir, pero Avril me llama. Reclama que esté a su lado. Mi hija tiene los ojos cerrados y yo le indico a Nico con un gesto de la mano que se marche. Y lo hace.

Una cena familiar

Al día siguiente, cuando bajo a desayunar con Avril, está toda la familia reunida, incluidos Nico y su novia. Siento a todos felices y sonrientes. Es mi madre la que me anuncia:

—Hija, Raquel acaba de firmar un gran contrato laboral como presentadora de un *reality* de la cadena más importante de España y el más visto. Estamos celebrándolo. Es una gran noticia.

Sonrío y le dirijo una mirada tratando de que la sienta cordial y amable mientras me pregunto; ¿no era modelo? Desde luego una cara bonita sí es. Es morena, alta, con tipazo y unos grandes ojos negros. Siempre que la he visto lleva una sonrisa en su boca. Me da la impresión de que es una buena tía.

—Enhorabuena —murmuro. Apenas la conozco y no me sale acercarme a ella para darle dos besos.

—Gracias —me indica. Se aproxima a mí y me abraza con cariño—. Estoy muy emocionada.

—Ya casi eres la mujer de una estrella del fútbol. El mejor jugador en estos momentos en el país —le dice mi tío Rodrigo—. Te llegarán muchas más ofertas. —Sabe de lo que habla. Es el agente de Nico. Lleva su carrera desde que se marchó a Manchester.

—Mi representante me ha aconsejado que sigamos adelante con la boda. Dice que si la suspendemos las carreras de Nico y mía se verán afectadas por el escándalo que pueda provocar —comenta Raquel a modo de escuchar qué piensa mi tío Rodrigo.

—Eso es obvio. Van a especular y ya bastante tenemos con la puñalada que recibió Nico. Creo que la boda calmará los ánimos y dejará que la policía se ocupe de encontrar al culpable y la opinión pública olvide el hecho —argumenta mi tío.

La policía aún analiza las cámaras de la calle para poder encontrar a la persona que apuñaló a Nico de forma despiadada. Estaba claro que quería herirlo de gravedad, e incluso matarlo.

—Estoy de acuerdo —manifiesta mi padre de forma contundente.

—Yo creo que la última palabra la tiene Victoria —dice mi tío.

—¿¿Cómo?! —pregunto descolocada.

—Eres la doctora —murmura mi tío con una sonrisa—. Solo tú puedes decirnos si es aconsejable para la salud de Nico que se case en tres días.

—Es fuerte. Creo que podrá con ello —le indico especialmente a Nico, mirándolo a los ojos. Ahora tiene la pelota en su tejado, que sea él quien decida qué hacer.

Nico solo es capaz de asentir. Yo le aparto la mirada y me centro en darle el desayuno a mi hija.

—Entonces, ¡hay boda! —grita mi madre eufórica.

Raquel aplaude y se abraza a Nico y a mi madre.

—Oh, seguimos adelante con todo —dice mi abuela muy contenta.

Miro a todos y menos yo y Avril, que parece que estamos en otra cosa, el resto están felices. Se abrazan y se besan. Tengo ganas de salir corriendo de allí, pero mantengo las formas por mis padres. Ellos que me lo han dado todo y por los que daría mi vida entera.

—¿Os parece si esta noche retomamos la fatal cena que quedó suspendida por el incidente de

Nico? —propone mi madre.

—Creo que es una idea estupenda —dicen mi tío y mi padre.

—Nos merecemos algo de relax después de los momentos de tensión que hemos vivido —nos anima mi abuelo.

—Victoria, cariño —Mi madre llama mi atención—, puedes decirle a tu novio que venga. Me ha dado mucho apuro que tras lo sucedido con Nico se marchase a casa de Vanesa porque pensaba que aquí estorbaba.

—¿Qué novio? —inquieta de inmediato Nico, desconcertado, con la mirada fija en mí.

—William. Tenemos un cuñado americano. También es médico —le informa Damián.

—Es un buen tío. Han pasado unos días con nosotros en Jerez, en la finca —comenta Jorge.

La mirada de Nico arde. No contaba con esa información.

—Desconocía que fueses a asistir a mi boda con pareja —me dice y siento que es un reproche.

—Te lo comenté, pero es cierto que la confirmación final se la hice a mamá. Me dijo que era ella quién se encargaba de la lista de invitados por expreso deseo de los novios.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —pregunta Nico de golpe.

—Algún tiempo —titubeo al contestar. No estaba preparada para su repentina pregunta.

—Es que antes fueron buenos amigos y luego surgió... un gran amor —intercede mi prima Estela.

Doy gracias a que mi hija me pide salir al jardín para jugar con la bicicleta y me marcho muy a gusto, dejando a todos reunidos en el comedor.

Unos minutos después, mientras le indico a Avril que no corra mucho, Estela aparece a mi lado.

—¡Qué bomba todo! —murmura.

—Sí, sobre todo porque Nico y yo nos hemos besado en el hospital y anoche se presentó de madrugada en el cuarto de Avril para que le curase la herida y me dijo que envidiaba a mi hija por yo dormir con ella. Te juro que no entiendo nada —comento, exasperada.

—¡Joder! ¿Pero lo vuestro no era algo cerrado? —pregunta con sorpresa.

—Eso creía yo, por su parte al menos.

—¿Y ahora? —pregunta atónita.

—Ahora se va a casar en tres días, ya lo has oído.

—¿Y si le dices lo de Avril? —propone.

—Jamás. No usaría a mi hija para que no se case —defiendo.

—He observado su reacción cuando tu madre nombró a William y... ¡Madre mía! Eso eran celos —comenta con sorpresa.

—No soy tonta. Me queda claro que siente algo por mí, pero... No sé si es que no se atreve a dar el paso o es que solo se trata de una simple atracción.

—Los tíos... luego somos las mujeres las que no sabemos lo que queremos. ¿Y a ellos quién los entiende? —se queja Estela.

Suspiro y le pongo los ojos en blanco. Llevo años tratando de entender a Nico.

El resto del día no coincido más con Nico, y es algo que agradezco. Cuando estoy colocándome las sandalias para bajar a la dichosa cena a la que no puedo dejar de asistir esta noche en casa, tocan a la puerta de la habitación y, de inmediato, indico que pase.

Me quedo de una pieza, a medio abrochar el zapato de tacón, cuando veo que es Nico quien

aparece ante mí. Lleva unos pantalones azules y una camisa blanca. Con el pelo engominado está guapísimo. Resaltan más sus ojos azules y sus facciones. Me quedo callada mirándolo. Él hace lo mismo. Observo que fija la vista en mis piernas. Para esta noche he escogido un vestido negro, corto y con un pronunciado escote, con unas sandalias en negras. Llevo mi pelo rubio suelto y he marcado mis ojos en negro más de lo normal. Para mí, la asistencia a la cena de esta noche es como acudir a una despedida, un funeral. El día de la boda enterraré a Nico para siempre en mi corazón.

—¿Qué quieres? —pregunto con demasiada brusquedad.

—Hoy no me has curado la herida —murmura repasándome al detalle con la mirada.

—No pretenderás que lo haga ahora —me quejo.

—Bien. Después de la cena, antes de irnos a dormir —propone.

Cuando voy a replicarle con alguna excusa que no encuentro en mi cabeza aparece por la puerta Jorge.

—¿Estáis listo? —pregunta adentrándose en la habitación—. Joder, Victoria, cada día estás más cañón —mi hermano pequeño me admira, me toma de las manos y me da un beso.

—Vamos —les indico a ambos, mientras pienso que cuanto antes termine la dichosa cena preboda mejor.

Salgo de la habitación del brazo de Jorge mientras siento la mirada de Nico clavada en mi espalda.

Cuando bajo las escaleras observo que han llegado casi todos los invitados. William está ahí y sale a mi encuentro. Me toma de la mano, me da un casto beso y me abraza mientras susurra en mi oído;

—Esta noche estás espectacular. Has conseguido dejarme sin respiración al verte aparecer.

Le sonrío, él suele ser muy exagerado, pero el resto de invitados confirman su parecer. Todos se deshacen en elogios hacia mí. Siento que, sin querer, he opacado a la novia que lleva un sencillo vestido rosa palo.

Antes de pasar a la mesa que mi madre ha preparado para los invitados, nos tomamos un vino en el salón de la casa. William no se separa de mi lado, no se lo he presentado aún a Nico ya que al aparecer todos se acercaron a él para preguntarle cómo estaba y no ha tenido ni un momento a solas.

De repente, siento que dice detrás de mí:

—¿No me vas a presentar a tu novio, hermanita?

Cuando escucho que me llama hermanita estoy a punto de gritarle que es un cínico, pero me contengo. Cuadro los hombros y coloco mi mejor sonrisa en mi cara.

—Por supuesto, él es William. Alguien muy especial en mi vida.

Ambos se dan la mano y puedo sentir cómo Nico lo mide con la mirada mientras William le sonrío.

—Encantado. Ya tenía ganas de conocerte. Victoria me ha hablado mucho de ti —murmura. Le dirijo una mirada reprobatoria mientras él sigue sonriendo. Sé que William está disfrutando del momento.

A Nico se le nota que se le ha subido la bilis a la garganta.

—¿Estás de vacaciones? —le pregunta Nico, por el acento de William, pese a que habla muy bien el español, ha deducido que no es de aquí.

—Sí. Tenía muchas ganas de conocer España, además, Victoria me ha hablado maravillas de este país que ya me tiene enamorado. Estoy pensado dejar mi trabajo en Houston y venirme aquí

—lanza William.

—¿En qué trabajas? —se interesa Nico.

—Médico, como tu hermana —responde haciendo especial énfasis en las dos últimas palabras.

Nico asiente y se hace un silencio. Luego se acerca Raquel, le presenta a William y seguidamente mi madre nos llama para acudir a la mesa.

De camino al comedor mi prima Estela me susurra:

—Si Raquel no se da cuenta esta noche de que Nico no te mira como a una hermana es que es tonta. Madre mía, mi primo te devora con los ojos.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy —le advierto.

No soy tonta y no han pasado desapercibidas las miradas de Nico hacia mí.

Cuando llegamos a la mesa, William se sienta a mi lado y mi prima al otro, levanto la mirada, y maldigo en silencio cuando me encuentro con Nico y Raquel enfrente.

Paso la velada más incómoda de mi vida. Nico es un descarado y no me ha quitado ojo de encima en ningún momento, tengo ganas de gritarle: ¿Puedes parar de mirarme el escote del vestido?

William está todo el tiempo pendiente de mí. Estela y los mellizos no dejan de contar anécdotas de cuando éramos todos pequeños mientras que Nico y yo solo aparentamos seguir la conversación. Asentimos y sonreímos de forma mecánica mientras que el resto disfrutan de la velada. Nuestros padres y resto de familiares están en el otro lado de la mesa y llevan otra conversación.

Finalmente, mi abuelo propone un brindis por los novios. Nico y Raquel se levantan, dicen unas palabras a las que ni presto atención y luego brindamos. Me bebo el contenido de mi copa de un solo trago mirando directamente a Nico, luego alzo la copa vacía y la dejo sobre la mesa. Salgo del salón y William viene detrás. Necesito aire. Voy hasta el jardín, donde se continuará la velada y está todo preparado.

—¿Estás bien? —me pregunta William mientras centro la mirada en las luces que iluminan la piscina.

—Lo intento —murmuro.

Me abraza por detrás y me dejo caer en su reconfortante pecho.

—Podrás con esto. Eres muy fuerte. ¿Has visto el pedazo de mujer que eres en todos los sentidos? Creo que hasta esta noche Nico no se ha dado cuenta —me expone.

—Me siento mala persona por sentir que va a pasar por lo que yo viví estos años alejada de él. No soy tonta, sé que siente algo por mí —me atrevo a confesarle a William.

—Hay que ser muy ciego para no ver que Nico no te mira como a una hermana. Esta noche lo he pasado realmente mal hasta yo —confiesa.

—No contaba con esto a mi vuelta, ni con que él volviese a jugar en España —le planteo.

—Podrás con ello. Esta ciudad es muy grande. Cuando cada uno vuelva a su rutina será como si volvieseis a estar lejos. —No siento que las palabras de William me reconforten.

—Ahora él será un hombre casado —murmuro con la mirada perdida.

—¿Interrumpo? —pregunta la voz de Nico. Cuando lo veo plantado a nuestro lado y que nos mira con ambas manos en los bolsillos me pregunto qué quiere ahora.

—Para nada —le indica William.

—Necesito hablar con Victoria, a solas —deja claro cuando ve que William no hace nada por marcharse.

Las cartas sobre la mesa

—¿Puedes dejar de mirarme así? —le reprendo a Nico en cuanto nos quedamos a solas.

—¿Cómo? —me pregunta haciéndose el inocente.

—Como si me comieses con los ojos al mismo tiempo que me desnudas con ellos. Tu prometida está allí —le indico mirando en la dirección en la que sigue la fiesta en el jardín. Ya todos se encuentran ahí, un poco más alejados de nosotros.

—Tenemos que hablar —sentencia, serio y con voz ronca.

—¿De qué? —le reprocho algo alterada.

—Aquí no —dice mientras mira a nuestro alrededor—. No quiero interrupciones. Cuando todos se vayan —murmura a la misma vez que se da media vuelta y se marcha dejándome con la palabra en la boca.

Cabreada, vuelvo a la fiesta y decido tomarme un par de copas, a ver si así me baja el mal humor que tengo.

Junto con William, mis primos y los mellizos cantamos y bailamos tanto que termino descalza. Finalmente nos hemos convertido en los reyes de la fiesta mientras que los futuros marido y mujer hablan con el resto de los invitados, familiares y amigos personales de ambos. Parecen aburridos mientras que yo he conseguido pasármelo muy bien al final de la velada.

William se marcha con Estela, mi primo y mis tíos. Mi madre le propone que se quede en casa, pero él lo rechaza con educación.

Me tomo otra copa más, ya sentada en un sofá con los mellizos, nos hemos quedado los tres solos. Ya todos se han marchado y luego me encamino a mi cuarto, despacio y descalza, para no alertar a Nico. No quiero verlo más hasta la boda.

Cuando llego a la habitación de mi hija entro en ella sin encender la luz para no despertarla, pero, de inmediato, una sombra me sobresalta.

—Shh —escucho mientras una mano toma la mía y tira de mí.

Nico me arrastra hasta la habitación que ocupa. Intento resistirme, pero tiene más fuerza que yo y tampoco quiero que nos escuchen.

Cuando entramos en la habitación enciende la luz y le doy, de forma involuntaria, un codazo para que me suelte. De inmediato, emite un sonido de queja y se dobla por la mitad llevándose la mano a la herida.

—¡Joder! —maldigo acercándome a él—. Déjame ver. —Le saco la camisa del pantalón y observo el apósito. No está manchado de sangre, pero decido mirarle la herida—. Vamos al baño a ver cómo está esto —le indico.

Nico me sigue de cerca, sin decir nada.

Le destapo la herida y se la curo. Cuando le pongo un apósito nuevo le reprendo:

—Tú tienes la culpa de todo.

—No. La culpa de todo la tienes tú —me contradice con una mirada ardiente—. Por provocar todo lo que provocas en mí desde que mis deseos sexuales se despertaron. —Me toma por la

cintura y me arrastra hacia él—. Lo he intentado todo, de mil maneras, pero no puedo matar ni negar lo que me haces sentir, Victoria. Esto es una completa locura —murmura pegando su frente en la mía.

—Has sido un completo cobarde siempre —le reprocho con dolor.

—No —niega rotundo, sin soltarme, mirándome a los ojos—. Solo quise hacer las cosas bien. No provocar un escándalo en la familia ni decepcionar a nuestros padres.

—¿Me vas a decir que todo lo hiciste por eso? —le pregunto con cierto tono incrédulo.

—Creo que ha llegado la hora de confesar —murmura—. Te deseaba desde que dejaste de ser una niña. Luché contra ello, pero no pude. Cuando nos acostamos la primera vez, pese a ser maravilloso entre nosotros, me sentí el ser mal vil sobre la tierra. No pude mirar a mis padres a la cara durante mucho tiempo. Me prometí que no volvería a pasar, me alejé porque no me quedaba vergüenza para mirarte a la cara. Quizá tú esperabas un cuento de hadas con final feliz, pero solo tenías dieciséis años. Cuando volvimos a tener relaciones supe que no había conseguido olvidarte, pero yo no estaba preparado para una relación seria —confiesa—. Me quedaba mucho por vivir. Y tú no eras una mujer como las demás que pasaban por mi vida. Si no salía bien se iban a la mierda muchas cosas, entre ellas la gran familia que formamos.

—¿Me estás diciendo que sacrificaste todo por el qué dirán? —le reprocho con dureza.

—No. Te estoy diciendo que sacrifiqué todo porque fui un egoísta que solo pensó en él. Resultaba más fácil negarlo todo que enfrentar una realidad y luchar por lo que sentía. Me dejé llevar por lo que me rodeaba, dinero, fiestas, mujeres... Y ahora tengo mi castigo —murmura con pesar—. Perdí al amor de mi vida, una gran mujer, por la que no supe luchar contra viento y marea a tiempo. Te pido disculpas. Estoy muy arrepentido y es una penitencia que arrastraré el resto de mi vida. Al menos, a ti te veo feliz y enamorada de William —comenta con pesar.

Lo miro con el corazón desbocado, sin creer lo que estoy escuchando.

—¿Tú no lo estás de Raquel? —pregunto con un leve hilo de voz mientras lo miro a los ojos con miedo.

—Creía que lo estaba hasta que te volviste a cruzar en mi vida, te besé y te deseé como a nada en este mundo —confiesa sin temor—. Ese fuego que siempre provocaste en mí ha vuelto a revivir con más ganas que nunca. —Me estrecha más junto a él y puedo sentir su deseo—. Me tienes loco —revela con los ojos cerrados, en una especie de lamento.

Lo miro preguntándome si ha llegado la hora de confesar.

—Siempre estuve loca por ti. No eras un capricho ni un sueño, sino algo muy real que sentía en mi corazón. —Hago una pausa y nos miramos en silencio—. Y aún lo siento —confieso al fin—. Nadie ha conseguido borrar tus recuerdos ni que cambie lo que tú me hiciste sentir. Yo también intenté no decepcionar a unos padres que me lo habían dado todo desde que me adoptaron. También pensé que lo nuestro era un imposible, pero siempre tuve la esperanza de que en el momento menos esperado llegase mi caballero andante y me llevase con él, y ambos perdiésemos el miedo y luchásemos juntos por esto tan fuerte que sentimos y al mismo tiempo nos hace sentir tan culpables —revelo acongojada, con lágrimas en los ojos.

Nico me abraza y le refugio en él. Ambos lloramos sin consuelo por este amor tan grande que sentimos y hemos llevado en silencio durante años por miedo a desestabilizar a la familia tan bonita y unida que tenemos.

Lo miro mientras que Nico me acuna el rostro con sus manos, por las mejillas de los dos corren lágrimas.

—Te quiero, creo que es algo que nunca cambiará —le confieso de frente, sin miedos. Ya no

me importa lo que venga.

—Victoria —susurra Nico mientras me abraza. Luego se apodera de mis labios y me dejo llevar por ellos, por su sabor y por el amor que le tengo—. Esto es una completa locura —murmura sobre mi boca, con los ojos cerrados.

Yo asiento, estoy totalmente de acuerdo. Se casa en menos de cuarenta y ocho horas.

—Nos merecemos una despedida —propongo mirándolo a los ojos, sé que es una locura, pero necesito vivirla. Él me observa como si no me hubiese entendido bien—. Esta noche será la última en la que nos miremos, nos tratemos y nos besemos de una forma diferente a como lo hacen los hermanos. Después de tu boda todo entre nosotros...

Nico no me deja terminar la frase. Coloca un dedo sobre mis labios.

—Raquel no se merece esto. Si paraliza la boda será todo un escándalo. Por mí me da igual, pero ella... su familia... sus contratos... Me quiere. Le arruinaría la vida. Es una gran mujer. No es justo. —Me mira, suspira y revela—: Pero no la amo como a ti.

Nuevamente se apodera de mi boca y yo me derrito en ella al escuchar que me ama.

Lloro al mismo tiempo que lo beso con pasión y locura, sabiendo que es una despedida. No hay marcha atrás. No solo se trata de nosotros, hay muchísima más gente que saldría perjudicada si decidimos vivir nuestro amor sin medir las consecuencias.

—Ya es tarde para nosotros. Pasó nuestro tren y no supimos subir al mismo tiempo. —Le acaricio el rostro sintiendo que me parto por la mitad. No sé si me produce más dolor ahora, al saber que me ama, que estos años atrás cuando pensé que no era importante para él.

—Necesito hacerte el amor por última vez —me ruega Nico.

No me esperaba esa petición. En silencio coloco la mano en su costado y con ello le recuerdo su herida y que no debe hacer esfuerzos físicos por un tiempo.

—Valdrá la pena —murmura a la vez que cierra la puerta del baño y se sienta en el escalón alto que da acceso a la bañera.

Tira de mí y termino sentada a horcajadas sobre sus piernas. Comenzamos a besarnos y a desnudarnos sin control, ambos sentimos que lo necesitamos. Pese a la impaciencia y las ganas por unir nuestros cuerpos, ambos intentamos poner todo el control que podemos y se convierte en algo maravilloso que disfrutamos de forma pausada, a sabiendas de que es una despedida.

Nos quedamos abrazados y desnudos, en silencio, solo acariciándonos, durante un par de horas. Nico me propone marcharnos a la cama, pero le indico que no. Estamos en la casa de nuestros padres, con toda la familia alojada en ella. Lo pienso y siento que somos unos inconscientes.

Nico sale del baño y va a la habitación para ponerse algo de ropa. Yo aprovecho y me envuelvo en un albornoz que hay allí y es mío. A solas, me miro al espejo, paso la mano por mi rostro, con el maquillaje corrido y siento que no me reconozco. ¿Qué has hecho? Me reprocho. Me lavo la cara con fuerza y me recojo el pelo. Cuando cierro el grifo del agua escucho la voz de mi madre. ¿Qué hace aquí? No sé qué hora es, pero miro por la ventana del baño y compruebo que ya es casi de día. La puerta del baño no está cerrada del todo. Cómo puedo, recojo del suelo la ropa de Nico y mía, aun esparcida y arrugada. Cuando me doy la vuelta para esconderme choco sin querer con la puerta entreabierta y llamo la atención de mi madre. Ella mira de inmediato hacia dentro del baño y ve mi reflejo en el espejo, como yo veo el de ella. ¡Tierra trágame!

—¿Victoria? —pregunta mi madre abriendo la puerta del baño. Yo clavo los ojos en Nico, detrás de ella, y él solo lleva unos pantalones cortos—. ¿Qué haces aquí?

—La llamé para que me curase la herida —dice él de inmediato.

Mi madre echa un ojo dentro del baño y se lo cree por completo cuando ve los apósitos y curas de la noche anterior. Ni siquiera las tiramos a la papelera, pues eso es lo que nos ha salvado. Suspiro y le muestro una medio sonrisa.

—Enfermera a domicilio. ¡Qué le gusta a Nico despertarme! —comento con aire resuelto mientras recojo las curas y ahora sí las tiro a la papelera.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta mi madre preocupada.

—Sí, la herida va sanando muy bien.

—Perfecto, cariño —Se dirige mi madre a Nico—, en una hora llegará el fotógrafo de la preboda. Ya sabes que Raquel se comprometió con los medios a dar unas fotos y declaraciones previas al gran día ya que ambos sois reacios a cualquier tipo de exclusiva de la boda.

Nico cierra los ojos y asiente. Está claro que lo había olvidado.

—Voy terminar de arreglarme, Raquel nos pidió a tu padre y a mí si podíamos aparecer en algunas fotos y no nos pareció mal.

Sin más, mi madre sale del baño y de la habitación. Nico y yo nos quedamos solos, en silencio. Ambos tenemos una leve capa de sudor en nuestras frentes.

—No podía enterarse de algo entre nosotros a estas alturas —justifica Nico cuando siente que lo miro con decepción. Pero no es decepción por él, sino por la situación.

Suspiro, me doy media vuelta y me marcho con el corazón roto por la mitad. Si antes dolía, en estos momentos no tengo palabras para explicar lo desecha que me encuentro.

Escándalo

Me miro al espejo y siento que hoy es el peor día de mi vida. Siempre me ha encantado lucir un vestido maravilloso, pero en esta ocasión siento lo mismo que si llevase un pijama pese a llevar un modelito de firma que cuesta más de tres mil euros. El azul cobalto me queda de maravilla. Realza mis ojos azules y con mi pelo recogido me da un toque de elegancia espectacular. He pensado mil excusas para no asistir a la boda de Nico, pero ninguna de ellas creíbles y que no hiciesen sufrir a mis padres. Me armo de valor y bajo al salón, donde todos me esperan. Desde mi habitación he visto que Nico ya se ha ido con mi madre, su madrina, en el coche. Desde la última vez que estuvimos juntos no hemos vuelto a hablar. Es lo mejor.

Llegamos a la iglesia, voy acompañada de William y de mi hija y cuando veo a Nico en el altar, esperando a su futura mujer, se me saltan las lágrimas. Trato de disimularlas, pero me cuesta bastante.

William, siempre atento, me ofrece su pañuelo y yo lo miro en silencio, agradeciéndole el gesto. Me da un beso en la mejilla, a modo de reconfortarme y siento la mirada de Nico posada sobre mí. Sus ojos arden en llamas. William me toma de la mano y la lleva hasta sus labios. Estamos sentados muy cerca del altar. No he querido ponerme en primera fila y he escogido un lugar por el que pueda salir corriendo en cualquier momento si siento que no puedo más con la situación.

La iglesia se va llenando hasta que alguien anuncia que la novia acaba de llegar. Suena la música nupcial en el interior y veo a Raquel del brazo de su padre, preparada para hacer el paseíllo hasta el altar, donde Nico la espera.

Conforme Raquel, guapísima e impresionante, vestida de novia en blanco roto, camina hacia el altar, yo me voy rompiendo en mil pedazos. Deseo con todas mis fuerzas ser ella, pero eso está muy lejos. Hoy se mueren todos mis sueños, y nada como darte un trompazo contra la realidad.

Ella le sonrío a su futuro marido en todo momento, se ve feliz y radiante. Nico está un poco serio y pensativo, he advertido que mi madre le ha dado un codazo para hacerlo reaccionar cuando entró Raquel, ya que tenía la mirada posada en otro lado.

Mi corazón late muy deprisa, cada paso que veo que da Raquel siento que yo y Nico nos alejamos del todo. No puedo dejar de pensar en los recuerdos de hace dos noches, besándonos, amándonos. Me preguntó cómo podré acercarme a él y felicitarlo por su boda delante de todos. Cómo podré contenerme delante de mi familia cuando él y su mujer se muestren como una pareja recién casada. Me quiero morir. Mi mente comienza a pensar en volver a Houston.

Mi hija llama mi atención cuando otra niña le entrega los anillos a los novios. Mi madre me propuso que Avril llevase las alianzas de su tío, a algo que me negué en rotundo. No tuve más remedio que escudarme en mi hija y decir que le daría vergüenza al ver a tanta gente desconocida. Por suerte, mi madre lo entendió. Solo me faltaba eso. Ver como mi hija, nuestra hija, le llevaba los anillos a Nico en el día de su boda.

Cuando Raquel pronuncia el *sí, quiero* mi corazón se desploma. De forma involuntaria, dos lágrimas ruedan por mis mejillas. Me las aparto de inmediato, avergonzada, pero compruebo que

mi abuela también está emocionada. Miro a Nico por última vez de una forma diferente a la de un hermano, despidiéndome de él, de lo nuestro, para siempre. Cierro los ojos, preparada para escuchar las palabras más dolorosas de mi vida. No quiero verlo. No quiero recordar en mi mente el momento en el que Nico se convierta en el esposo de otra mujer.

De repente escucho:

—Lo siento, Raquel. Te juro que lo siento. Pero no puedo. Perdóname.

El cura mira a Nico con los ojos muy abiertos. Mi padre y los mellizos se ponen en pie de forma involuntaria. Raquel mira a Nico perpleja mientras que yo siento que todo es un sueño.

Nico le toma a Raquel una mano entre las suyas, las lleva hasta sus labios y le da un beso, asiente, se da media vuelta y se marcha de la iglesia mientras que el resto de los invitados lo miran sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Observo a mi madre y veo que se desmaya. Voy a ir en su ayuda cuando William me dice apurado:

—Ve con Nico. Yo me ocupo de esto.

Miro alrededor y todas las mujeres se abanicán con ímpetu. Estela le da la mano a Avril y me hace un guiño con el ojo. Con disimulo salgo por el lateral de la iglesia y consigo salir por una puerta que no es la principal. Nico se está montando en el coche que espera a los novios, grito su nombre, él me mira y yo echó a correr como si no hubiese un mañana. Entramos en el coche juntos y él le indica al chófer que arranque. Nos miramos sonrientes, con complicidad y solo nos atrevemos a rozarnos las manos. Ambos somos conscientes de lo que acaba de hacer es un completo escándalo y cuando se sepa lo nuestro será otro aún mayor.

—¿Dónde vamos, señor? —pregunta el chófer.

Nico y yo nos miramos sin saber qué decir.

—Al hotel Ritz —le indica Nico, seguro de sí mismo. Me mira, asiente y luego observo que envía un mensaje.

Cuando nos dejan en la puerta del hotel entramos uno detrás del otro. Nico va directo a los ascensores, sin pasar por recepción. Yo lo sigo sin decir nada, es lo más prudente hasta que estemos a solas.

En cuanto entramos en la habitación y Nico cierra la puerta me estrecha en sus brazos y me besa como si no hubiese un mañana.

—No digas nada —murmura sobre mis labios—. Déjame disfrutar de ti, de nosotros. Tengo la fantasía de hacerte el amor en una cama —revela y ambos estallamos en carcajadas mientras vamos camino de ella—. Te amo —murmura mientras me besa.

—Yo también te amo. —Me siento la mujer más feliz del mundo. Creo que mi corazón va explotar de alegría.

Y nos entregamos el uno al otro, a ese amor inmenso que sentimos y al que le hemos puesto barreras por tantos años. No nos importa el escándalo que hemos dejado atrás, solo deseamos dar rienda suelta a todo lo que hemos sentido y deseado durante estos años. Me parece increíble que al fin exista un nosotros y ambos deseemos lo mismo.

Sacrificios

Cuando despierto y soy consciente de que estoy en los brazos de Nico, abrazada a su pecho, ambos desnudos y en una cama enorme, sonrío al recordar todo lo sucedido desde que llegamos a esta habitación. En estos momentos me siento inmensamente feliz. Todo esto es una locura, pero es la más bonita de mi vida. Le acaricio el pecho a Nico y compruebo que su herida esté bien. Cuando alzo la mirada hacia su rostro me encuentro con sus ojos mirándome, un azul profundo como el océano. Tira de mí y me da un beso.

—Si se ha quitado algún punto tienes trabajo, pero te aseguro que ha merecido la pena —susurra sobre mis labios.

—Aparentemente, todo en perfecto estado —le contesto feliz y sonriente al comprobar que el apósito está limpio por fuera. Siento que no hacen falta palabras, solo mirarnos a los ojos y sentir que lo que hay reflejados en ellos es suficiente.

—¿Qué tal te encuentras? —me pregunta mientras me acaricia el rostro.

—Quizá esa pregunta debería de hacerla yo. Tú eres el lesionado —le recuerdo en tono jocoso.

—Compruébelo usted misma, doctora —me reta a ello.

Lo beso y paseo mis manos por su amplio pecho, su abdomen y me centro en el apósito de la herida, lo retiro con cuidado y compruebo que en el interior todo está en orden.

Nico me atrae a sus brazos y murmura sobre mi cabello:

—Mía. ¿Sabes que no te voy a dejar escapar nunca más?

—Me fascina la idea. De hecho, he soñado bastante con ello —le revelo con una enorme sonrisa.

—¿Qué locura! —murmura Nico mientras me retiene sobre su pecho.

Yo suspiro y me da miedo volver a la realidad, pero es algo de lo que tenemos que hablar.

Le acaricio el pecho y me alejo un poco, para mirarlo bien a los ojos.

—¿Ponemos los pies en la tierra? —le propongo con cautela.

Nico asiente, un poco serio.

—La he liado. Raquel no se merecía pagar por mis errores. Debí parar esa boda antes —lamenta—. Te juro que mientras esperaba en la iglesia y observaba cómo el novio ese que tienes te abrazaba y estaba pendiente de ti desató algo que llevaba dormido dentro. Imaginarte con otro hombre... No podía soportarlo. Te quiero para mí —confiesa.

—Vamos a tener que dar muchas explicaciones —auguro.

—Estamos juntos en esto. Somos adultos. Ahora todo es un verdadero escándalo, pero creo que cuando llegue la hora le gustaremos a nuestros padres como pareja —murmura pensativo y sonriente.

—¿Tú crees? Me muero de miedo y de vergüenza al decírselo.

—Habrá que pensar en cómo hacerlo.

—Creo que es hora de coger los móviles y ver cómo está todo. Mamá se desmayó al ver que te marchaste y media iglesia se quedó en trance al presenciar que dejabas plantada a la novia.

—Uf. El que más miedo me da es el tío Rodrigo. La bronca que me va a echar. Dirá que he arruinado mi imagen. He dejado de muy malas formas a una mujer maravillosa que media España admira.

En eso le doy la razón. Me da pena por lo que ha pasado Raquel. Debe de ser horrible que te dejen plantada así. Me siento un poco culpable. En estos momentos soy la mujer más feliz de la tierra mientras que ella debe de estar muriéndose de dolor.

Nico y yo cogemos nuestros móviles, los observamos con atención por varios minutos en silencio y cuando levantamos la mirada ambos nos echamos las manos a la cabeza.

Yo tengo veinte llamadas perdidas de mi padre, siete de Estela y mil mensajes que ni me molesto en abrir. Directamente llamo a Vanesa, creo que es la única que me dirá cómo está todo tras este escándalo.

—Por fin —dice Vanesa al descolgar el teléfono.

—¿Cómo está todo, mi madre, mi abuela...? —me atrevo a preguntar con miedo.

—Están todos en casa. Solo fueron bajadas de tensión por la impresión. ¿Estás con Nico? —me pregunta ansiosa.

—Sí —le respondo bajito. Nico se encuentra un poco más alejado. Lo observo de espaldas mientras revisa su móvil con atención.

—¿Avril está contigo? —me intereso por mi hija.

—Sí. Me la llevé a casa con William después de atender a toda tu familia y dejarlos bien.

—Gracias. ¿Cómo está todo? —pregunto de nuevo con miedo, y en esta ocasión ya no me refiero a la salud de mi familia—. Mi madre... mi padre... —Solo me importan ellos. Su opinión a todo esto entre Nico y yo.

—Ellos piensan que fuiste detrás de tu hermano para intentar parar esta locura. Creen que estás con él en... calidad de hermana —dice al fin—. Nadie sospecha que pueda haber nada entre Nico y tú más allá de una relación entre hermanos, mucho menos que él haya dejado a Raquel plantada por ti.

—Madre mía, no sé si es un alivio o una complicación —murmuro apurada.

—Tal y como están las cosas, considéralo un alivio —me advierte—. Paso a paso, amiga. Que Nico enfrente ahora su parte y más adelante lo hacéis con la vuestra. Creo que es lo mejor —me recomienda.

Me despido de ella y le ruego que cuide de Avril hasta que yo sepa qué voy a hacer con mi vida.

Miro a Nico y lo encuentro centrado en la pantalla del móvil. Me acerco a él y le paso la mano por la espalda.

—¿Con qué te has encontrado? —pregunto con cautela.

—Mi tío y papá me quieren matar. La opinión pública me condena y me llama de todo. Uno de los rumores es que he dejado a Raquel por otra mujer, pero entre todos los nombres que aparecen ninguno es el tuyo —dice a modo de tranquilizarme, pero no sé si lo consigue.

—¿Había alguien más? —le pregunto a modo de reproche, como si tuviese derecho a hacérselo.

—No —murmura sin estar demasiado convencido, pero no indago más.

—¿Qué vamos a hacer? No puedo retrasar por más tiempo ponerme en contacto con papá y mamá.

—Voy a llamar al tío Rodrigo —dice Nico decidido.

Me quedo a su lado y lo observo mientras mantienen una conversación de casi una hora.

Cuando cuelga, Nico suspira y se sienta en la cama. Se revuelve el pelo y me mira.

—No os merecéis esto. Ninguna de las dos, y yo tengo la culpa de todo por haberlo hecho tan mal —lamenta.

—¿Qué te ha dicho el tío Rodrigo? —le pregunto sentándome a su lado.

—En estos momentos hay un completo escándalo montado, las televisiones y la prensa están que arden. Soy el personaje más buscado —murmura.

—¿Y Raquel? —pregunto con miedo.

—Destrozada, llorando sin comprender nada, en casa. Mi tío dice que no solo le he arruinado la vida, sino que también su carrera. Existen toda clase de conjeturas, pero la que parece que toma más ventaja es que ella me puso los cuernos, me enteré horas antes de la boda y la dejé plantada.

—¡Qué crueles! Pensé que todo recaería sobre ti.

—No sé qué hacer —susurra mientras se pasa las manos por la cabeza, agobiado.

—¿Qué te aconsejó el tío? —me intereso.

—Está seguro de que mi huida de la iglesia tiene que ver con otra mujer, pero nadie sospecha que ella seas tú —me indica y me quedo un poco más tranquila—. Todos creen que fuiste detrás de mí como hermana. Me sugirió que si no quiero hundir más a Raquel tenga mucho cuidado y que no se filtre por un tiempo prudente nada mío con otra mujer. Por el bien de nuestras carreras —añade.

Yo suspiro al mismo tiempo que entiendo todo. A lo largo de mi vida mi madre me ha contado muchos de los sacrificios que tuvieron que hacer ella y mi padre por el bien de la carrera de papá. Nico tiene una imagen, muy buena, y no puede dejar que esta caiga en el barro.

Ambos nos quedamos en silencio. Pensativos. Sabemos que estamos metidos en un buen lío.

—Estaré a tu lado apoyándote en todo lo que decidas —le manifiesto a Nico.

Él me arrastra hasta su pecho, me abraza y me da un beso. Lo siento en tensión. Su mirada refleja decepción y culpabilidad. No me gusta verlo así. ¡Qué difícil es todo entre nosotros!

—No podemos salir de esta habitación y gritar a todos lo que hay entre nosotros —le comento a Nico. Él me mira extrañado—. Vamos a hacer las cosas bien —determino convencida de ello—. Estaré a tu lado y te ayudaré en todo, pero, ante los ojos de los demás, en calidad de hermana. No puedes hacerle más daño a Raquel.

—¿Después de todo lo que tú has pasado en este tiempo piensas en ella antes que en ti? —me pregunta extrañado.

—También pienso en mamá y en papá. ¿Te haces una idea de cómo tienen que estar en estos momentos? Ellos me han dado tanto que solo pensar en hacerlos sufrir un poquito me reconcome. Hagamos las cosas bien, para todos —le propongo con paciencia.

—¿Qué sugieres? —pregunta con interés.

—Por mi parte, llevar lo nuestro en secreto por un tiempo. Tú... supongo que tendrás que hablar con Raquel, con papá, mamá...

—Dar muchas explicaciones —dice de golpe—. Y lo peor de todo esto será la prensa. No van a dejar de seguirme hasta que descubran con quién estoy. Los conozco —se queja agobiado.

—Nos veremos en casa de papá y mamá —sugiero.

—Allí nunca estamos solos —se queja de nuevo—. ¿Qué hago cuando me entren ganas de besarte y abrazarte?

—¿Tu casa? —propongo—. Siempre puedo ir a visitarte. No habrá sospechas, soy tu hermana.

—Raquel está allí. Tiene todas sus cosas en el chalet que iba a ser nuestro hogar.

—¿Dónde vas a quedarte? —pregunto pensativa.

—Pues creo que voy a alquilar esta habitación de hotel por un tiempo —murmura mientras pasea la mirada por ella—. La bronca que tendré con papá será monumental y no quiero oír sus reproches a todas horas si me quedo en su casa.

—Vienen tiempos difíciles —auguro—. Supongo que tendré que explicar por qué me fui detrás de ti y dónde hemos estado.

—Ni se te ocurra nombrar este lugar, a nadie —me advierte con misterio—. Será nuestro refugio. Cuando deseemos vernos y estar juntos vienes aquí.

Asiento con una sonrisa.

—Me parece buena idea. Pero ahora tenemos que salir de aquí y no podemos hacerlo juntos ni con la ropa con la que hemos llegado, llamaríamos la atención.

Nico se queda pensativo.

—Tienes razón. ¿Salimos desnudos? —propone risueño. No sé ni cómo le quedan ganas de bromear. Me toma entre sus brazos y me besa mientras murmura sobre mis labios—: Necesito perderme de nuevo en ti para apartar todo lo que me atormenta en estos momentos.

Nos dejamos llevar y con posterioridad envió un mensaje a William para que nos acerque ropa a Nico y a mí, y, de paso, reserve una buena suite a su nombre por un mes de estancia como mínimo.

Nico y yo nos hemos duchado y estamos envueltos en unos albornoces blancos cuando tocan a la puerta de la habitación. No le he dicho nada a Nico de la visita que vamos a recibir, creo que ha llegado la hora de confesar la verdad y nada mejor que hacerlo con William presente.

En el amor y en la guerra...

Nico se sorprende cuando escucha que llaman a la puerta de nuestra habitación. Yo le sonrío y voy directa hacia ella. William me ha avisado que subía y de que ya se había registrado en el hotel por un mes de estancia.

Abro la puerta, le doy un abrazo y lo hago pasar mientras me encuentro con la mirada ardiente y cargada de reproches de Nico.

—¿Qué hace este tío aquí?! —pregunta Nico a la defensiva, enfadado.

—He venido a traeros ropa —dice William como si nada—, igual la que llevabais hace unas horas no está ni entera —murmura mientras yo lo reprendo con una mirada—. También he reservado una suite por un mes en este lujoso hotel. Me debes una pasta, campeón —le indica a Nico acercándose a él.

Puedo leer en los ojos de Nico que está descolocado. William y yo estallamos en carcajadas.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Nico mirándonos a William y a mí—. ¿Por qué este tío nos ayuda en vez de partirme la cara? —inquieta algo cabreado.

—Porque quiero muchísimo a Victoria y siempre supe que tú eras el amor de su vida —revela de inmediato William—. Me alegro de que al fin estéis juntos. —Nos mira a ambos sonrientes—. Y a ti —le indica a Nico—, bravo por parar esa boda. Ha sido la mejor jugada de tu vida. Te llevas a una gran mujer —murmura con admiración hacia mí.

Nico asiente, desconcertado.

Yo me abrazo a William y le agradezco todo. Cuando observo en la forma en la que Nico nos mira murmuro:

—Creo que ha llegado la hora de decirle la verdad.

—¿De qué verdad hablas? —pregunta Nico a la defensiva.

—Entre William y yo no hay nada. De hecho...

—Nunca podría haberlo —me interrumpe él—. Pero siempre mantendré que es la mujer de mi vida.

—Yo no entiendo nada —dice Nico, exasperado, revolviéndose el pelo, incómodo.

—Soy gay —revela William.

Nico me mira serio, sin creerlo. Necesita que yo se lo confirme. Asiento con una sonrisa.

—Me inventé que éramos novios. Me causaba un gran dolor acudir a tu boda sin pareja. Vanesa tuvo la idea... llamó a William... y él siempre deseó conocer Madrid —le explico con algo de culpabilidad por haberle mentado.

—¡Joder! —manifiesta Nico mientras se pasea por la habitación, pensativo.

—Bueno, yo os dejo la ropa y me marchó. Puedes contar conmigo para lo que necesites. —William le extiende la mano a Nico. Él se la da algo reticente, creo que no termina de asimilar lo que le hemos revelado—. Cuida de esta mujer como si se tratase de tu vida —le recomienda antes de irse.

—Lo haré —le indica Nico.

Acompaño a William a la puerta y allí nos despedimos con un beso y un abrazo.

—Gracias por todo —le digo antes de que se vaya.

Cuando vuelvo a la habitación Nico me recibe con una enorme sonrisa que no sé interpretar muy bien. Lo esperaba cabreado o decepcionado por haberle mentido.

—Ven aquí —murmura mientras pasea las manos por mi cintura, me atrae hacia él y me besa—. ¿Sabes lo celos tan tremendos que me has hecho sentir cada vez que veía que William se te acercaba? —confiesa perdido en mi mirada.

—No lo hice con esa intención. Siempre pensé que tú ya no sentías nada por mí. Pero parece que funcionó.

—Jamás había experimentado a tal nivel el sentimiento de los celos —confiesa—. Los sentí por primera vez la noche que pensé que ibas al despacho de papá en el Afaia con ese imbécil de Andrés, pero nada comparado con lo que ha despertado William. Y mira con lo que me encuentro —carcajea.

—¿No te alegras? —pregunto en tono jocoso.

—Yo solo te quiero para mí —murmura sobre mis labios y me pega a su cuerpo mientras se apodera de mi boca de una forma deliciosa.

—Tenemos que cambiarnos y dar la cara —propongo cuando comienza a abrirme el albornoz con claras intenciones—. No tenemos tiempo —murmuro en tono rotundo.

Nico suspira, asiente y cogemos las bolsas que William nos ha dejado. Nos cambiamos de ropa y nos admiramos. Ambos llevamos ropa informal. Agradezco el detalle de que nos haya dejado unas gafas de sol oscuras y gorras para cada uno. Es importante salir de este hotel camuflados, aunque lo hagamos por separado.

—Yo saldré primero. Tú ve a la suite que ha reservado William y quédate allí hasta que yo te avise cómo está todo fuera y sea seguro que salgas.

Nico me da un beso y asiente. Le doy la tarjeta de la otra habitación y toda la ropa.

—Será nuestro secreto —murmura mirando la tarjeta en sus manos—. El lugar donde nos veamos a escondidas de todos hasta que podamos gritar a los cuatro vientos que nos amamos sin hacerle daño nadie.

—Suite sesenta y dos. No la olvidaré —comento mientras le doy un último beso y me marcho.

—Te amo —dice Nico mientras abro la puerta.

Mi corazón da un vuelco cada vez que lo escucho decirlo. Me vuelvo hacia él y le tiro un beso con la mano.

—Yo más. —Le guiño un ojo y me voy bajo su atenta mirada.

Por mi familia

Cuando me bajo del taxi que me deja en la entrada de mi casa me tiemblan las manos al llamar al interfono. No tengo llaves y sé que en cuanto sepan que estoy aquí todos saldrán en avalancha a pedirme explicaciones sobre Nico. Suspiro e intento aparentar el papel de hermana que fue detrás de su hermano mayor al verlo cometer la locura de salir corriendo del altar y dejar a todos pasmados. Me recuerdo que todo esto lo hago por mi familia. Es lo mejor en estos tensos momentos. Cuando todo esté más relajado Nico y yo les diremos que estamos juntos y enamorados, pero, por el momento, eso tendrá que esperar.

Mis padres, mis abuelos, mis tíos y los mellizos salen al jardín a recibirme. Todos se quedan un poco sorprendidos al verme llegar en vaqueros, una simple camiseta, gorra y gafas de sol.

—¿Y Nico? ¿Dónde está? —pregunta con dureza mi padre.

—¿Puedes explicarnos esto, hija? —exige mi madre.

Yo les dirijo una mirada a todos los presentes mientras que reparo en que mi tía Julia es la única que está tranquila y me sonrío.

—Vamos dentro —proponen los mellizos.

Entramos en la casa y todos nos dirigimos al salón. Observo que ellos tienen aún la ropa con la que acudieron a la boda. Más desaliñados y arrugados, pero no se han cambiado. Yo, sin embargo, no llevo ni el peinado ni el maquillaje. Espero que se centren en mis explicaciones y no pregunten en qué momento me he duchado y cambiado.

—¿Puedes hablar ya, por favor? —inquieta mi madre, nerviosa, mientras se frota las manos y me mira con el rostro lloroso.

—Se ha arrepentido —murmuro apenas sin voz. Tengo un gran nudo en la garganta—. En el último momento se dio cuenta de que iba a cometer un gran error al casarse con Raquel. No la ama —me atrevo a revelar.

—¿Y no se dio cuenta antes?! —brama mi padre con los brazos extendidos—. ¿Tuvo que esperar a causar este gran escándalo? —grita sin control, moviéndose por el salón como un león enjaulado.

—¿Hay otra mujer? —me pregunta con cautela mi madre, con la mirada fija en mí.

Yo me quedo en silencio mientras trato de mostrarme relajada y no note que soy yo.

—Por supuesto que la hay —afirma la voz de mi tío con total seguridad—. Nico no haría algo así si detrás de ello no hubiese otra mujer. —Me estremezco y miro a mi tía Julia, ella me hace un gesto de negación con la cabeza—. Y seguro que es una cazafortunas que lo ha enredado por fama y dinero —aventura mi tío. Con estas palabras me quedo un poco más tranquila.

Mi madre sigue mirándome, a la espera de que le diga algo. Se supone que mi hermano me habrá confesado las razones por las que se marchó ya que he estado con él todo este tiempo.

—Eh... Sí hay alguien, pero no me corresponde a mí dar esa información —murmuro con miedo. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo mi tía Julia sonrío.

—Es un inconsciente. Ha arruinado su carrera y la de Raquel —brama mi padre.

—No es para tanto —le corrige mi tío—, pero la ha liado buena.

—¿Cómo está Nico? —pregunta mi abuela. Me desconcierta. Al fin alguien que no le

reprocha sus acciones, sino que se preocupa por cómo esté y todo lo que le haya costado hacer lo que hizo.

—Se siente mal por Raquel y por no haber parado antes su boda. He hablado mucho con él.

—Gracias por ir tras Nico y estar a su lado —me indica mi madre. La miro a los ojos y me siento de una forma horrible por mentirle.

—Al fin y al cabo, ha sido una decisión drástica y ha formado un escándalo, pero ole por mi nieto que ha tenido la valentía de no unirse a una mujer que no ama —comenta mi abuelo mientras se levanta de su sillón.

Mi padre y mi tío lo miran reprochándole el comentario.

—¿Y qué tiene pensado hacer mi hijo? —me pregunta de malas formas mi padre.

—Quiere hablar con Raquel primero —susurro, luego me encojo de hombros.

—Nico es mayorcito como para saber dirigir su vida. ¿Tengo que recordarte que tú también dejaste a una prometida casi a las puertas del altar y ello te trajo muchos problemas? —le espeto mi abuelo a mi padre. Se ha convertido en un ferviente defensor de Nico.

Mi padre lo mira fulminándolo con los ojos. Mi madre intercede y me pregunta con interés:

—¿Por qué no ha vendido Nico contigo?

—Porque necesita estar solo —les manifiesto lo que Nico me ha transmitido.

—¿Dónde habéis estado y por qué traes esa ropa? —Finalmente mi madre hace la gran pregunta.

—En el apartamento de un amigo —les miento a todos—. Y mi ropa... No me pareció salir del edificio con el vestido de la boda. El tío llamó a Nico y le dijo que había prensa por todos lados buscando a Nico y Raquel. Así que decidí salir camuflada por si alguien me veía no pudiesen saber dónde está.

—Dame la dirección, voy a ir a hablar con él ahora mismo —me exige mi padre.

No contaba con ello y me quedo callada, sin saber qué decir.

—No vas a ir a ningún lado. Dale tiempo y déjalo tomar sus propias decisiones —le reprende mi madre mientras que yo suspiro. Se respira una gran tensión entre ellos.

Mi padre la mira desafiándola y se marcha a su despacho. Mi tío sale detrás de él.

—Voy a cambiarme —se excusa mi madre.

—Te acompaño —le indica mi tía.

—Pues nosotros nos marchamos a Jerez —anuncian los mellizos—. Aquí solo hay problemas y para aguantar a papá cabreado... —dice Damián.

—Tu abuela y yo os acompañamos —comenta mi abuelo.

—Puedes venirte con nosotros y Avril si quieres, hermanita —me propone Damián.

—Me quedaré. Creo que mamá me necesitará cerca.

—Tu misma —dice Jorge—. Pero valora que también tendrás que aguantar a papá. Y eso conlleva sus riesgos —bromea.

—Voy a ir a recoger a Avril a casa de Vanesa. —Me despido de todos ellos, cojo las llaves de uno de los coches de mi padre y me dirijo a casa de mi amiga.

Mientras conduzco llamo a Nico y le cuento cómo ha sido mi charla con la familia. Me dice que ha llamado a Raquel y ella le ha colgado tres veces el teléfono. Va a pasar la noche en la suite del hotel e irá a hablar con ella y nuestra familia al día siguiente.

Paso la noche en casa de Vanesa, con ella, mi hija y William, no tengo ganas de volver a mi casa y someterme a más preguntas incómodas al mismo tiempo que les miento a todos.

Al día siguiente, Nico me avisa de que ha hablado con Raquel. Ha ido a su casa y ella le ha pedido un tiempo para marcharse del chalet. Al mismo tiempo que le ha dejado claro que nunca le va a perdonar lo que le ha hecho.

Cuando Nico me avisa de que irá a casa de nuestros padres prefiero no estar presente. Les propongo a Vanesa y a William pasar el día fuera con Avril.

—¿Cuándo le has a decir que es su hija? —me reprocha Vanesa mientras William columpia a Avril en el parque y nosotras nos tomamos un café.

—No es el momento, te lo aseguro —le reprendo algo alterada.

—¿Crees que Nico te lo perdone? —me increpa Vanesa.

—No lo sé. ¿Tú consideras que tengo cabeza para eso en esos momentos con la que está cayendo en mi familia? Avril es un tema secundario. Todo a su debido tiempo. Si la noticia de mi hija sale a la luz ahora estoy muerta.

—Ve pensando en que esa bomba tendrá que estallar tarde o temprano. Tanto tu hija como Nico se merecen saber la verdad —me recomienda mi amiga.

Yo asiento y suspiro al mismo tiempo, pero en estos momentos no tengo cabeza para ello. Solo pensar en la reacción de mis padres cuando se enteren de mi relación con Nico me tiene de los nervios. No es nada malo. Es amor. Y no somos hermanos, pero algo en mi interior me tiene muy inquieta, y es el miedo a decepcionarlos.

Cuando regreso a casa de mis padres con Avril tengo miedo hasta de abrir la puerta. No sé qué me voy a encontrar ya que Nico no me ha dicho nada. Solo sé que ha hablado con mis padres en mi ausencia, pero, por su falta de comunicación, creo que no ha ido muy bien.

Mi madre se encuentra en el salón, sentada en el gran sofá con Pepa. Mi hija, en cuanto la ve, corre hacia su abuela y la abraza. De inmediato le cuenta lo bien que lo hemos pasado con Vanesa y William.

Por las miradas entre mi madre y Pepa deduzco que no quieren hablar delante de Avril. Me siento con ellas y centramos nuestra atención en mi hija. Pasados unos minutos Pepa le propone un baño de espuma a Avril y ella acepta encantada.

Cuando estoy a solas con mi madre me atrevo a preguntarle:

—¿Qué tal con Nico?

—Ha defendido a capa y espada que todo el escándalo que montó fue por amor —Al escucharla tengo que reprimir una sonrisa de satisfacción—, pero no nos ha dicho quién es ella —lamenta.

—¿Y papá? —pregunto con temor, sé que él está más preocupado por la repercusión que pueda tener todo esto en la carrera de Nico.

Mi madre suspira antes de contestarme.

—Pues parece que la historia se repite —murmura con pesar—. Él estaba a punto de contraer matrimonio cuando Nico y yo aparecimos en su vida. Dejó plantada a su prometida días antes de la boda. Quiero confiar en que Nico haya hecho las cosas bien y esa mujer por la que hizo todo merezca la pena y sea el amor de su vida.

—Todo saldrá bien. Sé que te preocupa Raquel y que tienes en mente a esa mujer que os hizo tanto daño a ti y a papá tras él dejarla, pero estoy segura de que Raquel no es así —le susurro a mi madre mientras la abrazo. Conozco la historia. Cuando me enteré que era adoptada mi propia madre se encargó de contarme cómo llegó a sus vidas.

—Siempre le agradeceré al destino que te pusiese en nuestro camino, mi vida —me dice de

frente, emocionada, con una enorme sonrisa.

—Y yo. —Le abrazo más fuerte.

—Tú, papá, mis hermanos... No podría tener una familia mejor —enumero emocionada.

—Ni yo una hija y una nieta más maravillosas. Gracias por ser como eres. Nunca nos has decepcionado.

Miro a mi madre y se me saltan varias lágrimas. Mentirle sobre lo que siento por Nico y sobre Avril es el sacrificio más grande que he hecho en mi vida, y lo llevo como una enorme cruz en mi espalda.

—¿Y Nico? —pregunto con miedo, con la mirada clavada hacia el despacho de mi padre. No he visto su coche fuera, pero prefiero asegurarme de que no está en casa.

—Se ha marchado. Con Bosco en estos momentos todo son reproches y tensión entre ambos. Se han echado varias cosas en cara y no ha sido muy agradable presenciarlo —reconoce mi pobre madre.

—Pasará, en el fondo son muy iguales —murmuro tomándola de las manos para darle ánimos.

—Bosco y Nico son como dos gotas de agua. En la forma de ser, su profesión... y ahora esto.

Yo suspiro y pienso en si supiera lo de Avril...

Le doy un beso en el cabello y susurro:

—Voy a ver a papá.

Hermanos para los demás

La puerta del despacho está entreabierta, la empujo un poco y paso en silencio mientras observo al gran Bosco Hungría derrotado sobre su sillón, con un vaso de licor en la mano mientras se masajea los ojos con una mano.

—No creo que eso ayude al dolor de cabeza —le indico a mi padre con mi mirada clavada en el vaso que sostiene.

—Si me ayuda a olvidar me conformo —murmura con pesar.

Me acerco a él y le quito el vaso de la mano. Me siento en sus rodillas como cuando era pequeña y lo miro bien.

—Es un escándalo, pero por experiencia propia sabes que Nico saldrá de esta —aventuro.

—Yo solo quiero lo mejor para él.

—Lo sé, pero tienes que comprender su postura y cómo se siente. Y si necesita tiempo se lo tendrás que dar. Según dice mamá, a Nico le gusta tan poco dar explicaciones como a ti —le recuerdo, y con ello aparece una leve sonrisa en la boca de mi padre.

—Se parece demasiado a mí, sí —reconoce al fin—. Solo esperaba que al seguir mis pasos no cometiese mis mismos errores.

—¿Consideras que dejar plantada a Raquel fue un error? —pregunto, seria.

—Lo fue en la forma en la que lo hizo. Yo, al menos, no di ese espectáculo —comenta cuando ve que le voy a replicar.

No puedo decirle nada. Nico llegó al extremo, pero soy la única que no puede reprocharle nada. La felicidad tan inmensa que siento me lo impide. Quizá sea egoísta, pero también he sufrido mucho por su amor y creo que nuestro momento ha llegado.

—¿Qué te preocupa? —me atrevo a preguntar.

—La misteriosa mujer que ha provocado todo esto. Nico no nos habló de ella y eso es algo que me inquieta. Sabe que no nos va a gustar. Quizá sea alguna que lo encandiló y solo va detrás de él en busca de fama.

—Confía en él. Creo que Nico es listo en ese aspecto —trato de calmarlo.

—¿Tú sabes de quién se trata? ¿Te ha dicho algo? —intenta sonsacarme, pero yo niego con un gesto de la cabeza—. ¿Lo ves? Eso me tiene alerta, seguro que es alguien que no me va a gustar —afirma seguro de ello—. Solo espero no enterarme de quién es por otro escándalo en la prensa —lamenta.

—Hablaré con él —le indico a mi padre para que se quede más tranquilo.

—Por favor, Victoria, procura estar cerca de Nico. Quizá confíe en ti y puedas guiar sus pasos. Y si es una mujer poco recomendable quítasela de la cabeza —casi me suplica.

—Veré qué puedo hacer. —Me quedo un rato pensativa y se me ocurre algo—. Le voy a proponer pasar unos días en el yate con Avril, Vanesa y William. Así le alejo un poco de todo e igual consigo que me cuente quién es ella.

—Oh, hija, qué idea más maravillosa. Unas vacaciones en familia después del escándalo. Estupendo. Llamaré para que os tengan preparado el barco —dice de inmediato mi padre

emocionado.

—Primero tiene que aceptar Nico —le recuerdo.

—Esperemos que lo haga —murmura esperanzado.

Cuando me meto en mi cama, después de dormir a Avril, compruebo que tengo tres llamadas perdidas de Nico y dos mensajes. Decido llamarlo, quiero escuchar su voz.

—Ya comenzaba a pensar que te habías cansado de mí y me dabas largas —bromea. Me gusta escucharlo así.

—Estaba ordenando el mundo —replico, sonriente.

—Espero que en ese orden vaya incluido en tu lista.

—Por supuesto, pero solo como hermano —le indico con cierto tono jocoso.

—Cuéntame —me apremia.

—Yo pensé que más bien me contarías tú.

—Ya debes de saber cómo está todo por papá y mamá.

—Ambiente tenso —murmuro.

—Ajá.

—Pasará.

—¿Qué tal con Raquel? —pregunto. Es la parte que más me interesa.

—No quería verme en un principio, pero luego accedió. No ha sido fácil para ninguno de los dos. Fue una conversación cargada de reproches por su parte, pero es una mujer muy educada y, pese a las circunstancias, siempre le predomina el saber estar.

—¿Le has dicho algo de mí? —inquiero con miedo.

—No. Por ahora, es mejor que ella no lo sepa. Es una persona discreta y educada, pero no quiero con tenga en sus manos más cartas de las necesarias. Al fin y al cabo, es una mujer herida.

—Comprendo —murmuro con cierta culpabilidad. Me duele el dolor de ella. Tras un breve silencio entre ambos le anuncio—: Tengo algo que decirte.

—¿Qué pasa? —pregunta de inmediato, alerta. Es evidente que ha denotado mi tono de miedo. No sé cómo se vaya a tomar lo que voy a proponerle.

—He hablado con papá —comienzo con cautela mientras que él me escucha en silencio— y me ha pedido que averigüe quién es la mujer que ha provocado este caos en tu vida, que cuide de ti y guie tus pasos —enumero.

—¡Vaya! —murmura, y por el tono aprecio que sonrío—. ¿Y cuál es el siguiente paso?

—Para aliviar todo este asunto se me ha ocurrido pasar unos días en el yate, junto con Avril, William y Vanesa —le suelto de inmediato—. A papá le ha parecido una idea estupenda —le transmito con temor. Nico permanece callado y no sé si le haya hecho gracia mi propuesta—. Si no te parece bien... o si tenías otros planes... —titubeo con nerviosismo.

—Tú y yo en el yate, alta mar, sin nadie alrededor —murmura despacio, pensativo—. Es una idea que me atrae demasiado.

—No te embales —le corto de inmediato—. No estaríamos solos. Tendríamos que dar una imagen de hermanos delante los demás —le dejo claro.

—Vanesa y William saben lo nuestro, y Avril es pequeña —me indica con cierto tono socarrón.

—También estará la tripulación del barco —le recuerdo.

—Podemos prescindir de ellos. Yo sé manejar el yate —dice decidido.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto intrigada.

—Pasar unos días en el yate de mi familia con unos amigos, mi hermana y mi sobrina ante los ojos de todos —enumera con naturalidad—. Sin embargo —añade—, cada noche la pasaré en tu cama, haciéndote el amor y besándote.

—Eso si Avril te deja —le indico con una carcajada.

—Ya me encargaré yo de eso —dice seguro de ello—. ¿Sabes lo que va a suponer para mí tenerte casi todo el tiempo cerca de mí, con poca ropa y comportarme como tu hermano mientras estemos en cubierta a los ojos de los demás o de mi propia sobrina?

Suspiro y cierto sentimiento de culpa recorre mi cuerpo cada vez que se refiere a Avril como su sobrina.

—¿Nos vamos mañana mismo? —le propongo con entusiasmo.

—Me quedan algunos días de vacaciones, soy todo tuyo.

—Recuerda, por un tiempo, hermanos para los demás —le advierto.

Nico resopla, pero sé que está de acuerdo conmigo. No somos unos inconscientes ni unos egoístas, ambos sabemos que es lo mejor para todos en estos momentos.

A la vista de todos

A la mañana siguiente le comunico a mis padres, mientras desayunamos juntos, que voy a pasar unos días en el yate con Nico, William y Vanesa. A mis padres les parece una idea maravillosa y mi hija se pone a saltar y a tocar las palmas de alegría.

—Hija, gracias por alejar a Nico de quien sea que lo esté perturbando y darle normalidad a su vida —me agradece mi madre.

—Le vendrá bien que muestre una imagen familiar ante el escándalo que hay montado a su alrededor —murmura mi padre mientras remueve el café con energía.

—Papá, la gente debería centrarse en el campo de juego con respecto a Nico. No entiendo que su vida personal afecte tanto a su trabajo —comento con indignación.

—Yo al principio no comprendía la vida de Bosco —explica mi madre—, pero con el tiempo aprendí que es un referente para otras personas que lo siguen y admiran. Aunque nos pese, cada uno de sus pasos tiene repercusión.

—Y Nico tiene en su contra que Raquel es una buena mujer, admirada y respetada no como...

—¡Bosco! —lo para de golpe mi madre. Le coloca una mano en el brazo y dirige su mirada hacia mi hija.

Mi padre suspira y le dice a Avril:

—¿Vienes con el abuelo a jugar al jardín? —Mi hija lo toma de la mano y se marchan juntos bajo mi atenta admiración.

—Gracias por darnos a Avril —murmura mi madre—. Cuando decidiste adoptarla me pareció una completa locura pese a que asistieses a su madre en plena calle, ella muriese y te pidiese que te hicieses cargo de ella porque no tenía a nadie más —recuerda—, eras tan joven y no tenías una pareja que te apoyase con ella que... pero creo que esa niña ha sido un verdadero regalo para todos en esta familia —manifiesta con orgullo.

—Sé que la quieres tanto como a mí. Nunca he sentido que hicieses diferencias conmigo con respecto a mis otros hermanos y me alegra que Avril sea para vosotros como vuestra nieta de verdad —le revelo a mi madre.

Ella me abraza y me refugio en los brazos de la mejor mujer que existe sobre la tierra, si no hubiese sido por su enorme generosidad y buen corazón yo no estaría donde estoy. Aún recuerdo el día que llegué del colegio que dirige mi madre y lo hice llorando. Ella tenía una importante reunión y no regresó con nosotros a casa. Le conté a Pepa que en clase una niña me había dicho que era adoptada, que Bosco Hungría y Alba Serrano no eran mis verdaderos padres. Tenía catorce años y me quería morir. Pero cuando mi maravillosa madre llegó a casa y me explicó con toda la dulzura del mundo que ser padres es mucho más que lazos de sangre, que es el amor y la dedicación, comprendí que Alba y Bosco sí eran mis padres y lo serían siempre. Me habían cuidado desde pequeña y me habían dado todo y más de lo que necesité.

Sé que mi verdadera madre, junto con otros hijos que tenía anteriores a mí viven lejos, que ella no me pudo criar por falta de recursos ya que nací con un problema de riñón que con los años se solucionó, pero no he sentido la necesidad de conocerlos. Ellos tampoco se han

interesado en mí jamás. Para mí, mis padres son Bosco y Alba. No necesito más.

—Estoy muy orgullosa de ti, mi vida —manifiesta mi madre—. Eres la mejor hija que podía tener.

La miro y siento una gran culpabilidad por mentirle con lo de Nico y Avril, pero sé que cuando llegue el momento de decir la verdad será la primera en perdonarme.

Recojo a William y a Vanesa y ponemos rumbo a Formentera, es el lugar en el que se encuentra el yate de mi padre y dónde hemos decidido pasar una semana. He quedado con Nico en que nos veríamos directamente allí. Estoy impaciente por llegar, pero también tengo miedo de pasar tanto tiempo junto a Nico y que tengamos que comportarnos la mayor parte del tiempo como hermanos. Mis amigos saben la relación que tengo en la actualidad con él, pero, por nada del mundo, esto puede salir a la luz en estos momentos. Ambos somos conscientes de que Nico es el centro de todas las miradas, tendrá a la prensa detrás. Ansiosos por conseguir una imagen de él con una mujer. Según dice mi padre, es la foto más cotizada en estos momentos. Por la que cualquier medio pagaría millones.

Cuando llegamos al puerto, Nico ya se encuentra en el barco. Desde lejos nos saluda y me dedica una sonrisa maravillosa que, de inmediato, hace que me tiemblen las piernas. Por supuesto, hay fotógrafos en el lugar y nos hacen fotos embarcando. No sé cómo siempre se enteran de todo.

Avril es la primera en saludar y besar a Nico, luego lo hacen Vanesa y William y, finalmente, mi hermano, para los ojos de todos los que nos observan y fotografían en esos momentos, me da la mano para ayudarme a subir a bordo y el simple contacto de nuestra piel ya hace que esta arda de deseos. Nos miramos a través de los cristales de nuestras gafas de sol sin saber cómo comportarnos.

Nico toma la iniciativa, me da un casto beso en la mejilla y me abraza mientras me susurra:

—Será muy divertido y placentero.

Lo miro con una ceja alzada mientras que él me sonríe.

—¿Estás seguro? —pregunto pensando que lo comentaba con cierto tono irónico, pero descubro que lo dice de verdad.

Mi hermano me toma de la cintura y me susurra:

—Mientras ellos —se refiere a los fotógrafos— no pararan de buscar a la misteriosa mujer que me tiene loco, nosotros estaremos juntos en sus propias narices.

—Parece que todo esto te divierte —le reprocho.

—Intento ver el lado bueno —me indica, resignado.

—No podrás besarme —le advierto mientras le toco el pecho con un dedo.

—Te aseguro que recuperaré todos esos besos cada noche —susurra en mi oído.

—¿Qué piensas hacer con Avril? —le pregunto de forma juguetona.

—Ya veremos. —Me dedica una gran sonrisa y nos adentramos en el yate.

William está alucinando con el barco de mi padre, nunca ha estado en uno así. Cuando cada uno hemos llevado nuestras cosas a los camarotes que ocuparemos Nico nos indica que vamos a zarpar.

—No llevaremos tripulación. El capitán seré yo —anuncia Nico tomando los mandos del yate y poniéndolo en marcha.

—¿Tú sabes manejar esto? —pregunta William algo asustado.

—Desde que tengo veinte años. Este yate es una de las grandes pasiones de mi vida —

murmura Nico—. He pasado tan buenos momentos en él...

—Y los que están por venir —comenta William con tono socarrón.

Nico, Vanesa y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

—¡Madre mía! Lo que valdrían en esos momentos unas declaraciones nuestras —bromea Vanesa mirando a William.

Yo me centro en el hombre que amo, a los mandos del yate, con sus gafas de sol, su gorras y camiseta blanca. Está guapísimo. Me sonrío y se me desboca el corazón. Avril acude a su lado y cuando los veo a ambos juntos el corazón se me paraliza.

—Tiene que ser imbécil para no ver que la niña se parece a él —susurra William en mi oído, y logra sobresaltarme.

—Somos médicos, vemos la fisonomía de las personas de forma diferente —le reprendo.

—Lo de Avril y Nico lo vería hasta un ciego —recalca.

—Tienes suerte de que Nico no haya estado mucho tiempo delante de tus padres junto con Avril. —Vanesa se une a la conversación.

—Disfrutemos de estos días en el yate y dejad de agobiarme —les reprocho a los dos.

Nico lleva el yate hacia una cala maravillosa en la que estamos solos y allí disfrutamos de una tarde en el mar, en unas aguas cristalinas de ensueño. Avril se lo pasa de escándalo, observarla con Nico me entenece. Cada minuto que pasa los veo más unidos y cómplices. Él se dedica casi por completo a jugar con ella, algo que a mi hija le hace muy feliz.

William está encantado con el lugar en el que nos encontramos, lo cataloga como un verdadero paraíso.

—Es lo que tiene ser amigo de los Hungría, gozas de los lujos que están a su alcance —le dice Vanesa.

—He decidido quedarme un año en España —nos anuncia William—. Así que buscame un puesto en el hospital en el que os incorporaréis en un par de meses.

—Oh, que gran alegría —les manifestamos Vanesa y yo a la misma vez.

—No habrá problema alguno —se adelanta a decir Vanesa—. El padre de Victoria es el dueño de esa clínica y tú un gran médico. Será todo un honor y prestigio que la clínica cuente contigo.

—Por supuesto —corroboro, encantada—. Llamaré a mi padre y le diré que lo arregle todo para que nos incorporemos a principios de mes.

—Vanesa, ¿puedo quedarme en tu casa mientras encuentro algo? —le pregunta William.

—Por supuesto. Santiago no vendrá hasta septiembre. No ha podido coger las vacaciones antes.

El novio de mi mejor amiga es piloto. Un mexicano que conoció en el hospital de Houston cuando estábamos recién llegadas. Lo que empezó como una amistad y un imposible por su trabajo fue cogiendo forma y ahora ambos tienen proyectos de futuro en común aquí en España. Santiago es un tío maravilloso, aparte de estar buenísimo, y está enamorado de mi amiga hasta las trancas. Lo único malo es que no pasan mucho tiempo juntos por el trabajo de él, algo que a mí me viene de lujo para tener más a mi amiga conmigo.

Cenamos todos juntos en la cubierta del barco. Avril se queda dormida en los brazos de su padre y yo tengo que controlar que salten de mis ojos lágrimas de emoción.

—Voy a llevarla a su camarote —dice Nico.

—Mejor llévala al mío —le rebate Vanesa—. Para que no os moleste esta noche. Yo la cuido

—murmura con un guiño del ojo y una sonrisa dedicada a Nico.

—Yo la llevo —se ofrece William. Coge a Avril de los brazos de Nico y se despide de nosotros—: Hasta mañana, pareja. Disfrutad de la noche.

Vanesa y él se marchan mientras que Nico y yo nos miramos intensamente y sonrientes bajo la luz de la luna.

—Ven aquí, hermanita —murmura Nico tirando de mi brazo y acercándose a él—, que voy a demostrarte todo lo que te quiero. —Me abraza y me da un beso en el cuello.

—Aquí no —le reprendo de inmediato—. Hemos tenido fotografías en el puerto y lanchas alrededor del yate cuando zarpamos. Seguro que nos vigilan desde algún lugar escondido. Tenemos que ser cuidadosos —le recuerdo.

—Vamos dentro —propone Nico. Tira de mi mano y nos adentramos en el yate.

Sin preguntar, vamos directos a su camarote. Cuando cierra la puerta y nos miramos, en los labios de cada uno se asoma una enorme sonrisa. Me atrae hacia él y me planta un beso demoledor que me deja jadeante.

—Dios, cómo te he deseado durante todo el día —murmura paseando sus manos por mi cuerpo.

—La noche es nuestra —le indico al mismo tiempo que le quito la camiseta con prisas.

Nico me toma por las nalgas, me pega a su cuerpo y se apodera de mis labios.

—¿Por qué ha amanecido tan temprano? —se queja Nico con los ojos aun cerrados cuando la luz entra por la gran ventana del camarote.

—Tengo que volver a mi camarote. Si Avril se despierta y va a buscarme no puede encontrarme aquí —digo sobresaltada, mientras me incorporo de la cama, abandonando los brazos del hombre con el que he pasado una noche increíble.

—Es una niña de cuatro años, mientras que no nos vea besarnos en la boca creará todo lo que le digamos sobre nuestra relación de hermanos —me indica Nico, relajado en la cama, en todo su esplendor.

Paseo la mirada por su cuerpo desnudo, a mi antojo, y pienso que es todo mío mientras me visto con prisa.

—Ven aquí —murmura Nico extendiéndome la mano. Se la doy, tira de ella y aterrizo sobre él. Se apodera de mis labios y de inmediato siento como cierta parte de su anatomía despierta. Intento deshacerme de sus brazos, pero no lo consigo. Sus besos son demasiado cautivadores y tengo que saciar años de sed de ellos.

—No me puedes dejar así —protesta Nico mientras se centra en deshacerse de mi ropa.

Doy gracias a Dios de que Avril duerme como un tronco cuando voy en su busca una vez duchada.

—¿Cómo se ha portado? —le pregunto a Vanesa que aún está en la cama junto a mi hija. Apenas son las diez de la mañana.

—Muy bien, no se ha despertado en toda la noche. Y tu príncipe azul, ¿cómo se ha portado? —se interesa con una sonrisa maléfica.

—Muy mal. No me ha dejado dormir en toda la noche. Arrastro sueño y cansancio —le revelo con una enorme sonrisa y un guiño del ojo.

—Estás espléndida —murmura centrada en mí—. Ese brillo en tus ojos grita a los cuatro vientos que eres una mujer feliz, y satisfecha —añade, sonriente.

—Ya me tocaba, amiga —murmuro.

Me acerco a mi hija y la despierto a besos. Cuando se da cuenta de que seguimos en el yate se pone muy contenta y salta de alegría en la cama cuando le digo que volveremos a pasar el día en alta mar con Nico.

Mientras desayunamos todos juntos, Vanesa nos pone al tanto de las fotografías que se han publicado sobre Nico. La prensa dice que está de vacaciones con unos amigos, su hermana y su sobrina, pero ni rastro de la mujer que debe de ser la causante del plantón a Raquel en el altar.

Observo con atención varias fotos en las que aparecemos Nico y yo juntos, una de ellas, en las que estamos abrazados, consigue sobresaltarme, pero me relajo cuando leo que la prensa lo ve como un abrazo entre hermanos. Solo yo sé lo que Nicolás Hungría me susurraba en esos momentos en el oído.

Soñar con una familia

Los días que pasamos juntos en el yate me hacen soñar con mi propia familia. Ver a Nico y Avril cada día más unidos y cómplices es un verdadero sueño. Mi hija lo quiere y admira con locura y él se deshace en atenciones con ella. Cuando observo que la llena a besos tengo que refrenarme para no llorar delante de ellos.

Uno de mis grandes sueños en esta vida era formar una gran familia como en la que me crie con mis padres. Durante algunos años pensé que eso sería un imposible, pero, ahora, teniendo a Nico a mi lado, enamorados como locos, y viendo lo bien que se lleva con mi hija, mi gran sueño vuelve a resurgir. No sé en qué momento le revelaré que Avril es suya, pero ya no tengo dudas de que padre e hija se querrán con locura.

Cuando cae el sol, ya he bañado a Avril y se encuentra con Vanesa y William viendo una película de princesas en el interior del yate, salgo a cubierta en busca de Nico. Hace varias horas que no lo veo y le he perdido la pista. Lo encuentro en bañador y deportes realizando ejercicios. Está haciendo flexiones. Me quedo en silencio y lo observo. Tiene un cuerpo maravilloso, el cual repaso al detalle. Y así, sudoroso, consigue despertar todos mis deseos. Cuando llevo un buen rato admirándolo, él sigue centrado en lo suyo, me acerco un poco más.

—¿No te cansas? Te juro que llevo un tiempo aquí y estoy agotada de solo verte —le comento.

Me mira sin parar de hacer flexiones, me sonrío y me guiña un ojo.

—Aún me quedan veinticinco más —murmura. Las hace como si nada y luego coge unas pesas en sus manos.

—Esta noche vas a caer rendido —le indico con una sonrisa socarrona.

—Hago esto a diario. Forma parte de mi día a día. Te aseguro que estaré tan activo como las pasadas noches.

Lo miro a los ojos y me caliento de solo leer en ellos todo lo que haremos cuando estemos a solas. Admiro de nuevo su cuerpo, sus músculos y sus brazos. Fijo la mirada en sus tatuajes, no tiene tantos como mi padre, pero sí más de los que recordaba.

—Estás para comerte enterito, Nicolás Hungría —murmuro sonriente, sin dejar de repasarlo con descaro.

Cojo el móvil e immortalizo el momento. Me apetece tener una foto suya así. Él me sonrío y luego me indica:

—No eres la única que está haciendo fotos. Desde la cubierta de aquel barco nos vigilan.

Me vuelvo de inmediato y miro hacia el lugar, alerta. Apenas aprecio a gente, está lejos, pero Nico está más acostumbrado a este mundo que yo.

—Me voy —le digo de inmediato.

—No tienes por qué —murmura impasible, sin dejar de hacer pesas—. No estamos haciendo nada malo. Solo ves cómo tu hermano se pone en forma. Recuerda que ellos ignoran lo que realmente me pone mi hermana. —Me dedica una mirada ardiente y yo le sonrío.

Tengo que hacer grandes esfuerzos para no tirarme a sus brazos y besarlo.

—Te espero dentro o no respondo de mí. —Me doy media vuelta y me marcho. Nico se queda centrado en lo suyo.

Es nuestro último día en el yate. Hemos pasado una semana maravillosa, en las cuales he dormido todas las noches en los brazos de Nico. No todas las noches ha sido fácil escaparme de Avril, pero en cuanto se quedaba dormida en mi cama, junto a mí, llamaba a Vanesa para que durmiese con ella y yo me dirigía al camarote de Nico.

Esta noche, por ser la última, él ha organizado una cena de gala para ambos, a solas en su camarote. A Avril le hemos dicho que el tío está un poco resfriado y que mamá tendrá que cuidar de él y que ella no puede entrar en la habitación para que no le contagie el resfriado. Cenará en cubierta con Vanesa y William, no se ha quejado. Odia estar enferma y tomar medicinas, así que por esa parte estoy tranquila. Nuestra hija nos dejará disfrutar de nuestra última noche juntos en el yate en aguas de Formentera.

—¿Qué parte de cena de gala no has entendido? —me recuerda Nico en tono de reproche cuando me ve entrar en su camarote con unos pantalones cortos y una simple camiseta.

—No he traído nada adecuado para la ocasión, pero seguro que en el armario de este camarote hay algo especial de mamá —le indico a Nico dirigiéndome al vestidor. Él está completamente vestido con unos pantalones blancos y un polo azul cielo, guapísimo, recién duchado y huele de maravilla.

Mientras miro la ropa que hay colgada Nico me toma por la cintura y besa mi cuello mientras murmura:

—¿Qué pensarían nuestros padres si supiesen lo que estamos haciendo? —pregunta, centrado en mi cuerpo.

—Que somos unos usurpadores. Usamos su camarote, hacemos el amor en su cama y ahora voy a ponerme un vestido de nuestra madre que no tardarás en arrancarme —le enumero con cierto tono de humor.

—Recuerdo muy vagamente y, sobre todo, por fotos que he visto a lo largo de los años, unas vacaciones con papá y mamá en este yate, antes de tener hermanos —murmura Nico—. Creo que la historia se repite con Avril, ellos también debieron de arreglárselas conmigo para estar así solos.

Escuchar las palabras de Nico hace que me tense por completo y me aleje de él. Una sensación extraña se apodera de mi cuerpo y lo miro con miedo mientras que la frase *la historia se repite* no deja de dar vueltas en mi cabeza. A mi mente acuden flashes de cómo fue la historia de mis padres y de Nico, la cual me enteré de ella casi al completo hace poco. Nico conoció a su padre con dos años, y durante ese tiempo mi madre le ocultó la verdad a Bosco Hungría. Suspiro y pienso que lo mío es mucho peor. Yo he omitido un embarazo, simulado una adopción y ocultado una gran verdad a su padre y sus abuelos. El miedo a que no me puedan perdonar me azota con fuerza. Le pido a Nico que me deje sola con la excusa de sorprenderlo una vez que escoja un vestido, pero lo cierto es que necesito serenarme y pensar muy bien cómo hacer las cosas de ahora en adelante.

Unos leves toques en la puerta del baño me sacan de mis pensamientos.

—¿Estás bien? —pregunta Nico.

Llevo casi una hora a solas. Ya estoy arreglada. Me he recogido el pelo, me he maquillado un poco y me he colocado un vestido blanco, largo, que encontré y me fascinó. Voy descalza, no me

molesto en ponerme unos zapatos.

Abro la puerta con cuidado y me esfuerzo por alejar los fantasmas de mi mente y mostrarle una enorme sonrisa seductora, haciendo que se centre en ella y evite mirar lo que de verdad reflejan mis ojos.

—Lista —murmuro. Lo beso y hago que se pierda en este.

Nico me toma de la mano y me muestra una succulenta cena, servida en una mesa y dos sillas improvisadas en el camarote.

—Todo te ha quedado muy bien —le indico maravillada con el resultado que mis ojos aprecian.

El amor de mi vida me entrega una copa, en la que el vino blanco está ya servido y me insta a probarlo después de que brindemos. Cuando llevo la copa hacia mis labios, mientras bebo, veo algo en el fondo de esta. La aparto un poco, la miro bien, extrañada, y observo que es un anillo. Levanto la mirada y cuando mis ojos se cruzan con los de Nico y veo su maravillosa sonrisa sé lo que todo esto significa.

Me llevo una mano al pecho y murmuro con asombro:

—No lo puedo creer.

Él asiente sonriente, me quita la copa de las manos, saca el anillo con un dedo y se dispone a colocármelo mientras que dice:

—Es un anillo de compromiso, por nuestro amor. Hoy no te voy a pedir formalmente que nos caseemos, porque para eso falta un poco, pero ten por seguro que serás mi mujer. Te quiero para mí. —Me muestra el interior del anillo y descubro que ha grabado esa misma frase allí.

Lo miro y me derribo de amor. Me introduce el anillo en el dedo mientras mi corazón parece que va a explotar de alegría. Cuando admiro la joya en mi mano, me lanzo a los brazos del amor de mi vida y lo beso con pasión. Estoy viviendo mucho más de lo que alguna vez llegué a imaginar.

—Te amo —murmuro sobre sus labios mientras él me levanta en peso y yo permanezco colgada de su cuello.

—Y yo —responde—. No va a ser un camino fácil, pero iremos de la mano —me advierte.

—Cuento con ello. —Lo beso de nuevo y luego vuelvo a admirar el anillo. Es de oro blanco, con una piedra azul en forma de corazón. No puede ser más bonito ni especial.

Cenamos a la luz de las velas entre confidencias y planes de futuro, luego nos encaminamos hacia la cama y damos rienda suelta a nuestro amor. Nuestra última noche juntos.

A la mañana siguiente me despierto con el gran susto de que Avril está a mi lado, y Nico al otro.

—Os habéis quedado dormidos —grita mi hija.

Nico y yo la miramos sobresaltados. Ambos estamos desnudos. Nos tapamos con la sábana hasta la barbilla y nos miramos sin saber qué hacer.

—Eh... sí, mi vida —titubeo ante mi hija mientras pienso con rapidez—. El tío y yo vimos una película juntos anoche y nos quedamos dormidos. Pero eso pasa entre hermanos —le indico de inmediato.

—Claro —me apoya Nico—. Hacía mucho que tu mamá y yo no veíamos una película juntos. De pequeños nos encantaba, y también la veíamos con los tíos Damián y Jorge.

—Yo también quiero tener un hermano —dice de pronto Avril.

—No te preocupes, llegará —le indica Nico a mi hija mientras me hace un guiño a mí con el ojo.

El corazón se me acelera. No hemos hablado de tener hijos. Ni siquiera sé si se ha planteado ser padre en algún momento de su vida, pero su mirada me da un vuelco al corazón.

Se acerca a mí y me susurra:

—Tendremos que trabajar en ello. Quiero complacer a mi sobrina en todo lo que me pida.

Lo miro con los ojos muy abiertos y le reprendo:

—¿No tienes suficientes escándalos en tu vida en estos momentos como para añadir uno más?

—Ya todo me da igual —susurra en mi oído.

—¡Compórtate! —le reprendo quitándole las manos de mi cuello y alejándolo de mí. Avril nos observa sonriente.

—El tío quiere mucho a mamá —le dice el muy descarado a mi hija.

Por suerte, William aparece por la puerta que mi hija ha dejado abierta al entrar en el camarote y se la lleva.

—Esto no tendría que haber pasado —bufo en cuando Avril se ha marchado. Salgo de la cama mientras que veo que Nico se queda tan pancho en ella mientras recorre todo mi cuerpo desnudo con una mirada lasciva.

—Es solo una niña, ella cree que somos hermanos. No le des más vuelta —trata de tranquilizarme, pero no lo consigue.

Recojo mi ropa del suelo y me dirijo a mi camarote.

Pasamos las últimas horas del día en el barco y al caer la tarde cogemos el avión de mi padre para volver a Madrid.

Cuando nos despedimos, Nico me propone:

—Ven mañana a la suite de mi hotel y pasemos allí todo el día juntos.

—¿No has tenido suficiente con esta noche? —le pregunto sonriente.

—Contigo nunca tengo suficiente, y besarte y amarte toda para mí durante veinticuatro horas es una gran fantasía.

Asiento sonriente ante su proposición.

—Veré qué puedo hacer. Creo que los abuelos se podrían quedar con Avril. Nos les importará. Llevan una semana sin verla y estarán deseando consentirla.

—Te espero. Ya hablamos.

Me da un casto beso, pero muy cerca de la comisura de los labios y se marcha solo en su coche. El chófer de mi padre ha venido a recogernos, pero Nico no quiere aparecer por casa. Prefiere que yo le anticipe cómo están los ánimos por allí y luego ver a papá.

Todos juntos

Cuando llego a casa me encuentro a mis padres y a mis tíos tomando café en el jardín. Los miro con cierta cobardía, como si ellos pudiesen leer todo lo que Nico y yo hemos hecho en estos días. Cuando centro la mirada en mi tía Julia compruebo, a través de su sonrisa, que ella sí presiente lo sucedido, sin embargo, cuando miro bien en sus ojos compruebo que mi secreto sigue a salvo.

—¡Qué alegría! Mis niñas —nos saluda mi madre abrazándonos a mí y a Avril.

—¿Qué tal todo? —se interesa mi padre después de recibirme en sus brazos.

—Muy bien. Lo hemos pasado de maravilla y Avril ha disfrutado un montón.

—Me alegro —murmura—. ¿Nico bien? —pregunta con sigilo.

Yo solo asiento.

Pepa aparece y nos saluda, de inmediato Avril se va con ella a la cocina porque tiene hambre, quiere cenar. Le recuerdo que lo hemos hecho en el avión, pero mi pequeña es muy comilona.

Cuando nos quedamos a solas mi tío Rodrigo insiste:

—¿Cómo está Nico? El muy capullo no me ha atendido ni una sola llamada en todos estos días. Se limitó a decirme que estaba de vacaciones y que no quería saber nada de nada, que me ocupase de todo que para algo soy su agente y me paga bien. ¡Será desagradecido! —se queja.

—En favor de mi hijo tengo que decir que es cierto que te paga bien —intercede mi padre.

Aprecio su sonrisa y deduzco que los ánimos se han serenado.

—Ha estado bien. Relajado —me limito a decir.

—Estoy segura de ello —murmura mi tía por lo bajo, pero la escucho y no puedo evitar que me arda la cara.

—¿Por qué no ha venido contigo, hija? Esta es su casa y como Raquel aún está en la que iban a compartir tras la boda... —reflexiona mi madre.

—Prefiere quedarse en el apartamento de un amigo. —Es lo que Nico y yo hemos hablado. No queremos que nadie sepa que se aloja en un hotel, ya que yo haré muchas visitas en este mientras todo lo nuestro sale a la luz.

—He pensado que podríamos irnos todos juntos, por unos días, a la finca de Jerez —propone mi madre—. Los mellizos y los abuelos están allí, si convencemos a Nico y tú y Avril nos acompañáis... Sería una buena oportunidad de estar todos reunidos en familia y que Nico y su padre se reconcilien tras su última discusión. En un par de semanas Bosco será el entrenador de su hijo en el equipo y no quiero que empiecen con mal pie —me ruega mi madre y siento que lo deja todo en mis manos.

—Hablaré con Nico —comento sin demasiado entusiasmo.

—Seguro que si se lo pides acepta —augura mi madre—. Hazlo por la familia, mi vida. Y por Nico. No me gusta que esté alejado de nosotros.

Me retiro a mi habitación y cuando consigo que Avril se quede dormida llamo a Nico y le cuento la idea de nuestra madre de pasar todos juntos unos días en Jerez.

—¿Tú qué piensas? —me pregunta cuando aprecia que me he limitado a transmitirle los deseos de mi madre.

—Pues que es una completa locura que pasemos unos días juntos con toda nuestra familia alrededor —me embalo—. Pero también creo que es necesario que tengamos normalidad en nuestras vidas y volvamos a ser la familia de antes de todo el caos que se produjo con tu boda. A mamá no le gusta que estés en tensión con papá. Y más ahora que él será tu entrenador.

—Pues iremos —manifiesta muy contento. Me extraña que no haya tenido que convencerlo ni rogarle.

—¿Has bebido algo? —le pregunto extrañada.

—Solo una cerveza bien fría al llegar al hotel, pero te aseguro que tengo la suficiente lucidez para afrontar lo que me acabas de decir.

—¿Y reaccionas así? —pregunto sorprendida. No lo entiendo.

—Yo siempre que te tenga cerca y pueda estar en tu cama o tú en la mía soy feliz —manifiesta tan tranquilo.

—Ni lo sueñes —le respondo alterada—. Olvídate de tocarme mientras estemos con nuestra familia alrededor.

—Bueno, ya veremos. Pasa el día de mañana entero en mis brazos y así podré soportarlo —me propone.

—Eres un chantajista —le reprocho.

—Soy un hombre enamorado que te necesita a cada instante. —Y ante esta respuesta me derrito y no tengo más remedio que decirle:

—Te amo. Nos vemos mañana en el hotel. Veinticuatro horas, cuenta con ellas.

A la mañana siguiente les comunico a mis padres que he hablado con Nico y que ha accedido a pasar unos días con nosotros en Jerez. Les propongo que ellos se vayan hoy mismo con Avril si quieren y yo lo haré mañana. Les pongo la excusa de que voy a buscar piso y que tengo que pasarme por la clínica a ponerme al día con un par de asuntos para cuando me incorporen y le encuentren un hueco a William.

Mis padres aceptan marcharse hoy mismo con mi hija y me piden que viaje con Nico al día siguiente, para que así no se le vaya a ocurrir darnos plantón por si se le presenta un plan mejor o la mujer por la que dejó a Raquel lo persuade con otro plan más atractivo. Tengo que evitar una sonrisa mientras hablo con mi madre, me toco el anillo que me regaló Nico y pienso si ella supiese quién es la mujer por la que está loquito su hijo.

Llego al hotel y el amor de mi vida me recibe con un beso que logra hacer que pierda el sentido. Pasamos todo el día juntos, en la cama, tenemos mucho tiempo que recuperar y Nico es un hombre insaciable, y yo tampoco me canso de él. Es el mejor amante con diferencia que he tenido, a eso se añade que lo amo con locura y es el padre de mi hija, lo que viene siendo el hombre perfecto que me hace suspirar con solo mirarlo.

Nos damos un baño juntos en la enorme bañera redonda de la suite, entre espuma, besos y abrazos cuando Nico me comunica:

—Le he regalado el chalet a Raquel. Creo que es lo mínimo que debo de hacer por ella después de lo que le hice.

No me sienta mal que lo haya hecho. Nico tiene mucho dinero y no soy una persona que le dé mucha importancia a los bienes.

—¿Y dónde vas a vivir de ahora en adelante? —le pregunto con interés.

—Me quedará aquí por un tiempo hasta que encontremos una casa para nosotros y Avril. —

Cuando lo escucho me revuelvo en sus brazos y lo beso emocionada—. Quiero una casa grande, como la de nuestros padres, para que nuestros futuros hijos corran y jueguen por un enorme jardín como yo hacía de pequeño —revela con entusiasmo.

—Me gusta la idea. —Lo abrazo emocionada mientras me permito soñar con ello.

—Quiero que me ayudes a encontrar la casa perfecta para nosotros.

—Seguro será muy cara —me quejo—. Recuerda que yo solo tengo un sueldo como médica.

—Y usted recuerde que su futuro marido es millonario. Todo lo mío es tuyo —dice con el corazón en la mano—. ¿De qué me sirve todo el dinero si mi verdadera felicidad solo eres tú? Hay que compartir, recuerda que nuestros padres siempre nos lo decían de pequeños —comenta con una enorme sonrisa.

Lo abrazo, lo beso y murmuro:

—Te ayudaré a encontrar la casa de nuestros sueños.

De camino a Jerez, bajamos en el coche de Nico, le pregunto mientras que él conduce:

—¿Crees que es prudente que lleguemos juntos?

—Deja de darle vueltas, Victoria. Nadie de nuestra familia puede ni siquiera imaginarse lo que hay entre nosotros. Todos nos ven como unos hermanos que se llevan de maravilla y se quieren mucho. Mientras menos lo pienses menos te atormentará.

—No sabré cómo comportarme contigo delante de ellos.

—Pues haz lo mismo que con Damián y Jorge. Trátame igual, o me pondré celoso —añade con cierto deje de humor y esa sonrisa espectacular que me paraliza el corazón cuando sé que va dedicada en exclusiva a mí.

Nico toma mi mano entre la suya, se la lleva a los labios y deposita un tierno beso en mis nudillos. Yo lo admiro mientras conduce y siento una enorme emoción por ser la mujer que ocupa su corazón. Me he criado a su lado y siempre lo he sentido como alguien cercano, pero lo cierto es que tengo a mi vera a uno de los hombres más deseados del mundo en estos momentos. Joven, guapo, atractivo a rabiar, con unos ojos azules que te paralizan el corazón, con un cuerpo de infarto y un gran triunfador en el campo de juego. Con miles de fans y muchas de ellas femeninas que suspiran por sus huesos y harían lo que fuese por ocupar el lugar que yo tengo en estos momentos.

Cuando llegamos a la finca de caballos de pura raza que tiene mi padre en Jerez toda la familia nos espera al bajarnos del coche.

Lo que más me sorprende es que Avril se dirige primero a los brazos de Nico que a los míos, algo que el resto de la familia toma como una gracia y yo me quedo mirando a padre e hija abrazados y dándose besos.

Mi madre es la primera en abrazar a Nico, luego lo hacen mis abuelos y seguidamente los mellizos. Finalmente se vive un momento de tensión cuando Nico y mi padre se miran en silencio, pero el gran Bosco Hungría da un paso hacia su hijo predilecto y lo estrecha en sus brazos con fuerza. Ambos hacen que el resto nos emocionemos.

—Te pareces tanto a mí... —murmura mi padre admirando a su primogénito.

—Siempre has sido mi ejemplo a seguir —revela con una enorme sonrisa de orgullo.

—En el campo de juego me has superado, muchacho, ahora espero que lo hagas en lo personal y crees una familia tan maravillosa como la mía.

—Es mi próximo reto —le indica Nico con los ojos clavados en mí.

Me ruborizo, me centro en mi hija y escucho que Damián le dice en tono de broma:

—Sin duda lo será, hermanito. Acabas de tirar por la borda un proyecto de futuro con una mujer increíble.

—Eso es porque seguramente tenga a la vista otra mucho más increíble —irrumpe Jorge.

—No lo dudes —afirma Nico, sonriente, con un guiño del ojo. Y logra que todos nos quedemos en silencio.

Doy gracias porque a nadie se le ocurra preguntar, pero, una vez más, mi hija es mi tabla de salvación y reclama a su tío Nico para llevarlo a ver los caballos y los ponis, como si él desconociese el gran imperio de caballos que tiene nuestro padre en esa finca y con el que Avril alucina.

No puedo tenerte cerca

Mis padres nos reciben con una succulenta comida. Mientras almorzamos juntos admiro la gran familia que somos, todos alrededor de la mesa, y pienso en el tiempo que hacía que no estábamos así.

—Van a ser unos días increíbles —afirma mi madre, segura de ello, mientras nos mira a todos con una enorme sonrisa de satisfacción—. Es un lujo que estemos todos reunidos.

Nico sonríe y asiente sin dejar de mirarme con esa expresión en su rostro en la que sé que me está comiendo con los ojos. Le regaño con la mirada y él amplía más su sonrisa. Disfruta de todo esto con descaro mientras que yo las paso canutas.

—Yo después de esta comilona necesito una siesta —anuncia Nico. Se levanta, le da un beso a mi madre, otro a mi abuela, palmea la espalda de mi padre, los mellizos y del abuelo, y, finalmente, me da un beso a mí. Siente mi tensión y susurra:

—Relájate. Deshazte de ellos. Te espero en mi habitación. —Lo miro indicándole que está loco, pero él se marcha como si nada.

Mi abuelo y mi padre lo imitan. Los mellizos deciden irse a la piscina y Avril los acompaña pese a las regañinas de mi madre y mi abuela, que les reprenden porque están recién comidos.

Mi abuela se retira a descansar y mi madre, después de charlar un rato conmigo en el jardín, cerca de la piscina, decide echarse una siesta con mi padre.

Cuando me quedo sola, Avril sigue jugando con sus tíos en la piscina, cojo mi móvil y observo que tengo siete mensajes de Nico. En todos me dice que suba a su habitación, me espera. Decido no hacerle caso y fijo la mirada en las risas de mi hija, provocada por los mellizos.

De repente, mi teléfono suena y observo que es Nico. Descuelgo de inmediato y no me da tiempo ni a decir hola.

—Sube —me ordena—. O bajo yo —propone. Y siento una gran tensión en mi cuerpo.

—Estoy con Avril —justifico—. No puedo. Esto ya lo hablamos, Nico.

—Os estoy observando desde mi cuarto. Déjala con los mellizos. Está en buenas manos, son sus tíos y parecen disfrutar mucho con ella. La niña no te echará de menos.

—¿Para qué quieres que suba? —le pregunto con interés.

—Mejor te lo demuestro —murmura.

—Nico —le reprendo.

—No te arrepentirás. Sube —me anima de nuevo.

Y, pese a saber que es una gran locura, me levanto del sillón en el que estoy sentada a la sombra y les indico a Jorge y Damián que se queden con Avril mientras voy a mi habitación un rato. Ellos aceptan encantados.

Me paro frente a la habitación de Nico y me lo pienso antes de abrir la puerta, pero no me da tiempo a hacer nada más. Él abre de forma abrupta, me ve ahí parada, tira de mi brazo y me introduce en la estancia de un tirón.

No puedo decir nada más. Se apodera de mis labios y yo me fundo en ellos. Acabamos de pasar veinticuatro horas juntos en un hotel, ¿cómo es posible que lo deseé con esta urgencia?

—Esto es una locura. —Intento parar sus intenciones cuando me percato de que me lleva en dirección a su cama.

—Una locura es desearte como te deseo. No puedo tenerte cerca y no besarte, es una tortura —revela Nico.

—No puedes comerme con los ojos cuando estamos delante de los demás. Se van a dar cuenta —le reprocho mientras nos besamos y nos desnudamos sin control.

Terminamos en la cama, hacemos el amor y nos quedamos dormidos. Cuando abro los ojos y compruebo que son las seis de la tarde me levanto sobresaltada. Comienzo a recoger mi ropa, me la coloco con prisa y salgo de la habitación de Nico sin despertarlo.

Sintiéndome la peor madre del mundo voy en busca de Avril. La encuentro en la cocina comiendo helado con mis padres y mis abuelos.

—¿Qué tal, cariño? —me pregunta mi madre en cuanto me ve aparecer—. ¿Muy cansada del viaje hasta aquí en coche? —se interesa.

—Un poco. Me ha venido bien dormir un poco —susurro, un poco avergonzada.

—Avril ha estado muy entretenida, ¿verdad, cariño?

—Sí. Me gusta mucho esta casa, y los caballitos.

—Luego daremos un paseo a caballo y veremos la puesta de sol —propone mi padre.

Me parece una idea estupenda. Hace años que no monto a caballo y en estos días que estemos en la finca me gustaría que mi hija aprendiese. Estoy segura de que mis hermanos pequeños, ambos unos grandes jinetes, la enseñaran encantados.

Me llevo una gran sorpresa cuando estamos ensillando los caballos para salir a dar una vuelta y aparece Nico dispuesto a unirse al plan. No he sabido nada de él desde que lo dejé en la cama dormido. En cuanto me ve me lanza una mirada que solo él y yo sabemos interpretar y me sonrío. Yo me limito a apartarme de su campo de visión.

Mi padre se monta en su caballo y se ofrece a llevar a Avril con él, y mi hija encantada. Mientras Damián y Jorge ayudan a mi madre con su caballo, Nico lo hace conmigo. Yo intento no necesitar su ayuda, pero estoy algo desentrenada. Cuando coloca sus manos sobre mi cintura para ayudarme me tenso, él lo siente y susurra en mi oído:

—Amor de hermanos. —Le dirijo una mirada cargada de reproches y él no se corta—: No me gustó despertarme y no encontrarte en mi cama.

Me monto en el caballo y procuro no mirarlo más.

Con suma facilidad, Nico, al igual que Damián y Jorge suben a sus sementales y emprendemos el camino. Procuro no ir al lado de Nico, pero él no pierde ocasión para estar cerca y dirigirme miradas ardientes.

Llegamos hasta un alto y allí observamos una maravillosa puesta de sol. Delante de mí tengo a Nico con Avril en sus brazos. En un momento del paseo alentó a la niña a que dejase los brazos de su abuelo y se fuese con él. Cuando se puso a correr a caballo llevando a Avril el corazón casi se me sale por la boca, pero cuando vi la alegría que asomaba en el rostro de mi hija y en el de su padre me emocioné. Tuve que volver el rostro para reprimir unas ligeras lágrimas.

Admiro a la familia tan maravillosa que tengo, ahí todos juntos, y no puedo evitar cómo reaccione cada uno de ellos cuando salga a la luz que Nico y yo nos amamos y Avril es hija nuestra. Cierta escalofrío me recorre la piel, pero procuro ser positiva. Tengo unos padres y unos hermanos fantástico. Serán dos noticias fuertes, pero terminarán encajándolas bien.

De vuelta a casa, Avril va en el caballo de su tío Jorge y Nico y yo vamos los primeros. Me sorprende cómo se conoce las tierras. Me señala los límites y me recuerda paseos y viejos

tiempos que pasamos en la finca cuando éramos pequeños.

En un momento, Nico acerca su caballo demasiado al mío y me mira con intensidad. De pronto recuerdo que no estamos solos e intento alejarme, pero él no lo permite. Me acaricia el rostro y doy gracias a que solo él pueda ver el deseo que muestran sus ojos azules.

—No puedo tenerte cerca —murmura Nico.

Yo suspiro con incomodidad. Mis hermanos y mis padres van sumidos en una charla con Avril, pero, aun así, no me gusta que observen tanta complicidad y gestos de cariño entre Nico y yo.

Cuando llegamos a la casa todos vamos directos a darnos un baño antes de cenar. Avril insiste en ducharse con su abuela. Le llevo su ropa a la habitación de mi madre y me voy al baño de mi cuarto a darme una buena ducha. La necesito. Siento la tierra pegada a mi piel con el sudor y huelo a caballos.

Me meto debajo de la ducha y dejo que el agua tibia caiga sobre mi cabeza y mis hombros. Me quedaría así horas. De repente, siento unas manos alrededor de mi cintura y un cuerpo desnudo se pega a mí. Me sobresalto y descubro que es Nico.

—Estás completamente loco —le reprendo, alterada.

—No podía desaprovechar esta oportunidad —murmura en mi oído—. Cuando Avril le rogó a su abuela para ducharse con ella por poco grito de alegría. Te necesito, Victoria.

Nico se apodera de mis labios y del resto de mi cuerpo. Nos enjabonamos y terminamos haciendo el amor en la enorme ducha. Cuando cierro el grifo y nos disponemos a salir de ella, escucho a Avril en mi habitación con mi madre.

Controlar los impulsos

Salgo de la ducha y me lio en una toalla corriendo. Le indico a Nico, mediante un gesto de la mano, que no se le ocurra salir del interior de la ducha. Cierro la puerta de cristal que da acceso a esta y me dirijo a la habitación sin apenas secarme, dejando un reguero de agua por el suelo y casi resbalando, pero no me importa.

—Cariño, ¿qué quieres? —le pregunto a mi hija, sobresaltada y con el corazón en la boca.

Mi madre me mira de arriba abajo.

—Tranquila, hija, no pasa nada. Parece que hayas salido de la ducha a la voz de fuego. Avril solo quiere sus pincitas para el pelo, se le ha antojado que le haga dos trenzas —me indica mi madre.

Cuando veo que mi hija, junto con mi madre se dirigen al baño, lugar donde está todo con lo que mi hija se peina, casi me da algo.

—No entréis —les grito, alterada—. Está todo mojado —justifico cuando observo que mi madre me mira alerta—. Ya te las traigo yo que voy descalza.

Pero, mi hija, que es muy cabezota, me dice:

—No. Yo sé dónde están. Tú nunca las encuentras. —Se escabulle entre mis piernas y entra al baño, y mi madre con ella.

Quiero morirme en esos momentos. Dirijo la mirada hacia la ducha y veo que la puerta de cristal de da acceso a la misma está empañada del vapor y espero que Nico esté escondido en un rincón. Doy gracias de que no se trate de una ducha con mampara. Excepto la puerta de cristal, el resto es de azulejos.

Mientras mi hija y mi madre buscan las dichas pincitas del pelo yo no dejo de mirar en dirección a la ducha. Cuando observo que mi madre se dispone a peinar a Avril en mi baño estoy a punto del colapso.

—Si me dejáis sola terminaré antes. Avril, puedes peinarte en el baño de la abuela —le propongo a mi hija para que se marchen cuanto antes.

—Hija, somos mujeres. Puedes vestirme en nuestra presencia —me dice mi madre mientras que me mira con extrañeza.

—Ya... pero lo hago antes si estoy sola —murmuro sin saber qué más decir para que se marchen.

Por suerte, mi hija se acuerda de que ha dejado olvidado en el baño de la abuela su pulsera preferida y deciden volver.

Cuando salen de mi habitación, de inmediato, cierro la puerta con el pestillo y voy hasta el baño con ganas de matar a Nico y a mí misma por casi ser descubiertos por no poder controlar nuestros impulsos.

—No podemos jugárnosla más —le reprendo, enfadada—. Nos estamos comportando como unos adolescentes.

—¿Es una queja? —pregunta Nico alzando una ceja mientras se envuelve en una toalla de cintura para abajo.

Lo miro y lo veo tan calmado que me desquicia.

—Sí —casi le grito, alto y claro—. Me importa demasiado esta familia, en la que me he criado, como para hacerles daño alguno. Mamá y papá no se merecen enterarse de lo nuestro así. Ellos se merecen que hagamos de esto algo bonito, no un disgusto ni un susto. Mucho menos otro escándalo.

Nico me mira y asiente en silencio, creo que me comprende. Se acerca a mí, da abraza y me da un beso en el cabello mientras suspira.

—Intentaré controlar mis impulsos en el resto de días que nos quedan en esta finca —murmura al fin.

—Bien, ahora sal de aquí sin que nadie te vea.

Miro por la ventana, compruebo que todos están en el jardín alrededor de la mesa y Nico se marcha envuelto en la toalla, paseándose como si nada al salir de mi habitación.

Suspiro y rezo para que pasen rápido los días que nos quedan junto a la familia en la finca.

Cenamos todos juntos a la luz de la luna y agradecemos que refresque un poco, están siendo unos días calurosos y poco atípicos de mediados de junio.

A mi hija se le antoja de postre un cono de helado de vainilla y chocolate, se pone perdida al comérselo y, como siempre, me lo termino yo. Cuando alzo la mirada tengo los ojos de Nico frente a mí, no para de mirarme. De repente, se levanta y anuncia:

—Me voy a la cama, estoy muerto. —Se acerca a mi hija y le da un beso. Aprovecha y me susurra—: Me has puesto malo con el dichoso helado.

Alzo una ceja y lo miro sonriente. No lo he hecho a posta.

—Quiero dormir contigo —le ruega Avril a su tío.

En cuando escucho la petición de mi hija me quedo sin habla.

—Pues a dormir con tu tío —dice de inmediato Nico. La alza de la silla en sus brazos y ambos me miran sonrientes, esperando mi reacción.

—Iré a por ella cuando se duerma —murmuro casi sin habla. Algo dentro de mí se ha roto. Ver a Avril y Nico con esa clase de complicidad me deja casi en shock.

—Te aviso —me indica Nico al mismo tiempo que me guiña el ojo y se marcha con su hija en brazos.

Yo me quedo fría. Me froto los brazos y trato de recomponerme. Mi madre me mira con atención.

—Nico y Avril han conectado de una forma increíble —murmura mi madre.

—Sí. Debo de admitir que me siento celoso. Mi nieta tiene debilidad por su tío en vez de por su abuelo, que la consiente más en todo —comenta mi padre, sonriente.

—Creo que me voy a ir a mi habitación a leer un poco. —Me quito de en medio y espero que tras mi retirada la conversación se centre en algo diferente.

Llego a mi habitación sintiendo que el tema de Avril se me va de las manos, que es una bomba que pronto va a explotar en mi cara. Pero ahora no es el momento de destapar ese asunto.

Llevo una hora en mi cuarto cuando Nico me envía un mensaje al teléfono en el que me dice:

—Avril se ha quedado dormida. Puedes dejarla conmigo esta noche. Ella huele igual que tú, será cómo tenerte cerca. ¿Estás segura de que no es tu hija? —Me pone varias caritas sonrientes y no sé cómo interpretar esa pregunta mientras me tiemblan las manos—. Creo que se parece mucho a ti, y a mamá. En el fondo, todas las mujeres o parecéis —concluye—. Pero solo tú me tienes loco.

—Espero que Avril te dé una buena noche —le respondo. Me he quedado tan paralizada que

no me atrevo a salir de la cama y mirarlo a los ojos—. Buenas noches. —Le envió varios emoticonos de besos en el mensaje y dejó el móvil sobre la mesita de noche como si este quemase.

Me quedo dormida tras dar muchas vueltas en la cama, rogando tiempo. Quiero hacer las cosas bien por primera vez en mi vida. Esperar un poco para dar la noticia a la familia y resto del mundo que Nico y yo nos queremos y luego decir que Avril es nuestra hija. Soy consciente de que serán dos situaciones muy difíciles de encajar, pero las superaremos. Confío en ello.

Dos meses después

Llevo tres días sin ver a Nico y estamos al revés. La Liga ha comenzado, tiene partidos, entrenamientos, eventos y campañas publicitarias. Yo he tenido mucho trabajo últimamente en la clínica y Avril empieza el colegio en unos días.

Nico continúa en la suite del hotel Ritz y yo aún convivo con nuestros padres. Me pidió que no buscase una casa para marcharme con Avril. Acudir a nuestro hogar y verme allí, aunque fuese en calidad de hermana, era más fácil que ir casi a diario a mi casa. Podría levantar sospechas.

Estamos buscando un chalet para ambos, el cual queremos convertir en un hogar cuando le demos a todos la noticia de que nos amamos. Hemos visto varias casas, pero son muy caras para mi gusto. Prefiero algo más normal, menos lujoso ni con tantas habitaciones ni tanto terreno exterior.

Hoy por fin Nico y yo nos hemos citado. Vamos a pasar todo el fin de semana juntos en el hotel. Nos lo merecemos ya que en las últimas semanas apenas hemos pasado tiempo juntos. Avril va a estar todo el fin de semana con los mellizos en la finca de Jerez. Me ha costado que se la lleven tan lejos, pero Nico me convenció de que confiase en Jorge y Damián. Desde que tienen a su sobrina cerca se les ha despertado el instinto paternal y es de lo más tierno verlos ejercer de tíos.

Entro en el hotel, como lo hago últimamente, algo camuflada. Con gafas, el pelo recogido y muy arreglada. Es un lugar muy lujoso y no puedo desentonar. Lo haría si entro como suelo vestir e ir a trabajar de forma habitual. Llevo un vestido negro de firma, un bolso muy caro, joyas y perfume. Camino como una modelo y miro a todos por encima del hombro. Con ello logro que no reparen en mí y paso desapercibida como una huésped más, y no como la amante de Nicolás Hungría.

Abro la puerta de la habitación y encuentro a Nico en la terraza. Está sentado en un sillón, relajado, sostiene una botella de agua entre sus manos y tiene la vista perdida en el horizonte. No me ha escuchado llegar. Yo me paro en la puerta de la terraza, no quiero salir fuera por miedo a que nos puedan ver juntos, y lo observo. Lleva la camisa blanca medio desabrochada, está descalzo y lo encuentro el hombre más sexy y apetecible sobre la tierra. Me relamo los labios, imaginando que en poco tiempo será todo mío y disfrutaremos juntos, cuando Nico clava la mirada en mí. Me repasa de arriba abajo y me sonríe. Sé que aprueba mi sugerente vestido, realza mis pechos y se ajusta a mi cuerpo como un guante.

—Ven —me ruega Nico, extendiéndome la mano. Sin moverse del lugar donde está.

—Es peligroso. Estaríamos a la vista de algunos —murmuro con unas ganas enormes de ceder a su deseo.

—Te tengo una sorpresa —comenta mirándome a los ojos, sonriente, mientras se levanta y viene hacia mí. Me da un beso demoledor, me deja con ganas de más y se dirige a una mesa cercana. Observo que coge una carpeta y me la entrega.

—¿Qué es? —pregunto intrigada.

—Me comprado la casa que vimos ayer —anuncia de golpe.

—¿Cómo?! —pregunto asombrada. Es la propiedad más cara y grande que hemos visitado en los últimos días. Me encantó, pero era demasiado.

—Vi tú cara de felicidad cuando recorrimos la casa, imaginé a Avril y a nuestros hijos por allí. Felices como lo fuimos nosotros de pequeños en la casa de nuestros padres, y no me lo pensé.

—Nico... era muy cara —murmuro a la misma vez que me emociono al imaginarnos juntos y con más hijos.

—Me lo puedo permitir. —Me sonrío, se acerca, se apodera de mis labios y me pega a su cuerpo—. Vamos a ser muy felices en esa casa. Quiero que la decores como quieras, solo te voy a pedir un gran favor —Lo miro con expectación—, no me hagas participe en ello. Solo me ocuparé del gimnasio y del espacio exterior.

Suelto una carcajada, lo abrazo y lo beso. Luego Nico saca una tarjeta bancaria de su bolsillo y me la entrega.

—Úsala sin límites —me pide—, para lo que quieras.

—Nico... —protesto.

—Es para la casa que vamos a compartir. Todo lo mío es tuyo. Si todo lo que tengo no lo comparto con la mujer que amo, ¿de qué me sirve?

Finalmente acepto. Dejo la tarjeta sobre la mesa y me centro en el hombre que amo. Terminamos en la cama, dándole riendas al amor que sentimos y el deseo descontrolado por estar juntos.

Nico tiene un partido el sábado por la noche. Yo tengo trabajo pendiente y paso casi todo el día sola en la suite del hotel, relajada y haciendo mil planes de futuro en común en mi cabeza. Cada vez que me miro al espejo descubro una enorme sonrisa en mi rostro. Por primera vez en mi vida puedo afirmar que soy completamente feliz.

He cometido el error de traer poca ropa, pero lo soluciono llamando a William y le hago un par de encargos. Quiero sorprender a Nico cuando regrese del partido.

Mi gran amigo me hace el favor de acercarme el pedido que he realizado en dos tiendas de confianza y de marca a mi habitación en el hotel. Se queda un rato y tomamos un café juntos.

Cuando me quedo sola y falta poco para que Nico regrese me coloco un conjunto de lencería de encaje en color malva y unas sandalias de tacón altas. Pongo champán a enfriar, he seguido el partido por la televisión y el equipo de Nico ha ganado, para celebrar su victoria como se merece.

Me envía un mensaje y me dice que ya viene de camino. Me siento en una silla y lo espero con las piernas cruzadas, de forma sugerente.

Cuando Nico abre la puerta y observo que su rostro tiene la misma expresión si hubiese visto a un fantasma, me asusto de inmediato. Estoy medio desnuda delante de él y no ha reparado en mí. Tiene la mirada como perdida, pensativo.

—¿Sucedé algo? —pregunto con miedo. Me levanto y me acerco a él al ver que está paralizado. Le toco el brazo y lo siento frío. Nico logra asustarme—. ¿Qué pasa?! —inquiero con un grito ahogado.

Nico da unos pasos y se sienta. Yo me quedo en pie y lo observo mientras se revuelve el pelo, agobiado. Alza sus ojos hacia los míos y me mira a la cara.

—Acabo de ver a papá entrando en este hotel —murmura atónito.

—¿Nos ha descubierto? —pregunto con voz queda. He visto a mi padre por la televisión como entrenador esta noche. Hasta hace nada estaba en el campo de juego como Nico. El partido

se desarrollaba en Madrid.

—No creo —murmura, apenas sin voz.

—Entonces... ¿qué te preocupa? —pregunto sin llegar a entender su actitud.

—Que le esté poniendo los cuernos a mamá —revela de golpe.

—¡Estás loco! —le espeto sin pensar. Mis padres se aman con locura, imaginar una infidelidad entre ellos me horroriza.

—¿Y cómo justificas la presencia de papá en este hotel a altas horas de la noche? —me pregunta con una ceja alzada.

—Igual quedó con alguien para un tema de trabajo —trato de justificar.

—Subía en el ascensor a las habitaciones —especifica—. Me hice el rezagado en recepción para no coincidir con él. Y no son horas de reuniones —añade alterado.

Se levanta y se pasea por el salón.

Suspiro mientras que le doy vueltas al asunto. También estoy inquieta como Nico, pero no quiero transmitírselo.

—Voy a ponerle un detective, que vigile sus pasos —lanza de golpe Nico.

—¡Por favor! ¿Te gustaría que él te lo hubiese puesto a ti para seguir tus pasos? Todos están deseando saber quién es la mujer que ocupa tu vida —le recuerdo con ímpetu.

—Es diferente —me encara alzando la voz—. Aquí se trata de mi madre —recalca alterado—. Yo soy un hombre libre a los ojos de los demás. Puedo estar con quién quiera, me convenga o no. Mi padre es un hombre casado. Si está engañando a mi madre lo mato.

—Nico... —trato de calmarlo. Me acerco a él y hago que me mire a los ojos, que se centre en mí—. Ni siquiera te has parado a mirarme —le indico con amor. Lo hace y una ligera sonrisa aparece en su rostro—. Quería que celebrásemos juntos la victoria de esta noche.

—Tú eres mi verdadera victoria en esta vida —murmura sobre mis labios. Se apodera de ellos y consigo que deje atrás el tema que le atormenta.

A media noche siento a Nico inquieto en la cama. Se revuelve en ella y sé que está despierto.

—¿Qué sucede? —pregunto bajito mientras paseo una mano por su pecho desnudo y me abrazo a él.

—No consigo quitarme la imagen de papá entrando en este hotel.

—Pregúntale qué hacía aquí —propongo—. Puedes decirle que tú habías quedado para tomar algo.

—No. Prefiero seguir sus movimientos por unos días. Y observar a papá y a mamá de cerca. Ver cómo está todo entre ellos —sugiere—. También voy a necesitar tu ayuda. Cuando yo no esté tú serás mis ojos.

Asiento y accedo. Se queda más tranquilo y nos volvemos a dormir.

Es mi madre

La semana siguiente, Nico y yo estamos más pendiente de los movimientos de nuestros padres. No observamos nada extraño entre ellos, se quieren como siempre y todo entre ellos es normal.

Nico ha venido a casa más de lo habitual en los últimos días, veo que observa a nuestros padres, e incluso le ha preguntado a mi madre si todo va bien.

Esta noche tenemos una cena en casa toda la familia, con mis abuelos, mis tíos y mis primos. Vamos a despedir el buen tiempo y el final del verano en el jardín. Mi padre ha organizado una barbacoa.

—Yo los veo como siempre —le indico a Nico en un susurro mientras observo a nuestros padres.

—Papá no ha vuelto por el hotel —comenta Nico.

—No le demos más importancia —le propongo. Sé que lleva una semana algo tenso con el asunto.

—Y... hablando de hotel, hace una semana que no vas por allí y te echo de menos —susurra en mi oído. Lo reprendo con la mirada, por hacerme ese tipo de proposición delante de toda la familia—. ¿Mañana? Es domingo y tengo la noche libre.

—Veré que puedo hacer con Avril. Mamá y papá tienen una cena.

—Seguro que Vanesa o William estarán encantados de quedarse con ella. —Suspiro, Nico me sonríe y me dice—: Ya queda poco.

En este tiempo hemos hablado mucho sobre cuándo decirle a nuestra familia que nos amamos. Es complicado, pero hemos decidido hacerlo antes de finales de año. No queremos que el asunto salte aún a los medios, sabemos que será inevitable y se producirá un revuelo, pero, por el bien de la carrera de Nico, que recién está comenzando la temporada en el Real Capital y todo va muy bien, y parece que él plantón que le dio a Raquel se ha olvidado, queremos dar un tiempo a todos.

Por otro lado, estamos decorando la casa que Nico compró. Queremos hacerla un verdadero hogar y cuando demos la noticia a todos marcharnos a vivir juntos con Avril.

Pasamos una velada muy buena en familia. Mi hija y sus ocurrencias son el centro de atención. Cada vez me enternece más verla junto a Nico y ver todo lo que se quieren.

De repente, un susurro en mi oído me sobresalta.

—El tiempo corre en tu contra, querida sobrina —me dice mi tía Julia—. No sé qué estás esperando. —La miro y tiene sus ojos clavados en Nico, que juega con Avril en sus brazos—. Si necesitas apoyo o ayuda, sabes que me tienes de tu lado —murmura mostrándome una sonrisa.

—Queda poco —susurro casi con miedo.

—Quiero pedirte algo —dice mi tía. Y yo la miro con expectación—. Cuando todo esto salte por los aires, me haré la sorprendida. No reveles que lo sabía, puede que tu madre no me lo perdone nunca.

—Gracias —murmuro al mismo tiempo que le dedico una sonrisa de afecto y gratitud.

—No la entendí a ella hace años, ni te entiendo a ti, pero os respeto. Cada cual maneja su vida

cómo quiere y luego asume sus errores, como lo hizo tu madre. Creo que ya conoces que su camino con Bosco no fue todo de rosas —me advierte.

Yo trago con dificultad, miro a Nico y cierta angustia sobrecoge mi pecho.

La noche finaliza quedándose Nico en casa de nuestros padres. Avril lo ha invitado a dormir con ella y que le cuente un cuento. Cuando veo que Nico acepta a la misma vez que me dirige una mirada cargada de deseo mi cuerpo se estremece. En un gesto involuntario muevo la cabeza y él estalla en carcajadas delante de todos, que lo miran y justifica su risa con algo que le ha dicho Avril.

Me dirijo con Nico y mi hija a su habitación para acostarla y ponerle el pijama, pero ella me dice que ya lo hará su tío.

—Bien, bien. Me voy a la cama —le digo a mi hija. Tengo la sensación de que quiere deshacerse de mí y quedarse a solas con su tío el resto de la noche.

—No te duermas —se atreve a decir Nico sin importarle la presencia de mi hija. Me sonrío con descaro mientras que lo reprendo de forma severa con la mirada.

—Ni se te ocurra —le advierto entre dientes—. Echaré el pestillo.

—Haré más ruido, pero finalmente me abrirás —me reta.

—¿Por qué no te has ido? —le reprocho—. Ya sabes que no podemos... —Miro a Avril que nos observa con atención, me doy media vuelta y me marcho.

Han pasado tres horas desde que dejé a Nico en la habitación de Avril y solo he dado vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Al menos no se ha atrevido a venir a mi cama. Bajo a la cocina a por un vaso de leche fría a ver si consigo serenarme un poco. Al pasar por la puerta de la habitación de mi hija la abro con cuidado y observo que la luz está apagada y en silencio. Nico y Avril duermen. Me tranquilizo un poco y me dirijo a la cocina. Voy hacia el frigorífico casi a oscuras, no enciendo ninguna luz, y me sirvo un vaso de leche. Comienzo a tomármelo con la nevera abierta. De repente, siento unas manos alrededor de mi cintura y unos labios en mi cuello. Escupo la leche y me sobresalto.

—¡Nico! —exclamo cuando me doy media vuelta y lo tengo pegado a mí.

—¿No puedes dormir? —susurra en mi oído—. ¿Me necesitas en tu cama? —pregunta mientras acaricia la zona interior de mis muslos y me sube el camisón.

Intento parar sus intenciones, pero sus besos me desarmen. Me quita el vaso que tengo en la mano y me arrastra hasta la gran despensa de la cocina.

—Tengo hambre —murmura sobre mis labios.

—Aquí no —le reprendo de inmediato cuando leo en sus ojos sus intenciones.

—¿No te parece excitante hacerlo aquí? Donde nos escondíamos tantas veces de pequeños a comer a escondidas —me recuerda entre besos y caricias íntimas.

—Estamos tentando a la suerte. Pueden vernos o escucharnos.

—Me gusta jugar —murmura sobre mi boca. Se apodera de ella y me empotra contra la pared.

He tenido muchas fantasías con mi hermano, pero la que llevamos a cabo esta noche supera a todas ellas. Nico no tiene remedio.

Cuando salimos de la cocina escuchamos un revuelo en la planta superior de la casa. Se han encendido las luces y Avril llora. Corro escaleras arriba y cuando entro en su cuarto mi madre la tiene en brazos y mi padre se pasea por el pasillo.

—¿Dónde estabais? —nos pregunta a Nico y a mí. Él viene detrás. Mi padre nos repasa de arriba abajo y no puedo evitar sentirme avergonzada. De inmediato me peino el pelo con los

dedos y me subo un tirante del camisón. Voy descalza y sin ropa interior.

—No podíamos dormir y fuimos por un vaso de leche —dice Nico—. ¿Qué sucede?

—Avril se despertó y al parecer os llamó y al no ir nadie a su cama se puso a llorar. Tu madre la duerme —me dice mi padre.

—Voy con ella.

No puedo soportar la mirada de mi padre y me quito de su vista.

—Victoria, me quedo en tu cama —murmura Nico con toda la poca vergüenza—. Avril querrá tenerte cerca durante el resto la noche.

Ni le contesto. En los ojos de mi padre he podido leer que nos ha descubierto. Yo medio desnuda, con los labios hinchado, el pelo revuelto y oliendo a sexo. Nico en calzoncillos y con la mirada de un hombre satisfecho.

No pego ojo en toda la noche. Cuando me levanto Nico ya no está, ni mis padres. Los tres tenían compromisos en el día de hoy. Desayuno con mis abuelos y como me dicen que se van a quedar unos días, aprovecho y les pido que se queden con Avril esta noche.

Envío un mensaje a Nico y le digo que nos vemos esta noche en el hotel. Creo que ha llegado la hora de decirle a nuestros padres lo que sucede entre nosotros.

Llego a la suite dos horas antes que Nico, sobre las seis de la tarde y lo espero algo intranquila. No he sabido nada de mis padres en todo el día.

Cuando Nico aparece por la puerta lo noto algo cansado.

—¿Todo bien? —pregunto preocupada.

—Sí. Ha sido un día duro. Entrenamientos, reuniones y una sesión de fotos. Estaba deseando llegar. —Se acerca a mí, me abraza y me besa.

—¿Papá te ha dicho algo? —pregunto con temor.

—Nada.

—Yo creo que anoche nos descubrió —murmuro.

Nico se encoje de hombros mientras que descuelga el teléfono de la habitación y pide algo de comer.

—Vengo hambriento. ¿Comemos algo y luego nos damos un baño en el jacuzzi? —propone.

—Me parece bien.

Me dirijo hacia el baño y comienzo a llenar el jacuzzi para que esté listo cuando terminemos de comer.

Enciendo unas velas y recreo un ambiente íntimo y romántico.

Escucho que llaman a la puerta, debe de ser el servicio de habitaciones. No me molesto en salir del baño, continúo con mi tarea, que se encargue Nico.

De repente, escucho voces, salgo alertada y, al no ver a Nico por la suite, salgo al pasillo. Lo encuentro golpeando a un hombre. La puerta de otra habitación está abierta. Voy hasta allí y cuando los intento separar veo que se trata de mi padre.

—¡Hijo de puta! —ladra Nico cuando me interpongo entre ambos. Está fuera de sí. Muy furioso. Nunca lo he visto así.

Los miro y me temo lo peor. Nos han descubierto y esta es la reacción de mi padre.

—Te estás equivocando, Nico —vocifera mi padre mientras se limpia un leve hilo de sangre que le mana de la comisura del labio.

—¿Desde cuándo engañas a mi madre? —le espeta de malas formas—. Ella no se lo merece —grita, lleno de rabia.

Los miro a ambos y la puerta de otra habitación abierta. De pronto, caigo en que mi padre no

nos ha descubierto a nosotros, sino que Nico lo ha descubierto a él. Me llevo una mano a la cabeza e intento asimilar esto.

De repente, escuchamos una puerta en el interior de la suite a la que supuestamente se dirigía mi padre.

—Bosco, ¿eres tú? —pregunta la voz de una mujer.

Nico se quiere abalanzar contra nuestro padre de nuevo, pero yo consigo pararlo.

—Sí —dice mi padre, alto y claro.

Y, de repente, una mujer envuelta en un albornoz blanco, zapatillas blancas y una toalla liada en el pelo aparece en escena. Nos mira y puedo sentir que se muere de vergüenza al vernos a todos allí.

—¿Es mi madre? —pregunta atónito Nico, con los ojos clavados en ella.

Sorpresas te da la vida

—Pero... ¿qué está pasando aquí? —pregunta mi madre con la voz queda, roja como un tomate, llevándose una mano al pecho mientras nos mira a los tres descolocada.

—¿Es ella la que te engaña? —pregunta Nico mirando a nuestros padres, desconcertado, con los ojos muy abiertos mientras repasa a nuestra madre de arriba abajo.

De repente, se abren varias puertas y aparece el personal de seguridad del hotel. Deben de haber observado todo por las cámaras.

—Vamos dentro —brama mi padre.

Coge a Nico del brazo y lo obliga a entrar en la habitación en la que ha aparecido mi madre. Ella se hace a un lado y yo los sigo. Mi padre se asegura de que la puerta está cerrada y nos dirige al salón de la suite.

Nos miramos todos en silencio. Creo que ninguno sabe con exactitud qué está pasando.

—Bosco, ¿qué te ha sucedido? —pregunta mi madre mientras le acaricia el rostro a su marido.

—Tu hijo me ha partido la cara —brama señalando a Nico.

—Joder, pensé... —trata de justificar Nico mientras que se mueve inquieto y da vueltas por la estancia—. ¿Quién le está poniendo los cuernos a quién? —pregunta en tono acusatorio, de frente, sin tapujos, mirándolos a ambos, desconcertado.

Yo siento que las piernas me flaquean. Nico pidiéndole explicaciones a nuestros padres, cuando quizá son ellos los que nos han descubierto. ¿No ha caído en eso? Que puede que tengan esta habitación cerca de la nuestra porque nos espíen y ya sepan todo.

Mi padre mira a Nico con ganas de golpearlo, pero finalmente esboza una sonrisa, mira a mi madre y ambos se abrazan. Nico y yo nos miramos y no entendemos nada.

—No me digáis que tenéis una pareja abierta —murmura Nico con los ojos como platos.

Mi padre estalla en carcajadas mientras que Nico y yo los miramos como pasmarotes.

—Hace años que tenemos esta suite para nosotros —revela mi padre—. Tu madre y yo nos vemos aquí como amantes. Nos citamos y tenemos la intimidad que, a veces, nos falta en casa.

Nico y yo nos quedamos en silencio, digerimos la información. Pensar en nuestros padres así...

Luego, ambos soltamos un suspiro de tranquilidad y nuestros padres estallan en carcajadas.

—Vamos a curar este golpe —le dice mi madre a mi padre.

—Tu hijo tiene garra —murmura mi padre dirigiéndole una mirada a Nico.

—Joder, papá, perdón —se disculpa Nico, avergonzado—. Yo pensé que...

—Me gusta que defiendas así a tu madre —le manifiesta con orgullo.

—Le has dado fuerte, cariño. Mañana tendrá un buen moretón —augura mi madre mientras le quita la sangre reseca del labio a mi padre.

—La hemos liado —le susurro a Nico mientras mi padre se queja por la cura de mi madre.

—¿Qué hacíais en este hotel? —pregunta mi madre de golpe.

—Estabas en una habitación cuando me viste entrar. Tenías al servicio de habitaciones en la

puerta cuando llegué —dice mi padre con la mirada clavada en Nico.

Los miro y pienso en cómo justificar mi presencia en un hotel con Nico.

—Yo también tengo una habitación en este hotel —revela el muy descarado sin vergüenza alguna—. Debe ser algo de familia. —Les sonrío a mis padres y luego me mira.

Me quiero morir. Nuestros padres nos observan sin entender nada, pero se quedan en silencio.

—Nosotros tenemos esta suite en este hotel desde hace años. De hecho, hijo, te concebimos aquí —revela mi padre.

—¡Bosco! —lo reprende de inmediato mi madre.

—Ya son mayorcitos, Alba. Han escuchado rumores sobre nosotros, pero creo que ha llegado la hora de que le contemos nuestra historia de verdad y la conozcan de nuestra mano. ¿Tenéis prisa? —pregunta mi padre, sonriente y con una ceja alzada.

—Yo voy a cambiarme —murmura mi madre.

Nico y yo nos sentamos juntos en un sofá. Mi padre prepara unos cafés y cuando aparece mi madre, entre ambos, nos cuentan cómo se conocieron realmente y cómo surgió todo entre ellos.

Yo termino llorando de emoción, abrazada a mi madre. Siempre la he admirado, pero conocer su verdadera historia, con detalles, con mi padre me hace sentirme muy orgullosa de ella.

Nico también abraza a nuestro padre. Los miro a los tres y me siento la mujer más afortunada del mundo por haber aterrizado en la familia Hungría.

De repente, tocan a la puerta. Es el personal del hotel. Nos comunican que la suite de Nico se ha inundado. ¡Hemos dejado el jacuzzi llenándose! La hemos liado buena. Si con toda la historia de nuestros padres se habían olvidado de nuestra presencia juntos en una suite de ese hotel, el hecho de la inundación les recuerda todo.

El personal le ofrece a Nico otra suite mientras restablecen el caos que hemos formado.

Cuando nos quedamos a solas mi madre me pregunta:

—Victoria, ¿tú qué hacías aquí con Nico?

Miro a Nico y siento que estamos perdidos.

—Ya vi a papá entrar en otra ocasión en este hotel. Os hemos estado siguiendo la pista —justifica Nico.

—¡Vaya! —murmura mi padre—. Os veo muy unidos últimamente —murmura mientras nos mira con atención.

—Victoria es mucho más que mi hermana —dice Nico, de frente, sin miedo. Mientras que yo tiemblo.

—Queda claro que es tu confidente y cómplice en muchas cosas —comenta mi madre con una sonrisa.

—Ni te imaginas en cuantas —le responde Nico.

—¿Algo que queráis compartir con nosotros? —pregunta mi padre.

—Por hoy ya está bien de sorpresas —concluye Nico mientras se levanta y tira de mi mano—. Te llevo a casa, hermanita. —Me muestra una sonrisa y lo reprendo por su enorme descaro. Está disfrutando con todo esto mientras que yo estoy a punto de que me dé un infarto.

Descubierto por la prensa

—Este no es el camino a casa —me quejo mientras Nico conduce.

—Sí lo es —murmura con una sonrisa pintada en su rostro.

—¿Qué te pasa?! —le reprocho. Lo observo de buen humor y feliz mientras que a mí me reconcome la angustia.

—Vamos a pasar la noche juntos, como teníamos planeado —anuncia.

—No. No. Y no. Me niego a que nos descubran con las manos en la masa. En casa están los abuelos, los mellizos, Abril... —Suspiro—. Todo esto me supera. Hay que contarles la verdad.

—Estoy de acuerdo. Los reuniremos a todos mañana y les diremos que nos amamos. Pero esta noche es nuestra —insiste.

Cuando voy a replicarle observo que Nico abre la puerta de entrada de la propiedad que ha comprado y estamos convirtiendo en nuestro futuro hogar.

—Hoy han llegado los muebles —anuncia mientras nos adentramos.

—¿Todos? —pregunto con ilusión.

—No. Solo los del salón. Pero tú y yo vamos a estrenar el maravilloso sofá que preside nuestro salón —me indica con una sonrisa pícara y un brillo especial en sus ojos.

—Estás loco —le reprocho, sonriente.

—Loco por ti. Por estar a tu lado el resto de mi vida y no separarnos nunca más.

Me acerco a Nico y lo beso con pasión.

—Te amo —murmuro sobre sus labios.

—La noche es nuestra. Aquí no nos molestará nadie. —Me toma de la mano y nos adentramos en la casa.

Cuando descubro todo el salón amueblado me emociono. Es mi futuro hogar. Me llevo una mano al pecho y otra a la boca mientras siento que estoy viviendo un sueño en el que soy muy feliz y del que no quiero despertar.

Hacemos el amor en nuestro nuevo y enorme sofá, donde pasamos el resto de la noche. Juntos, abrazados, felices y soñando con un futuro en común.

Los rayos de sol que entran por los amplios ventanales del salón nos despiertan, aún no tenemos cortinas. Tengo algo de frío, estamos desnudos. Nico lo siente y me propone:

—¿Una ducha de agua caliente?

Lo miro, le sonrío, lo beso y acepto encantada. De su mano, desnudos, nos paseamos por el resto de la casa hasta llegar al baño de nuestra habitación. Nos demoramos en la ducha bastante tiempo. La estrenamos como se merece. Cuando estamos recogiendo la ropa del día anterior, esparcida y arrugada por el salón, el teléfono de Nico suena y murmura:

—Es papá. —Activa el manos libres, lo deja sobre la mesa y continúa vistiéndose—. Buenos días. ¿Aún en el hotel con mamá? —bromea.

—Estamos en casa —dice muy serio—. Es cuestión de horas que todo salga a la luz, me lo acaban de informar —anuncia de forma cortante. De inmediato, el vello se me pone de punta—.

Ven de inmediato —ordena, sin lugar a réplica—. Creo que nos debes, a tu familia, una explicación de tu boca.

Nico y yo nos miramos. Él se queda callado unos segundos y responde al mismo tiempo que cuadra los hombros:

—En un rato estaremos ahí.

Yo me siento y me llevo las manos a la cabeza, intranquila y nerviosa. Nico termina de abrocharse los pantalones y acude a mi lado. Me toma de las manos y me da un beso.

—No pasa nada, lo afrontaremos. Ya no tendremos que escondernos más —trata de tranquilizarme. Lo observo y lo veo calmado. Yo, sin embargo, estoy a punto del infarto.

Salimos de la casa con prisa y nos dirigimos a la de nuestros padres. Nico conduce con aparente tranquilidad mientras que yo voy hecha un manojo de nervios. Mi padre estaba enfadado, sentí decepción en su voz. Sé que no será fácil a partir de hoy.

Me preparo para entrar en mi casa y afrontar la mirada de toda mi familia. Ya lo saben. No sé cómo se habrá enterado la prensa, Nico y yo hemos sido muy cuidadosos, pero mi padre tiene muchos contactos y seguro alguno lo ha avisado de esto.

Antes de cruzar la puerta de entrada de la casa donde Nico y yo no criamos como hermanos, él me toma de la mano con fuerza, me mira y asiente. Con decisión comienza a dar pasos y tira de mí. Trato de zafarme de su mano, pero no lo permite.

En cuanto veo a toda mi familia frente a mí, mis padres, los mellizos y mis abuelos, doy gracias de que Avril no esté presente, las piernas comienzan a temblarme junto con la barbilla. Tengo que reprimir las ganas de llorar. Todos nos miran con caras de reproche y en silencio. Al parecer nadie se atreve a decir nada.

—Aquí estamos —anuncia Nico con valentía, sin soltarme de la mano.

Mi padre da un paso al frente y nos dice:

—¿De verdad me merecía enterarme de esto por una noticia que ya ha saltado a los medios? —le reprocha con decepción—. Sé que es tú vida, pero esto va a desestabilizar tu carrera y te van a retirar muchos contratos, sin embargo, me lo podías haber dicho —brama—. A mí, o a tu tío. Te aseguro que hubiésemos sabido gestionarlo mucho mejor que tú —le echa en cara, enfadado.

—Hijo... —Mi madre da un paso hacia él y lo mira con lágrimas en los ojos—. Yo siempre te voy a querer —le dice.

—Joder, hermanito, nunca lo hubiese pensado de ti —le recrimina Jorge.

—¿Tú estás seguro, hijo? —le pregunta mi abuelo—. Mira que en tu mundo hay mucho vicio y te alientan a probar cosas nuevas.

—Abuelo, dejó a su novia plantada en el altar. ¿No va a estar seguro? —le dice Damián—. Yo creo que no nos lo ha dicho porque el mundo del fútbol es muy machista y pensaba que tampoco lo íbamos a entender. Pero eres nuestro hermano, para mí no hay diferencia con respecto a tus gustos sexuales.

Yo los miro a todos sin entender nada. ¿Por qué solo se dirigen a Nico? Nadie me reprocha nada ni les sorprende que vayamos de la mano.

—Pero, ¿de qué estáis hablando? —pregunta Nico, enfadado, mirándolos a todos.

—Pues de lo que ya habla medio país en estos momentos —le reprocha mi padre.

Enciende la televisión y nos encontramos con la noticia. Un gran titular anuncia:

Nicolás Hungría es gay. Esa es la verdadera razón por la que dejó plantada a su novia en el altar.

Presto atención a lo que dice una presentadora:

—El futbolista del Real Capital tiene una relación con un médico de la clínica propiedad de su padre. Se llama William y desde hace meses se ven a escondidas en una suite a nombre del médico en el hotel Ritz de Madrid.

Miro a Nico atónita.

Luego aparecen varias fotos de Nico entrando y saliendo del hotel, posteriormente aparecen de William. Me llevo una mano al pecho y tengo que tomar asiento.

—Pero, ¿qué gran mentira es esta? —brama Nico fuera de sí—. Los voy a demandar por difamación e intromisión a la intimidad—grita.

—Hijo, a nosotros puedes contarnos la verdad. Sé que gritar a los cuatro vientos que te gustan los hombres no será fácil en nuestro mundo. De hecho, no hay ningún jugador de fútbol que lo haya hecho público, pero te apoyaremos. Solo te pido que me des un tiempo para asimilarlo. Te juro que no me lo esperaba.

—Tú lo sabías, Victoria —murmura mi madre con cierto tono acusatorio, mirándome—. Por eso siempre estabas con él.

—Has sido su cómplice en todo esto desde que dejó a Raquel plantada en el altar —me reprocha mi padre.

Yo miro a Nico para que acuda en mi ayuda y deshagamos todo este lío, pero él se pasea como un león enjaulado por la estancia.

—Nos duele que no hayáis confiado en nosotros —murmura mi madre, apenada.

—Joder, hermano, ¿y cómo pasa uno de gustarle tanto las tías a los tíos? ¿O es que siempre te gustaron los hombres y tratabas de ocultarlo? —pregunta Jorge con curiosidad.

Nico lo mira y veo los esfuerzos que hace para no abalanzarse sobre él.

El resto de la familia sigue en silencio, mirándolo.

—¿De verdad creéis eso? —les recrimina Nico, con decepción, señalando la televisión.

Solo obtiene el silencio de toda nuestra familia, incluso el mío propio que no sé qué decir.

—Vamos nos de aquí —dice de pronto. Me toma de la mano, tira de ella y nos encaminamos hacia la salida de la casa.

—Nico, no nos podemos ir —trato de pararlo—. Vamos a contarles la verdad —le suplico.

—Pero ¿no los has mirado a los ojos? Me han juzgado sin preguntar. Han creído ciegamente lo que la prensa ha publicado.

—Vamos a decirles que todo es un error, que los que nos vemos de forma secreta en ese hotel somos nosotros —le imploro.

—No —niega de forma rotunda. Está muy enfadado—. De nada serviría en estos momentos. Pensarían que lo decimos para salvar mi imagen ante ellos. No quiero que sea así como demos la noticia de lo nuestro. Algo tan bonito y verdadero. —Me acaricia la barbilla y me besa antes de montarnos en el coche.

¿Cómo solucionamos esto?

Nico y yo pasamos la noche juntos en el hotel. No quiero dejarlo solo. Está muy alterado. Nuestro tío lo ha llamado recriminándole no haberle dicho nada y le ha anunciado que varias marcas han decidido prescindir de su imagen y rescindir los contratos. Nico está que echa fuego por la boca. Lo que más le indigna es que Raquel ha aprovechado la situación para hacer unas declaraciones y decir que ahora entendía todo. He tenido que parar a Nico para que no la llamase.

—No puedo creer esto —se queja con pesar mientras se sienta, abatido en el sofá. Voy hasta él y lo abrazo como a niño pequeño—. ¿Y si fuese gay, qué? ¿De verdad esto era lo que me esperaba de serlo? Y después nos damos golpes en el pecho de que somos una sociedad avanzada y abierta. ¡Y una mierda! —grita—. No he recibido ni un solo mensaje o llamada de mis compañeros, la prensa está empeñada en hundir mi imagen y ya van cuatro contratos los que han rescindido las marcas con las que trabajo. Es para denunciarlos a todos.

—Creo que, al menos, al tío Rodrigo y a papá debes de contarles la verdad. Ya no se trata solo de nosotros, Nico. Es tu imagen y tu carrera las que están en peligro.

—No lo voy a hacer —dice, rotundo—. Me importa una mierda todo. Lo que digan de mí. Voy a demostrarles a todos que mi condición sexual no influye en el campo de juego. —Lo miro con angustia—. No es el momento de que salga a la luz lo nuestro —me indica como si me estuviese leyendo la mente—. Lo cuestionarían. Es mejor que todo se calme y pase. No pienso hacer declaraciones al respecto, que cada uno piense lo que quiera de la veracidad o no de esta noticia.

Suspiro y lo abrazo.

Nico pasa una semana complicada. No nos vemos mucho porque ambos tenemos mucho trabajo. El sábado tiene un partido importante fuera, no puedo estar con él, pero lo sigo por la televisión. Cuando salta al campo de juego lo abuchean, y me duele en el alma. Nico no hace caso al público, pero mi padre se revela y los manda a callar y les hace un gesto obsceno con el dedo.

Nico no marca ningún gol, su equipo pierde el partido y la prensa se ceba al día siguiente con mi hermano y mi padre.

Casi a diario le imploro a Nico que digamos lo nuestro, pienso que puede ayudar a paliar todo lo que hay montado pese a ser muy injusto. Pero Nico se niega. Nuestra familia, al igual que el resto de España continúan creyendo que Nico es gay y tiene una relación con William. Mi amigo se lo toma a broma, pero ha llegado un momento en el que se ha agobiado. La prensa se ha apostado en la puerta de la clínica. Están empeñados en conseguir una declaración de él.

Nico está de vuelta en Madrid y me ha citado en la suite del hotel. Me niego a ir, pero me suplica que acuda ya que va a ser nuestra última noche allí. La que será nuestra casa ya está completamente amueblada y se va a trasladar antes de lo que hablamos debido a las circunstancias.

Cuando me adentro en el Ritz lo hago casi con miedo, mirando hacia todos lados. A Nico le

gusta tentar a la suerte. Tenemos a la prensa detrás todos los miembros de la familia, en especial él, la casa de nuestros padres y este hotel.

En esta ocasión, Nico me espera en el bar. Se está tomando una copa cuando lo diviso en la barra. Acudo hasta él y me mira de arriba abajo con atención. En su mirada puedo observar que aprueba el vestido azul marino que he escogido para la ocasión. Me da un beso atrevido en el cuello a la vez que murmura en mi oído:

—Estoy deseando arrancarte el modelito y ver qué llevas debajo.

Permanezco de pie a su lado y él no aparta la mano de mi cintura. Me mira con deseo mientras se relame los labios.

—Mejor no te lo digo y dejo que lo descubras en nuestra última noche en este lugar —le susurro en el oído.

—¿Por qué me has citado aquí?

—Me apetecía tomarme algo mientras te esperaba. Y como todos piensan que soy gay, a nadie le sorprenderá que te mire como lo hago, te dé un beso en el cuello o vayamos de la mano. Amo a mi hermana —carcajea.

—Vamos a la suite y no perdamos el tiempo en nuestra última noche juntos aquí —le propongo.

—Me parece una idea maravillosa.

Nos encaminamos hacia el ascensor. Subimos solos y no desaprovecha la ocasión para besarme e introducir la mano por debajo de mi vestido. Sus ojos se agrandan cuando descubre que no llevo ropa interior.

—¿Sorprendido? —pregunto en tono jocoso.

—Mucho —anuncia con una amplia sonrisa. Se apodera de mi boca con ansia y salimos del ascensor besándonos como si no hubiese un mañana.

Entramos en la suite y descubro que está llena de flores y globos. Hay un camino en el suelo de pétalos de rosas que nos lleva hasta la cama, donde descubro una petición de matrimonio. Me llevo las manos a la boca y comienzo a llorar. No me lo esperaba. Lo miro y Nico espera paciente una respuesta.

—Sí, quiero —respondo feliz, con lágrimas en los ojos. Me abrazo a él y lo beso.

—Te amo, Victoria. Quizá no sea el mejor momento para esta proposición, pero si algo tenía claro es que debía ser aquí. En esta suite que ha sido cómplice de nuestro amor en todo este tiempo.

—Gracias. Es perfecto, maravilloso —murmuro admirando toda la habitación, llena de flores y globos. Parece que estoy en un sueño.

Nico saca un impresionante anillo de oro blanco con un infinito en él y me lo coloca mientras yo lloro de emoción.

—Siempre te quise para mí —revela mientras me besa—. Llegué a sentirme un verdadero monstruo por esos sentimientos que me asustaron a mí mismo a una corta edad, pero hoy sé que eres lo mejor de mi vida. Te amo, Victoria Hungría.

—Y yo, mi Nico. Soy muy feliz. —Me abrazo a él y lo beso. Me dejo llevar por el momento y una noche mágica entre nosotros.

A mitad de la noche, unos golpes fuertes y voces en la puerta nos alertan. Nico se levanta corriendo, sin importarle ir desnudo. Yo me quedo en la cama y escucho:

—Rápido, hay que desalojar el edificio. Un aviso de bomba.

—Victoria —grita Nico.

Viene hacia mí, me saca de la cama, sin importarle mi desnudez y pretende que salgamos así, corriendo. Cojo dos albornoces y nos lo colocamos. Salimos descalzos al pasillo y corremos escalera abajo. Ni siquiera nos ha dado tiempo de coger los móviles ni ninguna de nuestras pertenencias.

Hay mucha gente bajando las escaleras, pero Nico tira de mí con fuerza y conseguimos salir rápido del hotel. En la calle está mucha gente ya evacuada, policía y bomberos. Nos obligan a retirarnos del edificio mientras que nos informan que a los huéspedes del hotel nos recogerán para llevarnos a otro.

Nico me lleva tomada de la mano. No me suelta. Estamos asustados. Yo solo pienso en Avril. ¿Y si estalla la bomba y llegamos a morir? El miedo me asalta. Nico no sabría que era su hija.

—Tengo que decirte algo —grito en medio de todo el barullo de gente mientras lo tomo por las solapas del albornoz y lo miro a los ojos, aterrada de miedo, ya no solo por lo que estamos viviendo, sino por la importante confesión que le voy a hacer.

—¿Papá y mamá? —pregunta Nico con los ojos clavados al frente.

Me vuelvo y los veo salir del hotel a toda prisa. Van como nosotros, descalzos y con albornoces.

Nico se acerca a ellos de inmediato.

—¿Estáis bien? —se interesa—. ¿Estabais aquí? —pregunta. Nuestros padres asienten mientras nos miran a ambos.

Pero no hay tiempo de más preguntas. Nos indican que nos montemos en un mini bus para trasladarnos a otro lugar más seguro. No podemos estar en la vía pública.

Una vez montados en el vehículo escuchamos una explosión. No es muy grande, pero de inmediato vemos humo por una ventana y todos nos quedamos mirando.

—Joder, era verdad. Pensé que sería un farol —murmura un hombre.

Me abrazo a Nico, asustada. Podíamos haber muerto.

Mis padres están igual de asustados. Todos vamos en silencio.

Cuando llegamos a otro hotel y nos entregan las llaves de nuestras nuevas habitaciones y mi padre pregunta:

—¿Qué hacíais juntos en el hotel a estas horas?

—William se escapó por la ventana —le espeta Nico. Se da media vuelta y me obliga a ir con él hacia los ascensores.

—Nico... —le reprendo.

—No era el momento. ¿Y no has visto cómo me ha mirado cuando han aparecido? Buscaba a William por todos lados. Deja que piensen lo que les dé la gana.

—Yo creo que está muy claro todo —murmuro mientras subimos en el ascensor.

—Pues dejémoslos con la duda unos días. Tú y yo vamos a desaparecer y no vamos a dar la cara —propone.

—Tengo una hija —le recuerdo.

—Avril está muy bien con sus bisabuelos y sus abuelos. No te echará de menos.

—¿Qué tienes pensado? —pregunto con intriga.

—Darle una lección a papá para que aprenda a confiar en mí y no me juzgue por comentarios inventados de la prensa. Vamos a aprovecharnos de que no tenemos móviles. Nos iremos unos días a nuestra casa. Es una ventaja, ya que nunca le dijese que la compré. No saben la dirección —murmura con cierto tono malicioso. Me guiña un ojo y sonrío.

—Estás disfrutando de este momento —le reprocho cuando llegamos a la habitación.

—No te lo voy a negar. He visto en los ojos de papá y de mamá, por primera vez, que se han dado cuenta de que entre nosotros puede haber algo.

—No deben estar pasándolo nada bien —comento con culpabilidad.

—Yo tampoco lo he hecho cuando me han juzgado sin preguntar. Ahora que se quiebren la cabeza y piensen lo que quieran. Que soy gay o que me he liado con mi hermana. Igual hasta me prefieren gay —aventura mientras me da un beso y me sonríe—. Siempre fuiste la consentida de la familia y papá te sobreprotegía. Y yo le he robado a su niña —susurra en mi oído.

Lo beso y, tras el susto de la explosión del hotel, de la cual no tenemos más noticias, nos vamos a la cama y tratamos de dormir un poco.

Es tu hermana

Nico y yo nos trasladamos al que será nuestro futuro hogar. No puedo estar sin Avril y Nico se encarga de que nos la traiga Vanesa. Nuestros padres nos están buscando según nos dice mi amiga, pero le pedimos continuar así un par de días más. Nico no ha asistido a los entrenamientos y, como no tiene teléfono, ni se preocupa por nada.

—Podría vivir así —murmura mientras que cenamos los tres juntos—. ¡Qué paz y qué tranquilidad! El mundo sin teléfonos, sin internet. Solos tú y yo.

—Y yo —dice Avril y alza su mano.

Nico y yo estallamos en carcajadas.

—¿Te gustaría vivir en esta casa con mamá y conmigo? —le pregunta de repente a la niña.

—Sí —grita mi hija.

Yo reprendo a Nico de inmediato. No hemos hablado de cómo decirle a Avril que somos una pareja.

—Viviremos aquí los tres —le confirma Nico—. Ahora vamos a enseñarte tu habitación —le anuncia con entusiasmo.

Apenas hace dos horas que Vanesa trajo a mi hija y no le hemos enseñado la casa por completo.

—¿Tengo una habitación para mí? —pregunta con ilusión.

—Sí. Y es preciosa —le adelanta Nico.

—¡Quiero verla! —Se baja de la silla y se pone a saltar de alegría.

—Primero termina la cena —le indico mirando su plata, aún con restos de comida en él.

Avril se vuelve a sentar y se come todo. Luego Nico la toma de la mano y le enseñamos la casa. Cuando llegamos a su cuarto se queda sorprendida al verlo. Es maravilloso. Todo en tonos rosas y con princesas, como a ella le gusta y me ha pedido en millones de ocasiones.

Mi hija salta de alegría y se abraza a Nico y a mí.

—¿Y tu habitación, mamá? —pregunta con interés.

Nico y yo nos miramos en silencio, sin saber qué responder.

—Mamá y yo vamos a dormir juntos. En la misma habitación —le aclara.

—Porque os queréis mucho —dice de inmediato mi hija, esto provoca una sonrisa en Nico y en mí.

—Exacto —le indica Nico.

—Yo amo a mamá —le revela. Me toma por lo hombros, me acerca a él, me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Quiero dormir ya —nos pide mi hija. Está como loca por estrenar su habitación.

Nico y yo pasamos un par de horas junto a ella, jugando y contándoles cuentos hasta que se queda dormida, luego, de la mano, vamos juntos hasta nuestro cuarto.

—Ahora sé y entiendo la sensación de un verdadero hogar. Una familia. Te amo y Avril es para mí como una hija —comenta Nico. Yo lo miro con el corazón desbocado, pero soy incapaz de confesarle que lo es. Ya he decidido que tengo que encontrar un momento adecuado para

decírselo.

A la mañana siguiente, Avril irrumpe en nuestro cuarto y nos despierta. Es una completa sorpresa para nosotros. Estamos desnudos en la cama. Nos vestimos con disimulo y jugamos un poco con ella antes de bajar a desayunar.

Lllaman a la puerta y Avril corre a abrir. Nico va tras ella. Cuando miro hacia ella y veo a mis padres y a mi tío Rodrigo casi me atraganto. ¿Cómo han sabido dónde encontrarnos?

—¿Le habéis puesto un GPS a la niña? —les reprocha Nico mientras que entran en la casa sin ser invitados a ella.

Avril se abraza a sus abuelos y les dice:

—Voy a vivir aquí con el tío Nico y con mamá. Tengo una habitación muy bonita, ¿queréis verla, abuelitos?

Mis padres miran con atención a mi hija y luego nos dirigen una mirada a Nico y a mí. Yo opto por el silencio mientras que Nico pasa completamente de sus padres y de su tío.

—¿A qué habéis venido? No recuerdo haberos invitado —les reprocha.

Ante el tenso ambiente, mi madre coge de la mano a Avril y observo que ambas salen al jardín.

—Bonita casa —la admira mi tío—. No está bien que le digas al contable que no me cuente estas compras —dice mi tío.

—¿Fue él quien os dio los datos? Recuérdame que lo eche —espeta Nico sin piedad.

—No seas tan duro. Hemos venido a hablar con vosotros de algo importante —le dice mi tío.

—No hay nada de qué hablar. ¿No es evidente? —pregunta Nico con la mirada clavada en mí.

—¿Ya lo sabes? —pregunta mi padre, confuso.

—Saber qué —responde exasperado.

—La bomba que explotó en el hotel. Era un artefacto casero y estaba colocado en la suite justo al lado de la tuya —aclara.

—¡¿Qué?! —pregunta Nico, sorprendido.

Ante la impresión, yo me tengo que sentar de golpe.

—Hay que poner seguridad privada a toda la familia —anuncia mi padre—. La bomba del hotel y la agresión que sufriste están relacionadas. Van a por ti —le revela a Nico.

—¿Cómo? —pregunta Nico, atónito—. Pensé que la puñalada fue algo fortuito o alguien que me tuviese envidia. ¿Me quieren matar? —pregunta, confuso—. ¿Quién?

—Eso es lo que tratamos de averiguar. ¿Quién y por qué? —murmura mi tío, pensativo.

Nico se pasea incómodo por el salón. Se revuelve el pelo y me mira con miedo, puedo sentirlo.

—Contrata a seguridad —le ordena a mi tío—. Y blindas esta casa. Hoy mismo.

Mi tío saca el móvil y comienza a escribir.

—Quiero hablar con la policía —murmura Nico tras un breve silencio.

—Ya lo hemos hecho nosotros —anuncia mi padre.

—Bien. Es mi vida la que ha estado en peligro dos veces, quiero todos los detalles. Quizá se reservan algo de información.

Mi padre y mi tío asienten.

—Haré una llamada —murmura mi tío.

Yo sigo muda de la impresión. Solo pensar que Nico pueda estar en peligro me aterroriza.

—Si todo esto hubiese sido después de saltar a la prensa lo tuyo... —murmura mi padre—.

Pero viene de antes.

—¡Joder, papá! ¿Tú no te has enterado aún o qué? —le espeta Nico de malas formas.

De repente, Avril entra corriendo desde el jardín y mi madre la sigue. Mi hija viene hacia mí y me dice:

—¿A que los hermanos mayores sí pueden dormir juntos, desnudos y darse besos? La abuela dice que no, pero el tío y tú lo hacéis.

Miro a mi hija y luego a mi madre. Observo cómo su cara se queda sin color y tiene que sentarse. Mi padre nos mira a mí y a Nico. Creo que al final han juntado todas las piezas del puzle y están viendo el cuadro completo.

—Dime que no —brama mi padre mirando a Nico—. ¡Es tu hermana! —le reprocha alzando la voz.

—¿No eres gay? —pregunta mi tío con una enorme alegría reflejada en el rostro.

—Esto no puede ser —lamenta mi madre llevándose las manos a la cabeza. Me mira y soy incapaz de decir nada. Me estoy muriendo de la vergüenza.

—Llévate a Avril, tío —le indica Nico.

Mi tío le dice a mi hija que va a comprarle juguetes para su nueva casa y se marcha con él tan contenta.

Cuando nos quedamos a solas, mi padre estalla:

—Explicadme todo, ¡¿Cómo ha sido?! —nos exige fuera de sí.

—¿De verdad hace falta? —inquire Nico, a la defensiva.

—¡Tú qué crees! —le espeta mi padre.

—Bien —murmura Nico con actitud chulesca—. Me acosté con mi hermana en su fiesta de dieciséis cumpleaños. Fui el primer hombre en su vida —aclara y a mí me arde el rostro—. Siempre me sentí atraído por ella, pero esa noche no pude contenerme y Victoria me correspondió. Luego me marché a Manchester al comprender que lo que hice fue una locura. Me llegué a sentir como un completo monstruo, pero...

Mi padre se acerca a Nico y le propina un puñetazo en la cara.

—¡Papá! —grito poniéndome en pie.

—¡Bosco! —grita también mi madre.

Ambas vamos hasta ellos y los aguantamos.

—Te voy a matar, Nico. Es tu hermana —grita fuera de sí mientras que mi madre impide que se abalance contra Nico de nuevo.

—No lo es. Me costó años aceptarlo, años —recalca—. Amo a Victoria. En el último momento, en el altar, me di cuenta de que iba a cometer el mayor error de mi vida y no me casé porque la amo más que a nada en el mundo —confiesa con desgarro.

Mi madre y yo lloramos a la vez. La tensión entre padre e hijo es máxima.

—¿Tú no tienes nada que decir? —me reprocha mi padre de malas formas. Con los ojos desencajados.

—Lo quiero, papá. Nico es el amor de mi vida —confieso sin tapujos, con la respiración alterada y a punto de llorar.

—Esto es una locura —murmura mi padre, enfadado, mientras se pasea por el salón.

—Ninguna locura. Es la mujer de mi vida y nos vamos a casar —dice Nico de golpe, sin anestesia. Me toma la mano, la alza y les enseña el pedrusco que llevo en ella.

Observo cómo mi madre pone los ojos en blanco y se desmaya de golpe en los brazos de mi padre, que está acertado y la coge de inmediato.

—¡Mamá! —gritamos Nico y yo a la vez mientras acudimos hasta ella.

Mi padre la lleva al sofá, la tumba y le levantamos los pies. Debe de ser una bajada de tensión.

Nico trae agua, le echo un poco por la cara y reacciona de inmediato. Le obligo a que beba y veo que el color vuelve a su rostro.

—¿Estás bien? —pregunto con miedo.

—No es un sueño, ¿verdad? —pregunta mi madre con la mirada clavada en Nico y en mí.

—Es una realidad. Nos amamos —corroborra Nico al mismo tiempo en el que me planta un beso en los labios delante de nuestros padres.

—Yo lo mato —murmura mi padre.

—¡Bosco! —llama su atención mi madre, que se incorpora y lo toma del brazo.

—Estabas muy decepcionado al creer que era gay. ¿No estás feliz por mí? —le reprocha Nico.

Yo lo miro y lo reprendo por el comentario. No es el momento.

—No —dice rotundo—. Victoria no es cualquier mujer. Es tu hermana —le reprocha de forma severa—. Y como juegues con ella como con el resto de mujeres que han pasado por tu vida, te juro que olvidaré que eres mi hijo.

Tensión

—Hace años, sacrifiqué mis sentimientos y los de Victoria por la familia —lanza Nico con rabia—. Porque era mi hermana y la respetaba más que a nada en ese mundo, éramos muy jóvenes y no tenía la certeza de que lo nuestro fuese para siempre. Preferí alejarme antes que dañar a la familia por si lo nuestro no salía bien, pero lo que sentíamos era tan fuerte que no desapareció con los años. Todo lo contrario, aumentó. Victoria lo significa todo para mí. La quiero y la necesito en mi vida, junto a mí, como mi mujer, mi esposa. Sé que cuando se haga público lo nuestro supondrá un verdadero escándalo, pero ya estoy acostumbrado a ellos —zanja con valentía. Mirando de frente a nuestro padre.

Yo tengo el corazón desbocado por la maravillosa declaración de amor que acabo de escuchar.

Sin poder evitarlo, me lanzo a los brazos de Nico y lo beso delante de nuestros padres.

—Te amo —murmuro sobre sus labios. Necesito que nuestros padres vean con sus propios ojos que nos queremos, que es mutuo.

—Vámonos, no estoy aún preparado para ver esto —escucho que dice mi padre.

Coge de la mano a mi madre y tira de ella pese a no estar recuperada del todo.

Nico no me suelta, me sostiene a su lado agarrada por la cintura mientras ambos observamos en silencio cómo se marchan sin decir nada más.

—Bueno, ha sido impactante. Supongo que necesitan tiempo para digerirlo —murmura Nico cuando nos quedamos solos.

Me abrazo a él, lo necesito, y le digo:

—Han sido varios golpes juntos. La cancelación de tu boda, la noticia de que eras gay y ahora se topan de frente con lo nuestro. Casi nos los cargamos de un infarto.

Nico me sonríe y finalmente, por la tensión acumulada, estallamos en carcajadas.

Al cabo de una hora nuestro tío vuelve con Avril. Nos mira de arriba abajo cuando ve que nos comportamos como una pareja, sin tapujos y nos sonríe.

—¿Podemos hablar, sobrino? —le pide a Nico.

Yo me retiro con Avril a su habitación.

Un par de horas después Nico aparece en la habitación. Estamos jugando con las muñecas nuevas que le ha comprado el tío Rodrigo a mi hija. Nico se sienta en la alfombra a nuestro lado. Lo siento pensativo.

—¿Todo bien? —le pregunto con discreción. Delante de Avril no quiero hablar mucho del tema.

—Mi tío ha sido más comprensivo que mi padre —murmura con pesar—. Luego hablamos —me indica con un guiño del ojo y me da un breve beso en los labios.

Ante el gesto de cariño Avril se nos queda mirando.

—¿Los hermanos se besan así siempre? —pregunta con curiosidad.

—Verás, cariño. En realidad, el tío Nico y yo no somos hermanos de verdad —comienzo a explicarle—. Él creció en la barriga de la abuela Alba, pero yo no.

—Yo sí crecí en la tuya, ¿verdad? —pregunta de inmediato mi hija. Yo asiento para que no se centre en ella misma. No es el momento—. La tía Verónica me enseñó fotos —revela con entusiasmo.

Cuando dice esto Nico me mira serio y tengo que pensar con rapidez. No es el momento adecuado para que salga a la luz que Avril es nuestra hija. ¡Me cargo a nuestros padres!

—Sí, la tía te enseñó fotos de embarazadas —generalizo mientras observo a Nico en tensión —, para que tú vieses cómo les crecía la barriga y dónde estaban los bebés.

Miro a Nico y siento que su rostro se relaja.

—Tu mamá y yo nos queremos y nos podemos besar en la boca porque no somos hermanos de verdad —le explica Nico con paciencia.

—¿Sois novios? —pregunta sonriente, con ilusión.

—Sí —afirma Nico mientras yo espero su reacción con miedo.

—¡Bien! —grita mi hija dando saltos—. Yo quería un papá como tú —dice de pronto y esto me deja en shock.

Avril y Nico se abrazan mientras yo trato de recomponerme. Fuerzo una sonrisa y me abrazo a ellos para que Nico no pueda ver mi cara.

—Vamos a vivir los tres juntos en esta casa, como una familia. Y mamá y yo nos vamos a casar —le explica Nico a mi hija.

—¿Y te podré decir papá? —pregunta de golpe, con la inocencia que caracteriza a los niños.

Menos mal que estoy sentada en el suelo, de lo contrario me hubiese caído redonda en este.

—Por supuesto. Desde que te conocí siempre deseé tener a una hija como tú.

—Vale, papá —dice con alegría Avril.

Escucharla llamar papá a Nico hace que comience a llorar de forma incontrolada. Sin duda esto se me ha ido de las manos y no sé cómo hacerlo bien ya. Suspiro, agobiada.

—¿Por qué lloras? —me pregunta Nico mirándome con atención.

—Es todo tan... bonito —murmuro apenas sin voz.

—Vamos a ser una familia —dice Nico con orgullo. Me besa y me abraza y yo me refugio en su pecho como una completa cobarde.

Nueva pareja en la familia

Decido darles a mis padres veinticuatro horas para que asimilen que Nico y yo estamos juntos y nos amamos. Luego me armo de valor y vuelvo a su casa, donde aún están todas mis cosas, con Avril. Nico decide acompañarnos.

—He llamado a mis hermanos, mis tíos, mis primos y mis abuelos para que estén en casa cuando lleguemos. Vamos a darle la noticia a todos. Ya no quiero ni puedo seguir con este secreto delante de ellos. Tienen que asimilar que nos amamos y comenzar a vernos juntos como una pareja y no como hermanos.

—Yo creo que a estas alturas papá y mamá ya se lo habrán contado —murmuro.

—Me da igual. Necesito hacerlo yo también. Que lo sepan por nosotros. No quiero esconderme más, al menos con ellos. Con la prensa y los medios estoy tratándolo con mi tío a ver cómo lo hacemos —dice Nico.

Suspiro mientras que Nico conduce en dirección a la casa de nuestros padres.

—Estoy nerviosa —comento con temor.

—Estamos juntos en esto —me recuerda—. Por otro lado, quiero que hoy mismo tú y Avril os vengáis a vivir conmigo. No quiero que estemos más tiempo separados.

—Está bien. —Me parece una buena idea. Prefiero vivir ya con Nico que pasar momentos incómodos con mis padres si me quedo en su casa.

Cuando llegamos a la propiedad de mis padres observamos todos los coches de nuestra familia en el exterior. Cuando nos encaminamos hacia el interior de la casa, Nico me lleva tomada de una mano y carga a Avril en su otro brazo, Pepa nos recibe, nos sonríe y puedo apreciar lágrimas en sus ojos, pero sé que son de felicidad. No nos decimos nada, nuestras miradas hablan por sí solas.

Cuando nos adentramos en el salón veo que esta toda la familia reunida. Mi hija se baja del brazo de Nico y va con sus abuelos. Los abraza y los besa mientras que siento la mirada de todos clavadas en Nico y en mí y nuestras manos entrelazadas.

Pepa se lleva a mi hija. Le dice que le ha hecho su pastel favorito y Avril no duda en marcharse con ella.

Nico y yo permanecemos de pie en el salón, con la mirada de todos clavada en nosotros. Él no me suelta de la mano, todo lo contrario, me la toma más fuerte.

—Creo que ante lo evidente no hacen falta muchas más explicaciones —comienza a decir Nico—, pero considero necesario que lo sepáis por nosotros. Quiero a Victoria y no como a una hermana —especifica—. La amo como mujer, la deseo como a ninguna otra y vamos a formar una familia juntos. —Les deja claro con valentía.

—Joder, hermanito. ¡Ole tus huevos! —Jorge le aplaude, se acerca a nosotros y nos abraza—. Bienvenida a la familia —me susurra mientras me da un beso y me sonríe.

—Yo os quiero a los dos, y si estáis juntos y felices... —Damián nos abraza y nos besa.

—A mí me gusta que triunfe el amor, si mis sobrinos son felices... —Mi tía Julia nos da un abrazo—. Os deseo lo mejor del mundo.

Mi tío Rodrigo nos sonríe, ya sabemos que contamos con su aprobación.

Los abuelos están muy callados, los miro y se me saltan las lágrimas. Soy incapaz de decirles nada.

—Cuando llegaste a esta casa —comienza a decir mi abuelo con la mirada clavada en mí—, siempre supe que un ángel había aterrizado en ella. Nico es el más afortunados de todos nosotros, cuídala. —Nuestro abuelo se pone en pie con ayuda de su bastón y abraza a Nico y luego me toma a mí de las manos y me las besa con un amor infinito.

—Si la mejor versión de vosotros es juntos, disfrutaré de ella el tiempo que me quede —dice mi abuela, sonriente y con lágrimas en los ojos. Nico y yo nos acercamos a ella y la abrazamos.

Nuestros padres permanecen en silencio. Observo que mi padre tiene la mirada clavada en la mandíbula de Nico por el golpe que le dio. La tiene morada.

—Golpeas con fuerza, viejo —se atreve a decirle Nico mientras se acaricia el golpe y mira a sus padres.

—Te lo merecías. Debí darte ese golpe hace años —murmura mi padre, serio.

Finalmente, el gran Bosco Hungría se rompe y se abraza a su hijo, emocionado. Ambos se palmean la espalda con fuerza mientras mi madre acude a mi lado y me abraza.

—Todo esto es muy nuevo, y extraño —añade—. Pero me siento inmensamente feliz de veros juntos —me susurra en el oído—. Os amo a los dos y que juntos forméis una familia me emociona.

—Gracias, mamá —le digo con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

—Debiste decirme lo que tu hermano te hizo hace años —me dice mi padre cuando viene a abrazarme—. Lo hubiese cogido por una oreja y lo hubiese obligado a casarse contigo entonces —bromea entre carcajadas.

Finalmente, todos reímos y nos abrazamos. Mi prima acude a mi lado y me susurra:

—Al fin triunfó el amor. Te lo mereces —Ella siempre lo supo todo entre Nico y yo.

Declan es más pequeño, pero también nos felicita.

Terminamos haciendo una comida todos juntos, para celebrar el amor entre Nico y yo.

Mientras mi padre y mi tío hacen una barbacoa, Nico se acerca a mí y me da un beso en los labios y me abraza.

—¡Yo a esto tengo que acostumbrarme! —grita mi padre desde la distancia, a modo de queja.

Nosotros le sonreímos y Nico me vuelve a besar, sonriente y feliz mientras el resto nos admiran.

—Es muy bonito —murmura mi madre sin quitarnos ojo—. Me recordáis tanto a mí y a Bosco...

—Ni que lo digas —comenta mi tía con la mirada clavada en mí.

Yo suspiro y le dedico una medio sonrisa forzada. Sé que de alguna forma me está recordando que debo decir la verdad con respecto a Avril, pero tengo tanto miedo a hacerlo...

—Victoria y yo viviremos juntos desde hoy —anuncia Nico—. Avril vendrá con nosotros —aclara de inmediato.

Mi madre nos mira con tristeza, sé que le duele que mi hija y yo nos vayamos de casa, pero era algo que tarde o temprano iba a suceder. Cuando llegué siempre le dejé claro que me marcharía a una casa propia con Avril.

—¿Y cómo pensáis llevar lo vuestro de cara a la opinión pública? No quiero ni pensar la que se va a liar cuando esto estalle. En estos momentos todos creen que eres gay, hermanito —comenta Jorge.

—Ya lo he hablado con el tío y con Victoria. Seremos discretos. Nadie se sorprenderá de vernos juntos ya que todos piensan que somos hermanos y tenemos una excelente relación como tales. No es prudente que lo nuestro salga a la luz en estos momentos que ahí fuera hay un loco que va detrás de mí. Es mejor que sigan pensando que soy gay. De todas formas, en un par de horas tengo cita con la policía para que me pongan al tanto de cómo va la investigación. Espero que puedan decirme algo más de lo que ya sabemos.

—Te acompaño, hijo —se ofrece de inmediato mi padre.

—Yo también voy —dice mi tío.

Cuando terminamos de comer y llega la hora de la cita de Nico con la policía se marchan, pero antes de hacerlo se acerca a mí y me dice:

—Haz las maletas, vendré luego a recogerte. —Me besa sin pudor alguno delante de todos, se da media vuelta y se va.

—Yo a esto también tengo que acostumbrarme —murmura mi abuela, sonriente, a modo de broma.

—Vamos, cariño. Te ayudo a hacer las maletas —dice mi madre tomándome de la mano.

Avril se queda con sus bisabuelos mientras que subo a mi habitación con mi madre. Hasta el momento, no hemos tenido lugar para hablar a solas.

—Ven a mis brazos, mi niña —me indica mi madre en cuanto entramos en mi cuarto—. Me hago una idea de lo que has sufrido en este tiempo —murmura mientras me acaricia el cabello.

—No fue fácil. Siempre estuve enamorada de Nico —confieso al fin sin sentir vergüenza.

—Te comprendo. Yo me enamoré de tu padre en cuanto lo vi y pese a estar unos años separados nunca lo olvidé. Cuando el amor es verdadero no se puede borrar, y finalmente, de una forma u otra, siempre triunfa.

—Me siento muy feliz, mamá. Perdóname por no confiar en ti, pero se trataba de Nico —intento justificar.

—Te comprendo, mi amor. —Me abraza y me besa—. Ahora solo os queda ser muy felices. Tu padre y yo lo estamos. Te lo aseguro. Nico no podría encontrar a una mujer mejor que tú ni tú un hombre mejor que él —manifiesta con orgullo. Feliz.

La felicidad existe

Cuando llegamos a nuestro hogar son más de las once de la noche. Nico se ha demorado mucho con la policía. Apenas hemos hablado cuando llegó a casa de mis padres, Avril estaba dormida y prefirió que lo hiciésemos en nuestra casa.

Nico lleva a Avril en brazos hasta su cuarto, la cambiamos de ropa y la arropamos.

—Mañana bajaremos las maletas del coche —me indica Nico mientras me abraza y nos dirigimos a nuestra habitación.

—El resto de las cosas las traerán los mellizos mañana. Se ofrecieron —le comento.

—Ha sido un día difícil —se queja Nico mientras que se sienta en la cama y yo lo hago en sus rodillas.

—¿Cómo te ha ido? —pregunto al mismo tiempo que le acaricio el rostro y aprecio preocupación en sus ojos.

—La policía no tiene idea de quién pueda tratarse. Solo apuntan hacia un hombre por la fuerza con la que me apuñalaron, pero quién sea sabe muy bien burlar las cámaras de seguridad.

—¿Tenías algún enemigo en Manchester? —pregunto, pensativa.

—Nunca he tenido ni una sola disputa seria con nadie. La policía cree que se trata de alguien obsesionado conmigo. No sería el primer caso. —Me abrazo a él con miedo. Nico lo siente y me dice—: Esta casa es segura y entre mi tío y mi padre se han encargado de contratar a un escuadrón de guardaespaldas que nos protegerán a toda la familia hasta que cojan a ese loco.

—¿Por qué avisó de la bomba y no dejó que estallase? —pregunto aterrada, pensando en las consecuencias si no hubiésemos salido de la habitación del hotel a tiempo.

—Según la policía quiere hacerse notar. Llamar la atención, que esté pendiente de él.

—Un psicópata —murmuro.

Nico me abraza con fuerza y me besa, trata de relajarme.

—No dejemos que enturbie nuestra felicidad. Vamos a la cama. Estoy rendido —me propone.

Acepto. Nos desnudamos y nos metemos en ella. Nos abrazamos y juntos escuchamos la lluvia y posterior tormenta que comienza a caer fuera.

—Aquí y ahora, en este instante, contigo, la mujer de mi vida entre mis brazos, sabiendo que nunca más te vas a separar de mí, puedo afirmar que la felicidad existe. Nunca me había sentido así —revela Nico mientras me mira sonriente.

—Te amo, Nicolás Hungría. —Lo beso, me refugio en su pecho y me quedo dormida con una gran tormenta tronando de fondo y los latidos del corazón del hombre que amo en mi oído. No puedo pedir más. La vida me está recompensando todo lo que sufrí y creí que jamás llegaría a vivir.

Nuestra nueva vida juntos comienza con rutinas. Avril tiene que asistir al colegio que mi maravillosa madre tan bien dirige, menos mal que ella la recoge en casa todas las mañanas. Nico

continúa centrado en los entrenamientos y en sus campañas publicitarias y yo con los turnos en la clínica. Hoy le he pedido al director que me cambie a los turnos diarios de mañana, con ellos mis horarios serán más compatibles con los de Nico y mi hija.

Esta noche Nico tiene un partido en Madrid y ha insistido en que, aparte del resto de la familia, Avril y yo acudamos a verlo. No me he podido negar, pero al mismo tiempo me da miedo. Habrá prensa y cámaras y, aunque no estaremos juntos, pienso que igual pueden descubrir lo nuestro por miradas o gestos entre Nico y yo, pero cuando se lo comento a Vanesa, William y mi prima Estela me quitan la idea de la cabeza y me animan a que acuda sin recelos y viva el partido.

Es la primera vez que asistimos la familia al completo a un partido en el que mi padre es el entrenador y Nico el jugador estrella del equipo. Tenemos un palco vip y estamos muy atentos a lo que sucede en el campo.

Mi tío Rodrigo y mi abuelo son los más implicados en las jugadas. Los mellizos le explican todo a mi hija, que no para de hacer preguntas. Mi madre, mi tía, mi abuela y mi prima estamos sentada juntas y charlamos sobre lo bien que va el equipo en los últimos partidos.

—A Nico se le nota el entusiasmo y las ganas. Mete goles desde la mitad del campo, ¡qué orgullo de nieto! Es como su padre —comenta mi abuela con emoción.

—Son como dos gotas de agua —dice mi madre con la mirada clavada en su hijo, que corre detrás del balón y finalmente logra hacer una jugada maestra en la que mete un gran gol.

Lo celebramos con gritos, palmas y abrazos. Me fijo en Nico y observo que tira un beso al aire en mi dirección.

—Cuando se pierde el tiempo, este se vuelve en nuestra contra, querida sobrina. Es un consejo que te doy desde la sabiduría que dan los años —murmura mi tía Julia en mi oído, con la mirada fija en Nico y luego la desvía hacia Avril—. ¿Cuándo piensas confesar? ¿Cuándo ya no haya más remedio? No comentas el mismo error que tu madre —me aconseja con un gran cariño reflejado en su mirada.

—Tengo que buscar el momento adecuado —justifico.

—Lamentarás no haberlo encontrado ya. —Me sonrío y se encamina hacia su marido para festejar el gol del equipo.

Las palabras de mi tía rezumban en mi cabeza el resto de la noche y no me dejan disfrutar de la victoria de Nico, que mete dos goles más y su equipo gana cuatro a cero a su rival.

—Vamos al Afaia —proponen los mellizos—. Quedamos con mi hermano en que nos veíamos allí después del partido.

—Nosotros nos llevamos a Avril. ¿Quieres venir a dormir con los bisabuelos? —le pregunta mi abuela. Yo pensaba poner a mi hija como excusa para marcharme a casa, sin embargo, mi pequeña acepta encantada.

No me queda más remedio que terminar la noche en el Afaia con mis padres, mis tíos, mis hermanos y mis primos.

—¿Estás bien? —me pregunta mi prima una vez en la discoteca.

—No.

—¿Entre Nico y tú va todo bien? —indaga.

—Sí y no. No sé cómo decirle que Avril es su hija. No sé cómo se lo tome y tengo miedo a perderlo —confieso.

—Es algo que tienes que hacer. Avril y Nico se merecen saber la verdad —me recomienda con dulzura.

—Lo sé. Tengo que buscar el momento. Lo haré pronto —determino a la misma vez que suspiro como si llevase un gran peso encima.

—Y ahora disfruta de la noche —propone mi prima alzando la copa. Me saca a la pista a bailar y consigue que deja a un lado mis preocupaciones.

Aquí comenzó todo

Bailo y me divierto con mi prima. Vanesa y William se han acercado al Afaia y estamos en la pista central de la discoteca de mi padre. Los jugadores han llegado hace un rato, pero no he visto a Nico. Por otro lado, tampoco quiero que se me acerque. Después de vivir juntos y dormir cada noche a su lado no sabría cómo comportarme con él teniéndolo cerca con gente extraña a nuestro alrededor.

—Yo creo que aquel tío quiere algo contigo, Victoria —susurra William en mi oído mientras bailamos. Alzo la mirada y mis ojos se encuentran con los de Nico. Me observa desde un reservado de la discoteca—. Lleva tiempo mirándote —especifica.

Le sonrío al amor de mi vida y él me devuelve el gesto. Lo admiro allí plantado, con una copa en su mano, tan guapo que me quita la respiración. Observo a mi alrededor y escucho a algunas chicas gritar:

—Es Nicolás Hungría.

—No te emociones que es gay —le dice otra chica.

—No lo parece —comenta con decepción, mirándolo con atención.

Yo sonrío y miro con orgullo a ese hombre que es todo mío. Él me hace un gesto con el dedo y me indica que vaya a su lado. Me lo pienso, puede ser peligroso, pero finalmente mis ganas me pueden. Nico es mi gran debilidad.

Cuando llego al reservado donde está Nico la persona encargada de la seguridad de la puerta me indica que el señor Hungría me espera en el despacho. Tuerzo el gesto y me quedo en silencio, pensativa. Igual se refiere a mi padre, pero parece leerme la mente y me aclara con una sonrisa:

—El señor Nicolás Hungría.

Decidida me dirijo con paso ligero hacia la privacidad del despacho de mi padre. Entro sin llamar a la puerta y encuentro a Nico sentado detrás de la mesa, con pose interesante y un vaso de licor en la mano.

—¿Me esperaba, señor Hungría? —pregunto con cierto tono de misterio, al mismo tiempo que me acerco a él contoneando las caderas a conciencia.

—Desde hace años. Eres mi gran sueño cumplido —murmura cuando estoy cerca de sus labios. Se apodera de los míos y me planta un beso demoledor.

—Este despacho me trae algunos recuerdos —susurro.

—Creemos unos mejores —propone con una gran sonrisa.

—Estoy de acuerdo. —Comienzo a abrirle la camisa y a pasear las manos por su pecho.

Nico me sube la falda y mete la mano entre mi ropa interior y me hace gemir sobre su boca.

—Es el final perfecto para un gran día —murmura mientras me besa los pechos.

—Hagamos que sea perfecto del todo —le propongo al mismo tiempo que le desabrocho los pantalones.

De repente, la puerta del despacho se abre de forma abrupta. Nico y yo nos sobresaltamos y cuando vemos a nuestros padres, abrazados y besándose con pasión nos quedamos paralizados.

Ellos advierten nuestra presencia y nos miran con los ojos muy abiertos.

Nico y yo estamos casi desnudos. Él comienza a subirse los pantalones y yo me cubro el pecho como puedo.

—Me parece que venían a hacer lo mismo que nosotros —murmura Nico.

Lo miro y mi cara arde de vergüenza mientras que él sonríe y parece disfrutar del momento.

—Nico, Victoria... —murmura mi madre con los ojos clavados en nosotros, abrazada a mi padre.

—¡Joder! —ladra mi padre—. Nico, si os llego a pillar así hace unos años... El golpe del otro día fue un beso —le advierte.

—La primera vez no fue aquí —se atreve a revelar—. Fue en un reservado. Aquí lo hicimos en el dieciocho cumpleaños de los gemelos, donde volvimos a caer en la tentación.

—¡Nico! —lo reprendo, pero él mira a su padre con una sonrisa en el rostro.

—Yo lo mato —dice mi padre, pero mi madre lo frena—. Marchaos de aquí —espeta mi padre cerrando los ojos y tratando de tranquilizarse.

—Nosotros estábamos primero —se atreve a decir Nico.

Yo le toco el pecho y lo reprendo con una caricia. Él parece disfrutar, pero mi padre no está de muy buen humor que digamos.

—Alba, dile a tu hijo que desaparezca de mi vista o no respondo —le pide a mi madre haciendo grandes esfuerzos.

—Chicos... —comienza a decir mi madre.

—Vale, vale. Nos vamos —zanja Nico de golpe. Me baja la falda y nos adecentamos un poco.

—Papá... —intento disculparme.

—No digas nada —brama mientras nos indica que salgamos con un gesto que nos vayamos.

Nico tira de mi mano y murmura antes de salir:

—Viejo, espero que se te baje esa mala ostia y mamá termine la noche feliz.

—¡Nicolás! —grita nuestro padre, pero Nico tira de mí y salimos corriendo por el pasillo como dos niños pequeños que han hecho una gran travesura.

—Te has pasado —le regaña a Nico—. ¿Ahora dónde vamos?

Nico me mira con una sonrisa pícaro, saca el móvil, hace una llamada y escucho que dice:

—Soy Nicolás Hungría, que dejen vacío de forma inmediata el reservado central, lo limpien y echen las cortinas.

Lo miro y leo en su mirada lo que se propone.

—Estás loco.

—Por ti. —Me besa y murmura mientras que tira de mi mano y llegamos cerca del reservado —: Aquí comenzó todo —rememora. Los recuerdos de la primera vez en los brazos de Nico asaltan mi mente.

—No lo podría olvidar jamás. Fue la mejor noche de mi vida —le susurro en el oído. Me muero por comérmelo a besos, pero estamos en un pasillo del Afaia en el que alguien nos puede ver.

—Y la mía.

—¿Seguro? —pregunto con miedo—. Era una niña inexperta.

—Esa niña inexperta me puso a cien como ninguna otra lo volvió a conseguir. No sabes la cantidad de noches que soñé con las dos veces que estuvimos juntos.

—Te prometo hacer de esta noche la más especial de todas. Jamás la olvidarás —le vuelvo a susurrar en el oído.

Nico tira de mi mano, entramos en el reservado y les dice a las dos personas que lo limpian:

—Está bien, pueden marcharse ya y que nadie entre ni nos interrumpen.

—Tienes prisa. —Le paso la mano por el pecho y la llevo hasta su abultado miembro. Lo acaricio a través de la tela del pantalón.

—Voy a explotar de un momento a otro, Victoria. Desnúdate ya —me apremia.

Lo hago frente a él, tomándome mi tiempo y de una forma sugerente y sensual. Quiero que sea una noche que ambos recordemos para siempre.

Y sin duda, lo conseguimos.

La inocencia de una niña

Avril me pide ir al parque y al centro comercial. Mi hija es muy coqueta y salir de compras le encanta, pese a solo tener cuatro años. Hace semanas que no salimos fuera, solo va al colegio, a casa de sus abuelos y nuestra casa. Dentro de dos días es el cumpleaños de su mejor amiga y me ha pedido que vayamos a comprarle un regalo. Lo he hablado con Nico y la seguridad que nos protege y hemos decidido salir los tres. Nico se ha empeñado en acompañarnos.

En cuanto ponemos un pie en el centro comercial siento miedo. Por el loco que acecha a Nico, del cual aún no tenemos más pistas ni ha vuelto a aparecer, y por la prensa.

—No te preocupes. Llevamos cuatro guardaespaldas y es normal que salga de compras con mi querida hermana y mi sobrina —murmura Nico en mi oído para tranquilizarme.

Pasamos una divertida tarde en el centro comercial. Compramos muchas cosas. Nico consiente a Avril en todo y, por petición de mi hija, terminamos en un parque de bolas.

Cuando salimos y nos dirigimos al coche, se nos acercan unos reporteros con micros y cámaras. Los guardaespaldas impiden que se nos acerquen demasiado, pero sus preguntas llegan a nuestros oídos:

—Nico, ¿qué tal todo? Te vemos imparable en el campo. Estás en tu mejor momento —comienzan a decirle.

—Sin duda. Gracias —responde Nico de forma educada.

—¿Y tú corazón, como está? —pregunta una reportera.

—En excelentes condiciones —responde con evasivas mientras caminamos.

—¿Qué tal la tarde de compras con tu sobrina y tu hermana? —le preguntan.

—Bien, gracias —vuelve a responder Nico mientras caminamos sin parar.

—Victoria, sin duda eres su hermana favorita y su gran amiga. Y la pequeña se lleva de maravilla con su tío —se dirige a mí otra reportera. Yo camino de la mano de mi hija y no le respondo, pero, de repente, Avril tira de mi mano y se para. Mira a la reportera y le dice:

—A ver si te enteras, Nico y mamá son novios. Y él es mi papá. Ahora vivimos juntos y somos muy felices.

Al escuchar a Avril, Nico se para de golpe, me mira en silencio y yo quiero meterme bajo tierra. Nos están grabando y tenemos a cuatro reporteros pendientes de nuestras reacciones.

—Dejad de molestarnos. Vamos con una menor. Respetadnos un poco —ladra.

Los guardaespaldas, que conocen nuestra situación perfectamente, actúan y se encargan de alejar más a los reporteros.

Nico coge en brazos a Avril y continuamos caminando mientras murmura:

—Niños...

A mí no me salen las palabras. Me tiembla todo el cuerpo.

Cuando llegamos a la intimidad del coche, un guardaespaldas conduce, suspiro y me tapo los ojos. Nico me mira, sentado a mi lado. Avril está entre ambos y no se ha enterado de nada.

—¡Dios! —exclamo en un suspiro que no puedo controlar. Me toco el pelo y la cara, agobiada. No quiero decir nada delante de mi hija.

Nico y yo nos miramos y él intenta tranquilizarme, me susurra:

—Es una niña. Nadie hace caso de lo que dicen los niños. Ellos viven en su mundo. Solo tiene cuatro años.

Cierro los ojos y me quedo en silencio. Un enorme dolor de cabeza se apodera de mí en cuestión de minutos.

Cuando llegamos a casa le pido a Nico que se ocupe de Avril mientras me tomo un analgésico a ver si mejoro un poco.

Me voy a la habitación, me cambio, me coloco un pijama y, como mi intranquilidad no me deja, me acerco al balcón de nuestro cuarto y miro a través de los cristales. Trato de asegurarme que nadie nos está viendo. Es un miedo irracional, la casa está vigilada por cámaras y tenemos seguridad privada las veinticuatro horas del día, pero no puedo evitarlo.

Siento el pecho de Nico contra mi espalda y sus manos en mi cintura. Me sobresalto un poco porque no lo esperaba, pero él me tranquiliza con un beso en el cuello.

—¿Estás mejor? —se interesa.

—No dejo de darle vueltas. Avril se lo ha puesto en bandeja, lo ha soltado todo —manifiesto, agobiada.

—Es una niña. ¿Crees que le hagan caso? Además, no tienen pruebas.

—Temo por cómo pueda afectarte esto a ti. En estos momentos todo te va tan bien... —Lo miro a los ojos y le acaricio el rostro.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado a los escándalos —bromea mientras me abraza más fuerte.

—¿Vamos a dormir? —le propongo. Estoy muy cansada. Solo quiero cerrar los ojos y sentir la protección de los brazos de Nico a mi alrededor.

Nico tira de mi mano y nos dirigimos a la cama. Me abraza y él se queda dormido en dos minutos mientras yo no consigo pegar ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, me despierta una llamada telefónica. Veo en la pantalla que se trata de Vanesa, al mismo tiempo el móvil de Nico también comienza a sonar. ¿Qué sucede?

La verdad por los aires

Nico y yo contestamos las llamadas de teléfono casi a la vez, desde la cama.

—¡¡Qué!! —manifestamos los dos al mismo tiempo.

—¡No puede ser! —murmuro apenas sin voz a Vanesa, mientras me revuelvo el pelo.

Nico salta de la cama y coge el ordenador.

—Gracias —termino diciéndole a mi amiga cuando me ha puesto al tanto de que la verdad ha saltado por los aires y ya todo el mundo la conoce.

Corto la llamada y me meto en Instagram, según Vanesa la noticia está por todos lados, incluso el vídeo con las palabras de mi hija, pese a ser una menor, en el que solo le han pixelado la cara.

Me meto en la página de la revista del corazón más seria y respetable del país y leo al pie de una foto de Nico y mía:

Todos lo teníamos delante y no nos habíamos dado cuenta. La mujer que ocupa el corazón del gran Nicolás Hungría no es otra que su hermana Victoria. Por ella dejó plantada a Raquel y, si echamos la vista atrás, el futbolista no ha sido relacionado con nadie más desde el escándalo de su boda. Recordemos que tras este se marchó en el yate de su familia con Victoria y unos amigos. Y en la suite del Ritz donde todos pensamos hasta hace poco que mantenía encuentros con un hombre, resulta que este es el mejor amigo y compañero de trabajo de su hermana. Todo encaja, los ayudó en su difícil situación. Nicolás y Victoria son hermanos, comparten familia y apellido, pero no tienen la misma sangre. Bosco Hungría y Alba Serrano adoptaron a Victoria cuando solo tenía meses.

Gracias a una niña, la hija de Victoria, y sus palabras, todos nos hemos dado cuenta de la gran verdad que se escondía en la familia Hungría. Los hermanos están enamorados. Y no se queda solo ahí, la niña reconoció que Nico es su padre. Por lo que podemos afirmar que esta relación se ha retomado tras algunos años distanciados.

Toda una gran sorpresa para todos. Nicolás Hungría no es gay, está enamorado de su hermana, viven juntos y tienen una hija en común de cuatro años.

La familia Hungría siempre mantuvo que Victoria había adoptado a la pequeña Avril, pero, por sus palabras, vemos que no es así. Llama papá a su tío.

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. ¿Alguien que ponga en duda lo que dijo Avril Hungría?

—¡Joder! —maldice Nico, cerrando de un golpe la pantalla del ordenador.

Yo lo miro con lágrimas en los ojos y el corazón desbocado.

—¿Has leído lo mismo que yo? —pregunto con miedo. Él asiente—. Todo ha saltado por los aires —se queja—. Les han dado credibilidad a las palabras de una niña —brama, enfadado.

—Lo han argumentado muy bien con hechos y fotos. Todo encaja —murmuro con miedo—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Era tu tío? —pregunto refiriéndome a la llamada que recibió cuando yo

hablaba con Vanesa.

—Sí.

—¿Y qué propone?

—Que aprovechemos esto.

—¡¿Cómo?! —pregunto atónita.

—Que no hagamos declaraciones y aparezcamos juntos y felices ante todos. Un golpe de efecto.

—¿De verdad?

—Pienso que es lo mejor. Tarde o temprano tenía que salir a la luz. No ha sido como teníamos planeado, pero, pensándolo bien, la espontaneidad de Avril nos ha ayudado. No nos tendremos que esconder más. Y, como dice mi tío, no vamos a negar ni afirmar que ella es mi hija. Y si algo hago en ese aspecto es afirmarlo. En un futuro todo será mejor para ella si ya reconocemos que es nuestra. ¿No crees? —pregunta con inocencia—. Recuerda lo mal que lo pasaste cuando te enteraste que eras adoptada.

Suspiro y me quedo sin palabras, en silencio. La situación me supera. Nicolás Hungría va a reconocer que Avril es su propia hija sin saber que en realidad lo es. Quiero que la tierra me trague en este momento.

Una voz interior me dice que es el momento, que le diga la verdad, pero estoy aterrada.

De repente, Avril irrumpe en nuestra habitación. Llega a nuestros brazos y el teléfono de Nico vuelve a sonar. Se acerca a la ventana, echa un vistazo fuera y anuncia:

—Papá y mamá están aquí.

Siento que el mundo se abre a mis pies. ¿Y si han descubierto la verdad, que Avril es hija mía y de Nico?

—Los abuelitos —grita Avril.

—Vamos a desayunar —la anima Nico.

—Ahora bajo —me excuso. Necesito echarme agua en la cara y tranquilizarme.

—No tardes. No tengo ganas de lidiar solo con ellos —se despide Nico tomando de la mano a nuestra hija.

Cuando me quedo sola me harto de llorar. No me puede estar pasando esto. Me meto en el baño y llamo a mi prima Estela. Me descuelga al segundo tono y me dice de golpe:

—La habéis vuelto a liar.

—Avril y la inocencia de los niños.

—Lo he visto. Tiene su gracia, oye. Con la garra que lo dijo todo, mi niña —murmura con orgullo.

—No sé qué hacer —lamento, nerviosa.

—El asunto tuyo y de Nico era cuestión de tiempo que la prensa lo supiese. Supongo que lo que te tiene así es lo de Avril —aventura.

—Nico me dijo que se plantea afirmar ante los medios que es su hija de verdad.

—¡¿Qué?! —pregunta asombrada.

—Cree que no merece la pena sacar a la prensa de su error y que de esa forma Avril no sufrirá en el futuro cuando le digan en el colegio que es adoptada, como me pasó a mí.

—Vaya, pues con eso te quitas un peso de encima.

—¿Un peso? —le reprocho—. Tengo que decirle la verdad, ya.

—Pues no creo que sea el momento. Yo esperaré a que se calme todo con la prensa y acepten vuestra situación y deje de ser una novedad. No sabes cómo va a reaccionar Nico cuando le

cuentas todo, y créeme que la familia no necesita más escándalos.

—¿Y qué hago? —pregunto apurada.

—En estos momentos es prioritaria la figura de Nico y la tuya. Deja a Avril en un segundo plano. Y no tengas remordimientos. Tus padres la quieren como a una nieta de verdad, Nico la adora, lo llama papá y va a reconocerla ante los medios. Vivís juntos y sois muy felices. Proyectad eso a los medios y que se queden con ello. Y cuando todo se calme le cuentas a la familia la verdad sobre Avril —propone.

Me quedo en silencio unos segundos y valoro sus palabras.

—Creo que será lo mejor —termino por decir—. Gracias, prima.

Bajo a la cocina y encuentro a mi madre haciendo el desayuno mientras que Avril le ayuda a poner la mesa y Nico y mi padre hablan seriamente.

—Buenos días —digo, por decir algo. Porque tienen poco de buenos.

—Hola, hija. No has pegado ojo, ¿verdad? —pregunta mi madre en cuanto aprecia las ojeras en mi rostro.

Niego con un gesto.

—Esta ratona la ha liado buena —murmura mi padre dándole un beso a Avril mientras coloca las servilletas en la mesa. Luego se levanta, se acerca a mí y me da un beso—. No te preocupes, lo tenemos todo controlado —me susurra para tranquilizarme.

—Tu padre y yo pasamos por algo así, mi niña —dice mi madre—. Confiar en sus consejos que sabe de esto un poco.

—La semana que viene iremos juntos a la entrega del Balón de oro en Roma —anuncia Nico—. Ni me había acordado de ello.

—Seguro que este año te lo llevas también, mi vida —lo anima mi madre. Ya van tres años consecutivos en los que lo gana.

—No me importa, te lo juro. Pero esa gala nos vendrá muy bien para aparecer juntos de la mano y gritarle al mundo que amo a mi hermana.

De inmediato, el corazón me da un vuelco cuando escucho sus palabras y veo sus ojos. Puedo leer en ellos que me ama con toda su alma. Le doy la mano y él me la aprieta con ganas.

—Y el tema de Avril, voy a enviar un comunicado con posterioridad a nuestra aparición en el que reconozca que es nuestra hija. Ya lo he hablado con papá y creemos que es lo mejor —anuncia decidido.

Miro a mi padre y asiente. Un nudo se instala en mi garganta y no puedo decir nada. Mentalmente me doy de plazo hasta después de la gala del balón de oro y antes de que Nico haga ese comunicado oficial para decirle la verdad sobre Avril. Cuando lo haga, quiero que él mismo sepa que lo que está diciendo es completamente cierto. No podría perdonarme que realice esas declaraciones sin saber que Avril es su hija.

Acoso mediático

Cuando nuestros padres se marchan los guardaespaldas nos informan de la cantidad de medios de comunicación que tenemos apostados en la puerta de nuestra casa y en la puerta del hospital donde trabajo. De inmediato, llamo al director de la clínica y le pido dos semanas de vacaciones, considero que es lo mejor. Por otro lado, yo estoy muy nerviosa y alterada con todo lo que está sucediendo y no me encuentro capacitada para ejercer con mis pacientes de una forma correcta.

Recibo la llamada de mi madre y me informa de que en la puerta del colegio también hay prensa. Esperan para ver quién lleva a Avril. Lo que ignoran es que mi hija ya está allí y que ha llegado con su abuela. Doy gracias a que todos los coches de nuestra familia tengan los cristales tintados.

—Hoy entrenaré en casa —dice Nico.

—Bien. Yo voy a terminar unos informes pendientes. Te veo luego. —Le doy un beso y me marcho al despacho.

En tres horas, apenas he podido trabajar. Mi teléfono no ha dejado de sonar, no sé cómo la prensa se ha hecho con él. No paran de llamarme para ofrecirme entrevistas y reportajes en los que hable de todo y dé mi versión. De inmediato, les cuelgo a todos. No quiero molestar a Nico, por ello llamo a mi tío y le cuento la situación. Él me dice que se encargará de todo y me cambiará el número de teléfono.

Cuando el móvil suena de nuevo lo dejo sobre la mesa y voy en busca de Nico. Aún continúa en el gimnasio de nuestra casa. Me quedo en la puerta y lo observo todo al mismo tiempo en el que me planteo usarlo. Tengo que volver a hacer ejercicio.

El cuerpo de Nico está chorreando en sudor. Centra toda mi atención. Sus músculos en tensión son maravillosos y verlo en acción me deja con la boca seca. Admiro cada uno de sus tatuajes, no tiene tantos como mi padre, pero me gustan todos. Me acerco a él con sigilo, sin importarme que vaya todo sudado y lo abrazo por detrás mientras realiza pesas con las manos.

—Impresionante —murmuro a la vez que lo beso en la nuca.

—¿Has podido trabajar? —pregunta sin irrumpir el ejercicio.

—Nada, por ello he venido en busca de mi distracción favorita.

—Estoy hecho un asco —murmura a la vez que suelta las pesas y me mira a los ojos.

—Estás más deseable que nunca. ¿Sabes la cantidad de mujeres que pagarían por estar ahora mismo así? —le indico pasándole las manos por el cuello, acercándome más a él y rozando sus labios con los míos—. Esto es un sueño —murmuro apoderándome de su boca.

—Soy todo tuyo. —Nico me alza por las caderas, enrosco las piernas alrededor de su cintura y, sin dejar de besarnos, nos dirigimos al baño del gimnasio. Hacemos el amor en la gran ducha y luego nos metemos en el jacuzzi, donde pasamos el resto de la mañana.

—Lo que darían todos los que están ahí fuera por ver esto —bromea Nico, refiriéndose a toda la prensa que hay en la puerta de casa.

—Estoy nerviosa pensando en el momento de nuestra aparición juntos —le manifiesto algo agobiada.

—No te preocupes. Una vez que consigan la foto que desean nos dejarán en paz.
—Eso espero, pero será difícil pasar de ser tu hermana a ser tu pareja oficial.
—Para mí ha resultado muy placentero —murmura Nico sobre mis labios.
—Quiero pedirte algo —le suplico.
—Dime —me dice mirándome con atención a los ojos.
—Cuando vayas a enviar el comunicado diciendo que Avril es nuestra hija me gustaría hacerlo contigo y que lo redactásemos juntos —le pido con miedo.
—Deseo concedido —dice de inmediato. Me besa y me tranquiliza.
Le diré la verdad antes de enviar ese comunicado a la prensa cuando volvamos de Roma tras la gala del balón de oro. Nico lo redactará sabiendo que Avril es suya de verdad. Solo espero que me perdone y me comprenda.

El resto de la semana lo paso sin salir de casa. Tenemos que despistar a la prensa y que nuestra aparición juntos en la gala sea un golpe de choque, impactante. La prensa no ha abandonado la puerta de nuestra casa ni un solo segundo. Hacen turnos de noche. Nico sí ha salido a los entrenamientos y Avril entra y sale solo para ir al colegio. Mi pobre hija no ha entendido que no pudiese acudir al cumpleaños de una de sus mejores amigas en el parque al aire libre. Los fotógrafos hubiesen arruinado todo y no podíamos someter a las niñas a esa presión mediática.

Siento que mi pequeña esté pagando todo esto, ya que no tiene la culpa de que su padre sea tan famoso y los medios de todo el país estén pendiente de él y todos los movimientos que realiza.

En estos momentos soy la mujer más buscada de España. Quieren una imagen mía a toda costa, saber dónde estoy y si soy algo más que una hermana en la vida de Nico. Por mucho que la prensa se ha esforzado, no ha conseguido ni una sola declaración de nadie que pudiese afirmar que Nico y yo estamos juntos.

Cuando mi madre regresa del colegio con Avril se queda a merendar. Luego llega mi padre y mi hija le pide ayuda con los deberes. Su abuelo y ella se marchan a su cuarto y yo me quedo recogiendo la mesa con mi madre y comenzamos a hacer la cena juntas.

—Cariño, como no tienes cabeza para nada, he hablado con un par de tiendas de firma y te van a enviar unos vestidos para que te los pruebes y decidas con cual acudes a la gala del balón de oro.

—Gracias, mamá. No sé qué haría sin ti. Te juro que todo el acoso de la prensa en estos días me tiene trastocada.

—Viví esto mismo que tú hace años. Tu padre y Nico no solo son parecidos en el físico y en sus carreras deportivas, también en sus vidas. Yo era como tú, bueno, menos. Tú, mi vida, te has criado en una familia famosa y sabes un poco cómo va todo, yo ni eso. Fue muy difícil. Julia me ayudó muchísimo. Y ahora me tienes aquí para todo lo que necesites. Cuando el amor es fuerte y verdadero se puede con todo. Te voy a contar una situación por la que pasamos tu padre y yo cuando a él le otorgaron el balón de oro. Yo fui fuerte y valiente.

Escucho a mi madre con admiración. La historia de ella y de mi padre me parece fascinante. Alba Serrano es una gran mujer.

—Gracias, mamá —le agradezco que me haya confiado esa parte de su vida. Me abrazo a ella y me siento más fuerte. Me ha dado muchos ánimos y valentía.

Cuando me despidió de mi hija, le doy un beso enorme, se va a quedar con sus abuelos los cuatro días que estaré con Nico en Roma, y observo cómo se despide de su padre. Me emociono al pensar que será la última vez que él la abraza y la besa sin saber la verdad. Ya he decidido que le diré la verdad antes de venir de Roma.

Salimos de nuestra casa en un coche grande, negro y con cristales tintados, hacia el aeropuerto. Cogemos el avión privado de nuestro padre y ponemos rumbo a Roma con todas las precauciones con respecto a la prensa y a las amenazas sobre la vida de Nico.

Tenemos un super hotel reservado. Vamos a estar cuatro días en Roma, Nico ha insistido en que nos quedemos de turismo, juntos, después de los premios. Sabemos que tendremos a la prensa detrás casi todo el tiempo, pero él y mi tío insisten en que debemos darle normalidad a lo nuestro, que vean que nos comportamos como una pareja normal y nos dejarán en paz antes.

En el vuelo, Nico va centrado en el ordenador que lleva sobre las piernas. Me ha dicho que tiene que responder a unos emails importantes. Yo me concentro en pensar en el cambio que va a dar mi vida en unas horas cuando aparezca de la mano de Nicolás Hungría como su pareja oficial.

En la última semana me han llegado ofertas de campañas publicitarias, entrevistas e incluso invitaciones de marcas a fiestas y eventos. Han sido listos y me invitaban en calidad de la hija del reconocido Bosco Hungría, pero yo sé que todo era para tenerme.

Lo cierto es que las propuestas eran muy tentadoras, muchísimo dinero. Ha sido ahora cuando he comprendido la labor de mi tío cuando se preocupaba con quién andaba Nico y si estaban con él por quién era y lo que podían llegar a conseguir por estar a su lado.

Cierro los ojos y pienso en el maravilloso vestido que he elegido con la ayuda de mi madre para esta noche. Sonrío al pensar en todos los consejos que me ha dado y espero que mi historia de amor termine tan bien como la de ella.

Victoria Hungría

Llegamos a una impresionante suite en uno de los mejores hoteles de Roma. No sé ni cómo se llama porque entramos directos al parking y no pasamos por recepción. Todo está medido al milímetro para que no nos encontremos con nadie ni nos hagan una foto juntos antes de nuestra aparición en la gala.

Nos acompaña mi tío Rodrigo, es el agente de Nico, y cuatro guardaespaldas. Entre los cinco se encargan de nuestra seguridad y que todo esté controlado.

—¿Te gusta? —pregunta Nico mientras deshago las maletas.

—Es una habitación fantástica.

—Deja eso, vamos a ver las vistas —me incita Nico.

Observo que tenemos una terraza muy grande.

—Será mejor no salir. Por precaución a que nos vean. —Lo paro cuando abre la gran puerta corredera de cristal que da acceso a la terraza.

—Estamos muy alto. Dudo que nos puedan ver.

—Solo faltan unas horas para nuestra aparición juntos. No tentemos la suerte —le sugiero. Le paso las manos alrededor del cuello y lo beso.

—Sé lo que estás haciendo —murmura sobre mis labios.

—¿Un baño juntos para relajarnos? —le propongo con una sonrisa pícara.

—Acepto.

Nico tira de mi mano y nos sumergimos en una gran bañera llena de espuma donde pasamos más de una hora juntos. Hacemos el amor y hablamos de los lugares que visitaremos los días que vamos a estar en la ciudad. Ambos conocemos Roma, pero nos hace ilusión pasear y visitar sus maravillosos lugares juntos.

Nico se viste en el salón y a mí me deja la habitación y el baño para que me arregle con comodidad. No he querido que venga nadie a ayudarme, he preferido maquillarme y peinarme yo. Me he decantado por un maquillaje sencillo y por llevar el pelo suelto.

Para la ocasión, he escogido un vestido blanco, sencillo. Con escote en pico, largo, con un poco de cola y una raja pronunciada delante. Los complementos los llevo en tonos dorado.

Cuando aparezco ante Nico se queda mirándome fijamente. Me observa de una forma tan especial que hace que el corazón se me acelere, se me reseque la boca y me emocione.

—Como decía mi abuelo, eres un verdadero ángel. Mi ángel —recalca acercándose a mí. Nico va guapísimo. De esmoquin negro y camisa blanca. Me toma de la mano y la lleva hasta sus labios—. Maravillosa —murmura mientras me sonrío.

—Gracias. Tú estás guapísimo. —Le acaricio el rostro y me detengo un poco en sus labios—. No te beso como ahora mismo me gustaría porque arruinaría mi maquillaje, y no tenemos tiempo —le indico mirando el reloj que hay en el salón.

—Estamos cerca del lugar el evento. Ya hemos creado expectación, vamos a darles lo que esperan y más —murmura sonriente. Me coge de la mano y salimos juntos de la suite.

Cuando nos reunimos con mi tío en la entrada del hotel no puede evitar comentarme:

—Impresionante. —Consulta su reloj y me dice—: En menos de una hora serás la mujer más buscada en las redes, y envidiada —añade, sonriente—. Victoria Hungría, vas a causar sensación.

—No me pongas más nerviosa, tío —lo reprendo con cariño.

Nico no me suelta de la mano. Entramos en un coche que nos espera y en menos de cinco minutos este se para y el amor de mi vida anuncia:

—Hemos llegado.

Me sobresalto, no esperaba que llegásemos tan pronto. Miro por los cristales tintados y veo toda la gente que hay allí fuera.

—¿Es normal que haya tanta prensa? —pregunto con la mirada clavada en todos ellos.

Nico se acerca a los cristales y observa el exterior.

—Hay más de lo normal. Vamos a darle lo que esperan. —Me sonrío, sale del coche, le da la vuelta a este y me abre la puerta con soltura y elegancia.

En cuanto pongo un pie fuera del coche escucho un gran murmullo. De repente, comienzo a escuchar mi nombre por todos lados. Nico me toma de la mano y no me suelta. Caminamos juntos y sonriente. Posamos, nos agarramos por la cintura y sonreímos y miramos donde nos indican con paciencia.

—Nico, ¿es cierto que entre tu hermana y tú... —comienza a preguntar una atrevida reportera.

Nico no la deja terminar la pregunta. Se acerca a mí y me planta un beso en los labios.

Escucho aplausos y vítores.

—Creo que esto responde a todas las preguntas que nos podáis hacer —comenta con amabilidad. Me coge de la mano de nuevo y caminamos juntos mientras nos piden que nos volvamos a parar para hacernos más fotos, pero Nico no cede.

Entramos en el lugar dónde se llevará a cabo la gala y en cuanto lo hago me siento observada por todos. Fijo la mirada en una enorme pantalla y descubro que allí se va proyectando lo que sucede fuera. Todos han visto el beso entre Nico y yo.

Algunos amigos y compañeros de Nico se acercan a nosotros, lo saludan y lo felicitan. Son muy amables y consiguen que me sienta integrada.

Nico y yo tomamos asiento y esperamos a que anuncien al ganador del balón de oro. Cuando escucho el nombre de Nicolás Hungría doy un salto y le planto un beso en los labios de forma espontánea. Él me lo devuelve, con creces, y luego sube a recoger el premio mientras yo no paro de aplaudir. Lo amo. Estoy tan orgullosa de él que creo que voy a explotar de alegría.

Posteriormente, nos quedamos en una fiesta muy lujosa que hay organizada. Nos relacionamos con muchos compañeros y comienzo a sentir las primeras sensaciones de ser la pareja oficial de Nicolás Hungría fuera del confort de nuestra casa y nuestra familia.

Llegamos al hotel a altas horas de la noche, cansados de tanto bailar. Lo cierto es que nos lo hemos pasado genial. Ni Nico ni yo nos hemos molestado en ver el impacto que hemos causado al llegar juntos y afirmar delante de la prensa que somos una pareja real.

—No hemos tenido noticias del tío Rodrigo —murmuro mientras nos desnudamos y nos metemos en la cama.

—Eso es bueno, significa que todo va bien. Según lo planeado. —Nico me besa y nos perdemos en el deseo de nuestros cuerpos.

A la mañana siguiente, mientras desayunamos casi a la hora del almuerzo en la suite, estamos

muertos de cansancio, mi tío Rodrigo nos hace una videoconferencia, ya se ha vuelto a España, y nos informa:

—Victoria Hungría, eres la mujer más buscada en estos momentos en las redes sociales, internet, prensa, radio y televisión. A estas horas ya he recibido ofertas millonarias que quizá quieras valorar cuando regreséis. Todo el mundo quiere saber más de ti y conocerte. Tu aparición junto a Nico ha cautivado a medio mundo. Te comparan con tu madre y dicen que, pese a no ser su hija biológica, has heredado su elegancia natural. Es el gran don que siempre le han destacado a Alba.

—Vaya... —murmuro con miedo. No sé cómo asimilar lo que mi tío nos dice. He crecido en una familia famosa, pero yo siempre he intentado mantenerme alejada de los medios y lo he conseguido, hasta ahora.

—No la pongas nerviosa, tío. Dile que todo ha ido muy bien y listo. No la agobies —le regaña Nico—. Deja que se acostumbre a ser la mujer de mi vida de forma pública —murmura con una sonrisa dedicada a mí.

—Está bien. Os dejo en paz durante tres días. Disfrutad de esas mini vacaciones que cuando regreséis tenemos trabajo —anuncia.

Nico le corta la videollamada.

—Fin. Ahora y los tres días siguientes solo seremos tú y yo, y Roma —anuncia Nico.

—Y los guardaespaldas y la prensa que nos sigan —añado.

—Ni nos vamos a enterar. Te aseguro que yo voy a acaparar toda tu atención —murmura con una sonrisa maravillosa, con la que consigue que me derrita y termine besándolo con locura.

Avril

Nico y yo pasamos un día de turismo por Roma maravilloso. Nos siguen los guardaespaldas y, pese a llevar varios reporteros detrás que nos hacen fotos, no nos molestan demasiado.

—Es lo que quieren —murmura Nico mientras me besa—. Vamos a dárselo y nos dejarán tranquilos. Cuando se acostumbren a vernos como a una pareja más careceremos de interés.

Estamos cenando en un lugar espectacular, con unas vistas increíbles al Coliseo de noche, cuando Nico recibe una llamada. No escucho qué le dicen al otro lado, pero aprecio que el rostro le cambia de color y me alarmo.

Nico escucha con atención y antes de colgar murmura:

—Vamos para allá.

—¿Qué pasa?! —pregunto aterrada. Me hace un gesto con la mano, realizada otra llamada y escucho que ordena:

—Que el avión esté listo cuando antes. Ponemos rumbo al aeropuerto de Jerez en cuanto todo esté listo para despegar.

—¿Qué ha pasado?! —pregunto con la voz rota y el corazón desbocado.

—Avril —anuncia Nico. En cuanto escucho el nombre de mi hija siento que me falta el aire—. Estaban en la finca de Jerez y se ha caído de un caballo. Se encuentra en el hospital.

—Oh, dios. ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué tiene? —pregunto fuera de sí, nerviosa.

Nico se levanta de la mesa, me extiende la mano y le da unas cuantas de órdenes a los guardaespaldas que tenemos alrededor. No presto atención a lo que dice, saco mi móvil e intento llamar a mi madre, pero no tengo batería. Maldigo y le pido a Nico el suyo, pero no me lo da.

Salimos con prisa del restaurante y vamos directos al aeropuerto sin pasar por el hotel. Apenas puedo hablar con Nico, él está todo el tiempo pendiente al teléfono. Le hago mil preguntas, desesperada, pero no me responde a ninguna.

Nos montamos en el avión de mi padre y despegamos de inmediato.

—Nico, dime cómo está mi hija —le imploro.

—Va a estar bien —murmura mientras me abraza y me besa el cabello.

—¿Qué tiene? —pregunto llorando.

—La están atendiendo en el hospital. Se cayó del caballo y se hizo una herida profunda. No sé más. Te lo juro.

Lo miro a los ojos y lo creo. Me abrazo a él y paso el resto del trayecto llorando. Es el viaje más largo de mi vida. Miro el reloj millones de veces, pero parece que el tiempo se ha parado. Necesito estar con mi pequeña. Tiene que estar asustada y necesitará a su madre al lado. En estos momentos me invade una sensación de culpabilidad y remordimientos por haber negado a mi propia hija como mía durante años. Ahora, más que nunca, sé que he cometido el error más grande de mi vida al no confesar la verdad sobre Avril.

En cuanto el avión aterriza me quito el cinturón de seguridad y apremio a Nico para que nos bajemos. Un coche nos espera a pie de pista y nos lleva de inmediato hasta el hospital en el que

se encuentra mi hija. Necesito hablar con los médicos que la están atendiendo que me digan qué le ha sucedido y qué tiene.

En cuanto entramos en el hospital veo a mis padres y a mis hermanos mellizos. Mi madre se abraza a mí de inmediato.

—¿¿Dónde está?!! —pregunto con desesperación, nerviosa y con lágrimas en los ojos.

—La van a operar —anuncia mi padre.

De repente, aparecen dos médicos. Los identifico por las batas blancas. Se dirigen a mí, deben ya de saber que soy la madre.

—Señora Hungría, su hija tuvo una aparatosa caída de un poni y este la arrastró unos metros. Se ha roto el brazo por dos zonas y ha sufrido un desgarró en el que ha perdido mucha sangre —anuncia.

Mi corazón late al punto de estallar. Nico me ayuda a sentarme, las piernas me fallan. No hace falta que me digan que el accidente de mi hija es grave, soy médico. Traumatóloga.

—Quiero ver las radiografías. Yo misma la operaré —manifiesto, desesperada. No conozco a los médicos de ese hospital. Como en mis manos no estará en otras mi hija.

—Señora... No es conveniente que entre en un quirófano en su estado, mucho menos para una operación a su propia hija. Las emociones la pueden traicionar y la vida de la niña está en juego —dice el médico más mayor—. Le aseguro que Avril está en buenas manos.

—Quiero verla —exijo, desesperada, levantándome del lugar donde estaba sentada y paseándome por la sala intranquila mientras me revuelvo el pelo.

—Queríamos hablar con usted porque tenemos un problema —anuncia el médico y yo lo miro con miedo—. No tenemos reserva de sangre en el hospital del tipo de su hija. Antes de proceder a operarla nos gustaría contar con la opción de que algún familiar con su misma sangre done sangre por si algo va mal y necesita una transfusión. ¿Tiene la misma sangre que su hija? —pregunta—. No tenemos mucho tiempo.

Me quedo paralizada y niego con un gesto de la cabeza. Avril no tiene mi tipo de sangre.

—No, tengo la misma sangre que mi hija —recalco abatida—. Pero su padre está aquí —manifiesto de inmediato, desesperada—. Nico tiene el mismo tipo de sangre que Avril —revelo mientras lo miro. La vida de mi hija está en juego y hay que actuar cuanto antes.

De repente, la mirada de Nico se clava en mí. Tiene los ojos muy abiertos y su pecho comienza a subir y a bajar con rapidez.

—¿¿Qué?!! —pregunta con voz queda.

—Tiene tu sangre. Si no tiene la misma que yo... es obvio que tiene la tuya —afirmo con nerviosismo—. Es tu hija. Nuestra. Tienes que salvarle la vida —le ruego fuera de sí, desesperada. No hay tiempo para comprobar la sangre del resto de la familia y continuar con este engaño.

—Venga con nosotros, por favor —apremian los médicos a Nico—. No hay tiempo que perder.

Nico camina con ellos mientras no deja de mirarme con rencor, puedo apreciarlo en sus ojos, yo intento ir también, pero me lo impiden.

—Usted está muy nerviosa. Será mejor que se tranquilice. Vamos a enviar a una enfermera para que se tome algo —me indica un médico.

Se marchan con Nico y yo me siento y lloro mientras me revuelvo el pelo. De repente, siento la mano de mi madre sobre la mía.

—¿Avril es hija tuya y de Nico? —pregunta con miedo, emocionada, con lágrimas rodando

por sus mejillas.

Yo levanto la cabeza con lentitud y tomo conciencia de lo que he hecho delante de todos sin ser consciente, traicionada por el miedo a que a mi hija le pasase algo malo. Hago un gesto de afirmación con la cabeza y murmuro:

—Lo siento —le pido disculpas mientras siento que el mundo se abre a mis pies y ya no tengo salvación.

Mi madre me abraza y susurra en mi oído:

—Cariño, por cuanto debes de haber pasado. Y yo sin saberlo —lamenta.

Me abrazo más fuerte a ella, como si fuese mi tabla de salvación. No puedo ni mirar a mi padre ni a mis hermanos. Me muero de la vergüenza. No era así como quería que saliese a la luz toda la verdad.

—Es nuestra nieta —murmura mi padre en voz alta—. Hija tuya y de Nico.

Alzo la mirada y lo veo con una sonrisa en los labios que no sé muy bien cómo interpretar.

No tengo fuerzas para levantarme, pero mi padre acude hasta mí, me toma por los brazos y me pone en pie. Luego me sonríe y me abraza.

—Ay, hija, cómo has llevado esto en silencio durante tanto tiempo. Somos tu familia.

—Lo siento, papá —me disculpo. No me salen más palabras.

Me abraza, siento que mi madre se une a este abrazo y luego lo hacen mis hermanos mellizos.

No esperaba tanta generosidad y comprensión de ellos. Que no me hayan echado en cara mi comportamiento ni me estén reprochando mi actitud en estos años hace que me emocione muchísimo y valore aún más a la gran familia que tengo. Sin embargo, esto también me hace ver lo mal que he hecho en ocultar la verdad sobre Avril, pero ya no hay remedio. Solo arrepentimiento y esperar que me perdonen.

Mirarte a los ojos

Las siguientes tres horas, las peores de toda mi vida, las paso abrazada a mi madre como si fuese una niña pequeña. Mi hija está en quirófano, no sé cómo va la operación y Nico no ha vuelto a aparecer por la sala de espera desde que se fue con los médicos a donar sangre para su hija. Un miedo tan atroz acapara mi cuerpo, estoy paralizada. No sé cómo vaya a reaccionar Nico ante la noticia de que Avril es su hija. Sé que no se la di de la mejor forma, pero fue algo involuntario. No lo pensé. Solo estaba en mi mente salvar a mi pequeña y su padre estaba a mi lado.

Ni siquiera me da por preguntar cómo fue que Avril se cayó del poni ni quién estaba con ella cuando sucedió.

Jorge se sienta a mi lado, me toca el brazo y me dice con pesar:

—Yo descuidé a mi sobrina. Damián entró montando un semental nuevo y me centré en él por unos segundos, los cuales no sé qué sucedió para que Avril cayese del poni y este la arrastrase.

Puedo leer en su mirada lo terriblemente culpable que se siente.

—Fue un accidente. —Me abrazo a él y no dejo que la culpa lo mate aún más.

De repente, los médicos salen y todos nos levantamos y damos unos pasos hasta ellos.

—¿Cómo fue todo? ¿Cómo está Avril? —pregunto desesperada mientras me retuerzo las manos y mi madre me tiene agarrada por la cintura.

—Todo ha ido de maravilla. Tener cerca al señor Hungría nos vino muy bien. Hemos tenido que ponerle un poco de sangre, pero la operación ha sido todo un éxito. Puede pasar a ver a su hija cuando quiera.

Sonrío y lloro mientras mi madre me abraza.

—Voy con Avril, quiero estar a su lado cuando despierte —les indico a mi familia mientras me marcho con prisa por ver a mi hija.

Cuando entro en la sala de recuperación donde se encuentra mi pequeña con lo primero que me encuentro es con Nico sentado a su lado en un taburete. Le tiene la mano cogida entre las suyas a Avril y puedo ver lágrimas en sus ojos. Mirar a Nico a los ojos una vez que la verdad ha salido a la luz y tenemos a nuestra hija ahí sana y salva es lo más difícil que he hecho en mi vida.

Tomo aire con dificultad y siento que mis piernas son de gelatina. Él me mira serio, en silencio. Me repasa de arriba abajo sin decir nada. Su actitud es fría y distante. Tiemblo de miedo mientras poso la mirada en mi pequeña, indefensa, recién operada en la cama. Me acerco a ella por el lado opuesto al que se encuentra Nico y le doy un beso mientras aparto las lágrimas de mi rostro.

—Todo ha ido salido estupendamente. Se va a poner bien —murmura Nico con la voz ronca.

—Gracias —le agradezco de forma involuntaria. Si no hubiese estado cerca...

—Ya hablaremos. No es el momento —murmura de forma fría. Se levanta y me ofrece con un gesto su lugar—. Voy a comer algo. Cuida de ella —me indica antes de abandonar la habitación.

Cuando me quedo a solas con Avril exploto y me harto de llorar abrazada a mi hija. He podido leer la decepción en los ojos de Nico y duele, duele que no me haya abrazado ni me haya reconfortado como tanto necesitaba. Se ha marchado y me he dejado anhelando su calor y su

protección. Sé que no he hecho las cosas bien, pero no merecía que me tratase con la frialdad que lo ha hecho.

Paso una hora a solas con mi hija, ella se comienza a despertar de la anestesia y cuando me ve a su lado se vuelve loca de alegría. Le explico que la han tenido que operar y ella misma me cuenta cómo se cayó del caballo y que pasó mucho miedo cuando vio la sangre de su brazo.

—Ya todo está bien, mi amor. Mamá está aquí para cuidarte. —Me abrazo a ella y la beso.

Una enfermera me indica que la van a trasladar a una habitación. Yo me encargo de acompañar a mi hija en todo momento y cuando llegamos vemos a sus abuelos, a los mellizos y a Nico, todos están deseando verla.

Se abrazan a ella y Avril les explica que ya está bien.

Una enfermera nos indica de forma educada que no puede haber tanta gente en la habitación.

—Mami, no te vayas —dice mi hija de inmediato aferrándose a mi mano.

—No te dejaré sola, mi amor. —Le doy un beso y la abrazo, sentándome a su lado.

—Mi madre es médica —le dice mi hija a la enfermera.

—Ah, entonces puede quedarse, quién mejor que ella para cuidar de ti —le responde con simpatía—. Los padres podéis permanecer a su lado —dice antes de marcharse.

Nico y yo nos miramos en un incómodo silencio. Nuestros padres y los mellizos suspiran y entienden que no es el momento de tratar el tema. Todos se marchan. Cuando creo que Nico también lo va a hacer, veo que cierra la puerta de la habitación y él se queda dentro.

—Los padres nos podemos quedar —murmura mirando a Avril y luego dirige una mirada seria y cargada de reproches hacia mí.

—Papá —dice Avril.

Los ojos de Nico se llenan de lágrimas cuando escucha a su hija llamarlo papá por primera vez desde que él ya sabe que Avril es suya.

—Me encanta que me llames así. Nunca dejes de hacerlo, mi amor. —Abraza a nuestra hija y le da un beso en el cabello con la mirada clavada en mí mientras yo no puedo parar de llorar y los remordimientos me comen por dentro.

Una noche muy larga

Cuando Avril se queda dormida son casi las cinco de la madrugada. Nico y yo permanecemos a su lado. Él no ha querido marcharse. No hemos podido hablar nada. El padre de mi hija solo me ha dirigido miradas cargadas de reproches.

Miro el reloj y compruebo la hora, pese a ser altas horas de la madrugada, algo me dice que va a ser una noche muy larga.

En cuanto Nico observa que Avril lleva varios minutos de sueño profundo se dirige a mí de forma contundente.

—¿No crees que tenemos mucho de qué hablar? —Su tono distante y de rabia hace que salten todas mis alarmas. No va a ser una conversación amistosa ni comprensiva.

—Comienza con los reproches cuando consideres oportuno —le manifiesto, agotada y hundida.

Estoy sentada en un sillón cerca de Avril y tengo la mirada clavada en Nico, a la espera de lo que viene. Soy consciente de que me lo merezco. Solo me queda aguantar el tipo.

—¿Cómo pudiste ocultármelo! —estalla y me recrimina de inmediato, furioso. Paseándose por la habitación.

—Creo que olvidas que te fuiste —le recuerdo con calma—. Decidiste que no tuviésemos nada más después de aquella última noche juntos —le reprocho.

—Una hija en común es un asunto lo suficientemente serio como para que hubieses reclamado mi atención —escupe entre dientes.

—Éramos muy jóvenes. No supe cómo actuar. Me asusté —intento justificar.

—Te has convertido en una maestra del engaño —me reprocha mirándome de arriba abajo con desprecio—. Armaste todo un circo con la adopción de Avril, el cual todos creímos como estúpidos —añade enfadado.

—Lo siento. A día de hoy me arrepiento de cómo actué. La situación se me fue de las manos —reconozco apenada.

—¿De verdad? —pregunta en tono irónico con los ojos clavados en mí mientras se pasea por la habitación.

—No sé cómo calificarte, Victoria. Estaba dispuesto a admitir públicamente que Avril era mi hija biológica para protegerla, y resulta que todos los argumentos de la prensa eran ciertos. Era mi hija. ¿No te entraba nada por el cuerpo? ¿No pensabas decírmelo nunca? Puedo llegar a entender que la tuvieses sin decirme nada, pero ¿y todo este tiempo? Desde que estamos juntos y decidimos formar una familia.

—Pensaba decírtelo, pero no lograba encontrar el momento adecuado. Estábamos tan bien... Había soñado durante tantos años lo que teníamos que me daba miedo que todo... —No puedo terminar la frase. Me rompo en mil pedazos. Los ojos con los que me mira Nico me están matando. No puedo ver esa mirada fría, distante y desconfiada hacia mí. No después de todo lo que hemos vivido juntos y declararnos nuestro amor.

—Me has privado de saber que era mi hija y disfrutar de mi faceta de padre, y no solo a mí,

sino a nuestra hija. Espero que seas consciente del daño que nos has hecho.

—Lo siento —me disculpo apenada, sin saber cómo justificar mi comportamiento.

—¡No me digas que lo sientes! —estalla alzando la voz, pero de inmediato se controla cuando repara en Avril dormida—. Has sido consciente de una situación. Has convivido con ella y has sido tan egoísta como para no decir nada y continuar con una gran mentira —me echa en cara.

—Te juro que te lo iba a decir —intento que me crea—. La noche de la bomba en el hotel intenté decírtelo y luego, recuerda que te dije que antes de que hicieses el comunicado admitiendo que Avril era tu hija ante la prensa quería estar contigo. Te lo iba a contar —revelo desesperada.

—No esperaba esto de ti —murmura con desprecio—. Lo viví de pequeño, conocí a mi padre con dos años porque mi madre no le dijo nada de mí, y tú has hecho lo mismo conmigo. ¡Me has ocultado a una hija durante cuatro años! —enfatisa.

—Puedes llegar a comprenderme si me comparas con mamá —le imploro.

—Estabas dentro de mi familia, cerca de mí. Tu situación no era como la de mamá. Tenías su referencia, ¿cuántas veces la hemos escuchado lamentar que se equivocó? No has aprendido nada —me reprocha con dureza.

—Al parecer tienes que cometer tus propios errores para aprender de ellos —murmuro con dolor—. ¿Acaso tú eres perfecto? —le espeto con rencor.

—No lo soy, pero yo jamás te hubiese ocultado una verdad tan grande y tan importante.

Clava la mirada en nuestra hija y yo no puedo parar de llorar. Lo miro y necesito un abrazo que no llega, un perdón que no pronuncia. Solo veo una mirada fría y acusadora que me rompe el alma.

Nico se sienta en otro sillón que hay en la habitación, suspira y cierra los ojos.

—No voy a separarme de mi hija nunca más —deja claro.

Yo asiento y trato de bajar el nudo que tengo en la garganta. Se avecinan tiempos difíciles.

Resentimiento

Nico y yo estamos dormidos cuando la voz de Avril nos despierta llamándonos. Sobresaltada, me levanto del sillón y acudo al lado de mi hija.

—¿Estás bien, mi vida? —le pregunto preocupada.

Nico acude a nuestro lado de inmediato.

—Tengo hambre —la respuesta de mi hija me provoca una sonrisa.

—¿No te duele nada? —pregunto.

—No. Quiero comer. Y ya es de día. Quiero leche con galletas.

—¿Puede comer? —me pregunta Nico.

—Sí, claro —respondo de inmediato.

—Voy por lo que quieras, mi niña. —Nico se acerca a ella, le da un beso y tengo que reprimir las lágrimas. Es tan tierno en la faceta de padre que logra emocionarme.

Sin embargo, cuando Nico me mira a mí desaparece toda esa dulzura y veo el resentimiento que me dirige.

Cuando me quedo a solas con mi hija, Avril me pregunta:

—¿Estáis enfadados?

—¿Por qué preguntas eso, mi vida?

—No os habéis dado un beso —puntualiza mi hija.

—Es que estábamos muy preocupados por ti, por tu caída, la operación, porque te pongas bien... —trato de justificar.

—Ya estoy bien —dice con alegría mi hija.

—Vas a tener que llevar el brazo así durante un tiempo —le indico con la mirada posada en el cabestrillo que lleva.

—¿No podré colorear? —pregunta preocupada.

Niego con un gesto. Tiene roto y operado el brazo derecho.

—Pero no te preocupes, mamá te ayudará en todo —intento contentarla.

—Y papá —puntualiza—. Me gusta llamarlo papá y que seáis novios.

Lanzo un suspiro mientras pienso en cómo decirle a mi hija que Nico es su verdadero padre y que se lo he ocultado durante estos años. Es algo que quiero hablar con Nico antes y que quizá debamos hacer juntos.

Nico entra en la habitación con una bandeja llena de comida. Leche, zumo, galletas, magdalenas y tostada.

—Lo mejor para mi princesa —murmura—. ¿Qué quieres? —pregunta sentándose en la cama al lado de su hija. La mira sonriente y atento. Su mirada me llega al corazón. Leo en ella puro amor.

—Qué rico. Todo. Yo soy feliz cuando como y me dais regalitos. —Al escuchar a nuestra hija Nico y yo estallamos en carcajadas a la vez.

—Tendrás muchos regalos cuando regreses a casa —le indica de inmediato y mi hija se pone

muy contenta—. Te debo muchos, mi vida —murmura con la mirada clavada en Avril mientras ella está centrada en comer.

El comentario de Nico me duele. Suspiro, me levanto y me paseo intranquila por la habitación.

—¿Cuándo nos vamos a casa? —pregunta con entusiasmo mi hija.

—Si todo va bien, mañana —le indico.

—Me tienes que comprar los regalitos —le dice de inmediato a su padre—. Y que sean juguetes —le especifica.

Nuevamente Nico y yo estallamos en carcajadas.

—A sus órdenes, mi capitana. Los compraré hoy mismo para cuando llegues a casa estén allí —le dice Nico, sonriente, admirándola. Vuelve la mirada hacia mí y murmura—: No sé cómo no me di cuenta de todo antes. Estuve muy ciego. Es más que evidente que es tuya y mía.

Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Ambos nos miramos en silencio, pero no decimos nada más en presencia de Avril.

De repente, mis padres irrumpen en la habitación. Llegan con globos y regalos y mi hija se vuelve loca.

—Ya estoy mejor, abuelitos —les dice cuando ve las muñecas que les han traído. Se pone a jugar con ellas en la cama mientras se hace un incómodo silencio entre los cuatro.

—¿Un café, papá? —le propone Nico.

Nuestro padre accede y ambos se marchan. Mi madre y yo nos quedamos a solas con Avril en la habitación. Como ella está muy entretenida con los juguetes, nos sentamos en un sofá más alejado de ella y mi madre se interesa:

—¿Qué tal todo con Nico?

—Creo que tiene mucho resentimiento acumulado. No hemos hablado abiertamente, pero sí me ha reprochado muchas cosas.

—Dale tiempo, cariño. Te lo digo por experiencia.

—Ay, mamá. —Suspiro y me abrazo a ella—. ¡Qué mal lo he hecho todo! —lamento.

—Nico y tú os amáis. Superaréis esto.

—No lo sé.

—Tu padre lo hizo.

—Anoche me comparó contigo y no lo ve igual.

—No perdamos las esperanzas, mi vida —me anima mi madre. Me abraza de nuevo y me refugio en su calor.

Por la tarde vienen los mellizos a ver a Avril y le traen más regalos, luego se pasan a verla Vanesa y William y finalmente, al caer la tarde, aparecen mis tíos. En cuando cruzo una mirada con mi tía Julia el mundo se me viene a los pies. Ella me abraza y me susurra en el oído:

—Tienes todo mi apoyo.

Agradezco que no me recuerde que me advirtió que dijese la verdad antes. Me abrazo a ella y me siento arropada.

Nico no ha vuelto a la habitación desde que se marchó con mi padre a tomar café. No sé nada de él ni he querido preguntar.

Sobre las diez de la noche aparece y trae la cena para él y para mí. Miro la bolsa y veo que es de uno de los restaurantes más caros de Madrid.

—Seguro que no has cenado —murmura alzando una bolsa. Niego con un gesto de la cabeza mientras le sonrío por el detalle—. Espero que te guste —comenta mientras saca la comida sobre una mesa.

—¿Para mí no hay? —pregunta Avril. Ella siempre tiene ganas de comer.

—Tú ya has cenado, cariño —le recuerdo.

—Pero tengo más hambre —responde.

—Bueno, creo que podremos compartir algo contigo —le indica Nico y ella se pone muy contenta.

Cuando terminamos de cenar y Avril ha caído redonda en la cama, Nico y yo nos miramos en silencio. Lo extraño a mi lado. Hace casi dos días que no lo beso ni lo abrazo y siento que lo necesito como respirar, pero no me atrevo acercarme a él ni a pedírselo.

—Mañana le dan el alta a Avril —le indico—. Si quieres ella y yo podemos irnos a casa de papá y mamá —propongo con miedo. No es lo que quiero, pero como bien me ha dicho mi madre, tengo que darle tiempo.

—No —dice de inmediato, rotundo—. No quiero estar alejado de mi hija —resuelve—. Tú y yo... será difícil. Ya veremos cómo lo hacemos, pero por ahora podemos compartir casa.

Lo miro seria y extrañada ante su planteamiento. Solo asiento a ello mientras que mi mente trata de aceptar qué es lo que realmente me está diciendo.

Nueva convivencia

Cuando regresamos a casa, Nico lleva en sus brazos a Avril, abro la puerta de entrada y nos encontramos con una calurosa bienvenida que ni mi hija ni yo esperábamos. Toda nuestra familia y algunos amigos están reunidos en el salón de la casa. Hay muchos globos, regalos y comida.

La sorpresa que nos llevamos Avril y yo es muy grande. Miro a Nico y de inmediato descubro que todo lo ha preparado él. Desde que sabe que Avril es su hija lo siento diferente. Nunca antes se había implicado en montar una fiesta familiar. Me vuelve loca de amor verlo en su faceta de padre, algo que provoca a la misma vez un gran remordimiento en mí por no haberle contado la verdad antes.

Avril es feliz con tanta gente a su alrededor y pendiente de ella.

Nico y yo seguimos distanciados. Tenemos pendiente una conversación seria que, en el fondo, me da miedo tener con él.

Durante las dos horas que estamos rodeados de gente en casa Nico no se acerca apenas a mí.

Mi tía, que debe de habernos estado observando, me sorprende cuando me dice:

—No sufras demasiado por su distanciamiento. Es normal. Le has ocultado algo demasiado grande, pero te perdonará.

—¿Tú crees? —pregunto esperanzada.

—Mi sobrino es muy noble, tiene un gran corazón y te ama.

—¿Y si no es suficiente para perdonarme todo? ¿Y si se deja llevar con el rencor y el resentimiento? —aventuro con dolor.

—Hablaré con mi hijo —murmura mi madre sentándose a mi lado y al de mi tía. Ha escuchado mis últimas palabras.

—No quiero que influyas en él —le ruego.

—Solo le contaré todo por lo que pasamos su padre y yo, para que no sea tonto y se lo ahorre. Cuando existe un amor como el de vosotros no se le pueden poner barreras. ¿No crees? —pregunta sonriente.

Yo asiento algo avergonzada.

Avril está agotada y yo subo a acostarla mientras que Nico se queda despidiendo a toda la familia.

Bajo al salón cuando mi hija se ha quedado dormida y la dejo cómoda y segura en mi cama. Tengo que decirle a Nico que dormiré con Avril en nuestra habitación hasta que se ponga bien.

Encuentro a Nico recogiendo en salón. Está solo. Ha desaparecido todo el mundo.

—Gracias por este recibimiento. Ha hecho muy feliz a Avril —le comento mientras que comienzo a ayudarlo a ordenar un poco el salón.

—Mi hija se lo merece todo. Y pienso dárselo —me indica algo seco y serio.

Lo miro, me armo de valor y me lanzo al vacío.

—Creo que tenemos una conversación pendiente. Estamos solos —murmuro mirando a nuestro alrededor—. Avril no está cerca. Puedes decirme todo lo que lleves por dentro. Creo que cuanto antes lo sueltes menos veneno tendrás dentro.

—Lo que llevo por dentro es una gran decepción. Y te juro que no te culpo tanto por no decirme que Avril era mi hija cuando quedaste embarazada y nació como por todo este tiempo que la he tenido a mi lado y tú nos has visto a ambos juntos y no has sido capaz de contarme la verdad. No sé quién eres —murmura con desprecio y sus palabras las siento como si me hubiese dado una gran bofetada.

—Para mí no ha sido fácil —lamento con lágrimas.

—Tenías una posición más ventajosa que la mía —me reprocha—. Avril y yo hemos perdido mucho por tu culpa —me echa en cara sin piedad.

—No seas tan duro —le ruego.

—Tú has sido dura, y despiadada —añade.

—Entiendo tu dolor, Nico —murmuro llorando. Lo miro y me estremezco cuando veo que no lo conmueven mis lágrimas ni mi arrepentimiento.

—No podré volver a confiar en ti. —Cuando escucho estas palabras me rompo por completo. Me levanto e intento ir hasta él, pero no deja que me acerque—. No me toques, Victoria —me pide alzando una mano.

—Nico... mi amor... —sollozo.

—Lo nuestro ha terminado —zanja de golpe.

—¿Qué?! —pregunto sin creerlo.

—¿Qué esperabas!? —grita en forma de reproche mientras se pasea intranquilo por el salón.

—Yo te amo —le ruego.

—El amor se basa en la confianza, y yo te la he perdido por completo —me reprocha con dureza.

Me siento, trato de calmarme y me llevo las manos a la cabeza. Me va a explotar. Nos quedamos en silencio por unos minutos, alzo la mirada y le digo:

—Mañana mismo me iré a casa de papá y de mamá con Avril.

—De eso nada. No me vas a separar de mi hija —sentencia.

—¿Y qué quieres? —pregunto con desesperación.

—Que establezcamos los términos de una nueva convivencia entre nosotros, al menos hasta que Avril se recupere del todo. Luego ya veremos con quién de los dos se queda la niña.

Lo miro con los ojos muy abierto y siento que mi peor enemigo está parado frente a mí. Un gran escalofrío recorre mi cuerpo y me entran ganas de vomitar.

—Avril dormirá conmigo en nuestra habitación. Espero que te parezca bien —murmuro con dolor al mismo tiempo que me levanto para marcharme.

—Eres médica, la persona más indicada para estar al lado de Avril en estos momentos. Por nada del mundo la pondría en riesgo. No soy tan egoísta —lo suelta como un reproche y se marcha a la cocina.

No me perdona

Los sucesivos dos días, Nico y yo permanecemos al lado de nuestra hija. Son los días que habíamos reservado para pasar juntos en Roma. La tensión entre Nico y yo cuando estamos solos se puede cortar. Delante de Avril nos comportamos como unos padres amorosos. No queremos que nuestra hija sufra. Ella se merece ser feliz.

—Cuando tú lo decida podemos decirle a Avril que eres su verdadero padre —le propongo a Nico cuando entro en la cocina después de haberse dormido nuestra hija.

Él se está tomando un vaso de leche caliente y yo he ido por una botella de agua.

Nico suspira y me mira, tranquilo, sentado en un taburete de la cocina.

—¿Alguna vez le has dicho que ella sea adoptada? —pregunta mientras se rasca la cabeza, pensativo.

—No —manifiesto de forma rotunda.

—¿Y cómo le decimos que no soy su tío, al que ella ha decidido decirle papá por voluntad propia? —pregunta en forma de reproche.

—Lo dejo en tus manos —le digo de buena voluntad.

—Tú la cagas y el marrón gordo para mí —me reprocha sin piedad.

—¿Quieres que se lo diga yo? —pregunto con sorpresa, sin mala intención.

—Ni siquiera me lo tenías que haber preguntado —me espeta de golpe y me deja estupefacta.

—Perdona... —atino a decir—. Pensé que sería un momento tan importante y bonito que te pertenecía en exclusiva. No quise que me acusaras de robarte nada más —me disculpo con pena. Últimamente no sé cómo acertar con Nico.

Él suspira y me mira con un gesto tierno, pero no se acerca. Se levanta y tira el resto de la leche que queda en el vaso en el fregadero.

—Podríamos decírselo entre los dos —propone con miedo. Lo siento, pese a que se hace el duro.

—Está bien —accedo haciendo grandes esfuerzos. Intento ser paciente y comprenderlo pese a que sus palabras y sus actos me duelen.

—Y podrías empezar tú. A veces se me escapa cómo tratar a una niña de cuatro años —murmura—. Lo que menos deseo es causarle algún mal a mi hija.

—Bien —acepto—. Lo haremos mañana, ¿te parece? —le propongo con buena voluntad.

—Gracias.

—Sé que lo he hecho todo muy mal, pero es mi intención remediar, en la medida de lo posible, mis errores del pasado.

Nico asiente, me dirige una mirada cálida y se marcha en silencio. Yo me quedo con el corazón partido a la mitad. No asimilo que me trate con la indiferencia que lo hace. Necesito sus abrazos, sus besos y sentirlo mío, sin embargo, en estos momentos estamos más alejados que nunca.

Paso el resto de la noche dando vueltas en la cama al lado de mi hija que duerme como un tronco.

A la mañana siguiente, tras el desayuno de los tres juntos en la cocina mientras llueve con intensidad fuera, hace un día negro y gris, muy frío, de finales de noviembre, miro a Nico y luego a Avril y comienzo a hacer algo que ya debería haber hecho hace tiempo.

—Cariño, vamos al salón. Queremos —rectifico de inmediato—, quiero contarte una historia —comienzo a decirle para que me preste toda su atención. A mi hija le encanta que le cuente cuentos.

—¿Es de príncipes y princesas? —pregunta con entusiasmo. Yo me quedo callada, miro a Nico y él sale en mi rescate diciendo:

—Te gustará. Estoy seguro. ¿Sabes por qué? Porque la protagonista eres tú.

—¿Yo? —pregunta Avril con sorpresa mientras nos encaminamos hacia el salón, donde estaremos más cómodos.

Los tres nos sentamos en el enorme sofá blanco que preside la estancia mientras Avril me mira con impaciencia para que comience con el cuento.

—Verás, cariño. Cuando mamá era más pequeña y Nico —Decido llamarlo por su nombre—, asistimos a un baile de príncipes y princesas y nos enamoramos. Pero luego llegó una bruja mala que hizo que nos separásemos. Pero tú ya estabas aquí —Le indico mi barriga—. Mamá tenía mucho trabajo y estuvimos lejos y, por mi culpa, —específico— no pudiste estar todos estos años con tu papá. Como bien sabes, el tío y yo no somos hermanos. Él es tu papá de verdad, mi vida —resumo con lágrimas en los ojos mientras que mi hija me mira con atención.

—¿Y bailasteis juntos? —pregunta con entusiasmo.

Suelto una carcajada espontánea porque de todo lo que le he contado, ella solo se ha quedado con la parte que más le gusta.

—Sí, y fue un baile precioso —le indica Nico—. Tanto, que naciste de él.

Me dirige una mirada intensa y tengo que apartar la vista.

—¡Eres mi papá! —grita mi hija—. Me gusta mucho que seas mi papá —recalca abrazándose a Nico—. ¿Lo vas a ser para siempre? —le pregunta con inocencia.

—Hasta el fin de mis días —murmura Nico—. Nunca me voy a separar de ti. ¿Puedo llamarte hija? —pregunta con cautela, sonriente.

—Claro, si eres mi padre —le responde Avril en tono mandón.

Nico y yo nos miramos y sonreímos, por mi parte me siento liberada y feliz. Me he quitado un gran peso de encima. Me emociono y lloro cuando veo a Nico y Avril abrazados. De repente, mi hija se acerca a mí y me incluye en el abrazo mientras murmura:

—Mis papás. Os quiero mucho.

Lo siguientes días Avril y Nico lo pasan muy unidos, tanto que llego a sentir celos de ellas. Hace tres noches que mi hija duerme con su padre y no se separa de él.

Hoy cuando me he levantado ambos estaban poniendo el árbol de navidad y decorando el salón. Me ha dolido un poco que Nico no me tuviese en cuenta para ello, pero descarto esas sensaciones y me centro en ellos, felices, recuperando el tiempo que han perdido como padre e hija.

Faltan dos días para Navidad, la vamos a celebrar toda la familia junta en la finca de Jerez. Avril ya está recuperada por completo y no queremos que coja miedo a los caballos a raíz de lo que pasó.

Nico y yo seguimos distanciados, continuamos durmiendo en habitaciones separadas y no le veo intenciones de que lo nuestro mejore. Yo le doy tiempo, pero ya comienzo a perder la paciencia. Lo necesito y verlo tan frío y distante cada día me duele más.

Entro en el despacho de mi padre para hacer una llamada importante y encuentro a Nico allí, no lo esperaba. Entro, cierro y lo enfrento. Ya estoy harta.

—¿Vamos a seguir así? Es Navidad, estamos toda la familia juntos y nosotros... —le reprocho su indiferencia. Nico alza la mirada, clava los ojos en mí y me repasa de arriba abajo—. ¿No puedes perdonarme y que seamos felices con nuestra hija? —le suplico, desesperada.

—Victoria... En estos momentos de mi vida me siento muy perdido —confiesa—. Solo quiero dedicarme a mi carrera y a mi hija. Necesito que mi corazón sane. Volverte a ver como la mujer a la que amaba y no como a la que me mintió deliberadamente.

Vidas separadas

Escucho sus palabras y son como un jarro de agua fría sobre mí. No me las esperaba. Me quedo paralizada. Un nudo se instala en mi garganta y no me deja respirar. El cuerpo entero me tiembla.

—¿Qué me estás diciendo? —murmuro con miedo—. ¿Qué hagamos vidas separadas? —me atrevo a preguntar.

Nico se queda en silencio y finalmente asiente, serio y cabizbajo.

—Me ocultaste una verdad demasiado grande —me reprocha de frente.

—Bien. Buscaré un sitio para vivir con mi hija —resuelvo indignada. No le voy a rogar más. He sido paciente y comprensiva, pero creo que él no pone nada de su parte—. O me iré a casa de papá y mamá hasta que encuentre algo —digo de inmediato, pensando con rapidez.

—No quiero separarme de Avril.

—¿Qué pretendes, que me vaya de casa yo sola? —pregunto con los ojos muy abiertos—. Avril estará con su madre —le dejo claro.

—Y con su padre —añade—. Si la casa en la que vivimos te parece pequeña para compartir nuestro espacio compraré una mayor. Ambos podemos vivir con ella, que la niña no note la ausencia de ninguno de sus padres —propone mientras que yo me quedo de piedra.

Asiento de inmediato, no quiero perderlos a ninguno de los dos. Y si estoy cerca de Nico será más fácil recuperarlo y que vuelva a confiar en mí.

—Me parece bien —termino diciendo—. La casa en la que estamos es grande. No quiero que Avril se enfrente a más cambios.

—Está bien.

—Haremos vidas separadas, y ninguno tendrá derecho a exigirle ni a reprocharle nada al otro —me deja claro.

—¡¿Qué?! —pregunto sin dar crédito a lo que escucho. Nico se queda en silencio mientras que yo bullo por dentro—. Si así lo quieres... —murmura con decepción, apenas sin voz.

Salgo del despacho tras dar un sonoro portazo. ¡No puedo creerlo!

Cuatro meses después.

Todo entre Nico y yo sigue igual. No me perdona. Convivimos bajo el mismo techo, por el bien de nuestra hija y delante de ella procuramos ser los mejores padres. Sin embargo, cuando Avril no está presente apenas hablamos. Nico está centrado en su carrera, su equipo va el primero en la Liga y en la Champions y quiere ganarlas. Por otro lado, se ha convertido en el modelo publicitario más cotizado del país. Las marcas se vuelven locas por él.

Voy conduciendo y estoy parada en un semáforo, mientras, admiro a un Nico guapísimo, sexy y sonriente en una enorme valla publicitaria que anuncia la marca de unas zapatillas deportiva. He de admitir que cada vez que lo veo el corazón se me acelera, al igual que me muero de celos

cuando leo que ha estado en una fiesta o lo escucho llegar tarde a casa.

Vanesa y William, junto con mi prima, me animan a que salga con otros hombres y le dé celos, pero siento que le he hecho tanto daño a Nico de forma no intencionada que hacerlo con premeditación me hace sentirme mala persona. Yo también necesito que mi corazón sane, lo olvide, ya que en estos meses alejados me he dado por vencida. Creo que no volveremos a estar juntos.

Convivir con el padre de mi hija me hace daño, he decidido esperar a después de verano para plantearle a Nico un régimen de custodia con respecto a Avril. Sin que nadie lo sepa estoy buscando una casa para mí y para mi hija. Pese a que me duela, tendrá que acostumbrarse, como miles de niños, a que tiene unos padres separados.

Esta noche voy a ir a cenar con Vanesa, William y mi prima. El novio de Vanesa está en la ciudad y hemos quedado para verlo. Es la primera vez que salgo de noche desde que le ocurrió el accidente a Avril y dejo a mi hija con sus abuelos. Nico también estaba ocupado.

Cenamos en un restaurante maravilloso, con una comida exquisita y tras los postres mi prima Estela proponer terminar la noche bailando en el Afaia. En un principio me niego, pero luego lo pienso mejor y acepto. Me hace falta distraerme y salir de la rutina.

La discoteca de mi padre está hasta arriba, pero nada como llegar y decir que su hija quiere un reservado para que nos den uno. El novio de Vanesa está encantado con el lugar. Bebemos y bailamos en el reservado y luego lo invito a conocer la discoteca entera. En nuestro recorrido por ella, el resto nos espera en el reservado, un chico le tira la copa encima al novio de Vanesa y le deja la camisa perdida. Ha sido un tropezón sin querer, el hombre se disculpa de inmediato y yo, al ver el estado de la camisa del novio de mi amiga, me acuerdo de que mi padre siempre tiene algo de ropa en un armario de su despacho. Vamos hasta allí y cuando el novio de mi mejor amiga está desnudo de cintura para arriba, cambiándose de camisa, la puerta se abre y entra Nico.

Unos ojos acusadores se clavan en mí. No sabía que estaba en la discoteca. Cuando voy a explicarle la situación, observo que lleva de la mano a una mujer. Mi mirada se vuelve fría y me quedo mirándolo. Por unos segundos, ninguno de los dos decimos nada, nos repasamos de arriba abajo con desprecio.

—Yo estaba antes —le digo a conciencia, para hacerle daño.

La mirada de Nico arde. Observo cómo un leve tic aparece en su mandíbula. Da media vuelta y se marcha.

Cuando lo hace, suspiro y me disculpo con el novio de mi amiga:

—Perdona por utilizarte.

—Lo que haga falta para que tú estés bien. ¿Lo estás? —se interesa de inmediato alzándose la barbilla con su mano. Él sabe que era Nico. ¿Quién no conoce a Nicolás Hungría?

Descubre mis lágrimas y me abraza.

—Volvamos al reservado.

Cuando llegamos y Vanesa ve que lleva otra camisa le contamos todo lo sucedido. Mi prima busca a Nico con la mirada y lo encuentra en el reservado más grande la de la discoteca. Hay mucha gente.

Nico repara en nosotros y saluda a nuestra prima.

Tengo ganas de marcharme a casa, pero me obligo a quedarme y a hacer lo mismo que él, vidas separadas. Solo espero que esto le duela tanto como a mí.

Me marchó a casa y observo que Nico aún se queda en la discoteca, su reservado está lleno de

gente. Cuando me meto en la cama son casi las cinco de la madrugada. No pego ojo hasta que lo escucho llegar, sobre las ocho de la mañana.

Sobre las diez me levanto y voy a casa de mis padres, donde paso el resto del día con mi hija. Avril me pide que la lleve al cine a ver una película y decido hacerlo a media tarde. Su padre aún no ha dado señales de vida.

Cuando estamos en la sala del cine y la película está a punto de comenzar, mi hija grita:

—¡Papá! —Observo que Nico se dirige a nosotras y lleva un cubo de palomitas.

Se sienta a nuestro lado y murmura en mi oído:

—No está bien hacer estos planes a mis espaldas. —Me sonrío y advierto un brillo especial en su mirada. Algo que hace que me cabree ya que deduzco que su noche terminó muy bien con la mujer que entró de la mano al despacho de mi padre en el Afaia.

Yo le vuelvo el rostro y no le contesto. A mitad de la película me siento tan incómoda que necesito salir al baño.

Cuando regreso, de camino que subo todas las escaleras, mi hija se empeñó en coger la última fila, un hombre me mira con atención y, de inmediato, siento un escalofrío por todo mi cuerpo.

Vuelto a mi lugar y me siento al lado de mi hija. El resto de la película no presto atención a la pantalla, sino al misterioso hombre que hay sentado en tercera fila solo, viendo una película de niños.

Eres mi gran amor

Cuando la película termina, esperamos que comiencen a bajar las personas que tenemos delante. Me llama la atención que el hombre de la tercera fila no salga. Está de pie y nos mira. Cuando comenzamos a bajar los escalones, ya queda poca gente en la sala, el hombre comienza a subir en nuestra dirección sin dejar de observarnos, yo miro en busca de los guardaespaldas que nos protegen siempre y nos esperan abajo del todo. Son dos y hablan entre ellos. No me miran para que pueda alertarlos de que algo sucede.

De repente, el hombre grita:

—¡Nicolás Hungría! Tú eres el culpable de todas las desgracias de mi vida. —Saca un arma, apunta en dirección a Nico y grita—: Por fin llegó tu hora. —Y observo cómo va a apretar el gatillo.

Nico actúa con rapidez y empuja a Avril, que queda refugiada entre una fila de asientos, yo observo como en cámara lenta los guardaespaldas comienzan a subir los escalones de dos en dos sacando sus armas. Escucho gritos en la sala, la poca gente que quedaba corre hacia la salida.

Cuando veo que ese hombre, con pinta de loco, aprieta el gatillo y tiene a Nico delante, mi instinto hace que lo empuje y trate de protegerlo a toda costa. Como consecuencia, el tiro impacta en mí. Al instante, caigo al suelo. Nico me coge entre sus brazos y escucho dos disparos más. Me asusto, pero el gran amor de mi vida está a mi lado, sano y salvo. Me incorporo un poco y veo que los guardaespaldas le han disparado al loco que quería matar a Nico mientras que a él lo escucho gritar mi nombre desesperado.

Lo miro, le sonrío y le digo:

—Eres el gran amor de mi vida. —Seguidamente pierdo la conciencia de todo lo que sucede a mi alrededor.

Dos días después.

El disparo que recibí no fue grave, apenas un roce en el brazo. Tuve suerte. Lo llevo en cabestrillo y aún me quedan así unas semanas.

Cuando salí del hospital mi madre se empeñó en que me viniese a casa con ella para cuidarme, no me negué. Después de todo lo sucedido, por extraño que parezca, necesitaba estar lejos de Nico.

Él ha cuidado de Avril, apenas nos hemos visto a solas desde que recibí el disparo. He de confesar que me he sentido muy querida, han venido muchos amigos y familiares a verme.

En estos momentos me encuentro en el jardín con mi madre, tomamos el sol mientras nos acompaña un café en la sobremesa.

—Me cuesta asimilar esta tranquilidad y que no estemos rodeadas de personas de seguridad —murmuro.

—Todo ha terminado, mi vida. Sergio está muerto —lamenta cerrando los ojos.

—¿Por qué odiaba a Nico? No lo entiendo —le pregunto a mi madre. Solo sé que es una persona del pasado de mi padre que lo odiaba. Estaba en la cárcel, pero logró salir con un permiso por buena conducta y debido a un fallo del sistema mi padre no supo que estaba en libertad.

—Sergio era el agente de Bosco cuando yo lo conocí. Estafó a tu padre e intentó hacernos mucho daño junto con su hermana. Ella murió y él fue detenido. Tu tío Rodrigo logró meterlo en la cárcel —me explica—. Supongo que culpaba a Nico de todas sus desgracias porque ellas vinieron a raíz de que Bosco se enteró de la existencia de su hijo. Fue entonces, tras una serie de actos, cuando descubrió que una persona a la que creía de tu total confianza no lo era. Y también sabía que, si mataba a Nico, en parte, mataba a tu padre en vida. Una venganza de alguien con una mente perturbada. —Me quedo en silencio y se me eriza la piel al pensar nuevamente en que ese hombre hubiese logrado sus planes—. Fuiste muy valiente. Nico está vivo gracias a ti, mi amor.

Mi madre me abraza y yo lo hago a ella muerta de miedo.

—Todo ha terminado —le susurro.

—Sí. —Me mira y me pregunta con el ceño fruncido—: ¿Tú cómo estás, mi vida?

—Tocada y hundida, mamá —respondo y me derrumbo ante ella. He sido fuerte durante mucho tiempo y siento que no puedo más.

—Ha sido muy impactante todo lo que has vivido —comenta refiriéndose al atentado contra Nico—, pero pasará.

Mi madre es la única que sabe que llevo dos noches tomando pastillas para dormir. Me despierto gritando y sudando, veo claramente en sueños a Nico muerto.

—¿Cómo está todo con Nico? —se interesa con una media sonrisa.

—No hemos hablado mucho. Le pedí que mantuviese a Avril alejada unos días de mí. No quiero que me vea en este estado, mucho menos que duerma conmigo y se asuste si me despierto agitada y gritando.

—Ella sigue creyendo que todo fue un teatro después de la película —me recuerda mi madre. Tuvo la gran habilidad de tranquilizar a su nieta diciéndole que todo había sido mentira. Que eran actores. Bendita inocencia de los niños, mi hija lo creyó todo.

—¿Estarás bien para el viernes? —me pregunta mi madre con ilusión—. No me gustaría que faltases.

—Sé lo importante que es para ti, intentaré estar —le indico poniendo todo de mi parte.

Le dedico una media sonrisa y nos abrazamos de nuevo.

Mis padres tenían organizada una super fiesta, y es el viernes. Hace veinticinco años que se conocieron y lo quieren celebrar por todo lo alto aquí en el jardín de su maravillosa casa. Han invitado a toda la familia y a muchos amigos. Será un gran acontecimiento, además, mi padre dice que la prensa y medios se centrarán en esa fiesta y dejarán de hablar del intento de asesinato contra Nico. Verán que hacemos vida normal y no nos ha afectado para seguir adelante.

Bailemos juntos

Llevo un par de días en los que apenas me apetece salir de la cama, pero mi madre entra en mi habitación, me obliga a vestirme y a que la acompañe a recoger su vestido para la fiesta de esta noche, y de paso escoja uno para mí. Con gran esfuerzo, me visto, con ayuda de ella y nos vamos al centro de la ciudad a una de las tiendas favoritas de mi madre. Ella recoge un vestido blanco precioso, que bien podría ser de novia, y yo me decanto por uno color champan con brillo y en palabra de honor. Mi madre es la encargada de escogerme los complementos y luego terminamos en el salón de belleza. No contaba con ello, pero mi madre me anima a que me haga un cambio. Me corto un poco el pelo y me hacen capas, me aconsejan que me ponga unas mechas más rubias y me dejo guiar. El resultado es maravilloso, también me han maquillado y cuando me miro al espejo me veo otra persona a la de los últimos días. Me sonrío a mí misma y siento que algo ha cambiado. No sé qué es, pero han vuelto las ganas de vivir a mí. Esta noche me apetece divertirme y celebrar que estoy viva.

De camino a casa, mi madre conduce porque yo aún llevo el brazo lesionado en cabestrillo, le pregunto:

—¿Te has encargado del vestido que llevará Avril? —Lo doy por hecho, pero quiero estar tranquila de que mi hija estará en la fiesta. Tengo ganas de verla y que me vea bien.

Me ha visitado en estos días en solo dos ocasiones y me sentía muy cansada y con dolor de cabeza.

—Avril irá como una verdadera princesa. Estaremos todos —anuncia con una sonrisa triunfante, pero no le pregunto por Nico.

Cuando salgo de mi habitación, mi prima me ha ayudado a vestirme, y bajo las escaleras, me encuentro con el jardín de mi casa repleto de gente. Ignoro a cuantas personas hayan invitado mis padres, pero en esos momentos descubro que son muchas.

Busco a mi hija y es ella la que acude a mí de inmediato.

—¡Qué guapa, mamá! Pareces una princesa de verdad —murmura con admiración—. ¿Aún estás malita? —pregunta con la mirada clavada en mi cabestrillo.

—Ya queda poco, casi estoy recuperada.

—¿Cuándo vienes a casa con papá y conmigo? —La miro en silencio y suspiro. En ese instante llegan mis hermanos, los mellizos, y se abrazan a mí y evitan que le responda a mi hija.

Un montón de gente viene a saludarme y se interesan por mi estado. Lo que me ha sucedido y que le salvé la vida a Nicolás Hungría ha dado la vuelta al mundo.

De forma inconsciente busco a Nico entre los invitados, pero no lo veo. Cada paso que doy me veo rodeada de gente. Casi no tengo ocasión de probar nada del maravilloso catering que mis padres han contratado.

El ambiente es perfecto, hay música en directo y la decoración del jardín y las carpas que han montado quedaron espectaculares.

De repente, veo a Nico al fondo. Está rodeado de varias personas. Busco si tiene a alguna mujer a su lado, igual ha venido acompañado. Desde que lo vi en el Afaia con esa mujer no dejo de pensar en que me haya sustituido en su corazón.

De repente, mi tía Julia se encarga de coger el micrófono y decir unas palabras maravillosas sobre mis padres y su amor. Consigue que muchos de los presentes, incluida yo, se nos salten las lágrimas. Posteriormente, pide un baile de mis padres y comienza a sonar una música preciosa, es un violín en directo, y ellos salen a bailar. Los admiro y los envidio. Su amor es único. Cierta tristeza me invade cuando pienso en que yo jamás podré conseguir algo así. Sé que Nico es y será el amor de mi vida y ningún otro hombre podría ser como él, pero comienzo a asimilar que lo nuestro nunca será por una cosa u otra.

De repente, cierta cercanía y un calor corporal situado a mi espalda me sobresaltan. No hace falta que me de media vuelta para saber que Nico está junto a mí y me ha pasado una mano por la cintura estrechándome junto a su cuerpo. Siento su aliento cerca de mi oído y susurra:

—¿Quieres bailar conmigo? —Me giro de inmediato y descubro que muestra una sonrisa maravillosa en sus labios y tiene un brillo espectacular en sus ojos. No logro adivinar sus intenciones, me tiene descolocada—. Para toda la vida —añade mostrándome una mirada cálida—. No pienso conformarme con menos.

Mi corazón se acelera e intento que no broten lágrimas de mis ojos, pero no lo consigo.

—Te amo —confiesa Nico—. Más que a nada en el mundo. No podría vivir sin ti. Ni ser feliz si no estás a mi lado.

Y sin esperar una respuesta se apodera de mis labios y yo le correspondo hambrienta y pletórica. Lo he echado tanto de menos...

Nico interrumpe el beso, me sonrío y me dice:

—Estoy esperando una respuesta.

—Para toda la vida —murmuro.

Nico me estrecha contra su pecho, me besa de nuevo y luego tira de mi mano y salimos a bailar. Un gran aplauso se produce cuando nos unimos a nuestros padres, los únicos por el momento en la pista de baile, y la gente nos siente felices y enamorados. Nuestros padres nos miran rebosantes de felicidad.

Y por si a alguien le quedaba duda, mientras bailamos, Nico me besa y de nuevo se producen unos grandes aplausos que hacen que termine llorando mientras Nico y yo nos besamos.

De repente, siento que alguien se interpone entre Nico y yo, ambos fijamos la vista en nuestra hija, que murmura:

—¡Qué guay! Tengo a unos padres que son como los príncipes y princesas. Quiero bailar con vosotros.

Nico coge en brazos a nuestra hija, ambos la besamos y, como el gran padre que es, se las arregla para continuar el baile con ambas. Es maravilloso.

Mientras la música suena y nos miramos con un amor infinito reflejado en nuestros ojos, le confieso:

—Te amo.

El triunfo del amor

Cuando terminamos de bailar juntos, Nico suelta a nuestra hija, ella se va en busca de sus tíos y el amor de mi vida me susurra en el oído mientras pasea la mirada por toda la gente que nos rodea:

—Te quiero para mí. —Me muestra una sonrisa maravillosa y tira de mi mano—. Vámonos a casa —propone de forma contundente.

—No podemos marcharnos —le replico algo escandalizada. Estamos en la mitad de la gran fiesta de nuestros padres.

—Sí podemos. Ellos están viviendo su amor, nosotros vamos a comenzar a disfrutar el nuestro.

—¿Y no podemos hacerlo en unas horas? —pregunto mientras Nico trata de persuadirme besándome el cuello.

—No. Besarte me ha puesto a cien. Te necesito —susurra de forma provocadora en mi oído. Como ve que no me convence del todo añade—: Hace meses que no estoy con nadie. Desde la última vez que estuvimos juntos —especifica.

Me revuelvo en sus brazos y lo miro de forma interrogativa.

—¿Y la pelirroja del despacho del Afaia? —pregunto en tono de reproche.

—Fue para darte celos. Me puse como loco cuando te vi recorriendo el Afaia con ese tío y finalmente os encaminasteis al despacho.

—Nico... yo... —comienzo a decir, no quiero más mentiras entre nosotros ni malos entendidos.

—Lo sé —murmura con una sonrisa—. Es el novio de Vanesa —revela. Alzo una ceja y lo miro expectante—. Me lo dijo mamá el mismo día del disparo en el cine. Fui a buscarte porque ya no podía estar más sin ti. Luego sucedió todo y... nos alejamos. No era mi intención, pero tú me pediste que Avril no pasara mucho tiempo contigo porque no estabas bien y me dediqué a ella. Te amo, Victoria. No quiero que estemos separados nunca más.

Me abrazo al amor de mi vida, emocionada, y lo beso. No es un abrazo como el que me gustaría ya que llevo el brazo en cabestrillo.

—Te amo, Nicolás Hungría. En todo este tiempo separados no he dejado de hacerlo ni de pensar en ti ni un solo segundo. Vámonos a casa, por favor. Yo también te necesito —le ruego con deseo.

Tira de mi mano y juntos nos escabullimos de la fiesta, cogemos el coche y nos dirigimos a nuestra casa.

Cuando llegamos a la habitación la encuentro decorada con flores y globos.

—Quiero que sea una noche para el recuerdo —susurra a mi lado.

—Estabas muy seguro de que terminaríamos aquí juntos —comento mientras admiro la belleza que nos rodea, emocionada.

—Siempre había la posibilidad de volver a enamorarte —bromea y me besa.

—Puede que tengamos algunos inconvenientes —murmuro sobre sus labios y alzo mi brazo.

—Yo te ayudaré.

Me besa, comienza a desnudarme y me dejo llevar. El placer de estar en los brazos de Nico no es comparable con nada en el mundo.

Epílogo

Dos años después.

Toda la familia reunida vemos en un palco vip la final de la Liga. El equipo de Nico va ganando. Ahora es el capitán del Real Capital y nada le haría más ilusión que obtener su primera victoria como tal en la Liga de este año. Mi padre sigue siendo el entrenador del equipo y todos estamos de los nervios porque ganen. Mis hijas, Avril y Adriana, están animando en cada gol que ha metido el equipo de su padre. Adriana apenas tiene dos años, pero es una niña muy lista y mi hija mayor está encantada con su hermana. El día que Nico y yo llegamos a casa con ella nos dijo que era el mejor regalo que le podíamos hacer.

Nico está imparable en su carrera profesional. Ha recibido ofertas millonarias de otros equipos en países fuera de España, pero no quiere marcharse. Tiene claro que su felicidad y la de su familia está donde permanezcamos todos juntos. Mis hijas necesitan a sus abuelos cerca.

Finalmente, el equipo de mi marido gana la Liga. Todos en el palco saltamos como locos. Lloro como nadie cuando Nico recoge la copa y la alza. Se merece la victoria ya que es un luchador nato, como mi padre, que llora como un niño cuando ve a su hijo en estos momentos y él está a su lado. Hacen un equipo maravilloso.

Mis hijas saltan al campo de juego con su padre y su abuelo y juntos lo recorren mientras festejan que han ganado. Luego, Nico me pide que vaya con ellos, me cuesta saltar al campo, me gusta poco que los medios me saquen, pero esta es una ocasión especial y decido hacerlo.

Mi marido me recibe con un beso en los labios que toda la prensa capta al momento. Nos piden que posemos los cuatro juntos y Nico accede.

—¡Una familia preciosa! —grita un reportero.

—No puedo ser más afortunado —murmura mi marido sobre mis labios cuando me besa de nuevo.

—Yo creo que sí lo puedes ser. Estamos de enhorabuena —le revelo llevándome una mano al vientre con disimulo.

—¿Qué?! —pregunta Nico con los ojos muy abiertos. Me coge en brazos, me alza y da vueltas conmigo sobre el césped—. Te amo.

—Igual a la tercera va la vencida —le susurro en el oído. Sé las ganas que tiene de tener un varón.

—Da igual, si es otra niña lo seguiremos intentando —comenta relajado y tranquilo—. No pienso darme por vencido hasta que llegue el niño. Y te puedo asegurar que tengo muchas energías —me deja claro.

Nos abrazamos y nos besamos. Luego miramos en dirección a nuestra familia que nos observa con atención.

—Luego se lo diremos. No saben nada —le indico a mi marido.

De repente, él se coloca de rodillas, me besa el vientre y hace una señal muy evidente diciéndoles que estoy embarazada. Observo cómo toda mi familia aplaude, pero lo ha visto todo el mundo, la prensa entera viene hacia nosotros.

—La has liado —le reprendo sonriente a mi marido.

—Soy feliz, quería compartirlo. ¿Hay algo más maravilloso que otro hijo nuestro?

—Te quiero —le manifiesto sintiéndome la mujer más enamorada del mundo.
—Y yo te quiero para mí —murmura sobre mis labios.
Me besa y el campo entero nos aplaude.

FIN

Agradecimientos

A todos los lectores que os enamorasteis de la historia de Alba y Bosco en El precio de la vida y en El precio del amor. Vuestro entusiasmo me impulsó a crear esta historia donde Nico fuese el protagonista y al mismo tiempo Alba y Bosco volviesen a aparecer y supieseis más de ellos.

Espero que os haya gustado y la hayáis disfrutado.

Gracias por estar ahí, cada vez somos más y es algo de lo que me alegro enormemente.

Si te ha gustado esta novela, me encantaría que me dejases tú opinión en Amazon, ya que eso nos ayuda mucho a los autores.

Muy pronto llegarán más historias.

Ser felices y leer mucho.

Elizabeth Bermúdez.

Otras novelas de la autora

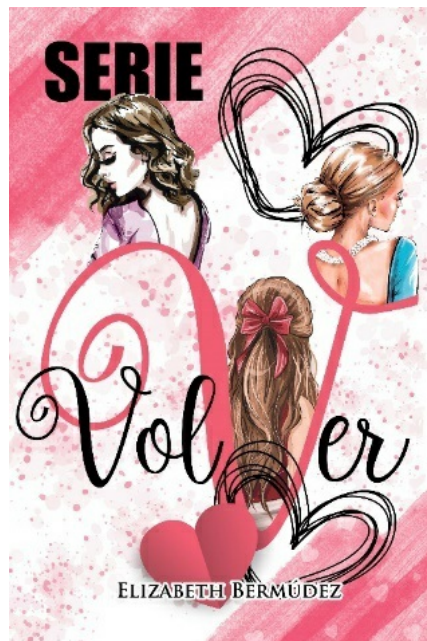
BILOGÍA: Vida y amor



FAMILIA MILLER



SERIE VOLVER



Incluye los 3 libros de la serie más nuevos extras.

NOVELAS INDEPENDIENTES

